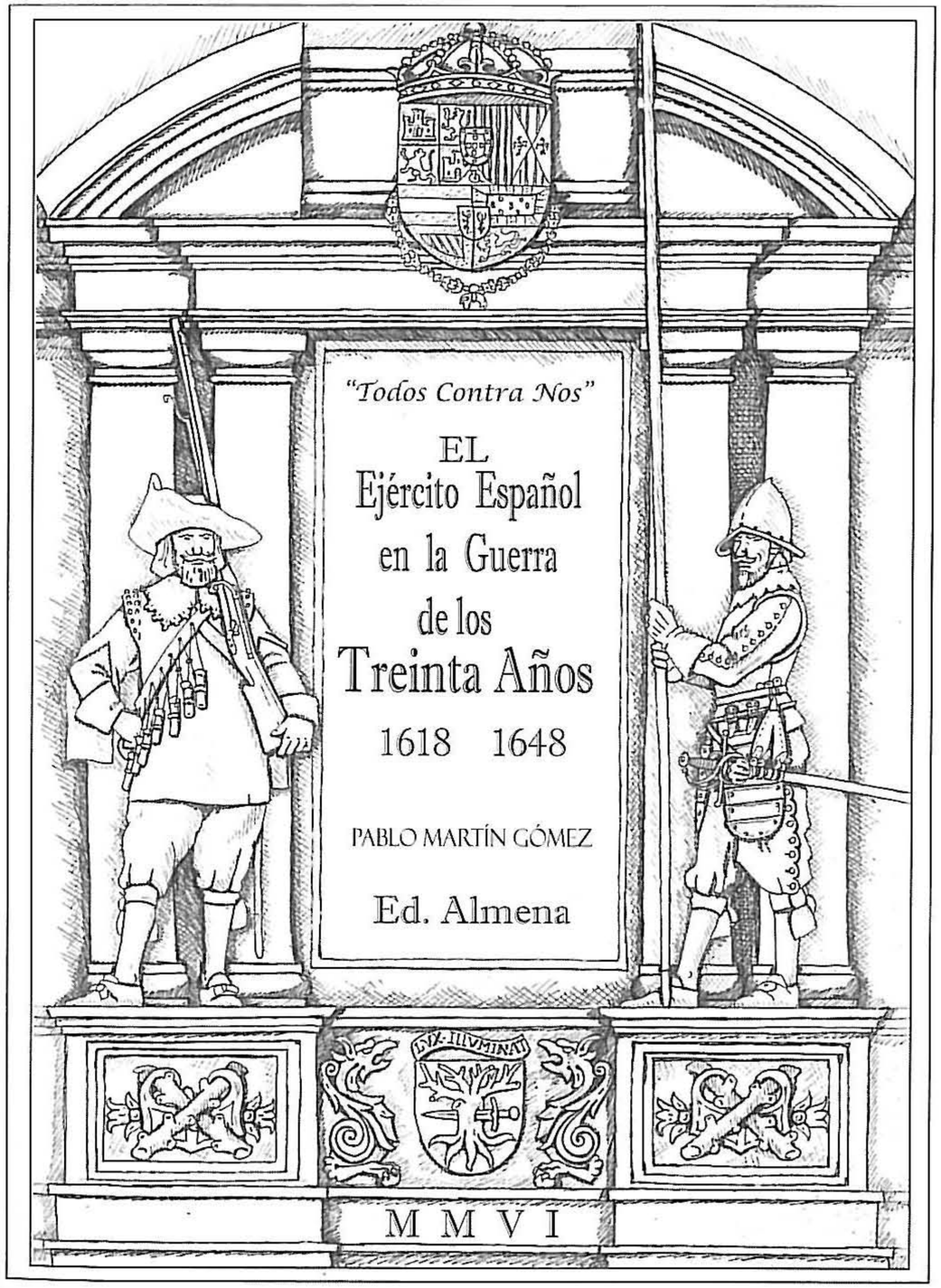
PABLO MARTÍN GÓMEZ

Todos contra nos, nos contra todos

El Ejército español en la Guerra de los 30 años

2ª edición

ALMENA


"Todos Contra Nos"
EL
Ejército Español
en la Guerra
de los
Treinta Años
1618 1648
PABLO MARTÍN GÓMEZ
Ed. Almena
MMVI

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

© Pablo Martín Gómez

Primera edición, Madrid 2006
Segunda edición, Madrid 2009

© ALMENA EDICIONES
Silva, 5 1º
28013 Madrid
ESPAÑA
Tel.-Fax: 915591996
almena@eresmas.net
www.libreria-almena.com

Diseño y maquetación: Paco Martínez Canales

Impreso en Madrid

Depósito Legal: M-40375-2006
I.S.B.N.: 978-84-96170-31-5

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización expresa del editor.

ÍNDICE

CAPÍTULO I
LA ESPAÑA DEL 1600
pág. 7

CAPÍTULO II
LA GUERRA EN EUROPA
pág. 17

CAPÍTULO III
LOS TERCIOS
pág. 49

CAPÍTULO IV
LAS SIETE PROVINCIAS
pág. 99

CAPÍTULO V
LA GUERRA DE MANTUA
Y LA PEQUEÑA FASE DANESA
pág. 139

CAPÍTULO VI
LA FASE SUECA
pág. 163

CAPÍTULO VII
LA FASE FRANCESA
pág. 191

CAPÍTULO VIII
EL FINAL
pág. 217

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA
pág. 222

COMENTARIO A LAS LÁMINAS A COLOR
pág. 223

CAPÍTULO I

LA ESPAÑA DEL 1600

Todos contra Nos y Nos contra todos.

Esta fue la divisa que el conde duque de Olivares hizo grabar en las medallas de su rey, Felipe IV. Una frase que bien podría resumir la situación en la que por entonces se encontraba la Corona española. En esos años del 1600 parecía que todas las naciones, una a una, iban a levantar sus ejércitos en el empeño de acabar con la supremacía de los Austrias. Una supremacía que duraba ya más de un siglo, pues desde principios del XVI las dos ramas de la Casa de Habsburgo mantenían su hegemonía sobre Europa a fuerza de batallas y alianzas matrimoniales. Pero eso habría de cambiar, y en los primeros cincuenta años del XVII contra ese poder se alzaron tanto ingleses como franceses, holandeses, suizos, escoceses, portugueses, suecos, daneses, saboyanos y la mitad de los alemanes. Unos eran protestantes y otros católicos, viejos enemigos al lado de jóvenes potencias que ponían a prueba sus armas por primera vez, unos y otros unidos contra un adversario común que muchos identificaban con España.

Don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares y privado del rey, sale del palacio del Buen Retiro acompañado por uno de los consejeros eclesiásticos del Consejo del Reino.

Siguiendo sus propias normas sobre el decoro y la reducción de gastos suntuarios, va vestido de negro de la cabeza a los pies, lleva la sencilla golilla en vez de los complejos cuellos de lechugilla y gregüescos con cuchillas en vez de las abombadas calzas. La llave que guarda en su cinturón es una señal de rango y del importante cargo que ocupa junto al monarca.

El sacerdote viste con la típica indumentaria eclesiástica, con bonete y manteo.

Detrás de ambos un hombre de la guardia está en su puesto. Lo más llamativo de su indumentaria es el tabardo amarillo con bordura de escaques blancos y rojos. El tabardo está bordado con las armas reales de Felipe IV.

Pero no les fue fácil. Durante esos cincuenta años el viejo imperio se mantuvo firme, apuntalado por sus tercios y devolviendo golpe tras golpe. El propio cardenal Richelieu, la mente fría que orquestaba aquellos dispares aliados, no vivió lo bastante como para verlo caer. Y si al final se derrumbó —que lo hizo— no fue tan sólo por los golpes de sus enemigos, sino también atacado por el mal y la ruina que lo minaban desde dentro. Su final fue acorde con sus tiempos. Con aquel siglo XVII que, como en la pintura barroca, se veía pasar drásticamente de la luz a la sombra. Un siglo de contrastes, del que tan representativo es el boato y la pompa de las cortes como la miseria y la picaresca de los golfos y truhanes. El XVII vio los furores del fanatismo religioso, pero también conoció el nacimiento de la ciencia moderna. Un siglo de lujos y penurias, de fríos de invierno y de epidemias. De guerras. Sobre todo, un siglo de guerras.

✠

Los primeros años del 1600 encontraron a España en la cima de su poder militar, cabeza de un imperio donde no se ponía el sol. La corte de Madrid controlaba una buena parte de Europa, enlazando territorios como en una

Soldado de infantería, concretamente de los llamados picas secas. Piquero sin armadura, este hombre sólo se protege con un morrión y una gorguera de acero, además de un coleto de cuero sin mangas, que para más comodidad lleva abierto en su mayor parte.

cadena hasta unir Italia con Flandes. Napolitanos, sicilianos, milaneses, portugueses, loreneses, flamencos y valones, así como los franceses del Franco Condado, se tenían por vasallos del rey de España. Los dominios de la Corona española llegaban hasta las fronteras de su aliado de familia, el Sacro Imperio Germánico, mientras que desde el otro lado del mar la flota de Indias traía cada año la indispensable plata de América.

Pero aunque sobre el mapa la herencia de Carlos I y Felipe II se viera intacta, el vigor y el resuello de aquel reino ya no eran los mismos que antaño. El Consejo de Castilla ya levantaba la voz de alarma en una fecha tan temprana como 1619. El despoblamiento era cada vez mayor y la agricultura sufría un tremendo desamparo. Se abandonaban las tierras de labor y por todas partes se veían aumentar los yermos y baldíos. La artesanía y la industria entraban en una profunda decadencia y mientras que en otras naciones se innovaban las técnicas y se mejoraba la producción, en España eso ni se hacía ni se tenía interés por hacerlo. País de ricos o pobres, de hidalgos o braceros, con unas clases medias débiles que en cuanto lograban juntar un puñado de escudos se encumbraban y corrían a abandonar sus oficios en el afán de vivir de las rentas.

El comercio decaía y la plata de las Indias terminaba engordando las arcas del enemigo en Amsterdam o en Londres, mientras los talleres de Castilla cerraban por no poder hacer frente a la competencia extranjera y a la penosa carga de los impuestos.

Pero el Estado se mantenía. La mayor parte de la población no era consciente del paulatino pero irreversible hundimiento del país. Un observador no muy atento apenas habría encontrado síntomas de decadencia en la brillante corte de Felipe III en Valladolid, o en el Madrid de Felipe IV. Los ingresos de la Corona eran ingentes, y no sólo por la plata de las Indias, sino por las rentas de sus enormes dominios europeos. Mientras no faltase el oro la fachada estaría apuntalada, aunque por dentro el edificio se cayera a pedazos.

En cuanto a la propia corte, ciertamente ya no vivía los tiempos del Rey Prudente. La corrupción y la venta de cargos eran entonces algo habitual y

Retrato ecuestre del rey Felipe IV. Pintado por Velázquez.

Durante la campaña de Spínola una compañía de picas ocupa una villa en el Palatinado. El capitán, protegido con armadura de tres cuartos, va en cabeza acompañado por el tambor y por un pelotón de sus tropas de élite, los mosqueteros. El resto de la fuerza espera la señal al otro lado del arco.

el servicio a la Corona se tenía como un excelente medio de lucro personal. La administración pública formaba un cuerpo impresionante, es cierto, el más completo y eficaz del mundo por su época, pero era una maquinaria con mil fisuras y agujeros por los que se escurrían como en una cascada ducados y maravedíes, que muy atentos estaban en recoger bribones de toda clase y condición.

Los propios reyes podían hacer una muy pobre comparación con sus abuelos. El monarca se encontraba cada vez más aislado, encerrado por su propia voluntad en un círculo de aduladores, validos, camareros, gentilhombres, damas, meninas y bufones, que alababan sin fin unas virtudes inexistentes, como si el mero hecho de heredar un cetro trasformara a un mequetrefe en la encarnación viva de un nuevo Hércules.

En su *Historia de España* el marqués de Lozoya citaba como ejemplo de toda esta tramoya un fragmento sacado de las Ordenanzas de 1651 donde se explica cómo bebía Felipe IV. La cita es larga, pero reveladora:

"[…] *El ujier de sala iba a llamar al gentilhombre de boca que le correspondía servir de copero y, acompañados de la guardia, entraban en la cava, donde el sumiller de ella le daba de una mano la copa de S.M. y en la otra la de la salva; después daba al ujier las fuentes, y él llevaba un jarro y una taza grande de salva, donde se colocaba la copa cuando S.M. la pedía. Un ayudante del oficio de la cava llevaba los frascos de vino y agua* […] *El copero se mantenía un poco apartado del mayordomo y fuera del estrado, mirando siempre a S.M. para servirle la copa a la menor seña. En este caso, el copero iba a por ella al aparador, donde ya la tenía dispuesta el sumiller de cava, quien, descubriéndola, daba la salva al médico de semana y al copero, y éste, tornándola a cubrir, la llevaba a S.M. precediéndole los maceros, y el ujier de sala, tomándola en la mano derecha y llevando en la izquierda la taza de salva, con cuya misma mano izquierda quitaba la cubierta de la copa, tomaba la salva y daba a S.M la copa en su mano hincando una rodilla en el suelo, teniendo todo el tiempo que S.M tardaba en beber, debajo de la copa la taza de salva, para que, si cayeran gotas, no se mojase el vestido. Acabando éste de beber, volvía el copero a poner la copa en el aparador de donde la había tomado.*"

En comparación se podría contar la anécdota de aquel embajador en La Haya que dio una vez con un grupo de caballeros, miembros de los Estados Generales. Aquellos importantes señores, representantes de las Provincias Unidas, esperaban el inicio de una sesión sentados en un simple banco de la calle, hablando de sus cosas mientras comían pan con queso. Acostumbrado a la pompa de la corte española, el sorprendido embajador comentó: "*Un pueblo así es invencible*".

Volviendo con el monarca, hay que indicar que el rey ya no viajaba como en otros tiempos, ni veía más porción de sus dominios que la artificiosidad de la corte, donde el minucioso protocolo trasformaba la realidad en una perfectamente acompasada obra de teatro, donde el monarca era actor y público a la vez. Cualquiera ocasión era buena para una mascarada o un sarao, una montería, un *Te Deum* o un baile en El Pardo. Como muestra se podría hacer mención de los actos por la coronación como Rey de Romanos —en Viena—

PABLO MARTÍN GÓMEZ - EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Don Gaspar de Guzmán y Pimentel, Conde duque de Olivares, a caballo. Pintado por Velázquez.

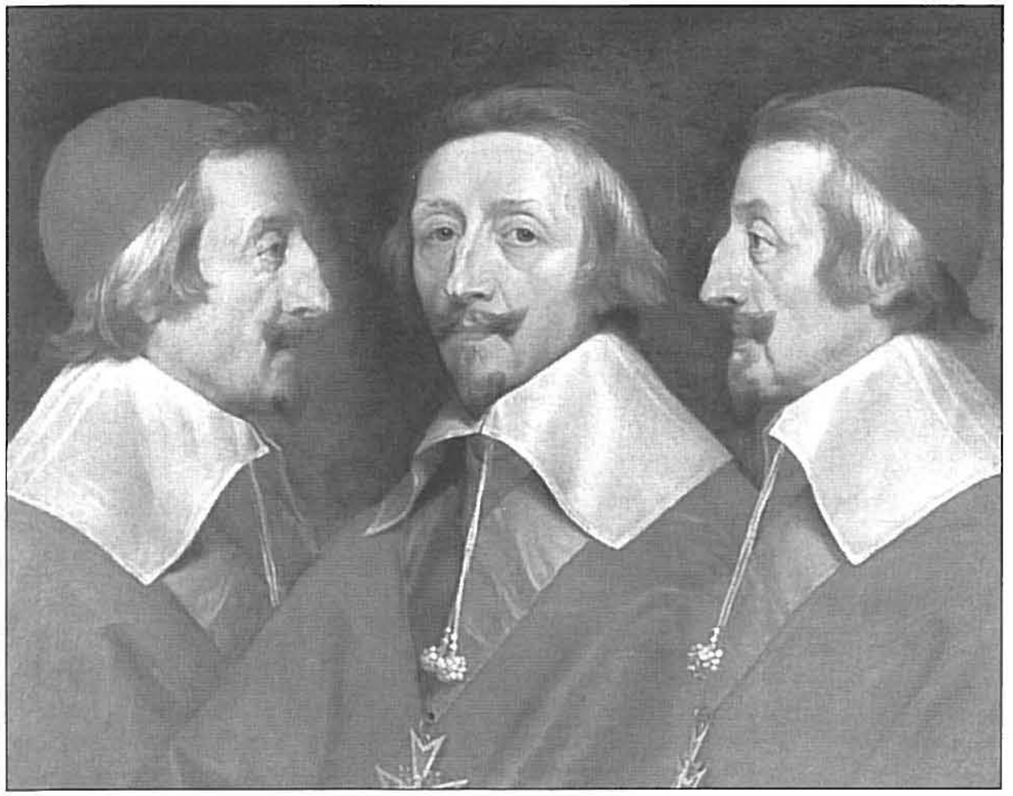
de Fernando III, cuñado del rey Felipe IV. Para celebrar tal evento —que a España, en verdad, le pillaba bastante de lejos— entre el 15 y el 25 de febrero de 1637 se organizaron en Madrid bailes, monterías, mascaradas, luminarias y otras fiestas que sacaron de las arcas reales nada menos que 420.000 escudos. Una suma suficiente para pagar la soldada de un año completo a 8.500 hombres, o lo que es lo mismo, poner en armas cuatro o cinco tercios de infantería de los que por entonces se andaba tan necesitado. Se podría alegar en su defensa que también Felipe II gastó una inmensa fortuna en construir el Escorial. Pero han pasado cuatro siglos y el Escorial sigue ahí, enriqueciendo con su mole el patrimonio del Estado Español, mientras que los montajes y tramoyas, las arquitecturas efímeras y los fuegos de artificio de la corte barroca se esfumaron sin dejar rastro.

La consanguinidad no venía a mejorar la situación. A tales puntos llegaron lo matrimonios entre primos que el rey Felipe IV no tuvo ocho bisabuelos como el común de los mortales, sino cuatro tan sólo. Quitando su buen gusto por la pintura, no pareció heredar virtud destacable alguna de ninguno de ellos. Los que le conocieron afirmaron que era gallardo y de buen carácter, pero completamente ajeno al oficio de gobernar, sin genio ni vocación por la política. Con tan pobre material, que el monarca dejara el poder en manos de un valido puede llegar a parecer un mal menor.

Tras la desaparición política del duque de Lerma, el control sobre el reino y sus dominios terminó en las manos de don Gaspar de Guzmán, al que por detentar los títulos de conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor la historia ha conocido como el conde-duque de Olivares[1]. Hombre enérgico y ambicioso donde los haya que ejerció su cargo con brío, acertadamente en algunos puntos y en otros no tanto. Con una personalidad arrolladora, inteligente y laborioso, sufría de un grave —y tan grave— exceso de megalomanía. Sus órdenes eran enérgicas y completas, sin tener en cuenta la posibilidad real o no de llevarlas a cabo, y sus planes políticos pasaban muchas veces por una imposición tajante que la Corona no tenía fuerzas para llevar a cabo.

Su empeño será mantener a España como potencia de primer orden, recogiendo el guante en todos los desafíos y llevando a sus ejércitos a luchar de una punta a otra del continente, a cruzar los Alpes una y otra vez para batirse lo mismo en

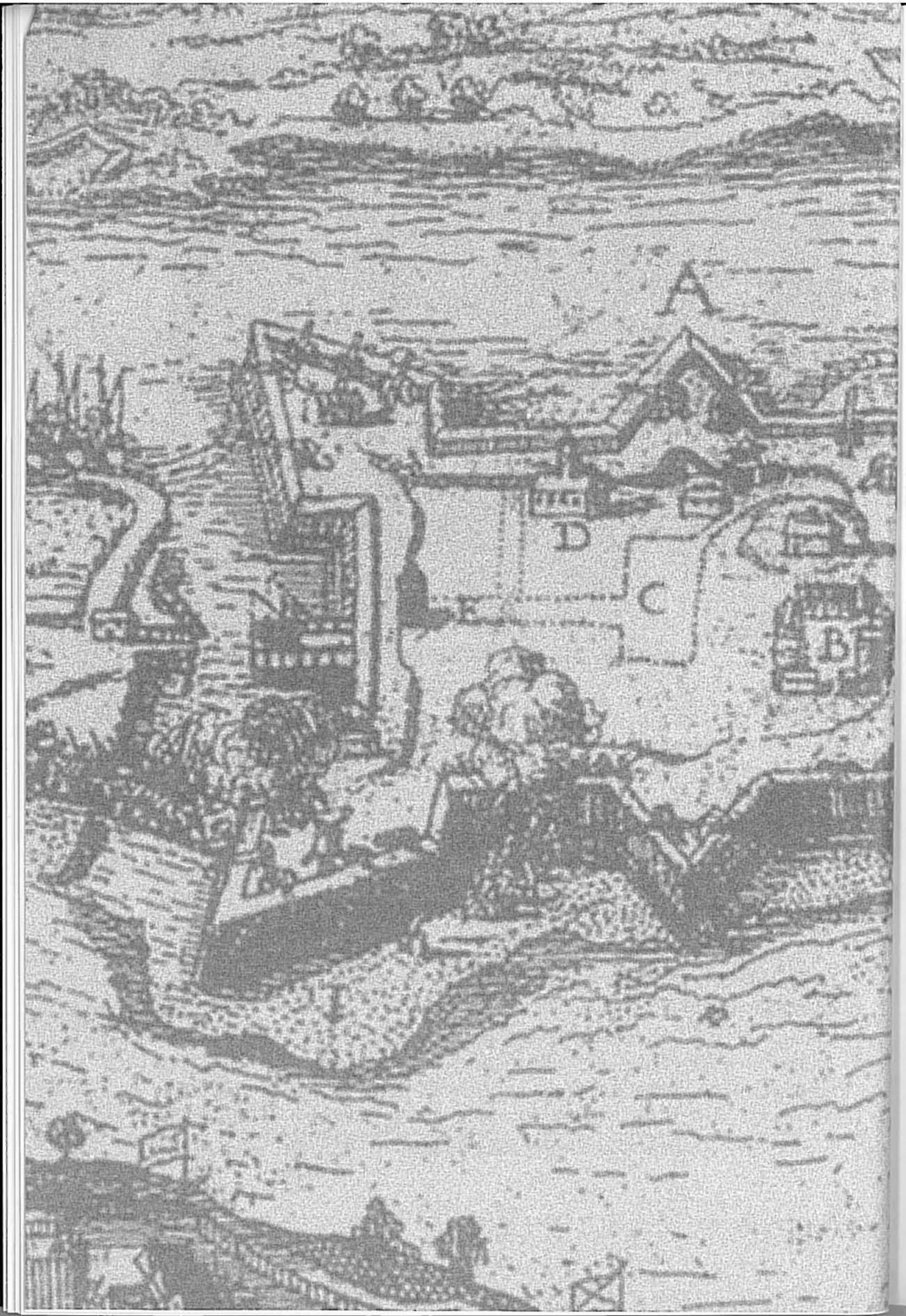
[1] Entre Lerma y Olivares estuvo el breve pero decisivo gobierno de Don Baltasar de Zúñiga.



El cardenal Richelieu

Flandes que en el Palatinado o en Bohemia. Conflictos y enfrentamientos que, vistos desde nuestra perspectiva histórica, muy poco importaban al español de a pie ni iban a poner tasa a los auténticos males del Reino. ¿Quién sabía por entonces dónde estaba la Valtellina, ni conocía el asiento exacto de la fortaleza de Sckenken-Schans? ¿Quién lo sabe ahora? Se volcaron las arcas del reino en el afán de una hegemonía heredada que devoró hombres y dineros hasta terminar vaciando las minas del Potosí, agostando Castilla y enfrentando a unos españoles con otros.

La supremacía española era imposible de mantener a largo plazo. Insostenible desde que se perdió el dominio del mar frente a ingleses y holandeses y desde que Francia —al fin— daba término a sus interminables conflictos internos y se disponía a hacerse un hueco en Europa acorde con su talla. Pero durante cincuenta años más, hasta la mitad del siglo, se hizo aún de temer el poder de España, por el tesón del conde-duque —que a punto estuvo de partir la nación en su empeño— y también por el fuego vivo de sus mosquetes.

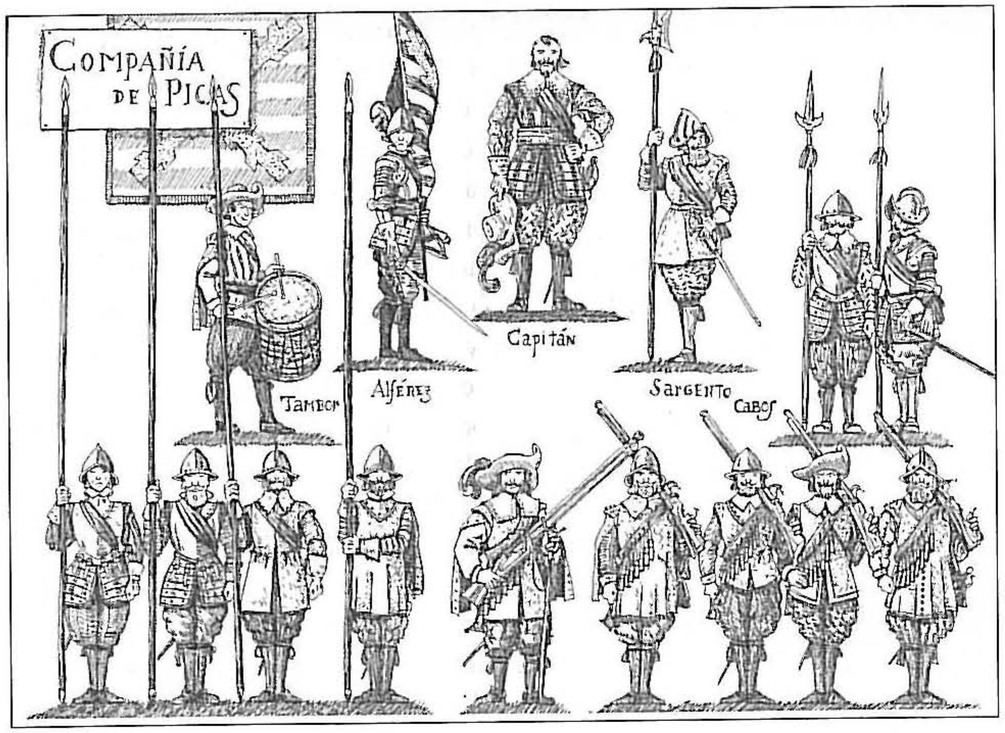


CAPÍTULO II

LA GUERRA EN EUROPA

En la lucha por mantener o derribar el poder de la Casa de Austria, la Guerra de los Treinta Años ocupa un lugar destacado. Lo que en principio comenzó siendo una querella interna en el corazón del imperio germánico, una disputa entre católicos y protestantes en la lejana Bohemia, terminó atrayendo a rivales y contendientes como una piedra de imán para trasformarse en un conflicto general europeo, la más devastadora guerra que iba a conocer el continente hasta las carnicerías de 1914. El inicial enfrentamiento religioso alemán dejó paso a una lucha abierta entre las muy católicas Francia y España. Al final, tal era el encono entre las dos que cuando la guerra llegó a su fin con la paz de Westfalia, en 1648, ambas optaron por seguir batallando a solas, la una contra la otra, durante otros once años, hasta 1659.

Cuando el conflicto comenzó, allá por 1618, España gozaba de un corto periodo de relativa paz. Felipe III había aceptado la tregua de los Doce Años con los rebeldes de las provincias holandesas y hasta con Francia se mantenían unas relaciones casi amistosas desde que Enrique IV muriera en 1610 y



La estructura de mando en una compañía de los tercios, ya fuera de picas o de arcabuces, era sencilla. La gobernaba un capitán y por detrás de él iba el alférez. El único sargento de la compañía era también un oficial, no así los tres o cuatro cabos que dirigían a la tropa ni el tambor. El grueso de la fuerza lo componían los simples soldados, aunque dentro de la clase de tropa también había sus diferencias, ya fueran soldados aventajados, entretenidos o reformados. En los principios de la guerra de los Treinta Años, en una compañía de picas la mayor parte de los hombres portaban esta arma, ya fueran coseletes o picas secas. Un tercio de la tropa eran arcabuceros, completándose el contingente con una docena de mosqueteros o más, aumentando el número de estos últimos a medida que avanzara el siglo.

ocupara la regencia María de Médicis. Frutos de este acercamiento hispano-francés fueron las dobles bodas reales de Luis XIII con Ana de Austria y de Felipe IV con Isabel de Borbón. Pero la paz era precaria, sobre todo desde que el gobierno auténtico de Francia cayó en manos del cardenal Richelieu. Un político templado y calculador que, según contaban, era capaz de imponerse por su sola presencia y la severidad de su silencio. Será el cardenal quien ponga las bases de la gran potencia que será Francia, reforzando la monarquía y eliminando la disidencia interna de los hugonotes.

Pero esos no eran los mayores problemas del reino galo. El gran obstáculo, la gran amenaza, era la cadena que cercaba Francia por sus costados encerrándola y aislándola del resto de Europa. Allí por donde los franceses cruzaban sus

fronteras iban irremisiblemente a dar con las tierras de los Austrias o de sus aliados. Por el noreste se encontraban con los Países Bajos Españoles, gobernados por los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia[2]. Los Países Bajos estaban ligados por el sur con el ducado de Luxemburgo y éste enlazaba sin huecos con el de Lorena, para terminar la barrera con el Franco Condado. Tanto Flandes como el Luxemburgo, Lorena y el Franco Condado estaban bajo el control militar español. Incluso el ducado de Saboya, ya en los Alpes y en teoría independiente, orbitaba en torno a la corte de Madrid. Para Francia el Rin quedaba como una línea inalcanzable y cualquier pretensión de influir o expandirse por los territorios germánicos era una quimera. Y lo sería mientras existiera aquel dique de dominios y señoríos, por cuyo lomo los ejércitos de España iban y venían a su antojo camino de Milán o de Bruselas. Por el sur las posibilidades para Francia eran nulas, pues allí estaban los Pirineos y al otro lado la propia España, con la cuña del Rosellón clavada como una cabeza de puente contra el territorio galo amenazando el Midi y las comunicaciones con Italia. Quitando los puertos de mar el cerco era completo, hasta el punto que algunos llegaban a afirmar que el auténtico corazón del imperio español era Francia.

En principio a Richelieu no le interesaba unirse a una guerra abierta y a gran escala contra los Habsburgo. Las tensiones internas del reino no eran pequeñas, y aunque habría de gastar enormes sumas en vigorizar su ejército y rehacer su flota, el enemigo a batir era demasiado poderoso por el momento. Así que optó

Lucha de jinetes

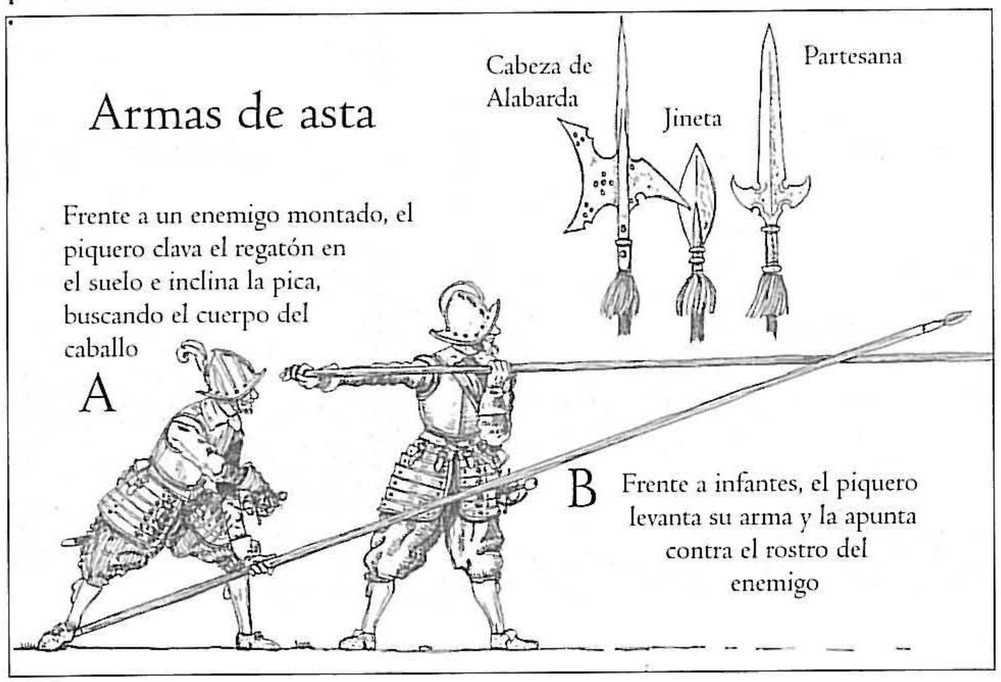
[2] Isabel Clara Eugenia fue la más querida de las hijas de Felipe II.

por unas medidas más cautas, buscando aliados a los que azuzar a la batalla siguiendo sus intereses mientras reservaba sus preciadas fuerzas.

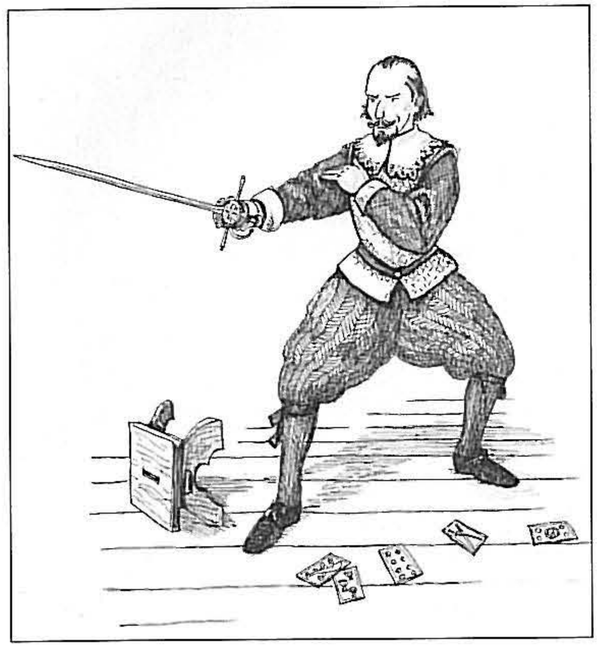
La diplomacia francesa había logrado su primer éxito importante al atraer a su bando al ducado de Saboya. Desde el siglo XVI el ducado de Saboya era aliado de la Casa de Austria. Su posición era vital, pues controlaba los pasos de los Alpes y por ello la comunicación entre los dominios españoles en Italia y el Franco Condado, desde donde —como ya se ha dicho— se podía enlazar con el ducado de Lorena y por él con Flandes. Pero en el siglo XVII no faltaron motivos de roce entre la corte de Turín y el Rey Católico, hasta el punto de llegar al conflicto abierto por la cuestión del Monferrato en 1615.

El marquesado de Monferrato era un territorio minúsculo pero de un gran valor estratégico, pues era la puerta de la Lombardía española. Desde muy antiguo era cuestión de disputa entre los duques rivales de Saboya y Mantua. Disputa

Esta ilustración se inspira en los *Ejercicios de Armas* de Jacob de Geyn. Se ven las dos formas de emplear la pica en combate, ya fuera contra caballería (A) o infantería (B). En la esquina se ven las cabezas de tres tipos diferentes de armas de asta. La alabarda era propia de los sargentos y de las guardias personales de los altos mandos. Las jinetas reconocían a los capitanes, mientras que las partesanas eran propias de los cabos. Estas disposiciones eran generales, y nadie se sorprendería de ver un sargento con una jineta o un guardia armado con una elaborada partesana.



Batalla de Fleurus (detalle).



Un desacuerdo en un asunto de naipes ha hecho que este tirador de espada español saque su acero y se ponga en guardia. El torso de frente, con las piernas separadas y la hoja en línea con la mano que la empuña. La mano libre, y a falta de daga, rodela o capa con la que cubrirse —o incluso sombrero— se colocaba por delante del cuerpo, y si no quedaba más remedio se empleaba en desviar el acero del contrario, pues se pensaba que era preferible quedarse manco de la izquierda que terminar con un *requiescat in pacem.*

que llegó a mayores cuando el duque Carlos Manuel de Saboya decidió ocuparlo militarmente alegando supuestos derechos de herencia. Y aún más, pues el duque se declaró "*Liberador de Italia*" y llamó a los demás príncipes de la península para juntos romper el yugo español.

No le salieron bien las cosas a Carlos Manuel de Saboya, que se vio solo frente al belicoso Don Pedro de Toledo, gobernador español de Lombardía. Ni siquiera la belicosa Venecia, enemiga abierta de España, se puso de su lado.

Es cierto que la política de Felipe III y su valido, el duque de Lerma, tenía un marcado carácter pacifista. Pero muy diferente era el talante de los virreyes y embajadores españoles en Italia, gente de mucha valía y partidarios de las soluciones enérgicas. Más aún frente a la traición de un antiguo aliado como Carlos Manuel de Saboya, cuyo padre había sido uno de los héroes de la batalla de San Quintín. El caso fue que los tercios intervinieron a fondo, derrotando a los de Turín primero en Asti y luego en Apertola, invadiendo el ducado de Saboya y acorralando a Carlos Manuel contra los Alpes. La Paz de Pavía puso fin a la campaña y el Monferrato volvió al ducado de Mantua. Pero aunque en teoría la guerra había sido una victoria de las armas españolas, sus resultados a largo plazo no pudieron ser peores. No tardó la resentida Saboya en buscar

La escuela de esgrima francesa, desarrollada a lo largo del XVII, mantenía unos principios muy diferentes de la italiana o española, como se aprecia en la figura. Este espadachín galo, en el mismo trance que el español de la ilustración anterior, se coloca con todo el cuerpo en línea con su hoja, con el hombro derecho hacia su adversario y el izquierdo atrás, con la cabeza girada buscando a su oponente. La mano izquierda no interviene en la lucha y tan sólo se emplea para equilibrar. El cuerpo queda hacia atrás para sacar el máximo de profundidad en una estocada a fondo.

nuevos protectores y no tardó la corte de París en atraerla a su lado con un doble beneficio para sus intereses. El cambio de bando de Saboya cerraba para España los pasos occidentales de los Alpes, complicando enormemente la ruta entre Milán y Bruselas, y además dejaba estos mismos pasos alpinos abiertos para los ejércitos franceses, que así se veían con posibilidad de intervenir en Italia.

Ya con la corte de Turín de su lado, el gobierno y el oro francés respaldaron a todos los enemigos de la Casa de Austria que tuvieron a su alcance, ya fueran los holandeses o los príncipes protestantes alemanes y escandinavos. Finalmente, fallando una tras otra esas herramientas, la propia Francia se metió de llenó en la guerra uniéndose al bando protestante en 1635. No vivió lo bastante el viejo cardenal Richelieu, pues cuando le llegó su hora, el 4 de diciembre de 1642, aún no se había logrado ninguna victoria de peso. Sería su sucesor, el también cardenal Mazarino, al servicio del muy joven Luis XIV, quien habría de recoger los frutos de la política de Richelieu. Ya en la segunda mitad del XVII la victoriosa Francia fijaría definitivamente sus fronteras en el Rin, anexionándose el Franco Condado, Alsacia y Lorena, invadiendo Holanda y llevando sus fuerzas hasta el corazón de Alemania. Es más, el nuevo siglo XVIII vería al nieto del Rey Sol sentado en el trono de España y a la Casa de Borbón reinar sobre las Indias.

Pero esos triunfos franceses se encontraban aún muy lejos en 1618, al empezar la Guerra de los Treinta Años. El siglo XVII estaba en sus comienzos y España era la principal potencia de Europa, que tomaba como suyo cualquier conflicto que estallara por muy apartado que estuviera de su territorio. Y eso incluía a los que se producían en la lejana Alemania.

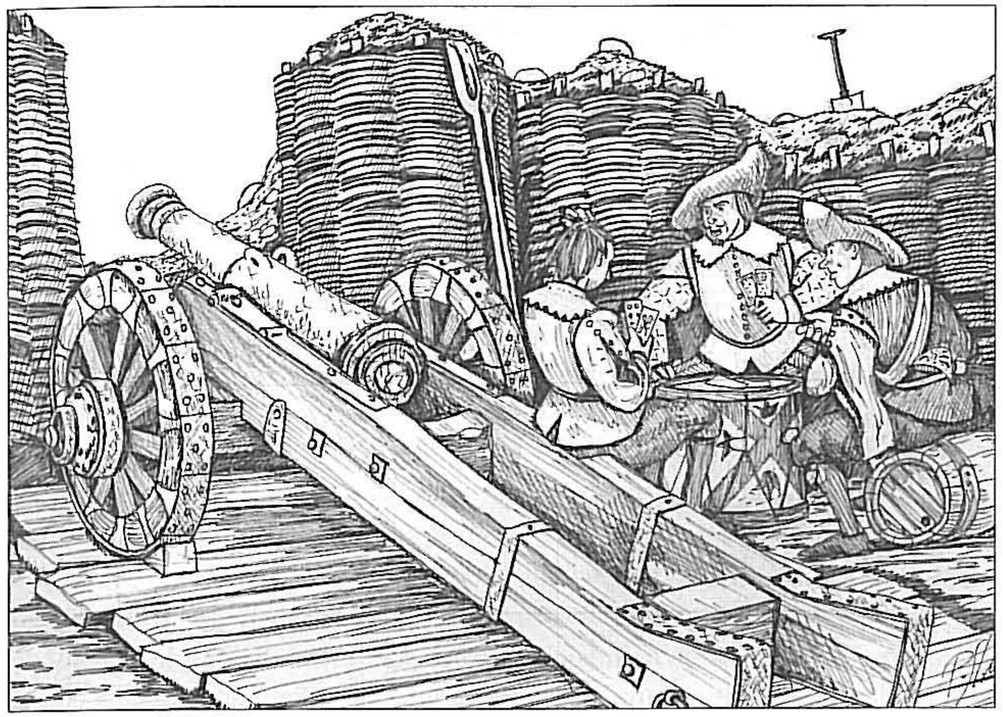
✠

LA FASE ALEMANA

En torno al 1600 el Sacro Imperio Romano de la Nación Germánica contaba con unos veinte millones de habitantes repartidos entre más de mil unidades políticas diferentes. Un dédalo de reinos, principados, ducados, obispados y ciudades libres, sometidos teóricamente —sólo teóricamente— a la rama alemana de los Habsburgo. La fragmentación política era tan densa que cada nave que bajaba por el Rin desde Maguncia a Colonia tenía que pagar impuestos en once puestos aduaneros diferentes, todos dotados de su correspondiente cañón para disparar contra cualquier embarcación que pretendiese seguir adelante sin abonar los derechos de paso. Mientras más pequeña era la unidad política, más celosos estaban sus gobernantes de las prerrogativas y derechos que les amparaban, de los que hacían un uso puntilloso. En verdad, el poder del emperador era tan sólo tangible en sus propios territorios patrimoniales[3], mientras que el resto de Germania era controlado por príncipes, electores, obispos y caballeros imperiales, algunos marcadamente hostiles al gobierno de Viena.

Aunque los reyes y emperadores de la Casa de Austria habían destacado y destacarían como fervientes defensores de la causa católica, desde 1555 en Alemania se mantenía un somero equilibrio con los protestantes, ratificado por la Paz de Augsburgo. Por esta paz se reconocían los derechos de los príncipes luteranos y de sus súbditos dentro del Imperio, con un meticuloso reparto de jurisdicciones que vino a complicar —aún más— el ya de por sí complejo mapa del Sacro Imperio. Pero si Viena aceptaba en parte las pretensiones de sus súbditos luteranos, no pasaba lo mismo con los calvinistas. Mucho más activos y militantes en los asuntos de la fe, los adeptos de Calvino no eran tolerados

[3] Los dominios reales de la casa de Habsburgo se dividían en territorios hereditarios —la Alta y Baja Austria más el Tirol— y los electivos —el reino de Bohemia y el de Hungría, éste fuera del Imperio y con una buena parte en poder de los turcos—.



En un momento de calma durante un asedio un ingenuo artillero juega a las cartas con dos soldados de infantería, uno de ellos tambor. Los tres personajes le dan a los naipes en una posición avanzada, a cubierto por los cestones rellenos de tierra. Delante tienen un "medio cañón" emplazado en batería. Además de la protección que le dan los cestones, la pieza está colocada sobre un suelo basto de tablones para tener más facilidad a la hora de colocarlo en posición después de cada disparo sin que se hundiera en el barro que provocaban las lluvias. A su lado se ve la cuchara de cargar la pólvora y la lanada para apagar las ascuas que pudieran quedar entre disparo y disparo.

por la casa imperial y despertaban gran recelo incluso entre los demás protestantes. Pero el calvinismo estaba fuertemente arraigado en el norte y el este de Alemania y no eran pocos los gobernantes que se reconocían abiertamente seguidores de la doctrina de Calvino, tal y como hizo el elector del Palatinado, Federico V, adversario de la casa imperial.

En 1616 los aires de guerra se sentían en Alemania. Los príncipes llenaban sus arsenales de pertrechos y enrolaban mercenarios, mientras que las villas reparaban sus viejas y anticuadas fortificaciones. La tormenta se veía llegar, pero no comenzó a tronar hasta los últimos años del emperador Matías.

Bohemia era uno de los reinos ubicados dentro de las fronteras del Sacro Imperio y en 1617 heredó su trono el archiduque Fernando de Estiria. Sobrino

del emperador Matías e importante miembro de la casa de Habsburgo, Fernando de Estiria había sido educado en el colegio de los jesuitas de Ingoldstad y tenía una merecida fama de católico intransigente. Eso alarmó a los parlamentarios protestantes de la Dieta de Bohemia, que reunidos en Praga en 1618 y viéndose en mayoría, destituyeron a Fernando y rechazaron a sus representantes[4], negando sus derechos sobre la Corona Bohemia. Depuesto Fernando de Estiria la asamblea coronó en su lugar al elector Federico V del Palatinado, el más destacado de los príncipes calvinistas y rival de la Casa de Habsburgo.

Pero no iba a durar mucho el "Rey de Invierno"[5]. Al poco moría el emperador Matías y el llamado para sucederle no era otro que su sobrino Fernando de Estiria, que así se ceñía la corona en Viena con el nombre de Fernando II. El mismo Fernando que poco antes había sido rechazado por la Dieta de Bohemia y que ahora se veía con nuevas fuerzas y recursos para hacer valer sus derechos y cobrar por la ofensa.

El nuevo emperador tenía la intención de aplastar a los rebeldes de Praga y de camino dar un sobrado escarmiento a los protestantes. Para ello contaba con el apoyo de la Liga Católica que encabezaba el duque de Baviera, a cuyo servicio se encontraba el que tendría que ser uno de los generales más famosos de la guerra: Jean t'Serclaes, conde de Tilly. No debía parecer esto suficiente al emperador Fernando II, que en nombre de la eterna alianza entre las dos ramas de los Habsburgo solicitó el apoyo de la temible infantería de su primo, Felipe III, rey de España.

Cabría preguntarse qué le debía España a los Habsburgo austríacos como para llevar sus ejércitos a Alemania. Desde la muerte de Carlos I el trono hispánico había estado claramente separado de la Corona imperial. Con la abdicación y muerte del César Carlos el primero pasó a su hijo Felipe II, del que saldría la rama española de los Austrias, y la segunda fue para su otro hijo, Fernando, con la rama germánica. Dos familias diferentes desde entonces, con muy distintos intereses, aunque manteniendo fuertes lazos de alianza entre Viena y Madrid.[6]

[4] Y tanto que los rechazaron, como que terminaron todos lanzados por la ventana dando origen a la famosa "Defenestración de Praga" de 1618. Defenestrar es arrojar a alguien por una ventana, se sobreentiende que desde una cierta altura.

[5] Así conoce la historia al corto reinado del calvinista Federico V sobre Bohemia.

[6] Desde los tiempos del emperador Maximiliano, padre de Felipe "El Hermoso" y abuelo de Carlos I, la familia de los Habsburgo es conocida en España como Casa de Austria. Salvando algunos matices los dos términos pueden ser considerados como sinónimos.

Pero esas supuestas alianzas fraternales no habían bastado para mover a los austríacos en ayuda de los españoles. Las fuerzas del emperador no asomaron por la guerra de Flandes y tampoco se las vio uniéndose a la Liga Santa cuando el Turco amenazaba Italia entera. En aquella ocasión el emperador prefirió quedarse al margen por temor a romper su tregua con la "Sublime Puerta"[7] en Hungría.

En principio, el conflicto sobre quién debería o no ser el rey de Bohemia, ya fuera el católico Fernando o el calvinista Federico, no era asunto del interés de España. Si el emperador quería meter en cintura a sus súbditos levantiscos poco le afectaba a los asuntos de Madrid, como el de Viena no había movido un dedo cuando la sublevación de las Alpujarras.

El Consejo de Estado trató sobre la posible guerra de Bohemia con atención. En los años finales del reinado de Felipe III, dentro y fuera del Consejo se habían decantado dos facciones enfrentadas. El duque de Lerma había detentado el poder hasta entonces como privado del rey, llevando adelante con

Victoria de Fleurus

[7] "La Sublime Puerta", o "La Puerta" tan sólo, es una referencia al sultán turco.

sus partidarios una política apaciguadora, cuyo mayor fruto había sido la Tregua de los Doce Años con los holandeses. Lerma prefería emplear las fuerzas militares españolas en dar un golpe definitivo contra los piratas de Argel. Pero en 1618 al duque de Lerma le quedaba poco del favor del rey. Por entonces el personaje más influyente en la corte era Don Baltasar de Zúñiga, hombre clave en el Consejo de Estado y que encabezaba un grupo activo y belicista que quería retomar una política como la de Felipe II o Carlos V.

Recordaba Don Baltasar de Zúñiga el tratado de Graz, por el que Fernando de Estiria se ofrecía a ceder a España la soberanía sobre Alsacia a cambio de la ayuda prestada en la guerra de los uzkoks de 1616[8]. Si ya de por sí la tentación de inmiscuirse en los asuntos tudescos no era pequeña, más interesante era aún la posibilidad de hacer efectiva la ocupación de Alsacia o incluso controlar militarmente una porción de Alemania, con lo que se podría ampliar el cerco a Francia y mejorar notablemente el enlace entre Italia y los Países Bajos. Además, no había que olvidar que el rey de Bohemia tenía el rango de elector, es decir, era uno de los siete príncipes laicos y eclesiásticos que elegían al nuevo emperador. De conservar Federico el trono de Praga el equilibrio entre católicos y protestantes podía romperse y —*Dios no lo quisiera*— la Casa de Habsburgo perder el cetro imperial

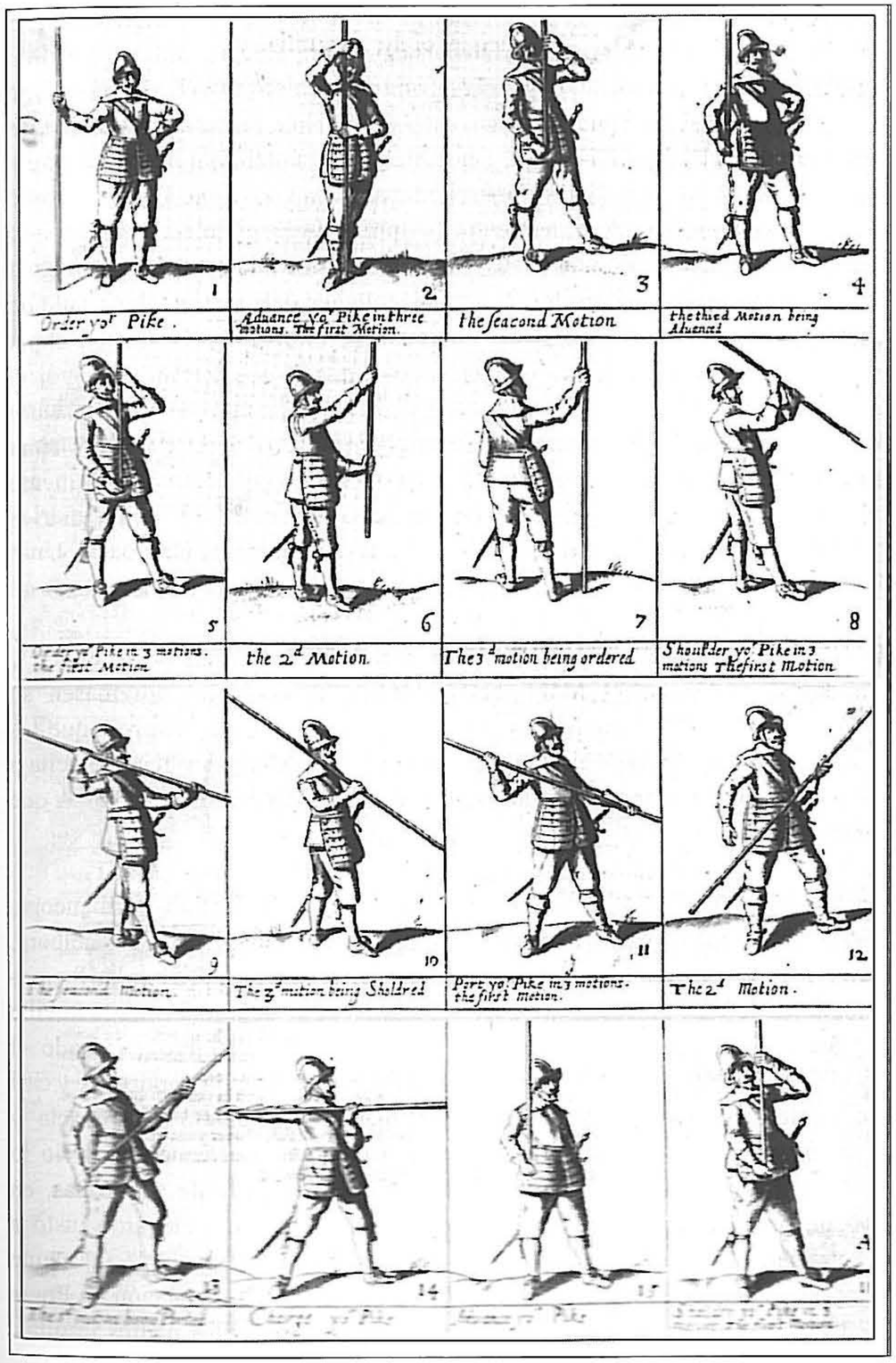
Estas razones decidieron por fin. El bando del duque de Lerma perdió la disputa y aún más, pues al poco el duque tuvo que dejar los asuntos de estado e incluso tomar los hábitos para ganar la protección de la Iglesia y evitar males mayores[9].

Siguiendo la disposición de Don Baltasar de Zúñiga, la Corona de España se unió a la guerra, por supuesto como aliada del Imperio y enemiga de Federico, elector del Palatinado y —desde su punto de vista— usurpador de la Corona de Bohemia, además de calvinista recalcitrante.

Página siguiente. Después de su primera publicación en 1607, los *Ejercicios de las Armas* fueron un completo éxito editorial y se tradujeron a media docena de lenguas. Aquí se ven los dieciséis primeros movimientos del piquero pedagógicamente explicados.

[8] Los uzkoks —en servio *refugiados*— eran eslavos huidos del avance turco y afincados en el puerto de Zengg, en el Adriático. Desde allí - —junto con algunos corsarios españoles de Nápoles— atacaban por igual a las naves turcas que venecianas. El Imperio y España los emplearon para hostigar a Venecia hasta que dejaron de ser útiles y fueron severamente castigados.

[9] Cuando se retiró de la política la fortuna personal del duque de Lerma, sin contar sus dos palacios y otras propiedades, ascendía a 130 millones de escudos, o lo que era lo mismo, las rentas de la corona la Corona de cinco años.



Don Ambrosio Spínola, general en jefe de las fuerzas españolas en Flandes, recibió la orden de marchar hacia Germania con 10.000 infantes y 3.000 jinetes. Los servicios de inteligencia funcionaron bien, pues hasta el último momento tanto los Estados holandeses como los protestantes alemanes pensaban que el golpe iba contra Bohemia y que aquel contingente buscaba unirse a las fuerzas imperiales que se juntaban para caer sobre Praga. Pero no era así y el genovés llevó sus tercios por sorpresa contra el Palatinado, dominio personal del elector Federico. Un territorio de un considerable valor estratégico para España, pues controlaba el curso medio del Rin y las rutas de comunicación entre Holanda y centroeuropa.

Spínola avanzó por la orilla izquierda del Rin yendo corriente arriba hasta Worns. Su objetivo fundamental era la importante plaza de Oppenheim, en el corazón del Palatinado. Pero no iba a ser fácil dar un asalto directo a esa ciudad-fortaleza, pues la defendían no menos de 24.000 mercenarios holandeses, ingleses y alemanes a las órdenes del general Hansback. Unas fuerzas que duplicaban a las del general genovés.

Pero donde fallaba el número, triunfaba la maniobra. Spínola cruzó el Rin y comenzó a remontar el Main, dejando que sus enemigos adivinasen su intención de ir contra Frankfurt y fueran a cerrarles el paso. Una vez que los tuvo descolocados y lejos de Oppenheim, Don Ambrosio hizo dar la vuelta a sus tercios y en una marcha forzada se plantó ante la desguarnecida ciudad, que tomó por asalto.

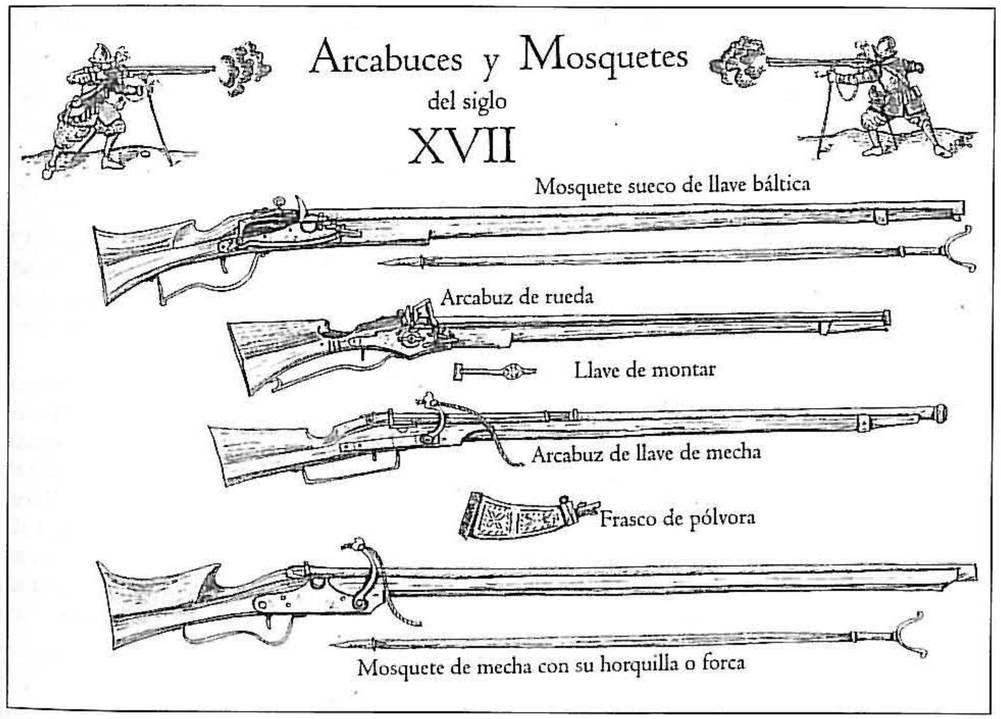
La campaña terminó con el control español del Palatinado. Sólo permanecían fieles al elector Federico las tres grandes plazas fuertes de Heidelberg, Mannheim y Frankenthal. Las dos primeras fueron conquistadas por las fuerzas imperiales de Tilly en 1622, y la guarnición inglesa de la última entregó la villa a los españoles. Dueño de la mayor parte del suelo enemigo y ganado el dominio de las dos orillas del Rin sin tener que dar una batalla importante y casi sin perder recursos, Spínola ofreció un magnífico ejemplo de eficacia y economía de fuerzas. Una vez asegurado el Palatinado el genovés se vio lo bastante holgado como para mandar al Imperio una parte de sus tropas, en concreto tres tercios de valones y uno de napolitanos, que llegaron justo a tiempo para unirse a los ejércitos del conde de Tilly y participar en la aplastante victoria de la batalla de Montaña Blanca y en la posterior ocupación de Praga de 1621. El emperador Federico volvía a Praga, y con él los padres jesuitas,

dispuestos a extirpar de aquellas tierras el mal de la herejía. Los piadosos hermanos vieron con muy buenos ojos cómo el emperador y rey de Bohemia arrancaba las primeras malas hierbas, ejecutando a los veintisiete líderes de la revuelta de 1618 que había logrado capturar.

Terminado su "Reino de Invierno", expulsado a cañonazos de Bohemia y con sus dominios en el Palatinado ocupados por los tercios españoles, el elector Federico tuvo que exiliarse y buscar refugio en La Haya. La fase alemana de la guerra podía darse por concluida y el triunfo del bando católico era incuestionable. En el mismo 1621 moría en España Felipe III y subía al trono el joven Felipe IV con tan sólo 16 años. Heredaba una excelente situación estratégica, pues la conquista de Renania y del Palatinado reforzaba la unión entre Flandes y Austria y, a través de ésta, con Italia. Una *Germania Española* que ni las Provincias Rebeldes, ni Francia ni los propios protestantes alemanes podían permitir que durase.

La Guerra de los Treinta Años no había hecho más que comenzar.

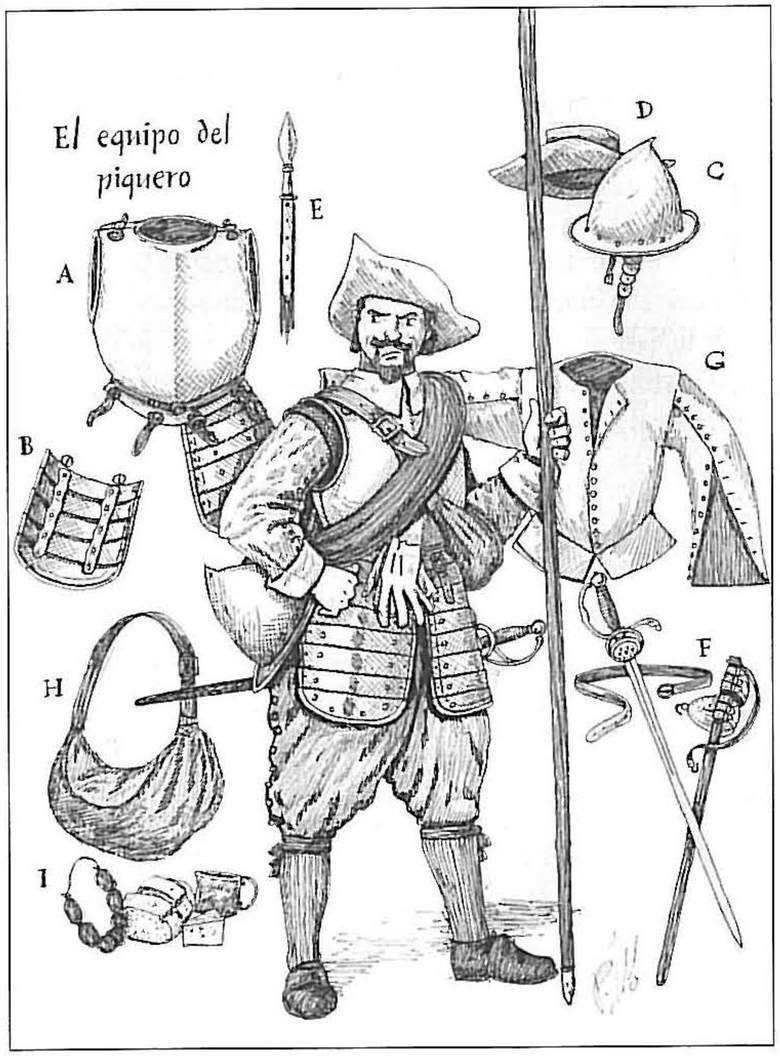
✠

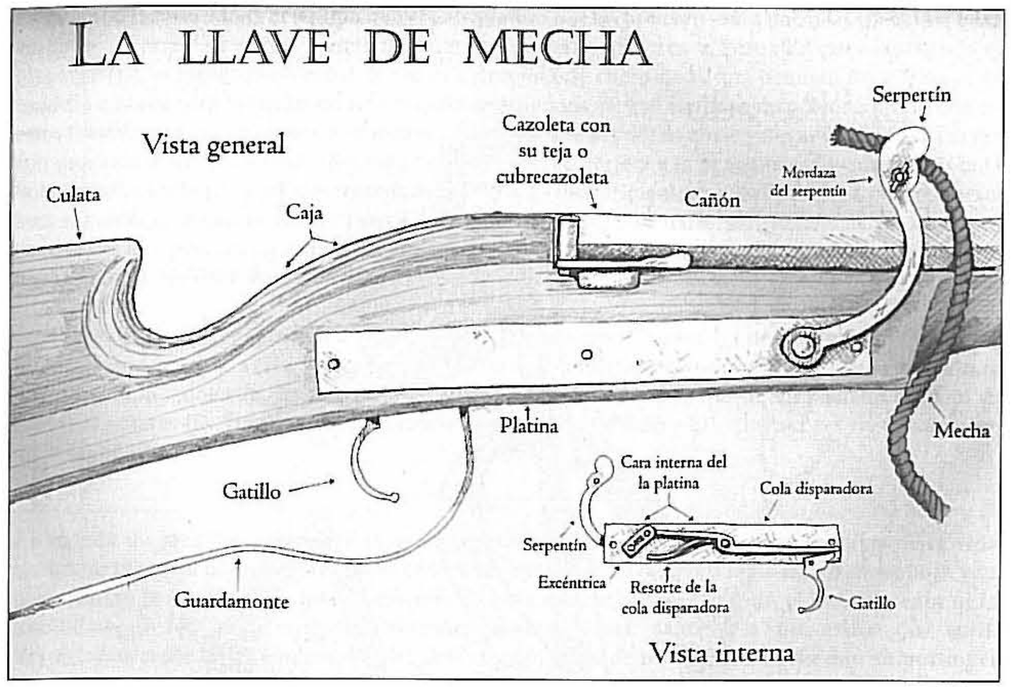


SOLDADOS Y ARMAS

PIQUERO CON EQUIPO DE MARCHA

A.- Coraza con escarcelas, de modelo antiguo con hebillas en los hombros.
B.- Parte posterior de una escarcela mostrando los remaches de sujeción de las distintas lamas de acero y las bandas de cuero que las mantienen en su sitio dándoles cierta flexibilidad.
C.- Capacete.
D.- Sombrero de fieltro, más cómodo y ligero que el casco y usado con frecuencia en las marchas o fuera de servicio.
E.- Cabeza de la pica, con aletas para evitar el quebranto de la punta.
F.- Espada con su talabarte de sujeción al cinturón.
G.- Jubón de paño bajo la coraza con mangas abotonadas.
H.- Bandolera para llevar el equipaje personal.
I.- Víveres para el camino.



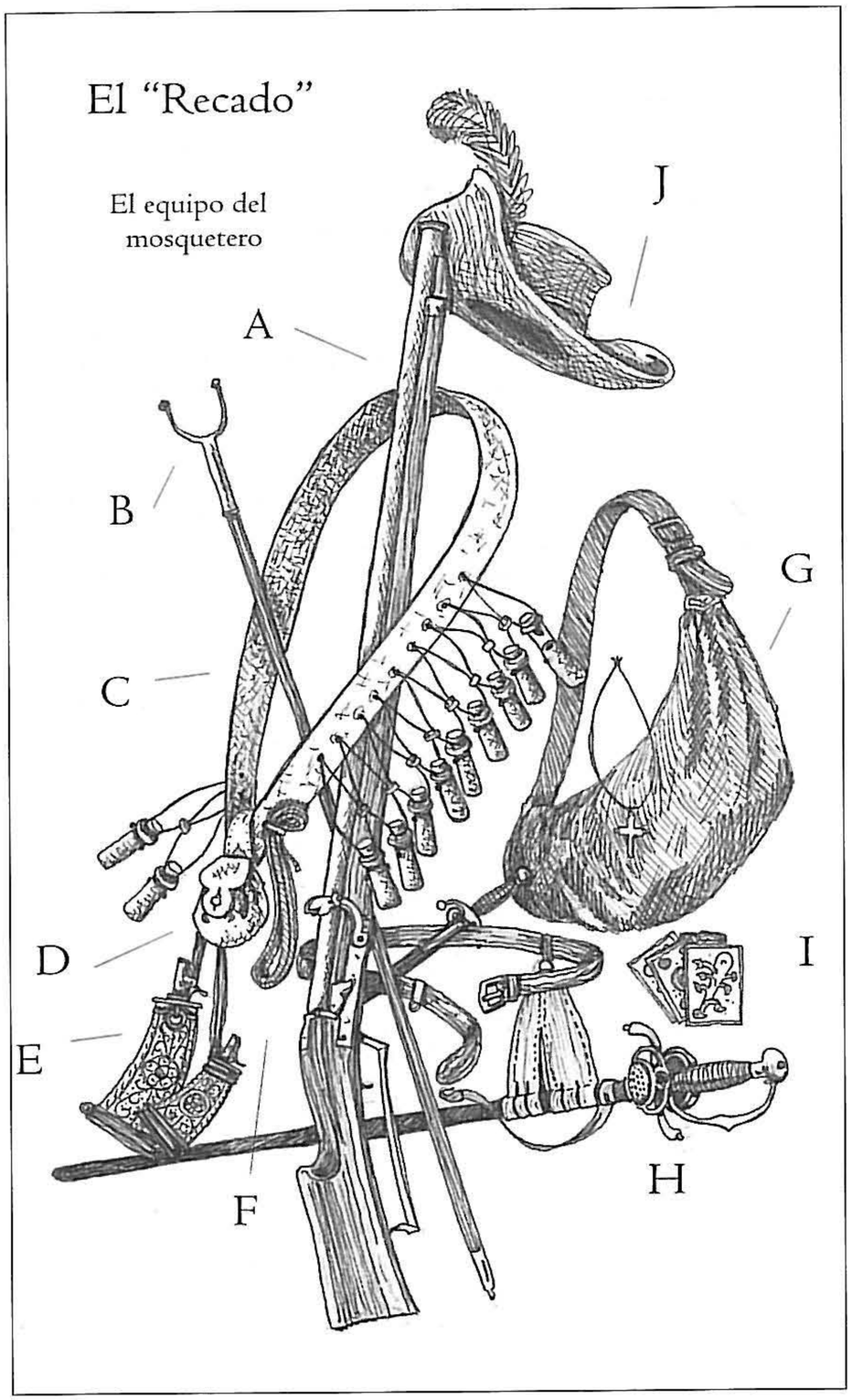


La llave de mecha era simple, barata y fácil de fabricar, aunque su propia simplicidad complicaba su empleo.

Las cajas de madera eran gruesas y sólidas, y en su cara derecha se labraba un hueco para alojar el mecanismo, cerrado por una platina de metal. Las diferentes piezas y resortes iban fijos a la platina. El elemento clave era la cola disparadora, que permanecía en posición gracias a un fuerte resorte de acero. Un extremo de la cola descansaba sobre el gatillo, mientras que el otro movía el serpentín por medio de una pieza excéntrica que trasformaba en giro el subir y bajar de la cola. Al apretar el gatillo la parte trasera de la cola disparadora se levantaba forzando el resorte, mientras que la delantera bajaba obligando al serpentín a descender.

El serpentín ¼o sierpe¼ tenía en su extremo superior una mordaza sujeta con una palomilla donde se colocaba uno de los extremos encendidos de la mecha. En su posición habitual el muelle de la cola de disparo mantenía al serpentín alto, pero al hacer fuego bajaba y acercaba el ascua encendida sobre la cazoleta.

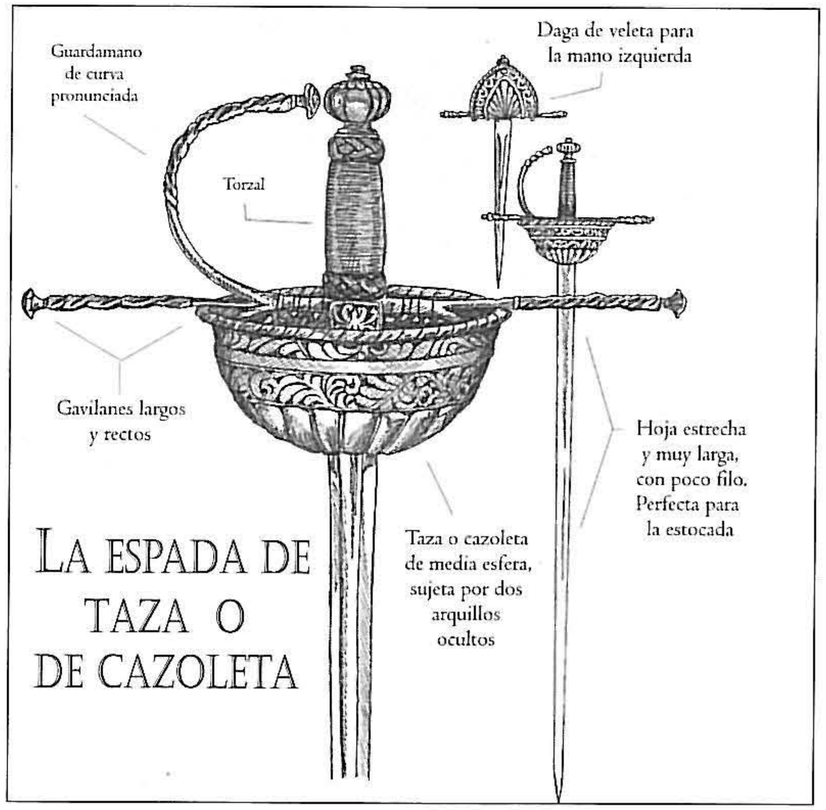
La cazoleta era un minúsculo recipiente que se llenaba con pólvora fina de cebar. Esta cazoleta formaba una única pieza con el cañón y se comunicaba con su interior o ánima por medio de un fino orificio, el oído. Para proteger la pólvora del viento o la lluvia y para evitar un disparo involuntario se usaba la teja o cubrecazoleta, que se podía mover a voluntad en un plano horizontal. Una vez retirada la teja y apretado el gatillo el serpentín bajaba y prendía la pólvora de la cazoleta con su mecha. La llama pasaba por el oído hasta el interior del cañón, inflamando la carga de pólvora que allí esperaba lista para mandar su bala cañón adelante, y más allá hasta la cabeza de algún desgraciado.



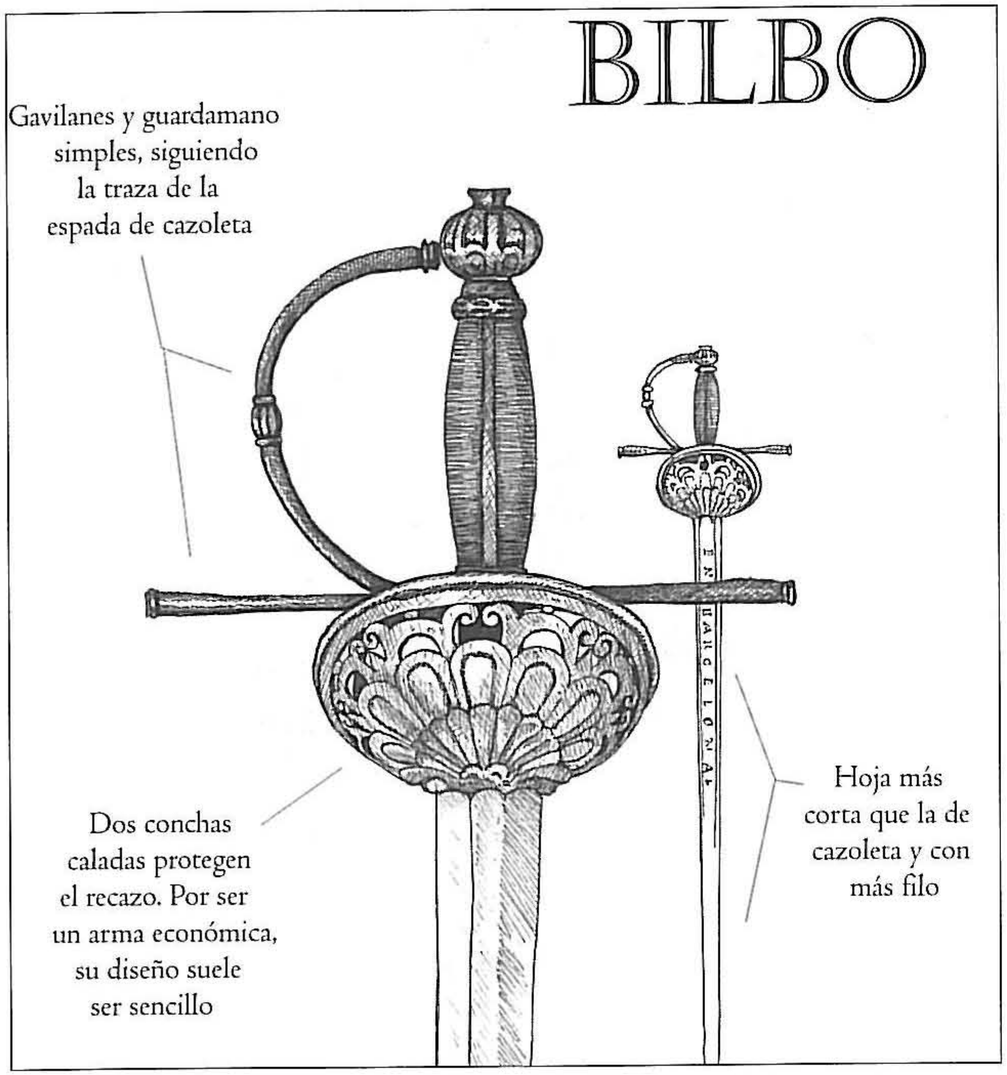
Se llamaba recado a todo el equipo que el mosquetero o el arcabucero tenía que portar encima para cargar y recargar su arma. Aparte de su mosquete (A) y su forca u horquilla para sostenerlo al disparar (B), el mosquetero debía llevar una dragona de cuero de la que pendían doce frascos de madera o algún otro material no férreo que contenían las cargas medidas de pólvora. Cada uno de estos frascos colgaba de un par de cordones de forma que se podían abrir y llevar al cañón del arma con una sola mano y sin tener que soltarlos de la correa. Sujeta a la dragona se llevaba también la bolsa con las balas (D) y los dos frascos de pólvora. Estos recipientes se realizaban en cuero, hueso, asta o madera, nunca con hierro para evitar alguna chispa de nefastas consecuencias. El frasco grande llevaba pólvora en grano para rellenar las cargas individuales, y el pequeño la llevaba fina para cebar la cazoleta. Junto a ellos (F) iban las mechas de repuesto.

Fuera ya del recado propiamente dicho estaba la bandolera (G) para las propiedades personales y la indispensable espada (H), sujeta por su talabarte al cinturón y en este caso acompañada por una daga de mano izquierda. No era raro encontrar entre las pertenencias de un soldado español su baraja de cartas (I). Terminaba el conjunto su sombrero de fieltro (J), que por ser de mosquetero solía llevar plumas.

La espada de taza o cazoleta era el arma propia para resolver los lances y desafíos de la vida civil. Mortífera en la lucha individual contra un oponente no acorazado, lo ligero de su hoja y su poco filo no la hacían muy adecuada para la vida militar, donde no todo el mundo tenía ni la habilidad ni los conocimientos necesarios para sacar partido a un arma tan sutil. Tradicionalmente no se empleaba sola, sino en compañía de una daga de vela que en ocasiones iba provista de añadidos para sujetar o romper la hoja del contrincante.

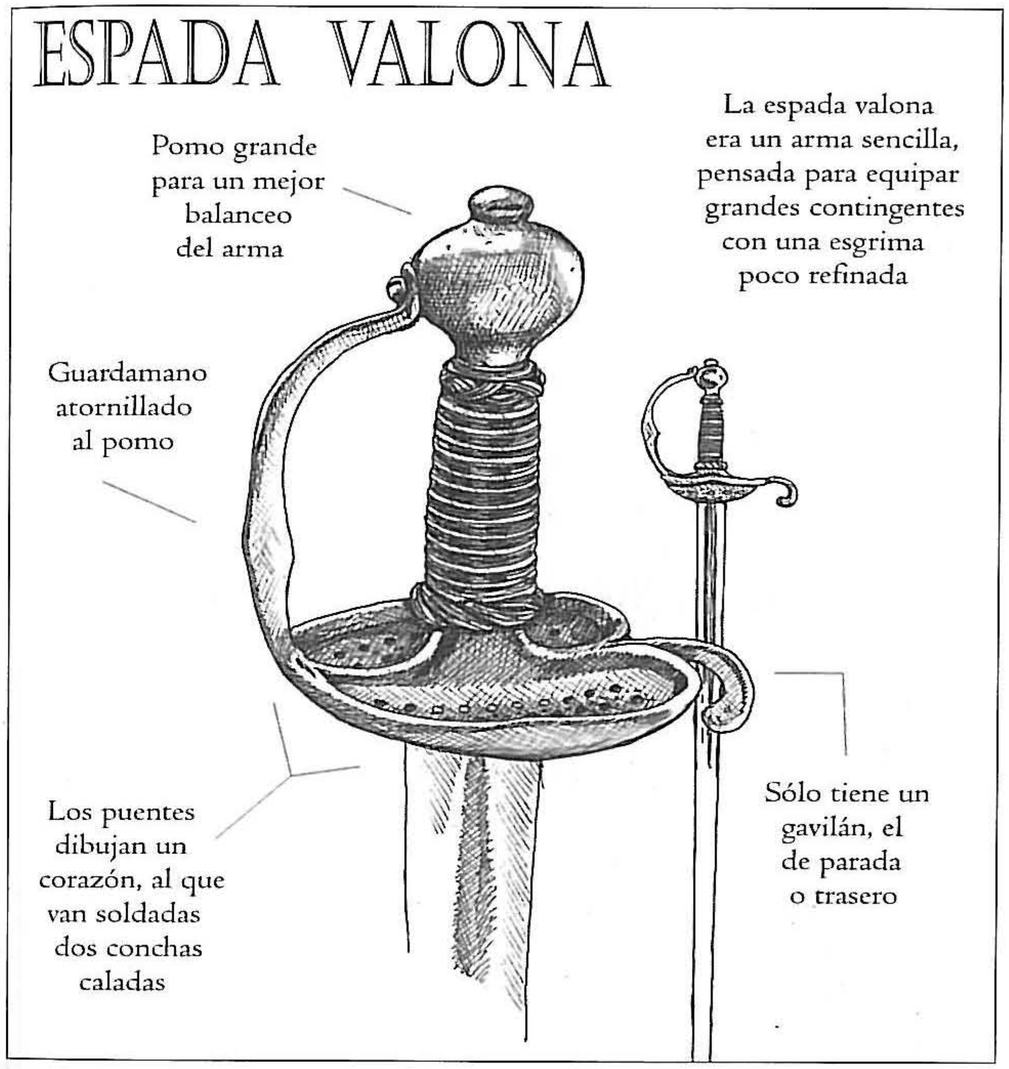


BILBO

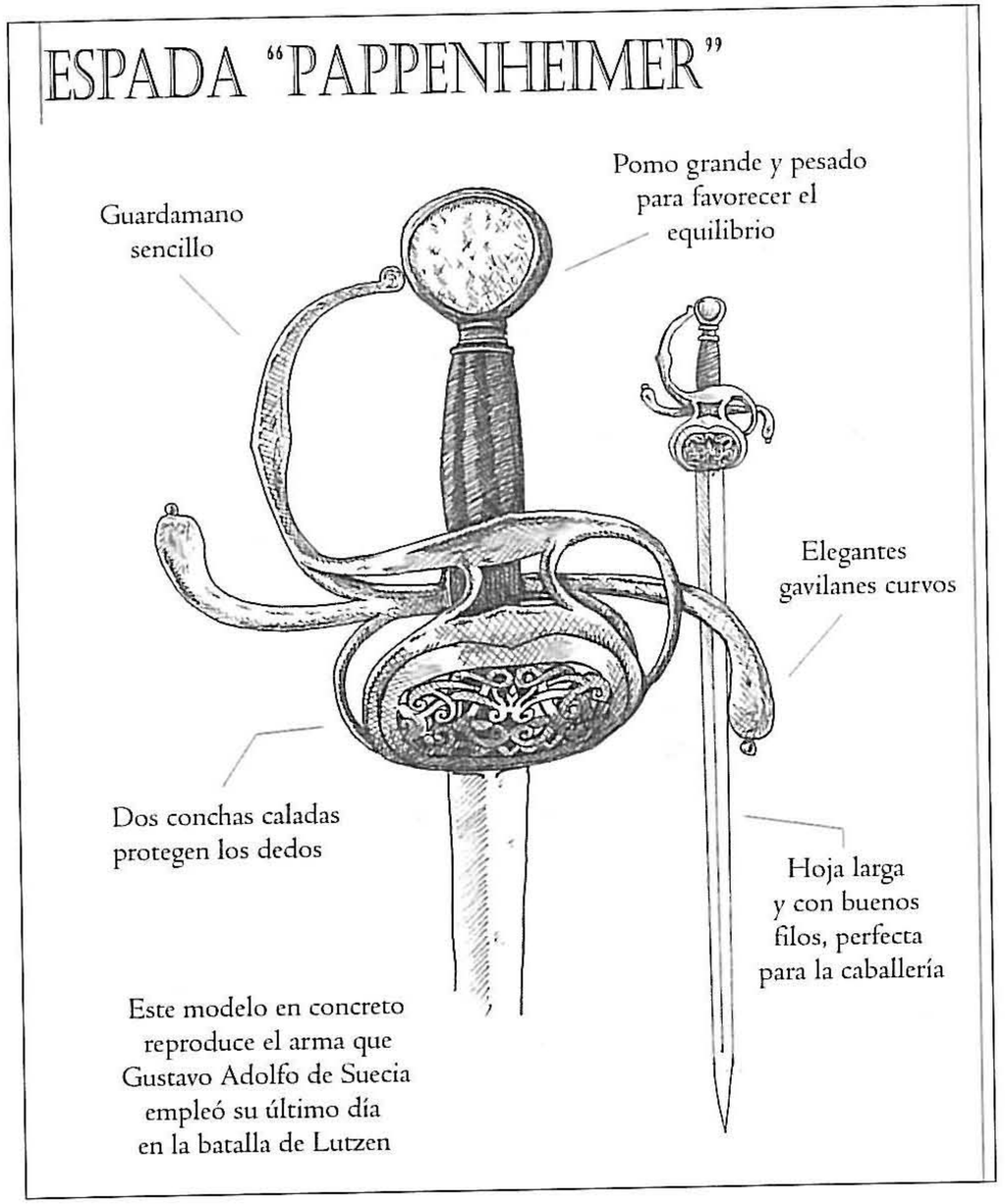


El bilbo era una versión más simple y militar de la espada de taza. No presentaba una única cazoleta, sino dos conchas.

ESPADA VALONA



La espada valona era un arma simple y eficaz pensada para el ámbito militar. No estaba diseñada para finezas de esgrima, como se aprecia en que tenga las conchas soldadas con los gavilanes, por lo que es imposible pasar el dedo índice sobre ellos para una mejor presa. Aún así, la espada valona ofrecía una protección aceptable para la mano.



Entre los aceros el gran protagonista de la guerra de los Treinta Años fue la espada Pappenheimer. Arma de caballería, recibía el nombre de uno de los más famosos generales imperiales y fue empleada abundantemente por todos los bandos de la contienda.
Normalmente las pappenheimers presentan un elegante juego de ramas como las antiguas espadas de lazo, con puentes y arquillos, pero simplificado por la presencia de dos conchas caladas que ofrecen una excelente protección para los dedos sin tantas complicaciones. Se la podría poner como el arquetipo de la espada militar, buena para la estocada y la lucha individual a la vez que recia y afilada para dar tajos tanto a pie como a caballo.

La espada mortuoria era un modelo típicamente inglés relacionado con la guerra civil. Pero también se la vio en los campos de batalla del continente, donde abundaban los mercenarios de estas islas ¾sobre todo entre las potencias protestantes¾, muchos de los cuales llevarían hojas de este tipo. La espada mortuoria era un arma de esgrima simple pensada para la lucha a caballo, donde el tajo predomina sobre la estocada. Por eso la hoja es relativamente corta y muy pesada. La guarda protege la mano al completo, formando una sola pieza que rodea la empuñadura por tres de sus lados.

La ilustración de la página siguiente muestra al típico jinete de la guerra de los Treinta Años, un herreruelo o caballo coraza que abundó tanto en el lado católico como en el protestante.

El casco es una borgoñota cerrada (A), la evolución barata y simplificada de los yelmos de los siglos anteriores. Esta borgoñota no presenta refinamientos de ningún tipo. No sólo porque no tenga adornos, sino por la sencillez de sus piezas. Una fuerte visera protege el rostro y se puede subir y bajar junto con una segunda pieza enrejada que guarda la cara y lo mismo sirve para ver que para ventilar el casco. El conjunto es sobrio, barato y eficaz, con una visibilidad bastante buena sin perder protección.

Los brazales de la armadura (B) siguen las pautas del XVI. Sus múltiples piezas articuladas permiten un movimiento casi completo sin dejar huecos ni puntos vulnerables. Aún así eran unos elementos pesados de los que muchos jinetes ¾y sobre todo infantes¾ preferían prescindir. La coraza (C) es de modelo antiguo, con correas en los hombros y en la cintura para sujetar el peto al espaldar. El temor al fuego de las pistolas hacía que algunos jinetes redoblaran su protección con una segunda pieza de acero frente al torso.

Las largas escarcelas de caballería (D) bajaban hasta las rodillas, lo que no suponía un gran impedimento para un hombre que marchaba a caballo y no a pie. En el extremo incluían las rodilleras, que en muchos casos quedaban dentro de la boca de las botas.

Bajo la armadura nuestro hombre lleva un jubón de paño sencillo (E) y una camisa. No podía faltar su espada (F), con su talabarte para llevarla sujeta al cinturón, ni el resto de sus armas. Caballero sin lanza, el jinete se equipaba en ocasiones, además de con su espada, con un martillo de guerra (G) de una sola pieza de acero. Un arma letal, cuyo largo pico podía atravesar las armaduras enemigas. Pero mucho más mortíferas eran las dos pistolas de la silla de montar (H). Estas armas se llevaban por parejas dentro de su funda de cuero a los lados del arzón, con su bolsa de balas y su frasco de pólvora. Por ser armas que no se llevaban encima sino colgadas del caballo, los cañones podían ser muy largos para obtener toda la potencia posible. Las empuñaduras tenían pomos abultados para facilitar la extracción de la bolsa con los guantes. El guardamonte impedía que el gatillo se enganchara en el filo de cuero. Era habitual que cada combatiente fundiera sus propias balas, por lo que cada juego de pistolas iba acompañado por su turquesa (I).

Recargar las pistolas de rueda era una tarea lenta y complicada, casi imposible en mitad de una pelea. Por eso, y ante el temor de soltar sus dos tiros y verse desarmado, muchos jinetes optaban por llevar una tercera pistola ¾y hasta una cuarta¾ en la caña de las botas (J). Las botas de caballería (K) eran pesadas, con tacón y largas hasta los muslos, aunque normalmente se doblaban formando unas vistosas alas muy del gusto barroco. Una enorme lengüeta de cuero evitaba el roce de la correa de las espuelas (L).

PABLO MARTÍN GÓMEZ - EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

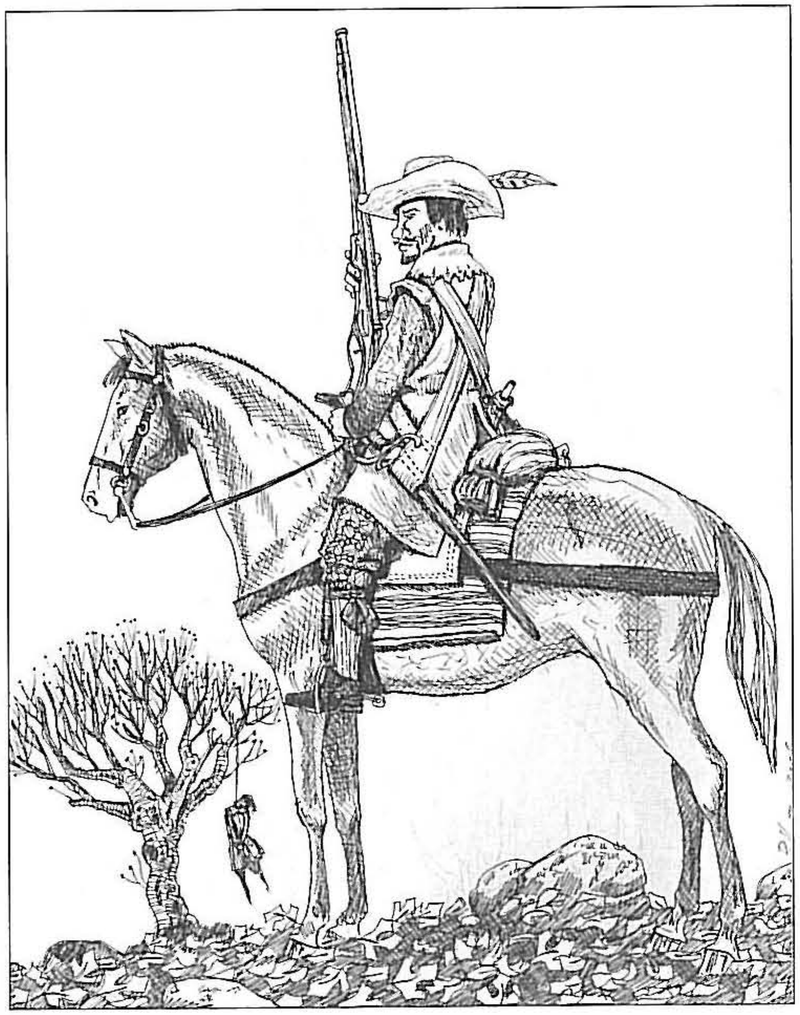
Esta ilustración muestra el punto de partida en la evolución de la caballería moderna. Este pesado caballero de finales del siglo XV y principios del XVI piensa que es el amo del campo de batalla, y lo creerá hasta rodar por tierra en Ceriñola o en Pavía derribado por la arcabucería española. Su equipo y forma de combatir no respondían tan sólo a las necesidades militares, sino que eran fruto y símbolo de un estatus social y de una época que llegaba a su fin. Sólo un aristócrata de saneadas rentas podía costearse tan completo y costoso equipo de combate, con una armadura trabajada como una obra de arte y un excelente corcel para llevarla a la batalla.

Los blasones bordados sobre la gualdrapa de la montura pregonan la condición nobiliaria de su dueño y atraen la atención sobre él, al igual que las plumas de la cimera que coronan su pesado yelmo, un cerrado almete de acero. Además de los medios para adquirirlo, ese equipo exigía una gran preparación, normalmente comenzada en la infancia, que permitiera al caballero moverse dentro de su armadura con holgura, manejar su fiero caballo de guerra y empuñar un arma tan difícil como la lanza. Un coste desorbitado, una selección de la más pura sangre azul y un entrenamiento de años para formar a lo mejor de la caballería que terminaría rodando con sus caballos muertos, barrida por el fuego insultante y plebeyo de las armas de fuego.

Eran otros tiempos. Los caballeros ya no tienen la sangre azul ni siguen ningún código de honor. Ni siquiera son un grupo aparte de la sociedad, pues los jinetes de la guerra de los Treinta Años eran hijos del pueblo llano, soldados por paga o aventureros.

Este es un reiter, un herreruelo. El nombre le viene por el mucho hierro que lleva encima, aunque comparado con el pesado caballero aristocrático va ligero como el viento. Nunca ha empuñado una lanza ni sabe luchar con ella. Su arma, además de la espada, es la pistola. Una la tiene en la mano y su hermana espera en su funda, junto a la silla. Armas pesadas y de cañones enormes, pues es el caballo quien carga con ellas. La herramienta perfecta para perforar una armadura a seis o diez metros.

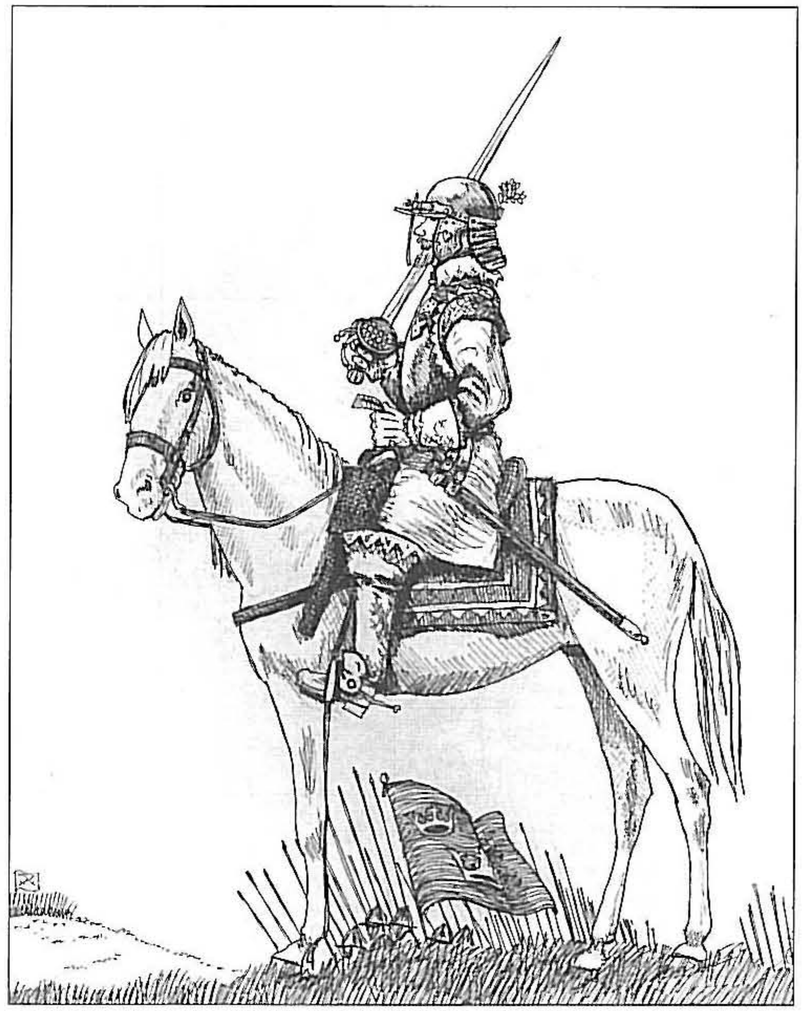
El caballo es un animal de buena calidad, aunque infinitamente más barato que los corceles de los antiguos caballeros. Ya no se lucha al galope cargando lanza en ristre, sino al trote. La armadura es sencilla, con una borgoñota cerrada. Ya no hay pajes ni escuderos para bruñirla cada tarde, así que su propietario se ahorra el trabajo de pelear contra el óxido dándole una capa de pintura negra, lo que le da un aspecto siniestro que encaja muy bien con el carácter de este tipo de combatiente.



El dragón apareció en la segunda mitad del XVI. Ya antes algunos generales habían montado arcabuceros a la grupa de sus jinetes para que los llevaran rápido de un lugar a otro de la batalla. Con el tiempo los dos hombres se hicieron uno, ahorrándose peso y disputas y naciendo el dragón o arcabucero montado que luchaba por igual a caballo que a pie.

En la guerra de los Treinta Años los dragones empleaban sus monturas para ganar velocidad y acudir veloces a donde hiciera falta, desmontando a la hora de hacer fuego. Eso no quita que ocasionalmente el dragón pudiese emplear su arcabuz desde lomos de su caballo para rechazar el ataque de algún jinete enemigo, o que desenvainara la espada para lanzarse sobre algunos infantes dispersos. Pero su caballo es el más barato del ejército, por lo que no es sensato forzarlo demasiado. Con su arcabuz de rueda este dragón se viste más como un mosquetero que como un jinete. No lleva botas ni armadura, protegiéndose con un coleto de cuero sin mangas. Lleva una espada valona colgada de un tahalí además de todo el recado para cargar su arma.

PABLO MARTÍN GÓMEZ - EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

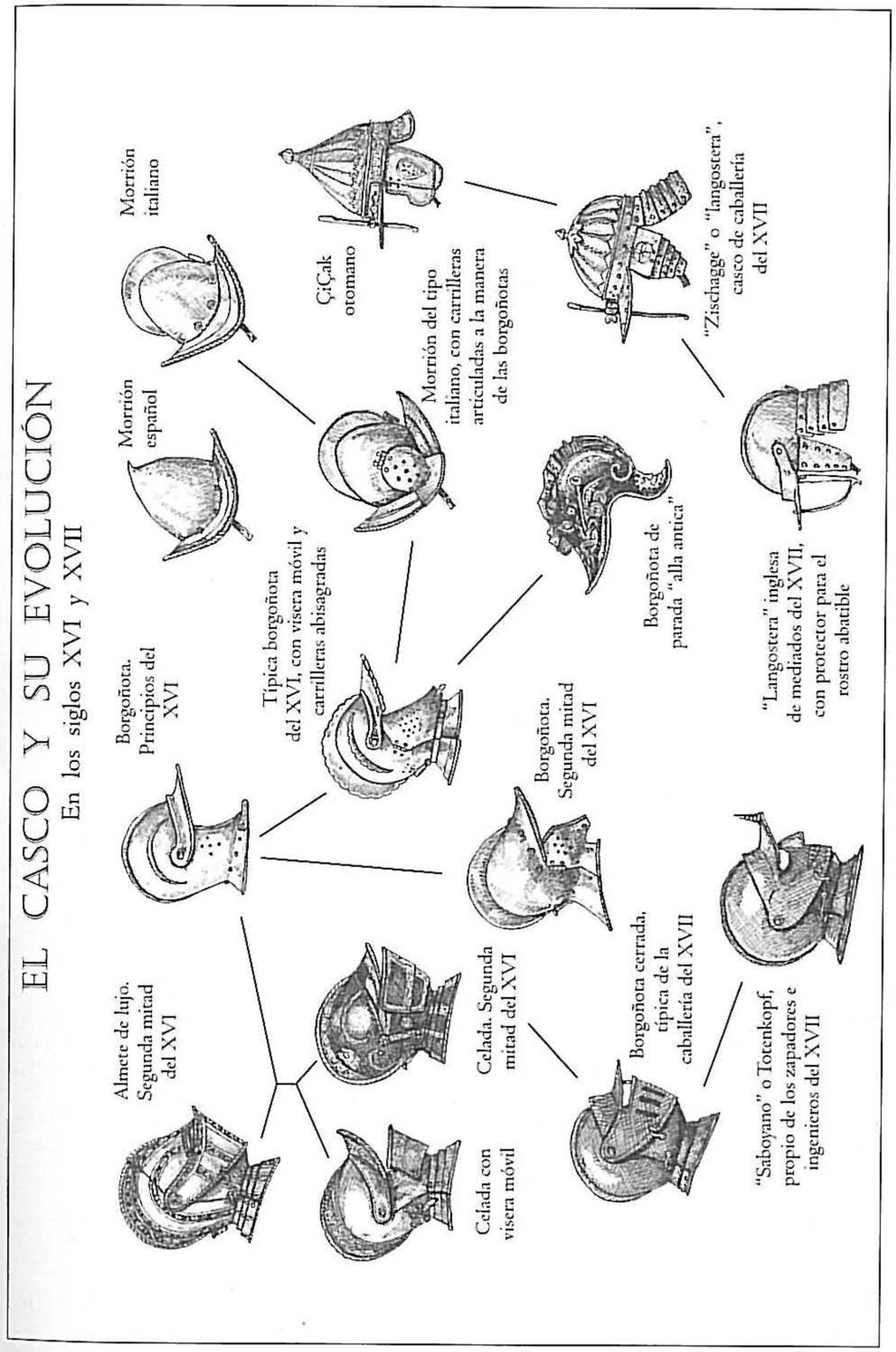


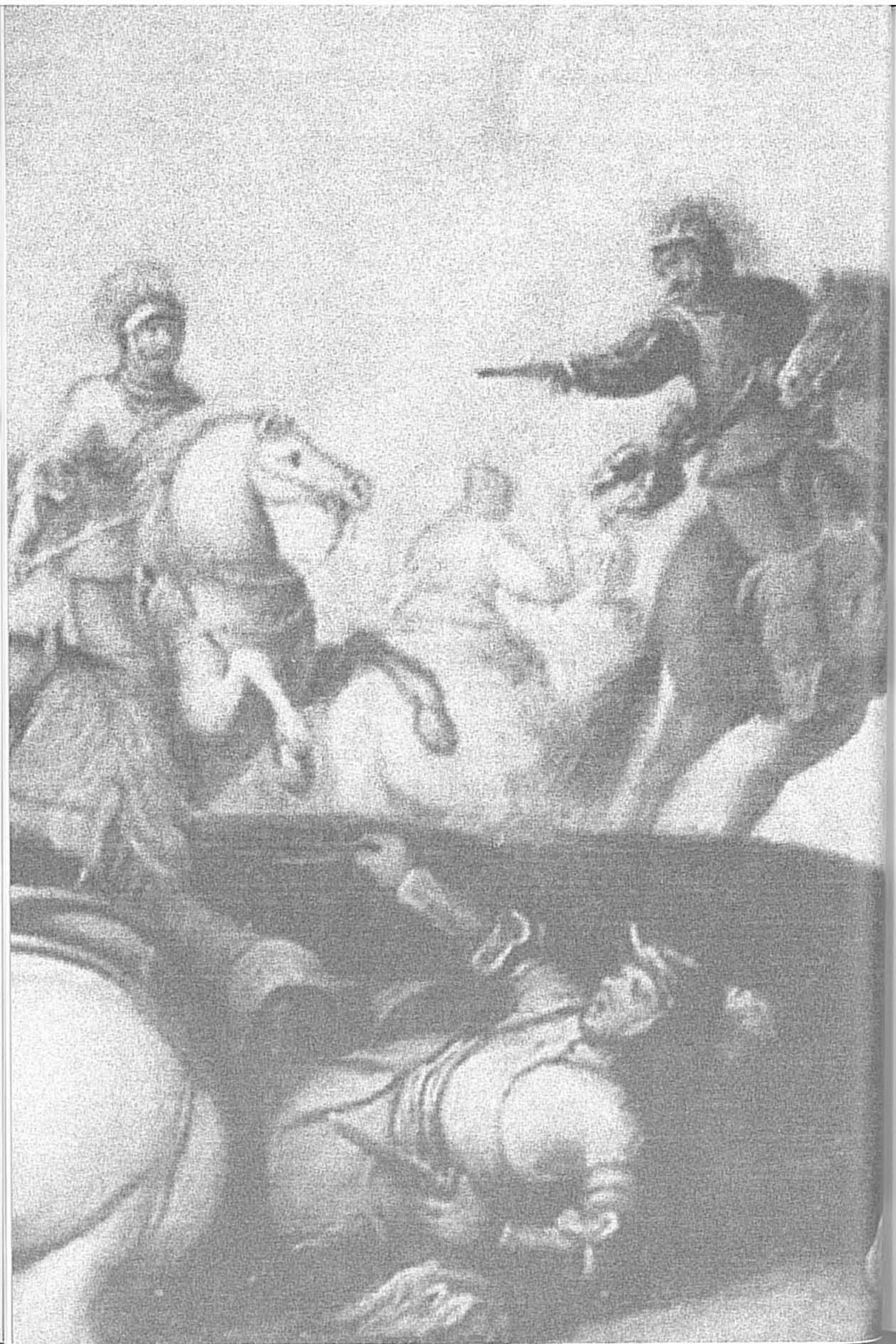
Gustavo Adolfo de Suecia reavivó a la decadente caballería del XVII. Frente al reiter, que buscaba siempre luchar a distancia, casi con miedo al enemigo, los coraceros suecos volvían a la carga al galope y a la pureza de la lucha a espada. Incluso se atrevían a embestir contra los escuadrones de infantería siempre que estuviesen castigados y debilitados por el fuego de mosquetes o artillería.

Con un buen caballo alemán y con dos pistolas en la silla, este coracero lleva pesadas botas y una búfala de cuero, sobre la que lleva una coraza moderna con el peto y el espaldar unidos por charnelas graduables. Su casco es una langostera de acero, que ofrece una excelente visión y ventilación con una protección considerable. La ramita sobre el casco lo identifica como sueco.

Jinete Croata. Salidos de los territorios más duros y belicosos de Europa, de las lejanas fronteras orientales de los Habsburgo en Hungría y los Balcanes, los jinetes croatas encontraron su propio medio natural en la guerra de los Treinta Años. Personificación de los que se entiende por caballería ligera, este jinete croata carece por completo de armadura. De hecho, su única concesión a los usos occidentales es su pareja de pistolas. Su indumentaria recuerda a la de la caballería irregular turca, a los delis y aquincis al servicio del sultán. Como un jinete de La Sublima Puerta lleva una piel de oso sobre la silla de montar, faja de colores y una casaca que recuerda a la dolama turca —de la que saldrá el dolmán de los húsares—. Las botas son de cuero amarillo, color que no es casual, pues por el calzado amarillo se reconocía a las fuerzas de élite otomanas. En torno al cuello lleva un pañuelo anudado que pasará a la moda europea, pues corbata viene de croata. Ha aprovechado la funda de una de sus pistolas para guardar la bulawa, la pesada maza de acero típica de Europa del este tomada de la panoplia otomana. Su sable también presenta una notable influencia turca y no sería extraño que el acero fuese de fabricación oriental, tomado como botín de guerra en alguna lejana campaña familiar. Esta idea viene reforzada por la presencia del yelmán. El yelmán era un ensanchamiento de la hoja del sable en su extremo más cercano a la punta típico de las armas turcas. Servía para favorecer la potencia del tajo, como ha podido comprobar a su pesar ese infante protestante.

Elemento indispensable en todo jinete croata era la bolsa para el botín, que nuestro hombre recogería como parte de su paga.





CAPÍTULO III

LOS TERCIOS

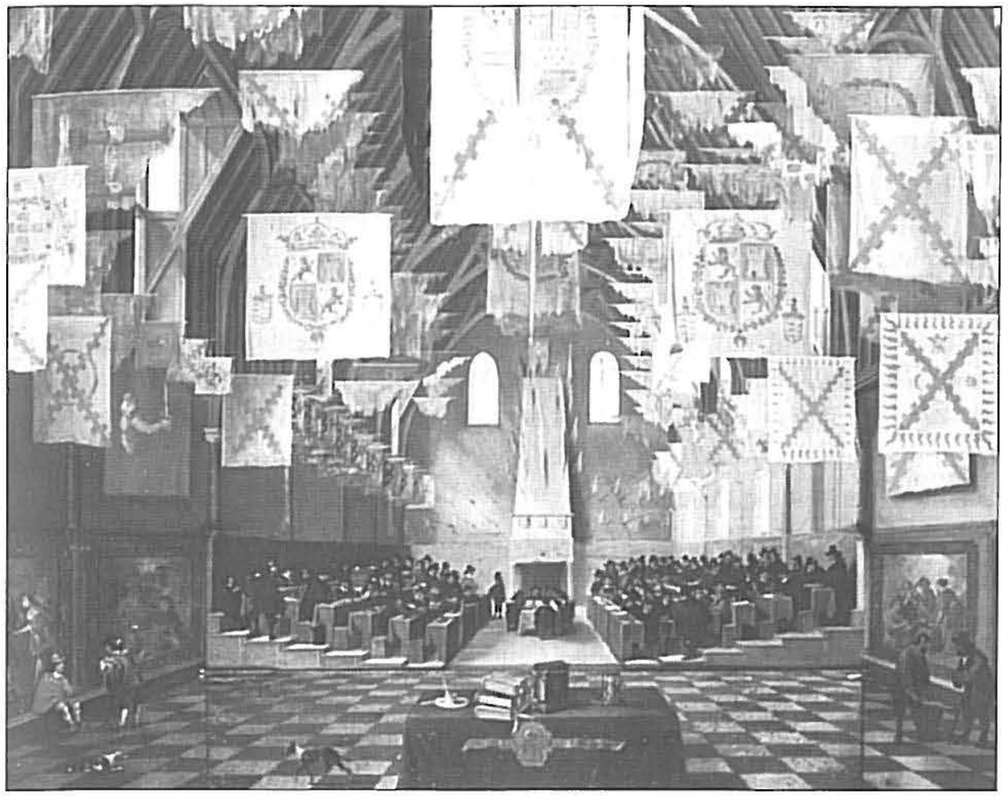
Cuando el joven Felipe IV subió al trono, heredó de su padre —como éste de su abuelo— una impresionante máquina militar. Por entonces el ejército español se tenía como el mejor del mundo, con una fama ganada a pulso durante un siglo de batallas. La piedra angular de aquel ejército eran sus tercios de infantería, y la Guerra de los Treinta Años los iba a poner de nuevo a prueba, demostrando su temple y su resistencia, no sólo en las victorias, sino también en las derrotas.

Los tercios eran unidades flexibles que no contaban con un número preestablecido de hombres ni particiones, sino que se adaptaban a las disposiciones reales de cada momento. En teoría lo debían formar entre quince y veinte compañías de unos trescientos hombres cada una, lo que vendría a sumar más de 3.500 soldados. Pero esas cifras tan sólo eran eso: teoría. En la realidad las compañías se acercaban más a los cien que a los trescientos hombres y el tercio no solía sobrepasar los 1.500 hombres. Y eso sobre el papel, pues una cosa eran los combatientes que se desplegaban en batalla dando cara

al enemigo y otra muy diferente los que figuraban a la hora de cobrar la paga del rey. Por entonces el soldado no llenaba su bolsa directamente de las arcas reales, sino que el cobro llegaba indirectamente, pasando por las manos de los maestres de campo y de los capitanes de las compañías, lo que daba pie a todo tipo de artimañas legales y no tan legales para desviar cuanto más mejor. Bien conocidos eran los "santelmos", llamados así por su fugacidad en la milicia[10]. Éstos se limitaban a figurar pica en mano en los alardes y cómputos que hacían los veedores y contadores reales, desapareciendo una vez finalizados con una propina del capitán, que veía sus ingresos engordados con las futuras pagas de esos inexistentes soldados. Una práctica que era por entonces común en toda Europa[11] y que apenas estaba mal vista en una época donde hasta los cargos eclesiásticos se compraban y se vendían y en la que se daba por sentado que el que servía a la Corona se lucraba con ello. Y esto valía en primer lugar para los propios contadores, veedores y demás "gente de pluma" de la administración real, que eran los primeros a la hora de hacer la vista gorda con tal de engrosar su patrimonio con un buen puñado de ducados.

Los tercios podían recibir el nombre por su zona de asentamiento en Italia. Así se conocía a los tercios viejos de Sicilia, Lombardía o Nápoles. Estos tercios viejos perdían periódicamente parte de sus efectivos, que marchaban hacia el norte buscando los Alpes para unirse a las guerras de Flandes. Los huecos que dejaban esos veteranos eran cubiertos por nuevos reclutas llegados de España hasta rehacer el número original. De esa forma el nombre de un tercio podía desdoblarse y ser legítimamente utilizado por dos unidades diferentes separadas por cientos de leguas, pues tan del Tercio de Lombardía eran los que se iban como los que se quedaban. A nivel de tropa se evitaban las confusiones usando apodos. Se hablaba del tercio "de los galanes", "de los sacristanes" o "de la zarabanda". El de Don Luis de Queralt era conocido como "el tercio de los papagayos", pues lo formaban en su mayoría catalanes no muy duchos en el habla castellana. El duque de Alburquerque presumía de que su tercio era conocido entre los franceses como "le petit château", es decir, "el pequeño castillo", título ganado de sobra por lo recio y lo sufrido. También se podía llamar a las unidades por alguna campaña sonada, como le pasó al que mandaba Don Miguel de Moncada, que fue conocido como el Tercio de

[10] El "Fuego de San Telmo" es un fenómeno natural que hace brillar luces en lo alto de los palos de las embarcaciones. Lo mismo que el "fuego fatuo", es un suceso breve que desaparece de repente.
[11] En la novela de Grimmelshausen, *Simplicius Simplicissimus* ganó su nombre, justamente, fingiendo ser tambor de la ciudadela de Hanau frente a los contadores de la Corona sueca.



Los Estados generales

Granada, pues allí había combatido para sofocar la revuelta de los moriscos en las Alpujarras. En los registros oficiales se prefería usar para el tercio el nombre de su maestre de campo, por lo que la misma unidad se llamaba de forma diferente cada vez que mudaba el mando por retiro o defunción. Así, el Tercio de Fuenclara, que tan bravo se destacó en Nördlingen, era el mismo tercio de Garcíez que pelearía en Rocroi nueve años más tarde.

El cuerpo de oficiales era pequeño en relación al tamaño de la fuerza que dirigía. Lo encabezaba el maestre de campo, que contaba con autoridad absoluta en la unidad que llevaba su nombre. Mientras que él se encargaba principalmente de los aspectos tácticos, su segundo en el mando, el sargento mayor, trataba los temas administrativos y de organización, así como el mantenimiento del decoro y la disciplina. Lo mismo se encargaba de escuadronar a la tropa en la batalla que de velar por el orden en el cuerpo de guardia, organizar las rondas, ordenar los bagajes o buscar hospedaje para la tropa. Siempre llevaba encima su "librillo de memorias" para tomar notas, así

como el "numerato", donde se apuntaban a modo de chuleta las cuentas necesarias para formar un cuadro de infantería según las necesidades del momento. Por si eso fuera poco, el sargento mayor también se encargaba de montar y dirigir todas aquellas escaramuzas, encamisadas y operaciones de menor rango en las que no era necesaria la participación del tercio entero.

Completaban la plana mayor un tambor mayor, un furriel mayor y un capitán barrachel, que se encargaba tanto de vigilar a la tropa como a los vivanderos y demás comerciantes que acompañaban al tercio. Muy pocos oficiales, que por supuesto contaban con el apoyo de soldados entretenidos y reformados, muchos de ellos antiguos capitanes de unidades desaparecidas por necesidades administrativas, que en la práctica formaban la élite de tercio y realizaban funciones de ayudantes de campo.

Sobre la calidad de estos mandos no hay dato más representativo que sus listas de bajas. Valga el dato que de tres maestres de campo españoles que prestaban sus servicios en Flandes en el año 1600, dos no vivieron para ver 1601 y el que quedaba no llegó a 1602.

Cada tercio contaba con un número indeterminado de compañías de picas y arcabuces. Cada una de ellas era una réplica en menor escala de la unidad principal, funcionando como un pequeño tercio. Esa autosuficiencia le daba una mayor independencia y una gran capacidad para actuar en avanzada o quedarse rezagada como guarnición de una plaza. El cuerpo de mando del tercio que, como se ha dicho, estaba formado por el maestre de campo, el sargento mayor, el tambor mayor, el furriel mayor y el capitán barrachel, tenía su reflejo dentro de la compañía, que en modo similar contaba con su capitán, su sargento, su tambor, su furriel y sus cabos.

De entre todos los mandos destacaba la figura del capitán. Una de las que más admiración despertaban en la España del Siglo de Oro. El capitán tenía todo lo noble y lo honroso a lo que se podía aspirar en aquella época. Era hombre de rango, con buena paga y dinero en la bolsa, que daba órdenes a un centenar de soldados. Pero también era hombre de acción, que luchaba en primera fila dando ejemplo de valor y coraje. La fama del capitán se ganaba con la punta de la espada y con lo sereno de su mando. Y todo eso siendo joven y soltero, pues era raro el capitán con más de 30 años. Hombres con tintineo en la bolsa, espada al cinto y plumas en el sombrero, atentos a ganar fama y renombre y

con toda Europa por delante para buscar aventuras. Que cumplieron con su deber bien demostrado está, y para probarlo se pueden consultar las interminables listas de capitanes muertos entre las picas de sus compañías. No es raro que se les admirase.

Luego, llegada la hora del retiro, los de más suerte o cabeza se verían con una hermosa suma o algún puesto en la administración que les permitiría llevar una vida cómoda y acorde con su dignidad. Otros con menos fortuna acabarían cargados de canas y cicatrices, esperando en las antecámaras o yendo de un despacho a otro, intentando avalar su aspiración a cualquier cargo con un canuto de hojalata lleno de citaciones y cartas de recomendación que no interesaban a nadie.

El segundo en el mando dentro de la compañía era el alférez. En combate el alférez tenía el honor de llevar la bandera con la mano izquierda, dejando libre la derecha para empuñar la espada. El respeto por la enseña era casi reverencial y se las tenía en tanto que jamás se las ponía en peligro llevándolas a las operaciones menores ni a la hora de perseguir al enemigo. De hecho, el término bandera servía tanto para referirse a la enseña como a la propia compañía de la que era símbolo. Perderlas en la batalla se consideraba un deshonor, a menos que el alférez hubiera muerto espada en mano defendiéndola. En ese caso no había mancha alguna y la unidad podía recibir una nueva sin menoscabo en su honra. Esa importancia dada a las banderas de los tercios contagiaba incluso a sus enemigos. Las siete provincias rebeldes reunían sus Estados Generales en una sala de La Haya de cuyo techo colgaban, a modo de trofeo, las muchas banderas españolas capturadas en la batalla de las Dunas de Nieuport. Podría entenderse como una deshorna, pero al colocar aquellas enseñas hechas jirones en un lugar tan preeminente se ponía de manifiesto, casi de forma subconsciente, el mucho valor que los holandeses daban a aquellos despojos, símbolo de los muy temidos tercios españoles.

Por entonces el diseño de las banderas no era tan rígido como en la actualidad. Los ejércitos de la Corona española solían llevar en sus enseñas la cruz de San Andrés, el aspa roja de Borgoña heredada de Carlos "El Temerario". En lo demás y una vez puesta la dicha aspa roja, cada capitán ponía en su bandera los colores que más le placían según su gusto y elección. La variedad era enorme, y sobre los tercios lo mismo ondeaban bandas que escamas, granos de fogón, fuegos o enlosados. En la Rendición de Breda, cejada, a la derecha,

Velázquez pintó una de estas banderas, con su aspa roja sobre un ajedrezado blanco y azul.

Volviendo a la compañía, por debajo del alférez mandaba el sargento, que por aquel tiempo se consideraba oficial y no suboficial. Sólo había un sargento por compañía y su labor era la versión, a menor escala, de la que hacía el sargento mayor en el tercio. A su cargo quedaba todo lo relativo a la organización y la disciplina. Tanto era su ajetreo que para ir más ligero era costumbre que el sargento no usase el pesado coselete de acero, sino un más ligero coleto de ante. Se le podía reconocer por armarse con alabarda y a sus órdenes tenía al furriel, los tambores y a un puñado de cabos, cada uno al mando de una escuadra de veinticinco soldados. Curiosamente, el propio capitán dirigía una de esas escuadras, compuesta por los mejores y más aventajados hombres de la compañía. Esa práctica permitía al capitán mantener un contacto más directo con su tropa, del mismo modo que los maestres de campo mandaban una de las compañías de su tercio.

Hablando de tropa, cada compañía contaba con un centenar largo de soldados, aunque se daban casos de unidades de tan sólo setenta hombres. Pocos combatientes han tenido más confianza en sí mismos que la infantería española de los tercios, todos soldados veteranos que se tenían por la mejor fuerza del mundo. Gente quisquillosa al extremo en los asuntos de honra, que si bien estaba dispuesta a que se la hiciera pedazos asaltando una brecha o a medio morirse de hambre manteniendo un asedio, no toleraba merma alguna en su pundonor, ya fuese real o figurada. Tal era su orgullo y la complexión colérica de su sangre que para dirigirse a ellos comandantes y maestres de campo no bajaban del *magníficos señores e hijos míos*.

Hacían bien en tratarlos con cuidado, pues en una nación con tan poca población como España, y como decían por entonces, *cosa fácil en hallar capitanes y muy dificultosa juntar cincuenta soldados*, no tenían reparos los infantes en pasar de una bandera a otra según su conveniencia y un capitán iracundo o avaro podía llegar a verse con su compañía vacía y sin más gente que el alférez y los tambores.

Aún estaba muy lejos el 1700, cuando el infante se transformaría en una mera pieza de un mecanismo mayor. Un peón hecho para combatir y morir dentro de su uniforme siguiendo unas pautas predeterminadas hasta el detalle, nunca más

La rendición de Breda. Pintada por Velázquez.

parecidos a soldados de plomo. Por el contrario, en el 1600 el hombre que marchaba a la guerra se tenía por *soldado gentilhombre*, que gozaba de un status muy superior al de los simples labriegos y pecheros que se molían el lomo de sol a sol. Con su espada en el costado y vistiendo ropas galanas y a su gusto, el combatiente de los tercios conservaba aún gran parte de su iniciativa personal incluso en el combate, que se ponía de manifiesto en las muchas escaramuzas, golpes de mano y emboscadas que formaban la mayor parte de las acciones militares de la guerra barroca; lo mismo que su disciplina, estoicismo ante el fuego y buen orden al maniobrar los hacía tan valiosos durante la batalla en campo abierto.

Esa obsesión por la honra exigía que todos los que tomaran asiento en alguna de las compañías de los tercios lo hiciera libremente y sin fuerza alguna, después de pasar por un filtro que dejara fuera a cuantos delincuentes, malhechores y demás gente de mala ralea fuera posible. Exactamente lo

contrario de lo que ocurriría después en los regimientos del XVIII, donde podían terminar, de grado o a la fuerza, cuantos haraganes, golfos, pillos y truhanes encontrase en su camino el banderín de enganche. Por supuesto que con esa materia prima la calidad de estos regimientos quedaba muy por debajo de la del antiguo tercio, todo gente de honra y atentos a su fama. Pero lo que éste ganaba en disciplina y arrojo se perdía en número, pues muy fácil era dar con cien bellacos y muy difícil encontrar diez hombres de valía.

Tras enrolarse en España y cobrar una paga en metálico, los nuevos soldados de los tercios se embarcaban hacia Italia, donde se unían a algunas de las viejas unidades allí establecidas tapando los huecos que los veteranos dejaban al marchar a las guerras del norte. Los recién llegados o *bisoños* rondaban los 20 años y aprendían rápido de sus compañeros veteranos. Al poco ya conocían los usos y las costumbres de la tropa española en Italia. *Bisoño* en italiano significa *necesito*, y era la palabra que los paisanos más les escuchaban: *bisoño vino, bisoño pane, bisoño una bella ragazza…*

Tras unos años en Italia los bisoños se transformaban en combatientes fogueados. España mantenía en la península pequeñas guerras de disuasión que servían para sostener su hegemonía sin llegar al conflicto abierto con las grandes potencias, excelentes para que los novatos aprendieran su oficio. La ya citada guerra del Monferrato de 1615 podría ser un buen ejemplo. Pero si reinaba la paz y no había enemigos en la península con los que ejercitar las armas, las compañías podían ganar experiencia como tropas embarcadas, jugando al gato y al ratón con los turcos y los piratas berberiscos. Una labor en la que destacó el duque de Osuna, virrey de Nápoles, que lo mismo mandaba sus naves contra el bey de Argel que a meterse en el Adriático para hostigar a la flota de la República Serenísima. Una escuela perfecta. Nada mejor para endurecer a la tropa que un desembarco mosquete en mano en alguna playa de Berbería repleta de morisma o embestir a una galera del Turco, repleta de alfanjes y arcabuces. Así, cuando la siguiente guerra exigía una nueva remesa de soldados, se podía contar de inmediato con unidades de veteranos ya formados en la artes de la milicia, hechos a pelear y a padecer, que tomaban el camino de los Alpes para unirse a cualquiera de las campañas del Rey Católico.

La paga era escasa y llegaba tarde, pero aún así era innegablemente mejor que la que podría esperar un jornalero o un peón. A un arcabucero o coselete se le calculaba una paga mensual de cuatro escudos al mes. Su capitán cobraba

cuarenta y el maestre de campo ochenta.[12] Además se computaban las ventajas para el mantenimiento del equipo, según el arma. Por ejemplo, los arcabuceros y mosqueteros recibían unos escudos extra para costearse la pólvora, las balas y las mechas. Una política no muy correcta si lo que se pretendía era conseguir un fuego nutrido, pues no parece entonces lo más sensato hacer que los mosqueteros pagasen la munición con dinero de su bolsa.

Con su paga el soldado debía costearse la ropa y la alimentación, amén de los otros gastos propios de la tropa española, como algunos alumbres de vino y el trato con busconas, metresas y demás mujeres de la bulla que tanto abundaban en los campamentos de la época. En principio la suma era suficiente, siempre y cuando las pagas llegasen a su hora, lo que era raro. Por eso la sufrida tropa completaba su sustento *garbeando*, gerundio que hace referencia a una mezcla entre el robo, la extorsión de la población local y el pordioseo. Además, el

La rendición de Juliers. Pintada por Jusepe Leonardo. Museo del Prado (Madrid).

[12] Cuarenta por su cargo de maestre de campo más otros cuarenta como capitán de una de las compañías del tercio.

Los Países Bajos quedaron divididos desde 1572 en dos mitades irreconciliables tanto en lo político como en lo religioso. Al sur estaban los Países Bajos Leales —o Españoles—, con capital en Bruselas. Los más importantes de sus condados eran Flandes y Brabante. Al norte, protegidas por la maraña que formaban los cursos convergentes del Rin y el Mosa, se encontraban las Provincias Unidas, gobernadas desde La Haya. La presencia de plazas fuertes es abrumadora, en especial en torno a la Barrera de los Ríos, por lo que se entienden los pocos cambios territoriales de la guerra de los Ochenta Años. Obsérvese la posición desafiante de Bergen op Zoom y Breda, villas rebeldes al sur de los grandes ríos, en el Brabante.

Saqueo de Amberes por los Tercios españoles. (Biblioteca Nacional de París).

combatiente contaba con la legítima expectativa del botín. Entrar a saco en una opulenta ciudad holandesa podía suponer para cada hombre unos ingresos muy superiores a lo que les pagaba el rey en muchos meses. Con todo, cuando el cobro se retrasaba o se llevaba a cabo una larga campaña invernal, como un asedio, la situación del soldado podría llegar a ser dramática y verse trasformado en un mendigo harapiento, sin ropa de abrigo en medio de los fríos del norte y con la cara seca de comer tan sólo pan de munición.

A pesar de esas estrecheces un soldado veterano que tuviese buena cabeza para no malgastar toda su paga en vino y rameras y que contase con el apoyo de santos y vírgenes suficiente como para escapar de la sífilis y de amputaciones, podría llegar a su honroso retiro. Una vez cobrado su *remate* o finiquito podría plantarse en su pueblo con treinta y pocos años y mil escudos en la bolsa. Puede que no fuese una suma imponente, pero en la Castilla de por entonces un campesino que contase con un capital así podría tenerse por villano rico.

Los españoles no eran los únicos soldados que luchaban bajo la bandera del Rey Católico. El grueso de los ejércitos de la Casa de Austria lo componían unidades "de las naciones"; es decir, formadas por italianos, valones, irlandeses, ingleses, borgoñones, alemanes, suizos o portugueses[13]. Orgullosos y envalentonados, los españoles se consideraban por delante de todos ellos y utilizando sus privilegios se reservaban la mejor posición en batallas y asaltos, o lo que es lo mismo, el punto más expuesto y de mayor peligro donde más fama y opinión se pudiera ganar. Por tal se tenían estos señores soldados que se consideraba un castigo ser retirado de la primera línea y mandado a la seguridad de la retaguardia, lo que dio pie a no pocas discusiones y rivalidades.

De entre toda esa babel de soldados los mejor considerados por los españoles eran los de la nación irlandesa, por ser combatientes sufridos y muy fieles católicos, muchos de ellos huidos de la persecución religiosa protestante. Con los que se llevaban mejor era con los italianos, por la afinidad de su carácter. Lombardos y napolitanos formaban una tropa brava y disciplinada, muy buena como guarnición de plazas fuertes, reservando las tropas españolas para la lucha en campo abierto. Por el contrario, se tenía al suizo como la antítesis del soldado español, gente mezquina a la hora de exigir sus pagas —*si no hay oro no hay suizos*— y que por ellas, incluso, llegaba a amotinarse antes de las batallas y no después, como era propio de hijodalgos y de la gente española.

✠

LAS ARMAS Y LOS EQUIPOS

La fuerza de los tercios estaba en el uso combinado de las distintas armas, encuadradas ya en las compañías de piqueros o arcabuceros. En las primeras la mitad de los hombres eran coseletes equipados con picas acompañados por una tercera parte de arcabuceros. El resto lo completaban los llamados picas secas. En las banderas de arcabuces todos los combatientes portaban armas de fuego, salvo unos veinticinco coseletes que llevaban alabardas. Desde 1567, en cada compañía del tercio, ya fuera de un tipo u otro, marchaban un mínimo de quince mosqueteros, número que se fue incrementando con los años hasta superar a los otros combatientes mediado el XVII.

[13] Y no sólo en la Casa de Austria. En 1644, después de veintiséis años de guerra, en un solo regimiento bávaro se contaban 534 soldados germanos, y el resto eran italianos, polacos, eslovenos, croatas, húngaros, griegos, dálmatas, checos, españoles, escoceses e irlandeses, terminando la suma con catorce turcos.

Las armas y el equipamiento de los diferentes tipos de soldado eran relativamente parejos en factura y calidad, aunque muy lejos de la regularidad moderna. La primera mitad del XVII no conoció uniformes[14], y los combatientes de un bando u otro podían llevar armas e indumentarias del todo similares, distinguiéndose en la batalla por el uso de bandas y cintas de colores. Los españoles y sus aliados se reconocían por la banda roja, y los imperiales por una cinta blanca, mientras que los franceses usaban la banda azul y los suecos una ramita verde en el sombrero. En lo demás el aspecto de unos y otros en cuanto a prendas y pertrechos no debía de presentar mayores diferencias. Es cierto que en tiempos de abundancia el rey suministraba ropas a sus soldados y que era costumbre que la tropa saliera a campaña con los colores de su compañía como señal de respeto a su capitán. Pero una vez metidos en brega y pasados unos meses, de aquella uniformidad no debía quedar más que harapos, y cada uno habría repuesto y mejorado su indumentaria según su gusto y su fortuna. Las ropas de los derrotados pasarían a abrigar a los vencedores, y de entrar a saco en una villa rebelde todo un tercio de castellanos podría terminar vestido como opulentos burgueses de Holanda. Lo que vale para las ropas sirve también para armas y equipos. Con el paso del tiempo una buena espada o un morrión labrado podrían ir de mano en mano o de un bando a otro, cambiando de dueño por el rebotar de los dados sobre la piel de un tambor o por el tiro de un mosquete. Un mismo soldado podría lucir más galano que un capitán tras cobrar sus pagas, o parecer el más pobre de los mendigos después de aguantar todo un invierno entre los cestones de un asedio.

Si bien, como se ha dicho, no había variaciones notables entre la indumentaria de los combatientes de las diferentes naciones, sí que las había entre la vestimenta civil y la militar. Las medidas contra el lujo y a favor de la austeridad dictadas al principio del gobierno del conde-duque de Olivares no sirvieron para mejorar la economía ni la Real Hacienda, pero al menos acabaron con los cuellos de lechuguilla y las calzas acuchilladas, para desgracia de pulgas y piojos, que tan a gusto se encontraban entre sus pliegues y costuras. Desde los tiempos de Felipe II la corte española imponía una moda sobria y severa, con predominio del paño negro de pies a cabeza. Nunca fue ese estilo del gusto de la milicia, y el soldado se distinguió siempre por el uso de colores brillantes, con especial predilección por el rojo. Al final la moda militar terminó influyendo en la civil y por la calles de Madrid se podían ver coletos

[14] En el ejército imperial austríaco no fue oficial el paño gris perla para los uniformes hasta 1708.

de cuero, gregüescos con ligas, cuellos a la valona y tahalíes de cuatro dedos acompañando a los soldados licenciados lo mismo que a bravos y matasietes que sólo olían la pólvora por San José. Los veteranos que volvían de Flandes introdujeron muchos usos de la moda de allí, y desde finales del XVI en España abundaban las capas, los sombreros y los cuellos "a la valona".

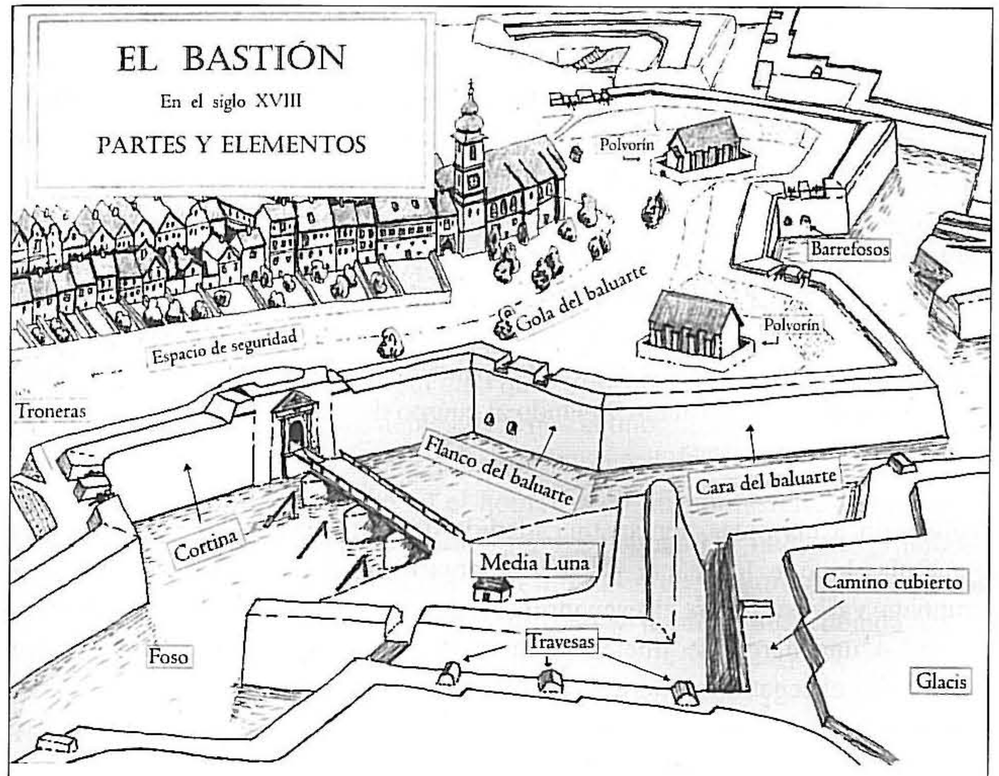
Con el paso de los años la moda española dejó de influir en Europa sustituida por la francesa, lo que se hizo más evidente desde la mitad del siglo XVII. La corte del joven Rey Sol dictó las normas en el vestir, con sus faldones al aire, lazos, pelucas y tirabuzones marcando un estilo tan diferente del español como lo era el Escorial de Versalles.

✠

En cuanto a las armas, la que figuraba en primer lugar era la pica. Una pica empuñaba el maestre de campo si optaba por bajar del caballo en la batalla y formar en la fila de capitanes. Los cuadros de picas eran el corazón del tercio y no se daba ninguna lucha por perdida hasta que los piqueros eran batidos por el enemigo.

En los tercios había dos tipos de piqueros. Unos eran los llamados "picas secas", los de menos paga y más revoltosos de los soldados. Empuñaban la pica con la sola protección de su casco y la gola sobre un coleto de piel, que era prenda recia y muy militar, buena para parar tajos de espada. El otro tipo de piquero era el "coselete", término que hace referencia por igual al combatiente que a la armadura de tres cuartos que lo cubría. Quitando el rostro y las piernas, estos soldados marchaban forrados de hierro, con morriones para la cabeza, petos y espaldares para el torso y escarcelas para abdomen y muslos. Algunos podían llevar además hombreras y brazales e incluso guanteletes de metal, aunque a medida que avanzó el siglo la tendencia fue a ir cada vez más ligeros, reservando el acero para la cabeza y el cuerpo tan sólo. Estas piezas eran sencillas, salidas en su mayoría de los arsenales y talleres de Milán, pero hasta la más barata ofrecía una excelente protección contra tajos y estocadas, e incluso contra las balas si venían muy de lejos.

La fabricación de estas armaduras conoció su cénit en los años finales del XVI, pero las grandes necesidades de las guerras barrocas, donde era preciso equipar a docenas de miles de combatientes, obligaron a la simplicidad y a reducir al



El sistema abaluartado fue inventado por la escuela italiana de arquitectura militar y rápidamente adoptado por toda Europa, en especial en los Países Bajos. El elemento clave de este sistema era el bastión o baluarte con su traza pentagonal. Cada baluarte tenía una gola, que normalmente estaba abierta y daba hacia el interior de la plaza. Los dos flancos contaban con troneras y baterías, pues se encargaban de la defensa cercana y protegían la muralla propiamente dicha o cortina. Por el contrario, las piezas de artillería colocadas en las dos caras del bastión, que formaban su punta, se destinaban al ataque lejano contra el enemigo. Como se aprecia en la imagen, era habitual que en el centro de los baluartes se ubicara un polvorín, alejado de las casas y próximo a las baterías.

El foso, en este caso inundado, rodeaba el conjunto y lo separaba de sus obras avanzadas, como la media luna de primer plano que protege la puerta. Por delante quedaba el camino cubierto, por donde las patrullas hacían sus rondas de vigilancia sin exponerse al fuego enemigo ¾de ahí el nombre de camino cubierto¾. Más allá se encontraba un terreno vacío y descendente, el glacis. Como primera línea de defensa el camino cubierto tenía un trazado en zigzag y estaba interrumpido por travesas, de manera que si una sección caía en manos del enemigo los infantes del resto pudieran hacerse fuertes y evitar que todo el conjunto fuese capturado.

Entre las defensas y las viviendas era indispensable habilitar un espacio de seguridad que dejase hueco para la circulación de las tropas y evitara que los sitiadores pudiesen prender fuego a las casas con facilidad.

mínimo el proceso de fabricación. Esa evolución se puede apreciar muy bien en las escarcelas, las piezas más complejas del coselete, que tradicionalmente guardaban el abdomen y la parte superior de las piernas con una ingeniosa combinación de lamas de metal remachadas entre sí. Muchas armaduras de infantería del XVII mantenían defensas similares en el aspecto —incluso presentaban la doble hilera de remaches— pero sin estar formadas por un juego de lamas, sino por una única y rígida plancha de acero martilleada en frío[15], mucho más incómoda, pero barata y aceptable para soldados con pocas pretensiones. Al avanzar el siglo desaparecieron hombreras, brazales y guanteletes, hasta que, finalmente, la expansión del fusil de chispa terminó por hacer innecesario tanto acero, dejando al cuerpo del soldado sin más protección que el paño de su casaca.

Volviendo a las picas, tenían una medida de entre 25 y 27 palmos de vara española, lo que las hacía pesadas y complicadas de manejar. Su uso en combate variaba según el escuadrón se enfrentase a caballería o infantería. Frente a una carga de jinetes, el piquero adoptaba una actitud defensiva hundiendo el regatón en tierra y aferrando con fuerza el asta en un ángulo de 45º, buscando el pecho del caballo. *Muerto el caballo, muerto el caballero.* Cuando veían las picas calarse ante ellos, los jinetes debían evitar el choque si querían vivir y poco o nada podían contra los cuadros de infantería, que marchaban al paso, sólidos y macizos.

Por otra parte, cuando el enfrentamiento se daba entre dos escuadrones, infantería contra infantería, los piqueros se veían sujetando el arma casi horizontal, a la altura del rostro, atacando de una forma algo similar a como mueve el taco el jugador de billar. Por su extrema longitud, la pica era un arma poco resolutiva, e incluso en pleno campo de batalla tenía un carácter más defensivo que ofensivo. Inútil en la persecución del enemigo y en cualquier acción militar donde fuera preciso correr o meterse por un terreno boscoso o encrespado. Por esa razón, para escoltar a los arcabuceros en sus escaramuzas eran preferibles las alabardas, más cortas y manejables. Armas de rango, los sargentos se distinguían empuñándolas, y por ser símbolo de autoridad tanto reyes como maestres de campo se hacían escoltar por alabarderos.

Tradicionalmente los mejores piqueros eran los alemanes o los suizos, pues aquellas tierras criaban mocetones altos, fornidos y de largos miembros.

[15] El Instituto de Arte de Chicago conserva un magnífico ejemplar con estas características, de origen inglés.

Por el contrario, el arma favorita de los españoles fue el arcabuz[16]. Y no porque con él se combatiera a mayor distancia o con menos peligro. Un comentario tal habría encendido la ira de cualquier arcabucero español, que no llevaba espada al cinto para aguantar tamaña bellaquería. De hecho, los arcabuceros estaban más expuestos y corrían más peligros en la batalla que los piqueros, sin que hubiese avispero donde no se metieran, ni lance ni riesgo donde no fueran ellos los primeros. El arcabuz era el arma favorita de los españoles porque permitía una mayor libertad e iniciativa. Tropas típicas para golpes de mano y encamisadas, los arcabuceros luchaban en formaciones más abiertas, por lo que era más fácil obtener botín y distinguirse, con sus consiguientes ventajas económicas. Además, por llevar el arcabuz se cobraba más paga y se libraba uno del engorro de la pica, que al caminar vibraba y rebotaba en el hombro con mil molestias, ni se sudaba bajo el agobio del coselete. Arma de hombres pequeños e inquietos, rabiosos por que los soltaran del escuadrón para buscar al enemigo como los perros de presa, buenos para aprovechar el terreno y mandar una rociada de su plomo allí donde más daño se pudiese hacer.

Hechos a adelantarse y a actuar por su cuenta, los arcabuceros andaban ligeros, sin armas defensivas o tan sólo con el morrión. No podía faltarles su "recado", es decir, todo el equipo necesario para recargar y disparar su arma. Del hombro izquierdo se colgaban una dragona o bandolera de la que pendían la bolsa de las balas, los dos frascos —uno mayor con pólvora en grano y otro más pequeño con la pólvora fina de cebar— y las mechas de repuesto. También les colgaban del pecho lo que popularmente se conoce como los "doce apóstoles", una docena de recipientes menores, cada uno con su dosis justa de pólvora, que agilizaban notablemente la rapidez en la recarga. El equipo se completaba con la indispensable espada y —claro está— su arcabuz. En combate se llevaba la mecha encendida por sus dos extremos. Cargado de pólvora negra y con un par de ascuas en la mano, el arcabucero debía de ser un hombre cuidadoso si no quería terminar volando por los aires.

La recarga era el talón de Aquiles del arma, sobre todo frente a la caballería, ante la que no era posible la retirada por ser más veloz que el hombre de a pie. Una vez disparado el arcabuz, no quedaba más opción que volver a meter por la boca del cañón pólvora, bala y taco, apretar bien el conjunto con

[16] Desde mediados del XVII, lo mismo valdría para el mosquete.

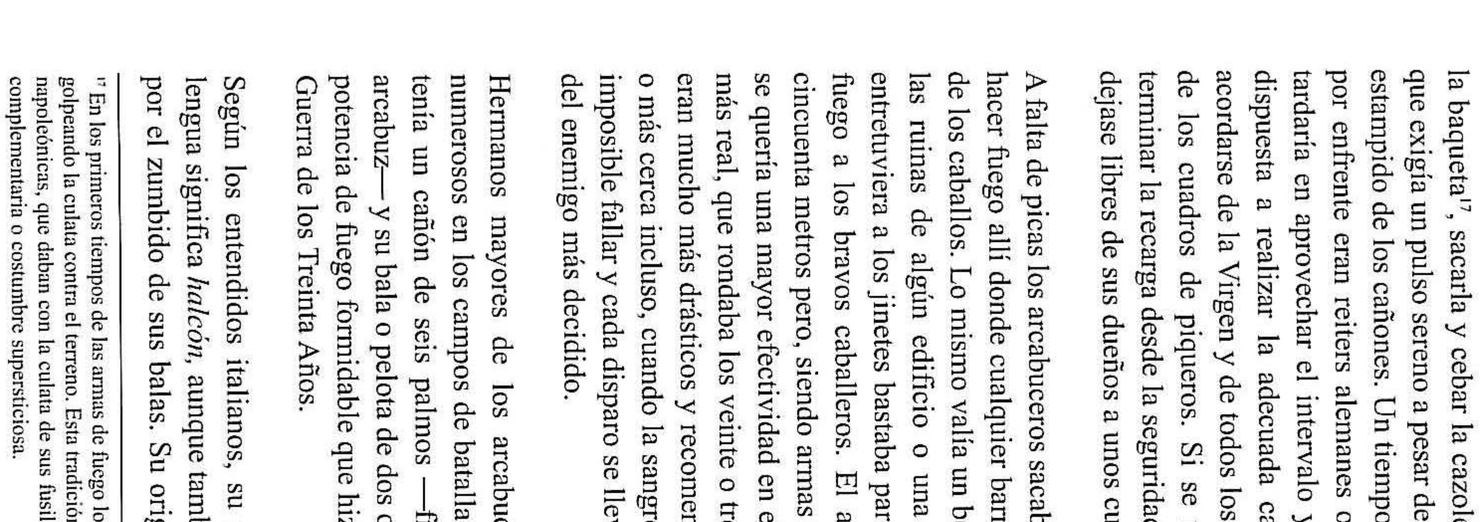
la baqueta[17], sacarla y cebar la cazoleta. Una labor que se llevaba su tiempo y que exigía un pulso sereno a pesar de los zumbidos de las balas enemigas o del estampido de los cañones. Un tiempo demasiado largo cuando lo que asomaba por enfrente eran reiters alemanes o caballería acorazada holandesa, que no tardaría en aprovechar el intervalo y venirse encima con espadas y pistolas, dispuesta a realizar la adecuada carnicería. Ese era el momento justo de acordarse de la Virgen y de todos los santos y correr en busca de la protección de los cuadros de piqueros. Si se tenía suerte y buenas piernas se podría terminar la recarga desde la seguridad de las picas y mandar una andanada que dejase libres de sus dueños a unos cuantos caballos.

A falta de picas los arcabuceros sacaban partido del terreno y se apostaban para hacer fuego allí donde cualquier barrera se levantara para obstaculizar el paso de los caballos. Lo mismo valía un bosquecillo que algún promontorio rocoso, las ruinas de algún edificio o una simple tapia. Una mínima ventaja que entretuviera a los jinetes bastaba para que los arcabuces se impusieran con su fuego a los bravos caballeros. El alcance teórico del arcabuz superaba los cincuenta metros pero, siendo armas de ánima lisa y de muy poca precisión, si se quería una mayor efectividad en el tiro era menester acercarse a un alcance más real, que rondaba los veinte o treinta metros. Aunque los viejos veteranos eran mucho más drásticos y recomendaban hacer fuego a menos de dos picas, o más cerca incluso, cuando la sangre saltaba al rostro. A esa distancia era casi imposible fallar y cada disparo se llevaba un hombre, parando en seco el asalto del enemigo más decidido.

Hermanos mayores de los arcabuces eran los mosquetes, cada vez más numerosos en los campos de batalla. Arma de más grueso porte, el mosquete tenía un cañón de seis palmos —frente a los cuatro o cuatro y medio del arcabuz— y su bala o pelota de dos onzas era mortal hasta setenta metros. Una potencia de fuego formidable que hizo del mosquete el gran protagonista de la Guerra de los Treinta Años.

Según los entendidos italianos, su nombre viene de *moschetto*, que en esa lengua significa *halcón,* aunque también se dice que puede provenir de *mosca,* por el zumbido de sus balas. Su origen estaba en las pesadas armas de fuego

[17] En los primeros tiempos de las armas de fuego los arcabuceros no llevaban baqueta y compactaban la carga golpeando la culata contra el terreno. Esta tradición se mantuvo entre los infantes británicos hasta las guerras napoleónicas, que daban con la culata de sus fusiles en el suelo antes de disparar, puede que como práctica complementaria o costumbre supersticiosa.



Las defensas abaluartadas no presentaban una altura imponente como las obras medievales, sino que intentaban pegarse al terreno y ofrecer el menor blanco posible a la artillería contraria. Eso les daba un aspecto poco espectacular, al menos a ras de suelo, pues desde el aire suelen ofrecer una vista impresionante. Lo más costoso a la hora de construir una de estas fortalezas era cavar los fosos, tarea muy penosa pues se hacía a pico y pala sacando la tierra con capazos y canastos y empleando todo un ejército de peones. En la escuela holandesa de arquitectura militar los fosos iban siempre inundados, acordes con el terreno y el clima de los Países Bajos. Los dos lados del foso se forraban con muros de obra reforzados por contrafuertes formando la escarpa y la contraescarpa. La gigantesca masa de tierra extraída del foso se vertía a los lados. Hacia el interior formaba el talud de la cortina, que con su volumen desafiaba a la artillería enemiga. En Italia o España este talud se habría forrado también de sillares o ladrillos, al menos en la cara que daba al campo abierto, pero en Holanda preferían dejarlo tal cual, no sólo por ser más barato sino por una mayor efectividad a la hora de absorber las balas de cañón. La suave lluvia del norte se encargaba de cubrirlo de hierba sin desgastarlo en exceso.
La cortina contaba con un terraplén superior para la circulación de las tropas y de un parapeto para cubrirlas del fuego enemigo. Una banqueta permitía al infante subir hasta encararse con la cresta de fuego, desde donde podía hacer uso de su arcabuz o mosquete.
Por el lado exterior la tierra extraída de los fosos se apisonaba para formar el glacis, que protegía el camino cubierto sin ofrecer cobijo a los asaltantes, pues toda su longitud se podía batir desde las crestas de fuego de la cortina. El camino cubierto quedaba entre el glacis y la contraescarpa, protegido contra encamisadas y golpes de mano por una sencilla empalizada de madera.

LA DEFENSA

Las seis ilustraciones presentes en las siguientes páginas muestran los distintos niveles de defensa de una fortaleza abastionada y los diferentes fuegos a los que tenía que enfrentarse cualquier asaltante.

Las tres primeras figuras marcan los primeros niveles de defensa, confiados a las armas ligeras como arcabuces o mosquetes. Los tres podían emplearse a la vez, pues están pensados para que los disparos de los de atrás pasen sobre las cabezas de los de delante.

1.- En primera fila usarían sus armas los mosqueteros del camino cubierto, que por avanzar en zigzag ofrecía una excelente posición para el fuego cruzado.

2.- Un segundo nivel de defensa estaría en las medias lunas, desde donde se dispararía contra el glacis y el terreno de más allá además de cubrir el camino cubierto. En caso de que los sitiadores llegasen a ocuparlo serían arcabuceados sin piedad desde las medias lunas sin encontrar ningún punto donde poder guarecerse.

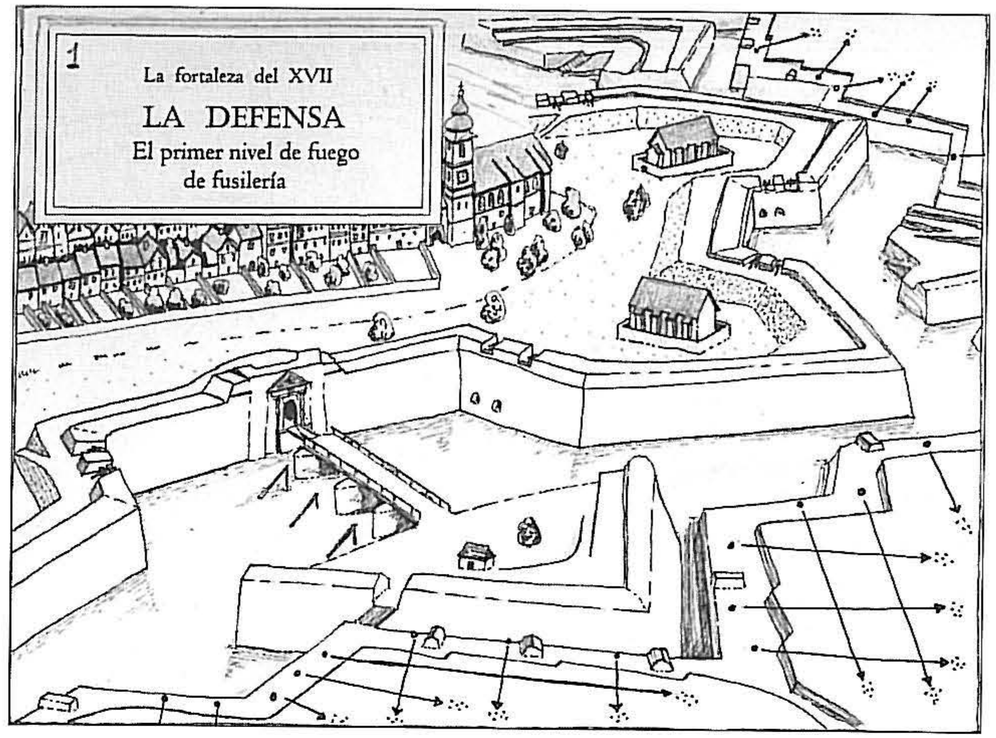
3.- El último nivel de defensa empleando el fuego de fusilería estaba en las propias cortinas de la fortaleza —y también en los bastiones—, desde donde se podía disparar contra el glacis lo mismo que sobre cualquiera de las posiciones anteriores —camino cubierto o media luna— en el caso de que fueran tomadas por el enemigo.

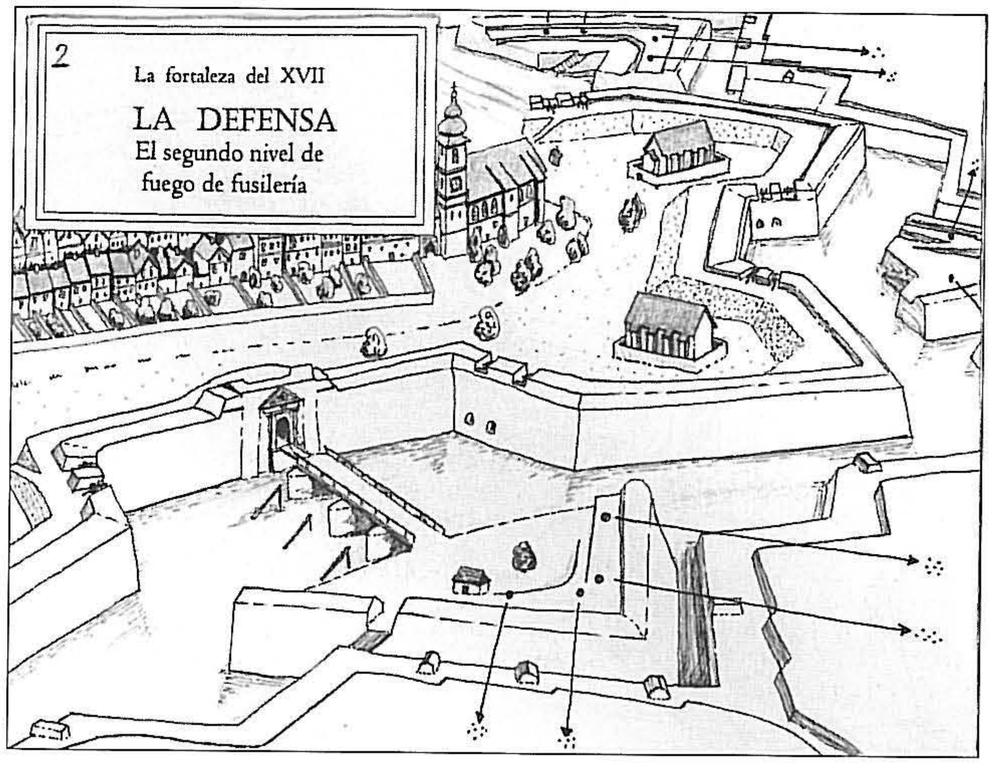
4.- Si el adversario alcanzaba las cortinas entraban en acción los barrefosos. No todas las fortalezas contaban con estas troneras ubicadas casi a ras de agua, lo más bajas posible. Desde ellas se podía batir a cuantos quedasen entre los dos bastiones, bien con mosquetería o con la metralla de la artillería. Los barrefosos no eran tan sólo efectivos con su fuego, sino que también hacían un daño psicológico al enemigo. Su mera presencia servía para frenar el asalto del adversario más bravo, que siempre se los figuraba preñados de artillería. Una de estas oscuras troneras, vacía y sin defensores, podía detener el avance de toda una columna de enemigos, que desde fuera no podían saber si los artilleros estaban en su puesto o no, o si los barrefosos se quedarían mudos o los mandarían a todos al infierno con un soplo de metralla.

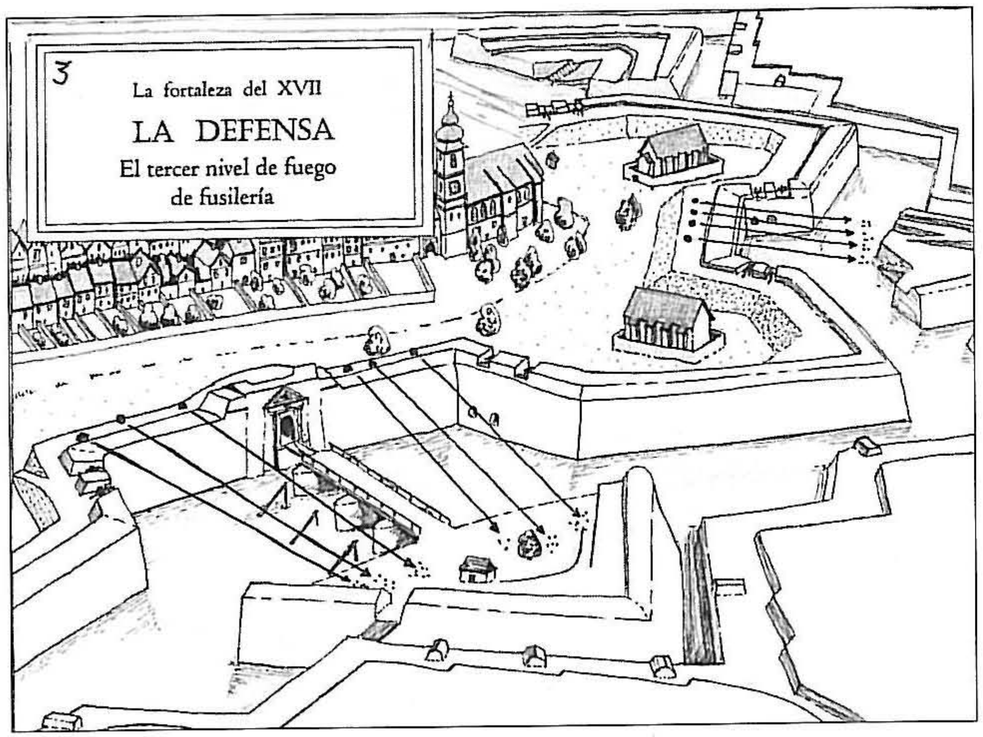
5.- El mayor peso en la defensa de la plaza caía sobre las piezas de artillería colocadas en los flancos de los baluartes, que lo mismo podían unirse a la labor de los barrefosos en las cortinas a la hora de masacrar a un asaltante demasiado confiado de sus fuerzas que en mandar su fuego cruzado para cubrir las caras de los bastiones. La trayectoria de los cañones de los flancos se cruzaba doblemente, como se puede apreciar, pues no sólo forman una "X" frente a la mitad de la cortina, sino delante del baluarte de enfrente, que de hecho ha sido dibujado siguiendo la línea de sus fuegos.

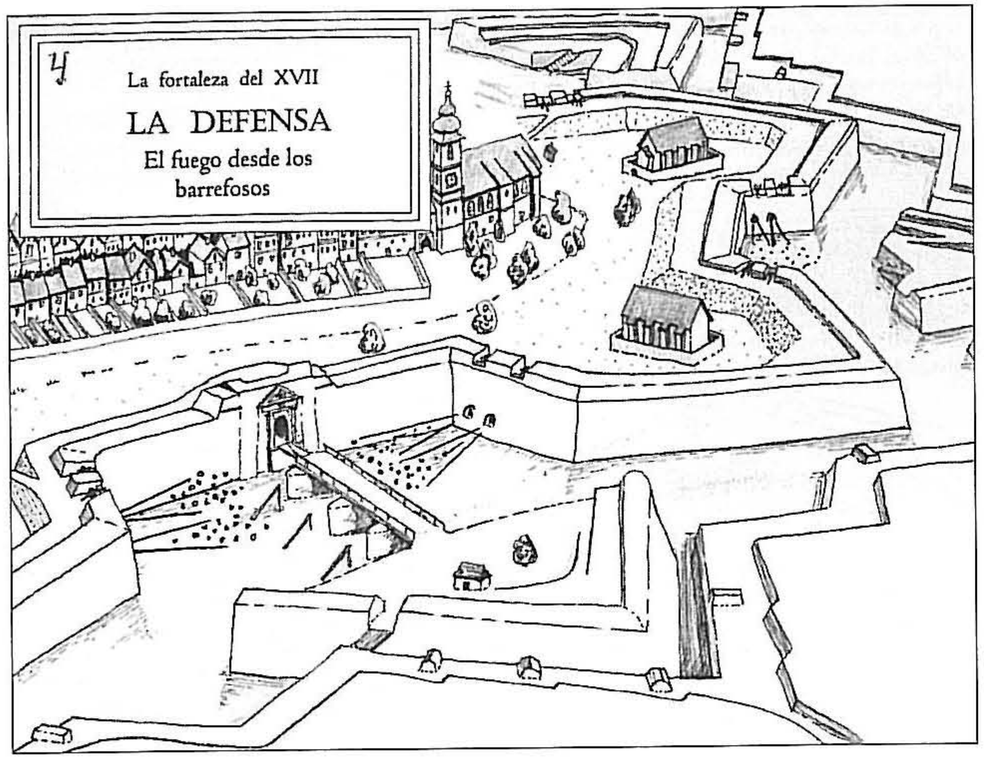
6.- Por último, las bocas de artillería que disparaban sobre los parapetos de las caras de los bastiones servían para hostigar al enemigo a gran distancia y también para cubrir las caras de las medias lunas.

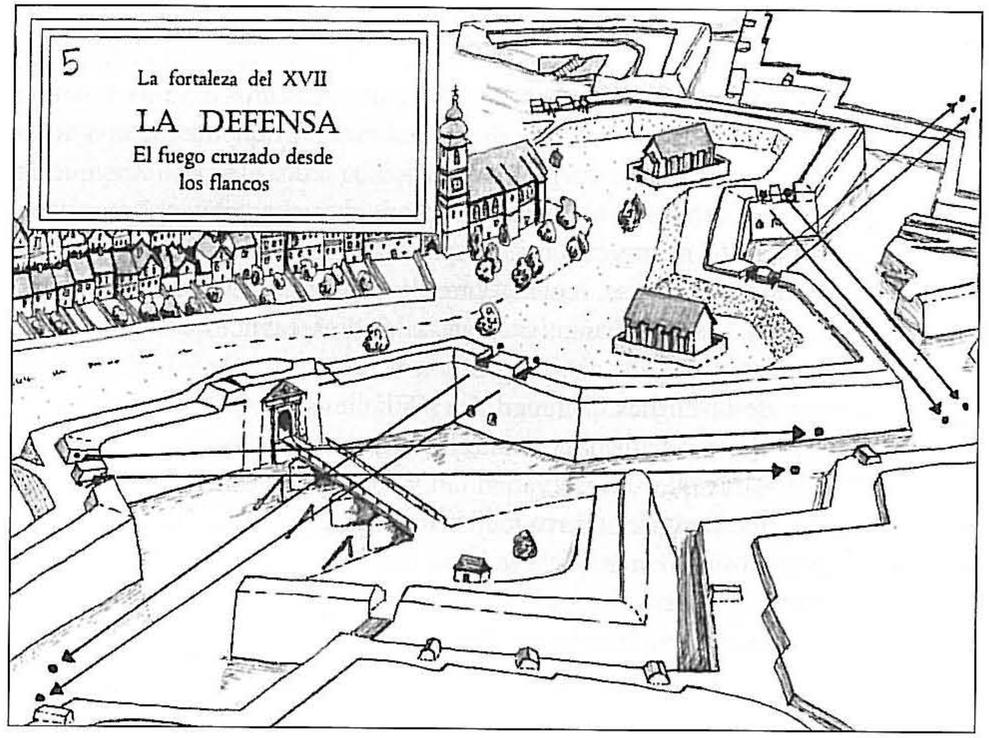
Todos estos niveles de fuego se solapaban unos con otros haciendo del asalto a pecho descubierto algo poco menos que demencial. Aunque, por otra parte, una obra tan compleja exigía un gran número de defensores. De no contar con la suficiente guarnición cualquiera de estas fortalezas podía caer en manos del enemigo sin que sus refinamientos balísticos le sirvieran para nada.

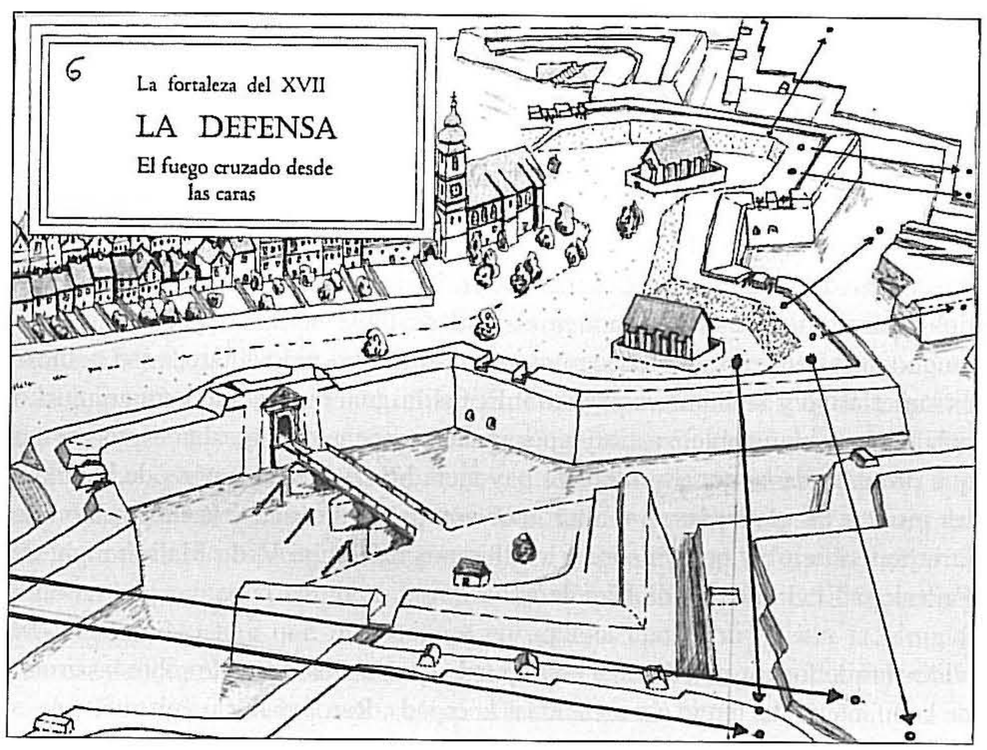





3
La fortaleza del XVII
LA DEFENSA
El tercer nivel de fuego
de fusilería


4
La fortaleza del XVII
LA DEFENSA
El fuego desde los
barrefosos


5
La fortaleza del XVII
LA DEFENSA
El fuego cruzado desde
los flancos


6
La fortaleza del XVII
LA DEFENSA
El fuego cruzado desde
las caras

que los defensores empleaban en las fortalezas, tan robustas y con tanto retroceso que sólo se podía disparar con ellas apoyándolas en los parapetos. Desde la mitad del XVI el mosquete se apartó de los muros y salió a campo abierto, aunque, eso sí, el mosquetero tuvo que buscarse la ayuda de una *forca* u horquilla para poder hacer fuego con sus cinco kilos de peso sin que le vacilara el pulso. Mucho más engorroso y pesado que el arcabuz, el mosquete exigía más tiempo de recarga, lo que en parte se compensaba por su mayor alcance. Los mosqueteros se tenían entre lo más granado de los tercios, reforzando por igual las compañías de picas y las de arcabuces.

La mayor parte de las armas de fuego del XVII llevaban la sencilla y barata llave de mecha. Existían otras llaves más efectivas, como la de rueda, pero eran tan complejas y caras que se reservaban tan sólo para las armas de caza o las de la caballería, que siempre anduvo mejor de dineros que la sufrida infantería. Holandeses y suecos podían emplear la llave *snaphance* o la escandinava, pero la infantería española se tuvo fiel a la simple y económica llave de mecha. Ésta prendía la pólvora arrimando a la cazoleta un ascua, encendida en el extremo de un cordón empapado en salitre para que tuviese una combustión lenta y uniforme. Decir en el extremo no es del todo correcto pues, como ya se ha dicho, era práctica obligada prender la mecha por los dos lados, de tal forma que si uno se apagaba se volviera a encender con el otro.

El sistema era simple y eficaz, aunque tenía numerosos inconvenientes, no siendo el menor —amén del peso y de un retroceso como de coz de mula— el muy lamentable efecto que sobre el funcionamiento de las armas tenían el viento y la lluvia, o el que la brasa de las mechas delatase a arcabuceros y mosqueteros en la oscuridad de la noche. Todos estos males se superaron al final del siglo, cuando se impuso el fusil de llave de sílex, que aunque era mucho más flaco que su predecesor —el mosquete— vino a heredar su nombre en superlativo y se llamó *mosquetón*. El fusil, igual de potente aunque mucho más ligero y manejable, sustituyó por igual a mosquetes y arcabuces, lo mismo que provisto de su correspondiente bayoneta borró de los campos de batalla a las picas y las alabardas. Así alteró por completo el orden y la disposición de la infantería en los que ya serían los tiempos de Felipe V, de Malborough, de Federico "El Grande" y de Napoleón.

Vistas las de fuego y las de asta, no se puede terminar este apunte sobre las armas de la infantería del tercio sin mencionar la espada. Raro sería el combatiente de la

Guerra de los Treinta Años, ya fuera católico o luterano, calvinista o devoto de la Iglesia de Inglaterra, que no ciñera al cinto algún acero. En aquellos tiempos la espada era propia de todos los que desempeñaban el oficio de las armas, ya fuese como sustento o de forma ocasional, desde el más noble de los maestres de campo al último de las picas secas, pasando por arcabuceros y mosqueteros, hidalgos y plebeyos. Además de arma la espada era señal de rango y dignidad, algo muy a tener en cuenta entre aquellos hombres tan puntillosos a la hora de medir su honor y reputación. Por esa razón se la llevaba tanto en la vida militar como en la civil. Se consideraba un arma de defensa personal, por lo que no se usaba de ella en medio de las batallas campales. Por el contrario, se tiraba mucho de la espada en los asaltos y encamisadas y también a la hora de perseguir y rematar al enemigo. Por eso se decía que la espada daba el último golpe de las batallas.

Liberada en parte de su tarea guerrera por armas más modernas y abyectas, la espada vivía desde el siglo XVI una segunda Edad de Oro. Jugaba un papel destacado en aquel mundo donde el pundonor y el renombre no permitían un paso atrás, y en el que con un *voto a tal* o un *a fe de fijodalgo* se tiraba del acero para abrirle un ojal a cualquier ofensor, ya fuese real o figurado. Y si no era por la honra era por el pellejo, pues las ciudades europeas de por entonces, pobladas de truhanes, salteadores y matasietes, no eran lugar para pasearse —y menos a ciertas horas— si no se tenía la compaña de un buen acero.

El origen de la espada moderna hay que buscarlo en la Baja Edad Media, cuando pasó a incorporarse a la indumentaria civil cotidiana. Los duelos particulares, al igual que las abundantes contiendas y banderías con las que las medianas y pequeñas familias aristocráticas animaban la vida ciudadana, no se desarrollaban entre enemigos cubiertos de armadura, sino vestidos con jubones y calzas de paño. Frente a tales adversarios eran del todo innecesarias las pesadas hojas que habían imperado hasta entonces. Para defender el honor, la vida o los intereses propios en un lance de este tipo resultaba mucho más útil una hoja liviana y que de camino fuese más galana y elegante. Así, en Italia y España nació una nueva variante de la esgrima pensada para batirse a pie. En ella el espadachín buscaba dar fin a su rival usando principalmente ataques de punta, es decir, las estocadas. Ello permitía un juego mucho más rápido y certero tanto en la arremetida como en la retirada, infligiendo a la vez heridas mucho más letales. No hay que olvidar que en aquella época no existía la cirugía interna, y si bien había manera de coser los tajos y cortes, era del todo imposible reparar los órganos dañados por una profunda estocada.

Las empuñaduras de las espadas evolucionaron rápido. El nuevo tipo de esgrima exigía que la hoja permaneciera horizontal, siempre dirigida contra el enemigo y con la mano directamente en la línea de ataque. Por ello, para equilibrar mejor el arma se aumentó el tamaño de su guarnición, con lo que además se daba más cobijo a la diestra, desprotegida al ir sin guantelete. De esa forma, y a medida que avanzaba el siglo XVI, la guarda de la espada se fue desplegando como las ramas de un árbol, rodeando la mano con una hermosa maraña de gavilanes, arquillos, puentecillos y ramales. Cuando su diseño llegó a la culminación, en los primeros años del 1600, el proceso dio un giro en redondo. La espada del XVII inició el camino contrario y tras unos pocos años de esplendor barroco retornó a la simplicidad. La jaula que guardaba el puño fue paulatinamente cerrada y sustituida por defensas de metal de una sola pieza. Así nació la espada de taza o de cazoleta, justo a tiempo para hacer su digno papel en la literatura del Siglo de Oro.

En el barroco tendrían que convivir dos tipos de espada muy distintos. El que había de tirar del acero en la guerra, ya fuese a lomos de un caballo, en la brecha de una muralla o en la cubierta atestada de una nave, prefería una hoja de diseño más fuerte y tradicional. Para abrirse paso o mantener a raya a varios enemigos en medio de una encamisada era muy recomendable recurrir a enérgicos tajos horizontales o diagonales —los *tonda* y *squalembrato* de los maestros italianos— que exigían un acero ancho y resistente que no se rompiera al parar el ataque de un arma pesada. Lo mismo valía para el jinete que dejaba caer su arma sobre la cabeza de los infantes con un letal resultado. Por estas razones las espadas militares solían tener una hoja sólida y provista de buenos filos sin por ello renunciar a una punta aguda con la que resolver un mal encuentro de una certera estocada.

Por el contrario, el que usaba de la espada como parte de su indumentaria de calle optaba por armas de diseño más ligero y elegante. En los duelos y los altercados callejeros propios de la vida urbana del XVII el espadachín podía concentrar su atención en un único oponente, imponiéndose una esgrima más fina y precisa que sacara todo el partido posible a la habilidad personal y la inventiva. Para ello nada había mejor que centrar el peso del ataque en la estocada. El golpe de filo, el *tajo*, era más propio de una respuesta instintiva. Eso era lo primero que hacía el bisoño en cuanto tomaba un acero, soltar tajos como el que larga palos. Por el contrario, el ataque con la punta, además de ser más letal, exigía más pensamiento y precisión, que se podía perfeccionar

con el adecuado entrenamiento. Esta nueva forma de luchar a espada favoreció el desarrollo de aceros largos y estrechos, de sección en rombo y casi sin filo, ligeros pero extremadamente eficaces en el duelo individual. Su origen habría que buscarlo en España o Italia. Se las podría llamar *espadas roperas*[18], pues tales armas formaban parte de la vestimenta común con la que el hidalgo salía de su casa. Pero ese nombre puede llamar a error, pues en la España de la época cualquier espada llevada al cinto con la indumentaria de rua o de calle pasaba a ser considerada automáticamente como *ropera*, incluida la más fuerte hoja militar. No ocurría así entre ingleses y franceses, que tomaron el término y denominaron *rapiers* y *rapieres* a este tipo de hojas estrechas y casi sin filo, diferenciándolas de las de uso guerrero. Los españoles del XVII las llamaban sencillamente *espadas*, aunque también se usaban términos más específicos, como *estoque*, *verdugo* o *verduguillo*[19]. Otros términos bastante comunes son los de espada *de lazo* o espada *de ramas*, pero estos, más que al tipo de hoja, hacen referencia al diseño de la guarnición, compuesto por un elegante conjunto de gavilanes, puentes y arquillos, que acompañaba a todo tipo de aceros, incluso a las armas militares usadas con guantelete.

Las espadas acompañaron a los ejércitos durante todo el siglo XVII. En teoría, el tamaño y diseño de la hoja se adaptaba a las necesidades de su propietario. Los soldados de infantería preferían hojas que combinasen la estocada con el tajo, lo bastante ligeras como para permitir un juego rápido aunque sin ser tan livianas como los estoques propios de los hidalgos, matasietes y otros ociosos de ciudad. En cuanto a su longitud, lo más sensato era adecuarla a la estatura del espadachín, que por empeñarse en tener unos dedos más de acero podía perder no poca diligencia, y la vida con ello.

Como no podía ser de otra manera, los maestros de esgrima del renacimiento y el barroco teorizaron sobre el asunto, escribiéndose en la época no pocos tratados sobre el Arte —o la Ciencia, según se mire— de empuñar la espada. En estas obras se compaginaba lo teórico y lo práctico. Lo mismo se trazaban un centenar de ángulos y líneas a base de escuadra y compás, que se recomendaban las más efectivas tretas y artimañas propias de un matón de taberna. La esgrima española e italiana de la primera mitad del XVII estaba

[18] La *espada ropera* aparece citada por primera vez en lengua española en un inventario del año 1468.
[19] El que se refirieran a estas armas como *verdugos o verduguillos* ponía de manifiesto su mortífera eficacia a la hora de "resolver" un lance.

lejos de la extremada coreografía que los maestros franceses habrían de imponer desde la corte de Luis XIV. En los tiempos de Felipe IV se luchaba *en redondo*, con los contendientes girando uno en torno al otro. Las guardias variaban según el gusto y las intenciones del espadachín, pero lo habitual era que el brazo libre quedase doblado hacia delante, protegiendo el torso. Mejor era llevarse una cuchillada en la mano que en el pecho. En todos los manuales se recomendaba el uso de la rodela como complemento de la espada. En su defecto no estaba de más echar mano de la capa o de cualquier otro trozo de lienzo que estuviese a su alcance, que se enrollaba en torno al brazo izquierdo a guisa de escudo[20].

Si no había rodela lo más adecuado a todas luces era contar con una daga de mano izquierda o *manosistra*, heredera de la antigua *misericordia* que desde el siglo XIV aliviaba las cuitas de los caballeros medievales mandándolos con su Creador. Esta daga de mano izquierda se llevaba en el costado derecho de muy variadas maneras, como testimonian los retratos de la época. Felipe II la prefería pegada a los riñones, tal y como lo plasmó Antonio Moro llevando la misma indumentaria con la que asistió al asedio de San Quintín En los frescos de su palacio el bravo Álvaro de Bazán figuró con la daga sobre la escarcela derecha, bien sujeta al cinto y con la empuñadura hacia abajo. En un cuadro de Velázquez, *Riña de Soldados*, la vemos a punto de entrar en acción en manos de un arcabucero que tira de ella para solucionar una querella relativa al juego de naipes.

La primera mitad del XVII conoció un buen surtido de espadas que, aunque en general responden a similares principios, presentan notables variaciones. Como se ha dicho, los civiles usaban espadas roperas con hojas ligeras y estrechas de muy poco filo. La más destacada de éstas era la espada *de taza* o *cazoleta*, protagonista indispensable del teatro español del XVII. Con su daga de vela a juego, este tipo de aceros fue muy común en los años centrales del siglo en Italia y España, aunque siempre dentro del ámbito civil y entre aquellos que no pertenecían a la milicia o tenían dineros suficientes como para variar de hoja según estuviese en la corte o en Flandes. El soldado en campaña, por el contrario, que a lo mejor no sabía tanto de esgrima ni había

[20] Curiosamente, aunque este tipo de esgrima desapareció en el siglo XVIII superada por las escuelas francesas, esta forma de batirse sobrevivió en los ambientes populares y se mantuvo hasta tiempos muy recientes en los duelos a navaja.

leído a Marozzo o Capoferro[21], prefería tirar de aceros más resistentes, más válidos para pelear en la brecha de una muralla o para guardarse a la desesperada del ataque de un jinete.

Otro tipo de espada era el *bilbo,* parecido a la *de taza* aunque más simple y recio. Presentaba la sencillez en el gavilán y los guardamanos de la anterior, pero en vez de cazoleta completa sólo tenía un par de conchas, por lo que la protección era menor. Curiosamente, tratándose de un arma típicamente española que toma su nombre de la villa de Bilbao, gozó de gran popularidad en la segunda mitad del siglo entre la marinería del Caribe, y a muchos piratas ingleses y holandeses se les podía ver por las tabernas de Jamaica o Curaçao luciendo en el cinto una versión basta del bilbo.

La Guerra de los Treinta Años conoció sus propios modelos de espada. El más famoso fue el llamado *pappenheimer*, que surgió en torno a 1620 y gozó de un gran éxito, como lo demuestran las muchas veces que aparece en los retratos holandeses de la época. Su nombre se lo debe a Gottfried Heinrich Graf von Pappemheimer, el más célebre de los generales de la caballería imperial. Arma propia de jinetes tanto católicos como protestantes, la *pappenheimer* tenía una hoja ancha y de doble filo, buena para el tajo, con una empuñadura de ramas compleja que reforzaba la protección en torno al recazo por medio de conchas o placas perforadas. Su versión simplificada era la espada *valona*, más sobria y con menos arcos y puentes, con dos valvas caladas para guardar la mano por encima del arriaz.

En la década de 1630 apareció la espada *mortuoria,* que tuvo una amplia difusión no sólo en la Guerra de los Treinta Años sino también en la guerra civil inglesa. Arma de caballería, tenía una hoja ancha y pesada, temible en el golpe de filo. La guarda era muy completa, encerrando el puño como en una jaula que se alargaba hasta el pomo. Su siniestro nombre hace referencia a la cabeza que los espaderos ingleses solían labrar en la guarda, que según la tradición no era otra que la decapitada testa de Carlos I, ejecutado bajo el mandato de Oliverio Cronwell.

En general, la espada conoció una Edad Dorada durante la Guerra de los Treinta Años, beneficiándose del renacer de la caballería, que después de un siglo volvía a hacerse un hueco importante en los campos de batalla.

[21] El boloñés Achille Marozzo escribió el *Arte dell'Armi* y Rodolfo Capoferro da Cagli el *Gran Simulacro dell'Arte e dell'Uso della Scherma*, dos de los más célebres manuales de esgrima de la época.

LA CABALLERÍA

Los siglos XV y XVI habían visto la decadencia y ocaso de los caballeros medievales, barridos como hojas al viento por la acción demoledora de los cuadros de picas y de la pólvora. Desde los desastres de Ceriñola o Pavía la caballería conocía de sobra el poder de las armas de fuego y *se guardaba de los arcabuceros como del pecado.* Por su parte, la altanera infantería sentía por ella un gran desprecio, y en cuanto formaba en cuadro con sus correspondientes mangas de arcabuces se sentía tan invulnerable a sus ataques como dentro de un castillo. Lamentablemente, en el XVII la riquísima tradición ecuestre de España se estaba perdiendo y nuestro ejército tan sólo contaba con unas pocas unidades montadas, como las Lanzas de Ordenanza o las Bandas de Flandes, que se mantenían como una reminiscencia aristocrática más que como una efectiva fuerza de choque. Para el español de entonces la fama y la gloria se ganaban en la infantería. Cuando en un momento concreto, ya fuera en Flandes o en Italia, las tropas montadas resultaban indispensables, la caballería se reclutaba *in situ,* únicamente para aquella campaña concreta y sólo si discurría por terrenos despejados y con pocas fortalezas. Incluso se llegaba a contratar a mercenarios montados alemanes, no porque se confiara en su efectividad, sino para evitar que terminasen en el bando enemigo.

Pero esta política de desprecio por el arma montada era completamente errónea. La caballería seguía siendo vital en la guerra barroca. Los jinetes eran los ojos de los ejércitos, indispensables a la hora de explorar el territorio y localizar las fuerzas del adversario evitando trampas y ataques por sorpresa. También eran inmejorables a la hora de escaramucear y de atacar las líneas de comunicación y los puntos de abastecimiento del enemigo, amén de sembrar la muerte y el terror en su retaguardia. Sin caballería no se podía perseguir ni aniquilar a las fuerzas contrarias una vez derrotadas, y lo que es más, sin una caballería potente se dejaba toda la iniciativa de la batalla en manos del adversario, que podía moverse libremente por el campo mientras que los lentos cuadros de infantería quedaban fijados y expuestos a todas las ofensas de los mosquetes y de la artillería[22].

Por esas razones la Edad Moderna conoció una nueva caballería, de la que serían buen ejemplo los *reiters* germanos, los herreruelos o los caballos

[22] Lamentablemente, ese sería el final de los viejos tercios españoles, que así se verán en Rocroi y en otras batallas.

corazas. En principio, estos *jinetes*[23] eran simples villanos montados, sin gota de sangre azul o de carácter aristocrático, que no tenían más de *caballeros* que el ir a caballo. Pero no por eso eran menos agresivos ni faltos de iniciativa. La población civil que sufría sus depredaciones los detestaba y los temía, y se decía que nadie tenía el corazón más duro que un reiter alemán.

La primera innovación que introdujeron estos nuevos *caballeros* fue el abandono de la lanza como arma de combate. La lanza era un arma propia de los nobles, pues para ser efectiva exigía una larga instrucción y una cuidada formación ecuestre y militar, lo que sólo estaba al alcance de unos pocos privilegiados. Además, la carga con la lanza en ristre hacía necesarios caballos fuertes y de gran calidad, fuera del alcance económico del combatiente medio. Por eso la lanza entró en decadencia desde la segunda mitad del XVI. Los españoles fueron de los últimos en dejarla, aunque en los grabados de batallas del XVII en las formaciones de la caballería del Rey Católico no se ven ya más astas largas que las que llevan las banderas.

La armadura tuvo más suerte y aún aguantaría durante toda la Guerra de los Treinta Años. Por una parte la armadura era símbolo de status social y noble cuna, algo muy a tener en cuenta por todos aquellos que tenían algo de lo que presumir. Por otro lado la protección que ofrecía el acero aún era bastante efectiva frente a las armas del XVII. Mucho protestaron los servidores y acompañantes del cardenal infante Don Fernando cuando en la mañana de Nördlingen, con las prisas, se presentó sin la armadura. Y no porque eso fuera en menoscabo de su dignidad, sino por su valor real como defensa. Una bala perdida que llegara de lejos aún tendría fuerza para hundirle las costillas al que se encontrase en su camino mientras que si daba contra una buena coraza sólo rebotaría inofensiva sin provocar más daño que una abolladura.

Si eso valía para un general que seguía la lucha desde la retaguardia, más interés tendría para el simple jinete de primera línea. En las batallas campales a la caballería se la combatía con más caballería, y era frecuente que un choque entre dos escuadrones montados terminase en una melé cerrada donde menudeasen los tajos y las estocadas y en los que un buen arnés de acero fuera la diferencia entre salir vivo o acabar con la boca llena de tierra. Buenas razones eran éstas y el combatiente a caballo del XVII siguió fiel a la armadura

[23] Eso significa exactamente *reiter* en alemán: *jinete.*

aunque, eso sí, simplificándola y adaptándola a sus necesidades. Ni los reiters ni los herreruelos tenían la menor intención de chocar frontalmente contra la infantería, lo que habría sido cosa de locos viendo los trigales de picas con que los recibían. Por esa razón ya no eran necesarios quijotes ni demás protecciones metálicas de las piernas, que fueron sustituidas por cómodas y recias botas de cuero. Para guardar el muslo las escarcelas se alargaron y llegaron hasta la rodilla, y se mantuvieron las defensas en torso y brazos. Para proteger la cabeza se empleaban borgoñotas o yelmos cerrados por viseras que cubrían los ojos y la cara, siguiendo la tradición del caballero medieval. Otra opción muy popular eran los cascos abiertos como el *zischägge*. Desarrollados a partir del çiçak turco, este tipo de cascos contaban con cubrenucas y carrileras móviles, así como de una sólida visera frontal provista de un protector que se podía subir o bajar a voluntad para guardar el rostro. El conjunto ofrecía una protección más que aceptable frente a los golpes y tajos de las armas blancas sin atosigar ni mermar la visión. El aspecto articulado del *zischägge*, parecido al de un molusco, le valió el sonoro nombre de *langostera*.

Todas estas piezas y armaduras eran en su mayoría de una calidad mediocre, pues estaban fabricadas en grandes cantidades para clientes poco exigentes y con poca plata en la bolsa que no podían costearse los refinamientos del siglo anterior. No era raro que para proteger del óxido a tanto hierro se le diera una capa de pintura negra, lo que reforzaba el aspecto siniestro y amenazador de los jinetes[24].

Mientras unos hombres a caballo acumulaban piezas de armadura, otros preferían ir más ligeros y renunciaban a brazales, petos y espaldares, confiando su defensa a prendas de cuero o ante como coletos y casacas. El ante ofrecía una muy aceptable protección contra los golpes cortantes, además de ser cómodo y abrigado. Que la elección se decantase entre el acero o el cuero dependía principalmente de razones tácticas o psicológicas más que económicas, pues el propio Gustavo Adolfo, rey de Suecia, se metió en plena carga de caballería en Lützen con una de estas casacas de ante. Aunque quizá, viendo cómo terminó más le habría valido gastar su oro en una buena coraza de acero milanés.

Dejada la lanza en su astillero, su hueco en la panoplia del combatiente montado fue ocupado por la pistola. Arma noble y traidora a la vez, lo mismo

[24] Por esa razón a los reiters germanos se les llamaba más correctamente *schwarzern reitern*, es decir, *jinetes negros*. Los franceses se referían a ellos y a sus cristianas cualidades como *diables noirs*.

LÁMINA A

MAESTRE DE CAMPO Y OFICIAL

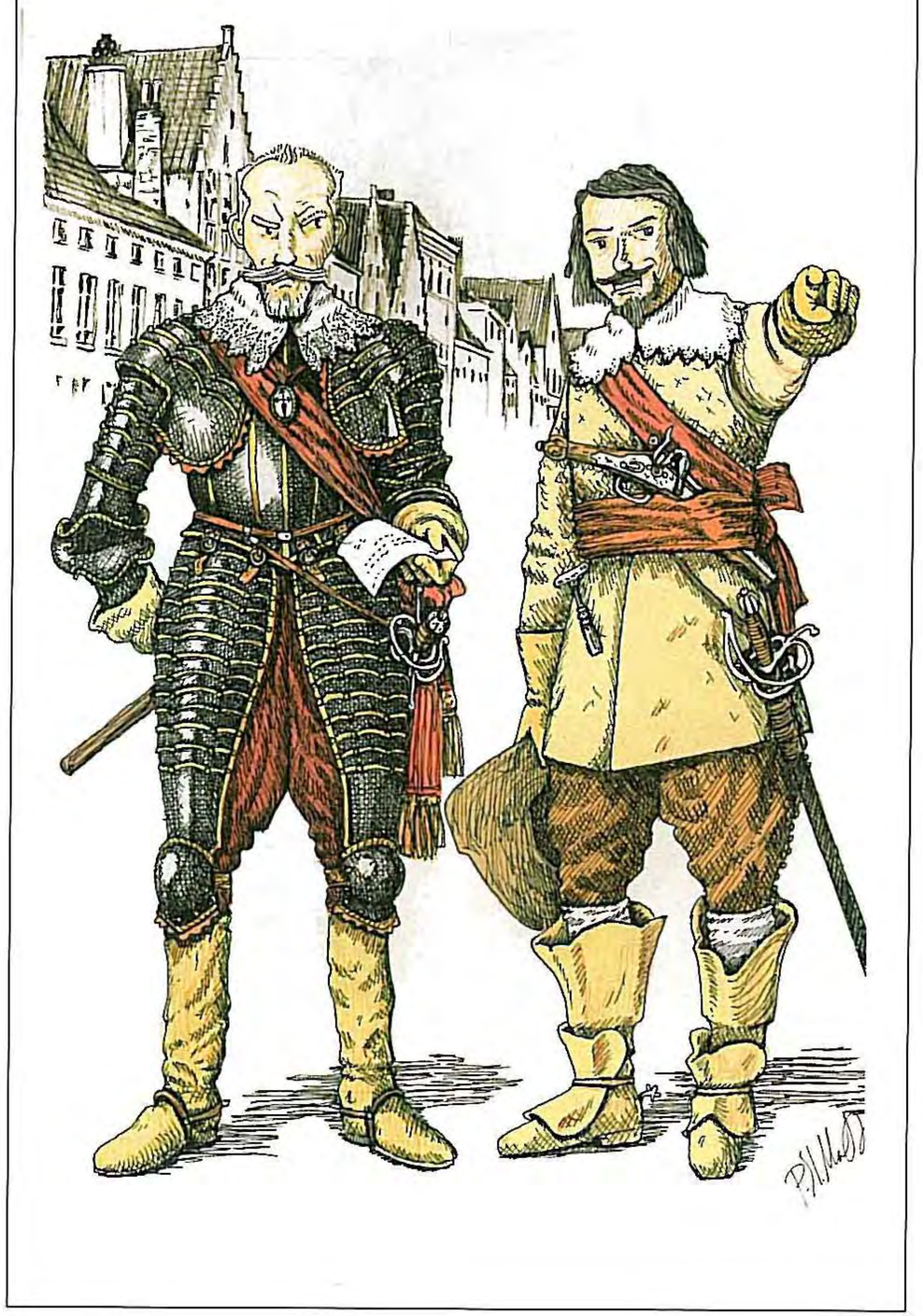


LÁMINA B

CAPITÁN Y SARGENTO DE INFANTERÍA

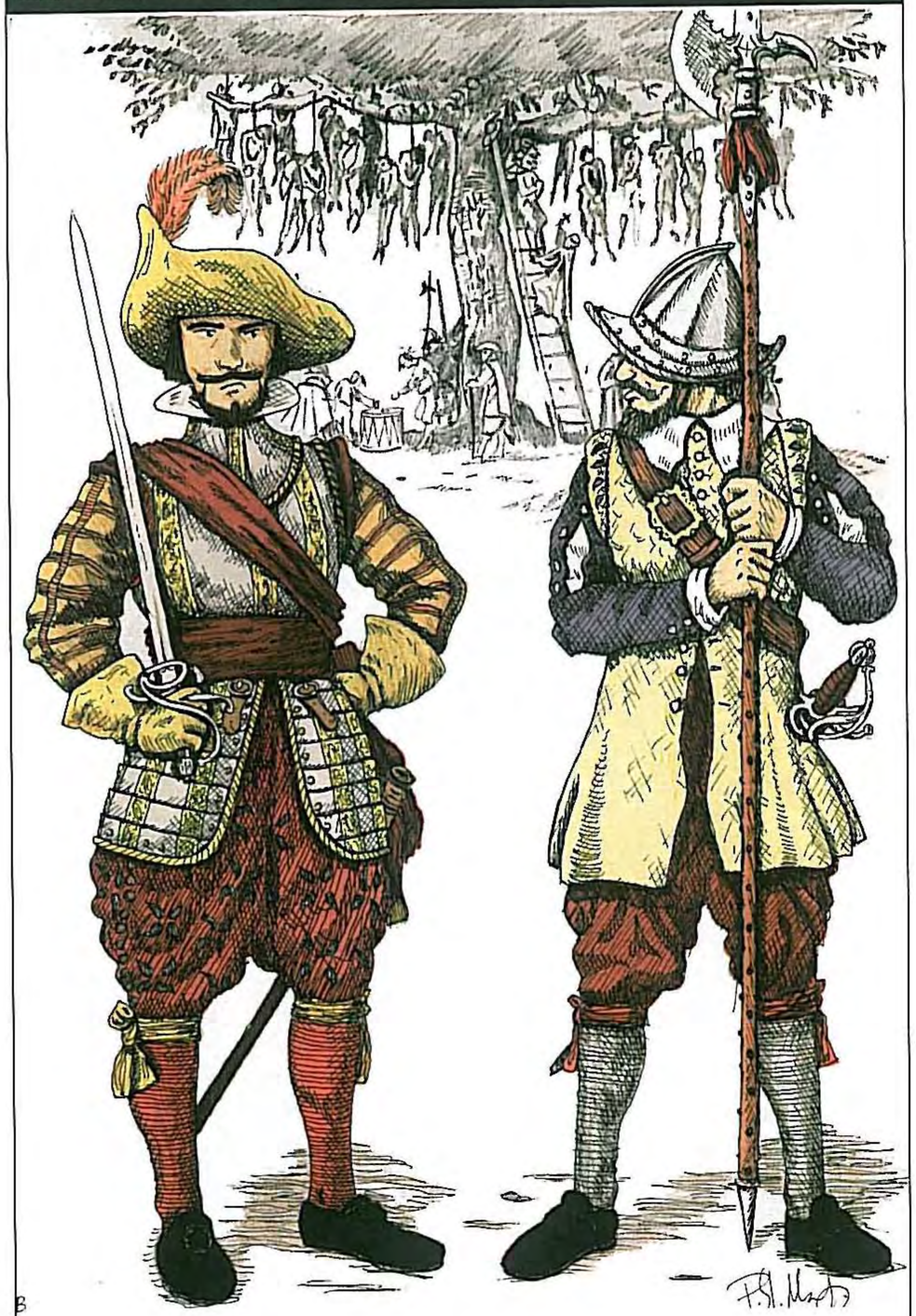
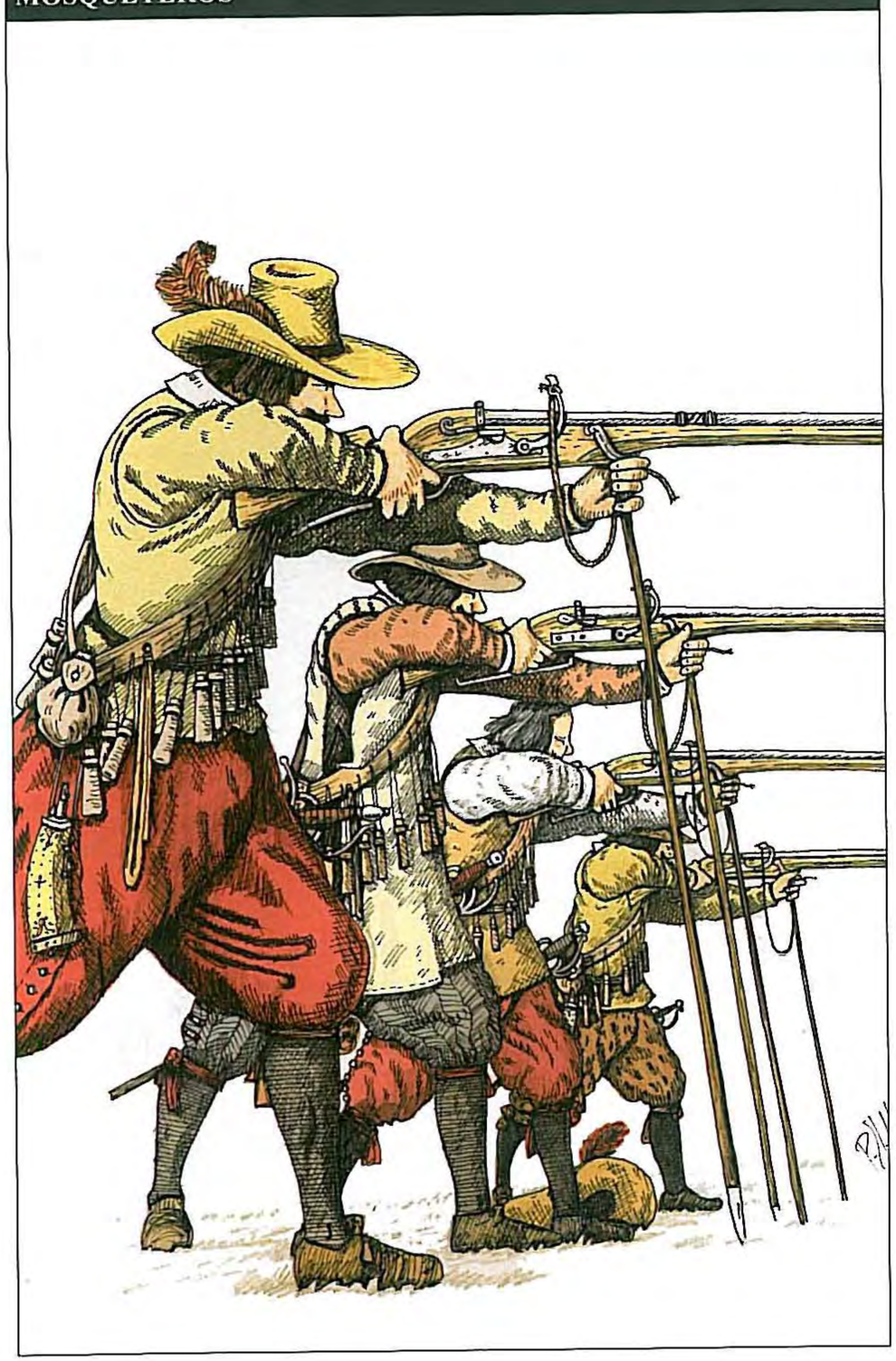


LÁMINA C

PIQUEROS

LÁMINA D

MOSQUETEROS



LLÁMINA E

TAMBORES Y BANDERAS

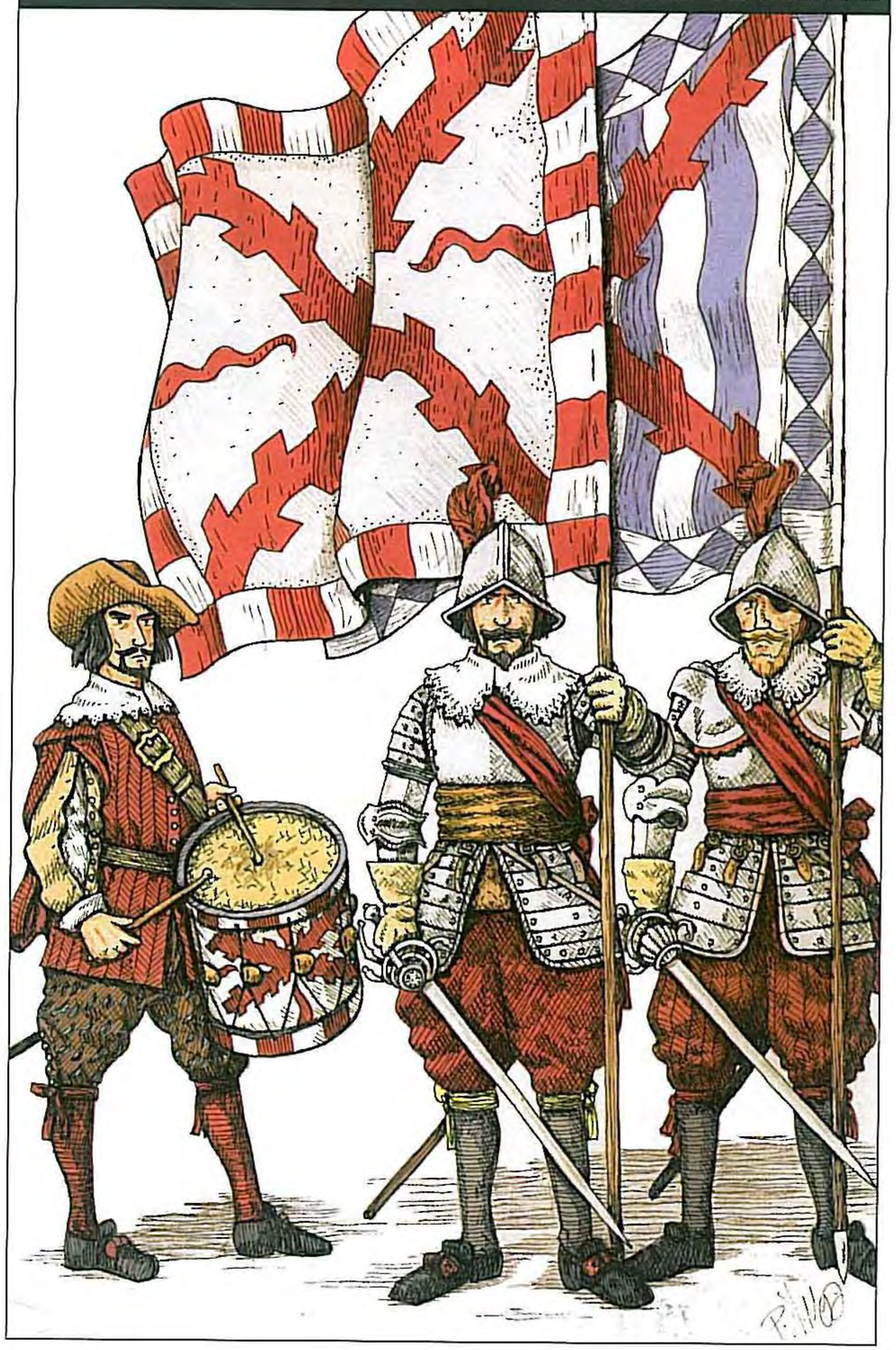


LÁMINA F

CABALLERÍA

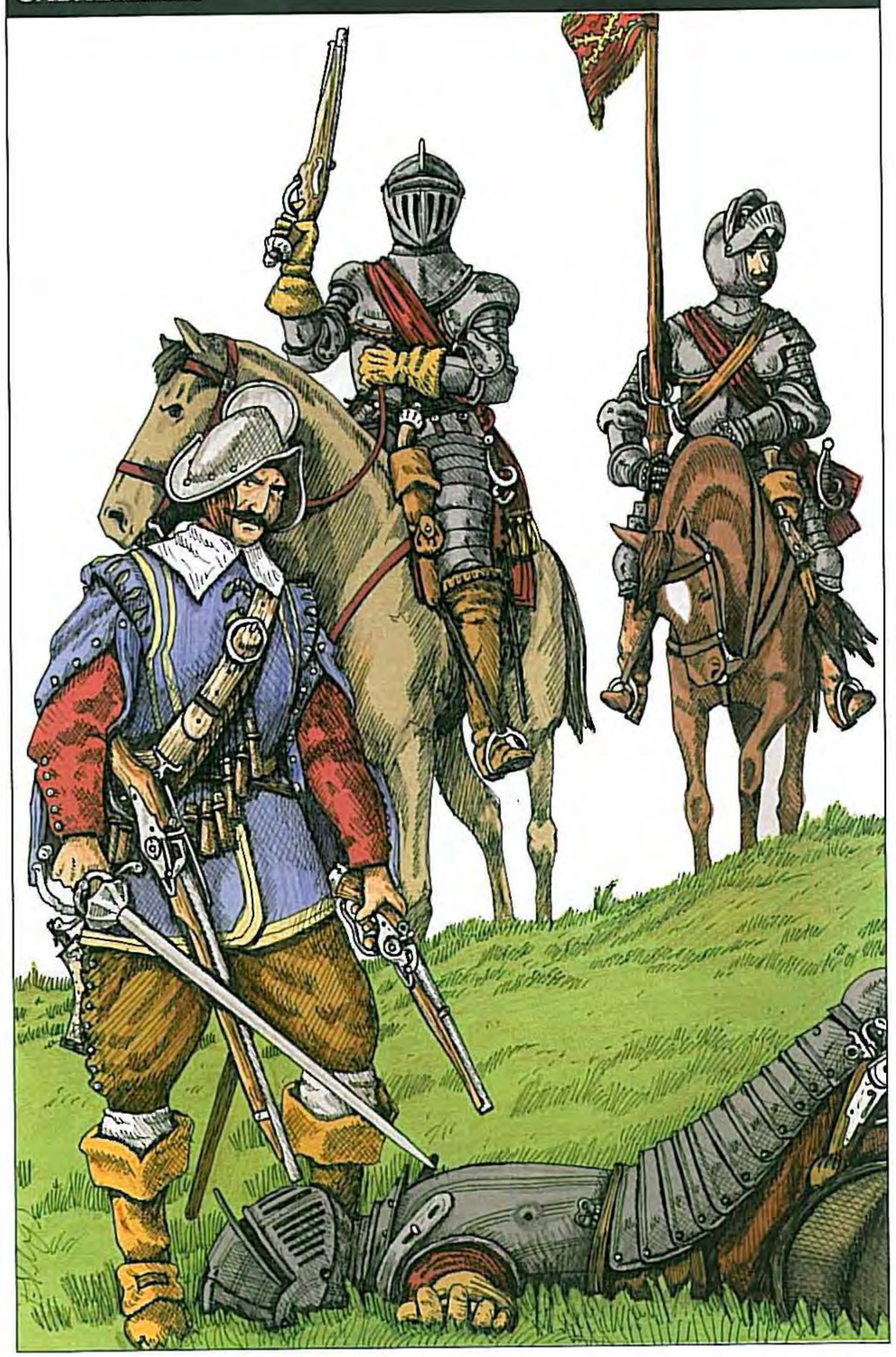


LÁMINA G

ROCROI, 1643

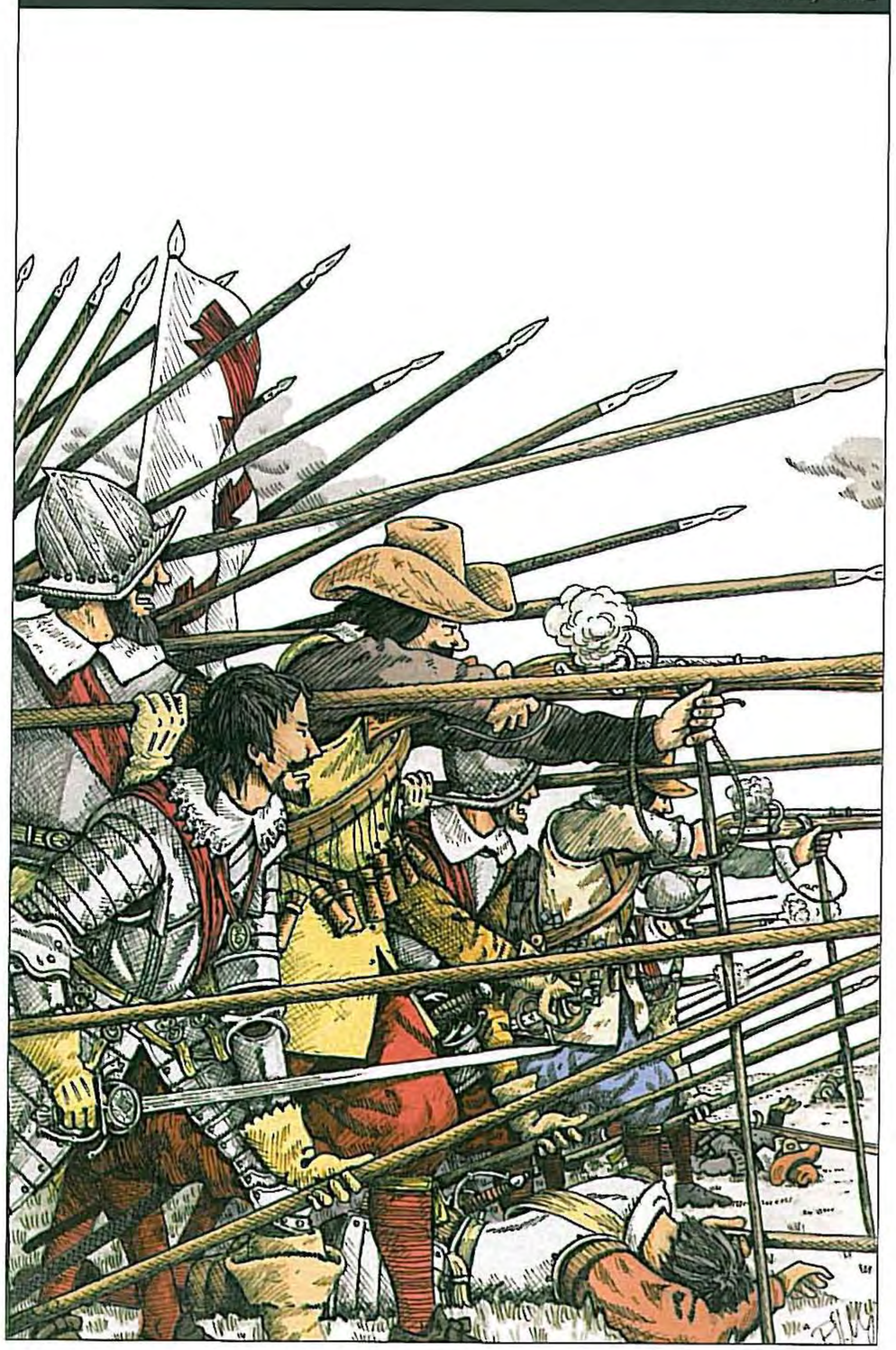
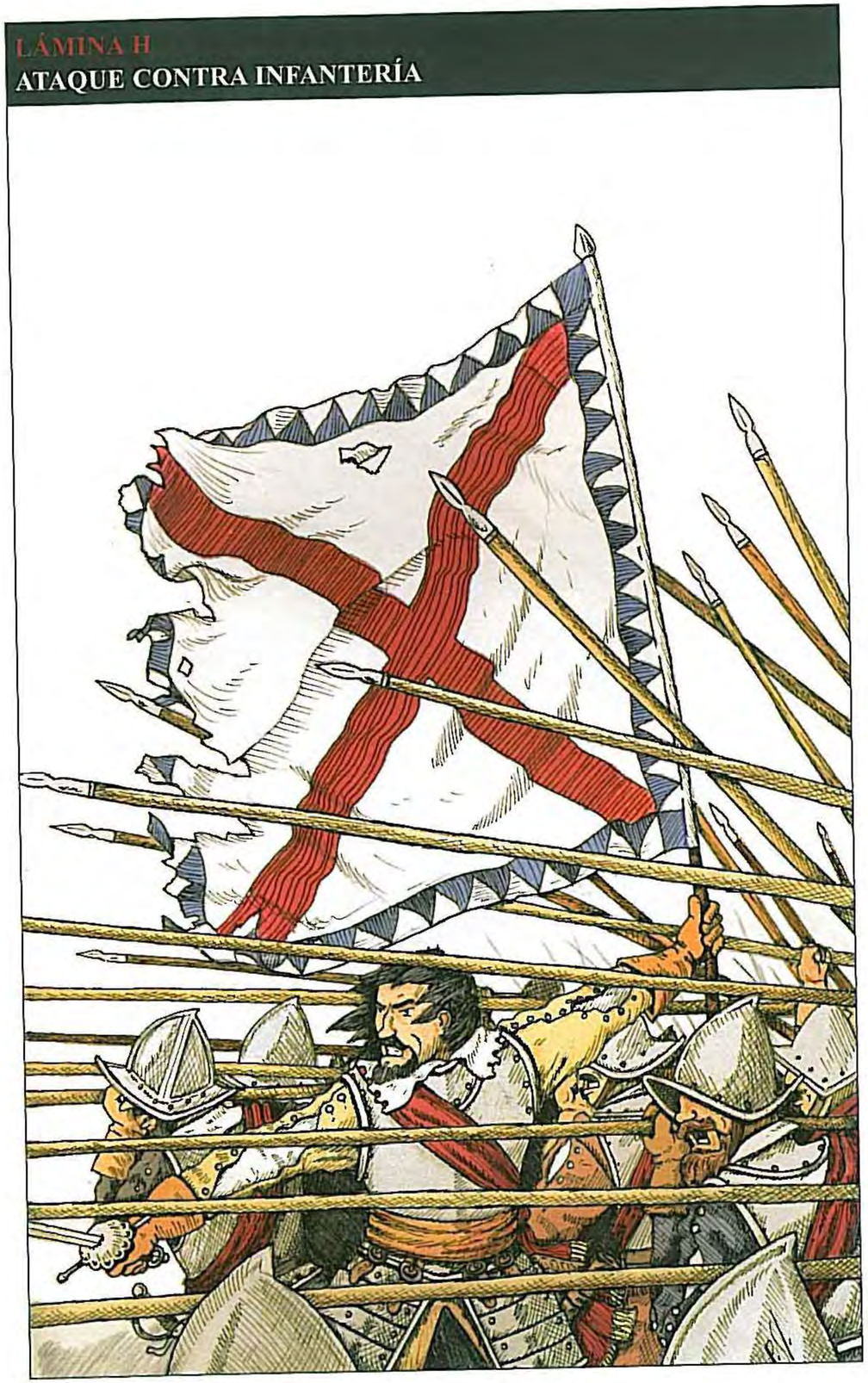


LÁMINA H

ATAQUE CONTRA INFANTERÍA



iba en el arzón de nobles y caballeros que se asomaba entre los pliegues de las capas de asesinos y sicarios. El origen de la pistola está en Alemania y desde un principio nació al servicio de la caballería. Hasta su aparición el combatiente montado no pudo beneficiarse de las ventajas del arma de fuego ya que las armas de mecha no se adaptaban al empleo a lomos de un caballo; no había manera de llevarlas y guardarlas listas para su uso en un tiempo razonable, pues el ascua de la mecha se apagaba nada más meterlas en una funda. Pero a principios del XVI se inventó la llave de rueda, permitiendo que los toscos arcabucillos y cañones de mano de hasta entonces se trasformaran en auténticas pistolas. Desde ahí y por el plazo de un siglo la pistola fue el arma propia del jinete, que la llevaba por parejas en el arzón de su silla o por tríos o incluso cuartetos si las colocaba en la caña de sus botas[25]. Mientras que para combatir con lanza hacía falta una instrucción de años, a cargar y disparar un par de pistolas se aprendía en una mañana, y con ellas en la mano se mandaba a tierra al más bravo lancero a ocho metros de distancia, cuando aún le faltaban cinco para poder alcanzarnos con la punta de su asta. En las luchas entre jinetes, que en la mayor parte de las ocasiones se revolvían en muy pocos metros, el tiro a quemarropa de las pistolas se impuso, sin que valiera el valor, la maestría o la fuerza del brazo. Una vez descargadas y con el enemigo a cara de perro se tiraba de la espada para rematar la faena o se volvían grupas y se esperaba una nueva ocasión para terminar el lance, a poder ser con los cañones de las pistolas bien preñados de nuevo con pólvora y bala.

La pistola, incluso, le ofreció al combatiente montado una oportunidad para hostigar a los hasta entonces invulnerables cuadros de infantería. Esta táctica era conocida como *caracola*. Los jinetes formaban en profundidad y marchaban al trote contra el cuadro pistola en mano. Cuando los que iban en vanguardia llegaban a unos veinte pasos de las picas giraban, y tras descargar sus pistolas contra la masa de infantes regresaban a la cola de la formación mientras recargaban. Los demás les seguían en la maniobra hasta formar una especie de carrusel con fuego continuo que se concentraba contra el frente del cuadro. Sobre el papel la caracola parecía efectiva, pero en la práctica no daba tan buenos resultados. Los cuadros de infantería eran duros como peñas y cada uno contaba con su correspondiente guarnición de arcabuces y mosquetes que devolvían generosamente el fuego a los caballos, erosionando la caracola hasta que los jinetes se retiraban.

[25] El nombre de *herreruelos* dado a estos jinetes viene, justamente, por la tremenda cantidad de hierro que llevaban encima entre pistolas, espadas y piezas de armadura.

La caracola se podría poner como ejemplo de la guerra manierista[26], complicada y artificial. Los suecos de Gustavo Adolfo fueron los primeros en abandonar esas florituras y regresar a la carga frontal, a la velocidad y al choque espada en mano.

✠

La Guerra de los Treinta Años conoció otros tipos de tropas montadas además de los coraceros. Ya anteriormente en los campos de batalla de Europa se había visto a los dragones, soldados montados provistos de arcabuces o mosquetes, que lo mismo podían combatir a caballo que a pie. Esto último solía ser lo habitual y lo normal era que el dragón usara su montura tan sólo para desplazarse con mayor velocidad, echando pie a tierra a la hora de pelear. Aún así era corriente que los dragones no se equipasen con los simples arcabuces y mosquetes de mecha propios de la infantería, sino que usaran armas provistas de llave de rueda, de forma que llegado el caso pudiera abrir fuego desde la silla, sobre todo para protegerse de otros jinetes.

Además de coraceros y dragones otro combatiente montado típico de la Guerra de los Treinta Años fue el jinete croata. Los croatas venían de la *militargräze,* la frontera militar entre los dominios de los Habsburgo y el imperio otomano. Allí, en el límite de los Balcanes, se hacía una guerra muy diferente a la de los campos de Europa. Una guerra *guerreadora*, empleando el antiguo término medieval, donde las batallas eran pocas y muchos los saqueos, razzias e incursiones tras las líneas enemigas. Los turcos eran maestros en este tipo de contiendas en las que destacaban sus unidades de caballería irregular, como los temibles *aqîncîs* y los *delis*. Combatientes sin paga, estos jinetes se enriquecían con el botín y el pillaje, formando una magnífica caballería ligera. Los eslavos que sufrían sus depredaciones al otro lado de la frontera no tardaron en adoptar su misma forma de combate, basada en la velocidad y la sorpresa. También adoptaron buena parte de su aspecto, pues tanto delis como aquincis gustaban de llevar indumentarias estrafalarias, con gran uso de pieles y plumas de cisne negro. Así nació la caballería croata, que protegía la vulnerable frontera sudeste de la Casa de Habsburgo. No todos eran de Croacia, pues también se podían encontrar servios, valacos y húngaros. Armados con pistolas y sables curvos a la manera del kiliç otomano, estos jinetes croatas pasaron a otros frentes,

[26] El "manierismo" fue el estilo artístico imperante en Italia y España entre 1527 y 1600.

uniéndose a los ejércitos de la Guerra de los Treinta Años como exploradores y fuerzas de avanzada. Mucho cuidado ponían en evitar enfrentarse directamente contra los acorazados reiters y herreruelos enemigos, pero eran inmejorables a la hora de espiar, hostigar y perseguir al adversario derrotado, amen de saquear, incendiar, violar y arrasar. Los honrados aldeanos protestantes de Alemania veían en ellos al mismo demonio y contaban que se comían a los niños.[27]

La caballería ligera croata dará unos excelentes resultados a la Casa de Habsburgo, que ya no renunciará a sus servicios. En el siglo siguiente emplearía mayoritariamente húngaros con el mismo fin, formándose las primeras unidades de húsares, heredando la velocidad, la ferocidad y el aspecto bizarro de los antiguos jinetes turcos.

Como se puede ver, fue durante la Guerra de los Treinta Años donde tomó forma la caballería moderna con sus tres unidades básicas, coraceros, dragones y húsares, que combatiría en todos los campos de batalla del XVIII y de las guerras napoleónicas. Una caballería que volvió a tener un gran peso a la hora de decidir una victoria empleando nuevas tácticas. Un éxito en el que no poco tuvo que ver el arma que nos falta: la artillería.

✠

LA ARTILLERÍA

En el 1600 nadie dudaba del poder de los cañones a la hora de rendir una plaza. Una potente artillería de sitio era un elemento indispensable en todo ejército, y más en zonas como Flandes, donde hasta el último villorrio estaba guardado por bastiones y medias lunas. Los artilleros formaban un elemento aparte en el ejército, más como técnicos o artesanos de un gremio que como soldados. Unos operarios especializados que ofrecían sus servicios a la hora de abrir brechas, demoliendo cortinas y baluartes, para que los infantes —los auténticos soldados— pudieran dar el asalto y tomar la plaza. Una labor indispensable pero que no tenía el rango ni la dignidad de los que empuñaban la pica o el mosquete.

[27] Comérselos no se los comerían, pero bien cierto es que los raptaban, como queda reflejado en las páginas del *Simplicissimus* de Grimmelhausen. Esa práctica podría ser un reflejo lejano del *devsirme* otomano, el reclutamiento forzado de niños para servir en sus ejércitos.

Este diferente estatus de los artilleros daba al cuerpo todos los fallos y defectos de la organización gremial. Los maestros competían unos con otros y no revelaban sus secretos más que a sus herederos. Cada fundidor de cañones actuaba por su cuenta y en los parques de artillería se juntaban docenas de tipos diferentes de piezas con calibres dispares que obligaban a tener una munición específica para cada boca de artillería. En los años finales del XVI se puso parte de remedio a esa barahúnda especificando y regularizando los distintos calibres. Teóricos como Cristóbal Lechuga o Diego Ufano colaboraron efectivamente para dar carácter de ciencia a lo que hasta entonces era un oficio artesano, racionalizando el trabajo del artillero. Al menos en parte, pues esa fue labor que no se terminaría hasta un siglo después.

Pero si la artillería era temible frente a los muros de una fortaleza, en el campo de batalla su poder era despreciado. Los jactanciosos soldados de los tercios se mofaban de los cañones apodándolos *espantabellacos*, buenos para asustar a los cobardes con su humo y ruido pero de poco peso en la balanza de la batalla. La experiencia hasta la fecha parecía darles la razón y no habían sido pocos los combates en los que la caballería enemiga se había adueñado con facilidad de los cañones, dándoles la vuelta para usarlos contra sus propios dueños sin que, aún así, se hubiese decidido el combate.

Pero eso estaba cambiando, sobre todo en el bando de los adversarios de España. Bien se acordarían los supervivientes de la batalla de las Dunas de Nieuport de los cañones de Mauricio de Nassau, que batieron sin descanso a los escuadrones españoles atascados en las arenas de las playas flamencas, mechándolos con metralla. Gustavo Adolfo de Suecia apuntaba en persona los cañones de sus artilleros y exigía que cada una de sus brigadas contase con varias piezas de campaña lo más ligeras y móviles posible, capaces de lanzar seis tiros de metralla por cada ocho disparos de mosquete. La boca de artillería se manifestaba así como un enemigo implacable del cuadro de piqueros, que si en la batalla se comportaba como un castillo móvil, como un castillo habría de perecer. La metralla barría las líneas y las balas de cañón pasaban rebotando de un lado a otro del escuadrón cortando piernas y brazos a cuantos desgraciados encontraran en su camino. Durante más de un siglo la respuesta intuitiva del infante frente a cualquier ataque había sido cerrar filas y aguantar apretados hombro con hombro, pero frente a las bocas de fuego mientras más se apiñaran más habrían de morir con cada cañonazo. La solución era hacer lo contrario y optar por un despliegue más abierto, donde la fuerza de la artillería resultase

menos lesiva. Pero entonces era cuando asomaban los caballos, dispuestos a tomarse una revancha que llevaban un siglo esperando. La combinación artillería-caballería era puro veneno para las formaciones de infantes, que sólo podrían salvarse contando con el apoyo de su propia artillería y caballería. Pero en los ejércitos españoles la débil caballería y la artillería, despreciada y gremial, eran el punto flaco y no una vara de apoyo, como se habría de demostrar a lo largo de aquella larga y agotadora contienda.

✠

LA GUERRA BARROCA

Los viejos libros sobre la Guerra de los Treinta Años centraban su atención en las dramáticas y vistosas jornadas de batalla. Las maniobras, los tremendos ejércitos de miles de combatientes y sus aguerridos generales llenaban cientos de páginas, y son de hecho la imagen más marcada de aquel conflicto. Pero en realidad los grandes combates fueron raros y escasos, con un peso menor a la hora de decidir el resultado final. En muchas ocasiones los mejores generales llevaban a cabo campañas completas sin un solo enfrentamiento de porte. Así lo hizo Spínola en su conquista del Palatinado de 1620. Lo más conveniente era maniobrar hasta descolocar al enemigo, acosándole sin cesar y librando pequeños combates puntuales hasta desbaratarlo y destruir su capacidad de resistencia. Y, por supuesto, tomar sus ciudades. Por cada gran batalla librada se podrían contar dos docenas de asedios. Pues fue el asedio de fortalezas, y no la batalla, el que se llevó el grueso de los enfrentamientos de aquella guerra.

En 1590 Sir Roger William escribía:

"*Hemos de confesar que Alejandro, César, Escipión y Aníbal fueron los más notables y famosos generales que jamás hayan existido; sin embargo, ténganlo por seguro… nunca hubiesen conquistado países tan fácilmente si hubiesen estado tan fortificados como Alemania, Francia o los Países Bajos.*

No le faltaba razón al inglés. Los más importantes principios estratégicos del 1600 se centraban en el socorro y asedio de las plazas fortificadas, ya fueran propias o enemigas. Los grandes cambios tácticos que pusieron fin a la guerra medieval habían llevado a una completa superioridad de lo defensivo sobre lo ofensivo. La batalla campal suponía un terrible desperdicio de hombres y

materiales, que si se empecinaban en atacar morirían por millares ante las picas y bajo el fuego de los mosquetes, sangrando el ejército propio incluso cuando se lograra la victoria. La derrota podía ser catastrófica. Por esa razón los príncipes preferían depositar la seguridad de sus reinos y el mantenimiento de sus coronas en la fuerza de sus plazas fortificadas, gastando su oro en cavar fosos y levantar baluartes. Pocos eran los que confiaban lo bastante en su fortuna como para buscar el enfrentamiento abierto con el enemigo, cuando con mucho menos riesgo se podía poner cerco a una plaza y hacerse con ella, lo que sobre el mapa estratégico pesaba bastante más que la gloria de un triunfo efímero en una jornada de batalla. Por eso la guerra barroca se entendía por un continuo forcejeo por hacerse con tal o cual villa fortificada, y no sólo con la villa, sino también con sus recursos económicos y sus zonas de influencia.

El nuevo sistema de fortificación venía a complicar notablemente el juego. La llamada traza italiana, nacida para hacer frente al cañón, transformaba cualquier pequeña población en una fortaleza casi inexpugnable. Tras uno, dos o tres cinturones de baluartes y revellines, la más modesta villa se atrevía a hacer frente a los ejércitos enemigos manteniendo el pulso durante meses, lo que ralentizaba las campañas militares hasta el infinito y dejaba en nada la más completa victoria en el campo de batalla. Tras el desastre de Rocroi, por ejemplo, los tercios españoles en los Países Bajos se vieron reducidos a dos mil hombres tan sólo. Pero el país estaba tan sólidamente fortificado que poco o nada podía hacer el príncipe d'Enghien por conquistarlo a pesar de la alta moral de su victorioso ejército y de su aplastante superioridad numérica.

Era cierto que los avances en la poliorcética[28] habían sido notables durante el siglo, destacando en ello generales al servicio de España como Alejandro Farnesio o Ambrosio Spínola. Bien conocido era el dicho de *plaza cercada, plaza tomada.* Pero tampoco era menos cierto que para doblegar una ciudad fortificada como las que por entonces tenían los rebeldes en los Países Bajos *era menester todo un verano y un ejército consumido al cierto*[29], lo que era un desafío que no siempre se podía aceptar. Un asedio de gran magnitud suponía un reto completo para la maquinaria del estado, que debía poner en juego todos sus recursos económicos y militares, lo que en muchas ocasiones no resultaba reentable. La mejor fortaleza es aquella que hace desistir al enemigo sin que se dispare ni un cañonazo.

[28] Poliorcética: arte o ciencia de expugnar fortalezas y plazas fuertes.
[29] Cita del duque de Gondomar, 1623.

Pero aunque temidas por todos, las grandes batallas eran a veces inevitables. En muchos casos fueron una extensión de la guerra de asedio, y los ejércitos rivales llegaron a las armas para levantar o mantener el cerco de una plaza. Una pugna en la que los que sitiaban la ciudad luchaban delante de sus muros contra los que acudían en su socorro y el que ganaba se quedaba con la presa. Así pasó con Pavía, San Quintín, Nördlingen o Rocroi.

Curiosamente, aunque los españoles hacían gala de ser los mejores soldados de Europa, no destacaron por la innovación teórica en el campo de la táctica o la estrategia, y hasta el mando supremo de sus ejércitos solía recaer en manos de extranjeros. Ambrosio Spínola, por ejemplo, era miembro de una encumbrada familia de banqueros genoveses. La razón de esa aparente contradicción estaba en que la nobleza española no estaba especialmente vinculaba con los asuntos militares. Mientras que los tercios formaban unos excelentes mandos tácticos salidos de la pequeña nobleza o el pueblo llano, la teoría y el mando estratégico exigían unos conocimientos amplios que sólo podían obtenerse con una formación previa por la que nunca se interesaron los duques, condes y grandes de España. Esa desidia por lo castrense se pagó muy cara, pues mientras los Habsburgo permanecían confiados en la pujanza de su infantería, sus enemigos como Mauricio de Nassau o Gustavo Adolfo de Suecia reorganizaban sus ejércitos y sus hábitos de batalla dispuestos a superarla y batirla en campo abierto.

✠

LA TÁCTICA

Como se ha dicho anteriormente, en la España de la primera mitad del 1600 la caballería era un arma secundaria y desprestigiada y la artillería de campaña estaba a un nivel embrionario. La fuerza del ejército se concentraba en sus tercios de infantería. En ellos se juntaban armas muy diversas que actuaban conjuntamente dentro de su unidad táctica: el escuadrón.

Básicamente, el escuadrón era un sólido cuadro de piqueros, un *castillo en campo llano*, como lo definían los teóricos. En principio lo podría formar un tercio al completo, juntando hasta tres mil hombres o más en una única formación. Los coseletes y picas secas formaban su núcleo, marchando con sus armas en alto y dejando en el centro el hueco para las banderas, que enseñaban

sus cruces de San Andrés por encima del cuadro de picas. Alrededor de éstas se colocaba la guarnición de arcabuceros y mosqueteros, que marchaba al compás de los piqueros reforzándolos con su potencia de fuego. El resto de los arcabuces y los mosquetes iban más sueltos en las llamadas *mangas*, que reforzaban las cuatro esquinas del escuadrón como los baluartes de una fortaleza. Estas mangas eran flexibles, y según las necesidades de la batalla el tercio podría desprenderse de alguna de ellas para que fueran a luchar en avanzada como una unidad menor independiente. Por el contrario, en caso de peligro las mangas podían volver al refugio de las picas en formación cerrada. Esta capacidad para adaptarse a las diferentes situaciones partiéndose o agrupándose le daba al tercio una versatilidad muy efectiva y le permitía aprovecharse del terreno o sacar partido de alguna fisura o punto débil en el enemigo. Los detractores del tercio lo acusaban de macizo y monolítico frente a las más ligeras y flexibles unidades holandesas o suecas. No les falta parte de razón, pero en mayor medida esos serían defectos del tercio teórico, el que se desplegaba sobre el papel y no sobre los campos de batalla. En acción, las unidades españolas no eran tan rígidas ni masivas como pregonaban sus enemigos.

Existían diferentes tipos de escuadrones y el buen sargento mayor debía conocer los cálculos exactos para formarlos. La tropa debía estar muy atenta y andar *a la sorda*, es decir, en silencio, para poder oír las indicaciones de sus oficiales.

El escuadrón más sencillo era el *de gente*, que tenía los mismos hombres de frente que de flanco. Eso le daba la apariencia de un rectángulo, pues la distancia que separaba los hombros de los soldados era menor que la que se dejaba con el que caminaba delante o detrás. El más usado por la infantería española era el escuadrón *prolongado*, que por el contrario presentaba hacia al adversario un frente mucho más amplio que profundo. Esta era una formación agresiva, pensada para sacar partido en el ataque. Por el contrario, para la defensa lo mejor era recurrir al escuadrón *de gran fondo*, que sólo dejaba cara al enemigo a un mínimo de combatientes.

El gran innovador de los ejércitos del siglo XVII fue Mauricio de Nassau, príncipe de Orange y estatúder de las Provincias Unidas, lo que por definición lo hacía enemigo de España. En su estudio de las guerras antiguas, Mauricio identificaba a los viejos tercios con las densas falanges macedónicas, y lo

mismo que hicieron los romanos se dispuso a vencerlos usando unidades más pequeñas y maniobreras, mejor articuladas y con un mando más directo. Así nacieron los regimientos holandeses, que según sus defensores habrían de ser la versión moderna de las legiones de César. Para sacar el mayor partido posible a su potencia de fuego Mauricio disponía sobre el terreno unidades de muy poco fondo, tan sólo diez hombres frente a los veinte o cincuenta de las españolas. De esa forma se desplegaba un frente mayor, ocupando el campo no con una línea de regimientos sino con dos. Los holandeses concentraban un enorme número de mosqueteros, que llegaban a superar a los piqueros. La abundancia de bocas de fuego y el despliegue con poco fondo le daban al regimiento un impresionante volumen de fuego, aunque en contrapartida exigía más disciplina. Cuando se veía venir uno de aquellos tremendos escuadrones españoles, redoblando las cajas y soltando descargas con sus mangas, no debía ser agradable volver la vista atrás y darse cuenta que a la espalda tan sólo se tenía a un puñado de compañeros.

La potencia de fuego era la clave, y para mejorarla Mauricio de Nassau ideó la llamada *contramarcha*, que aparece citada por primera vez en una carta de su primo Guillermo Luis fechada en 1594[30]. La contramarcha era la versión a pie de la caracola de caballería. Los mosqueteros formaban de diez en fondo, cuidando de no trabarse con los cañones de sus armas, sus horquillas y las vainas de sus espadas. Cuando el que estaba al frente descargaba su arma contra el adversario, se daba la vuelta y pasaba a retaguardia por el costado de la columna mientras el segundo avanzaba y se aprestaba a disparar. Tras éste lo hacían el tercero y el cuarto, y para cuando el décimo hacía fuego el primero estaba a su espalda con el arma recargada para que la rueda comenzara otra vuelta.

Bien realizada, la contramarcha permitía mantener un fuego continuo con diez hombres de fondo. Por supuesto que era imposible de llevar a cabo sin contar con una tropa excelente y muy bien preparada con muchas horas de instrucción. De no ser así mal podría terminar la cosa, con tantos mosqueteros moviéndose casi hombro con hombro con sus mechas encendidas rozando los frascos de pólvora de los otros. Pocos ingenios ha habido tan engorrosos de usar y cargar como el mosquete, que sujetando a la vez arma, baqueta y horquilla más parecía pensado para hombres de tres manos que de dos.

[30] La idea no era del todo nueva, pues los arcabuceros españoles ya hacían fuego por turnos desde la batalla de la Bicoca, aunque nunca con un nivel de maniobra tan depurado como los holandeses.

Para favorecer la instrucción los Nassau se especializaron en la didáctica de la guerra y en 1608 en Amsterdam se publicaban los primeros *Ejercicios de las Armas*, donde en cuidados croquis e ilustraciones se mostraban como en una coreografía todos los pasos y movimientos del soldado en la batalla. Quince posiciones para la pica, veinticinco para el arcabuz y treinta y dos para el mosquete. Todo medido y acompasado para no mover un músculo innecesario, perfectamente impreso y explicado con excelentes dibujos para que cualquier puñado de burgueses en la plaza de su pueblo pudiera entrenar hasta ser los más efectivos combatientes. Todo un éxito editorial que se llevó a la imprenta docenas de veces con ilustraciones más o menos logradas que en unos pocos años divulgaron por Europa las nuevas doctrinas militares. Curiosamente, la extraordinaria difusión de estos *Ejercicios de las Armas* no sirvió para democratizar los ejércitos, sino todo lo contrario. Las monarquías absolutas los usaron como herramienta de guerra controlando cada respiración del soldado, que perdió todo atisbo de iniciativa o independencia trasformado en una marioneta mecánica que repetía una y otra vez los mismos movimientos hasta realizarlos de forma automática. Un soldado que ya no se alistaba libremente, sino que era reclutado a la fuerza y que ni en sueños se iba a figurar que hubo un tiempo en que los generales se dirigían a ellos llamándoles *muy magníficos señores e hijos míos.*

✠

No sería justo terminar estos apuntes sobre la guerra barroca sin hacer mención a sus muy dramáticos efectos sobre la población civil. Pocas guerras han sido tan tristes y deshumanizadas como la de los Treinta Años. Una guerra odiosa, que vería como Pomerania, Bohemia o Brandenburgo perdían tres de cada cuatro de sus pobladores. Berlín contaba con 12.000 habitantes en 1618. En 1638 sólo quedaban 7.500.

Aún no se había inventado la intendencia y los enormes ejércitos se sustentaban esquilmando y arrasando cuanto encontraban a su paso, no mucho mejores cuando estaban en tierra propia que en los dominios del enemigo. Peores que cuervos, propagaban pestes y epidemias, traían el hambre y sembraban miserias, odiosos por igual católicos y protestantes. Claro lo dejaba aquel dicho que afirmaba que por cada soldado hacían falta tres campesinos: uno para darle su casa, otro para ofrecerle a su mujer y un tercero para hacerle un lugar en el infierno.

CAPÍTULO IV

LAS SIETE PROVINCIAS

Cuando España mandó sus tropas a invadir el Palatinado para unirse a la Guerra de los Treinta Años ya se encontraba embarcada en otra contienda anterior. Un conflicto que como una herencia pasaba de rey en rey, de Felipe II a Felipe III y de éste a Felipe IV. Los tres empecinados en negar lo evidente y no aceptar la independencia de las Siete Provincias Protestantes Unidas, a las que ellos no conocían por más nombre que las Provincias Rebeldes. Por su parte, tampoco los holandeses reconocían la existencia de los Países Bajos Españoles ni dejaban de dañar a la Casa de Austria en todo lo que en su mano estuviera, por lo que en honor a la verdad el empecinamiento era recíproco.

Esa guerra particular entre españoles y holandeses es conocida en los libros de historia como guerra de los Ochenta Años o guerra de Flandes, y en su fase final se funde en el conflicto general europeo de los Treinta Años. Una contienda muy lejos de sus territorios que la Corona española no podía ganar pero que no estaba dispuesta a abandonar. La defensa de viejos derechos dinásticos o la imposición de una religión en concreto eran valores que aún

mantenía la casa de Austria —y también un amplio sector de la población— y que exigían el sometimiento de los rebeldes casi como una cuestión de orgullo nacional irrenunciable. Una meta demasiado lejana pero que iba a hipotecar toda la política exterior y militar de España gastando hombres y recursos que se podrían haber empleado en otros fines más sensatos y alcanzables.

Los Países Bajos[31] eran un complicado laberinto de ducados, obispados y otros dominios que junto con Lorena y el Franco Condado formaban la herencia que Carlos "El Temerario", duque de Borgoña, había dejado a la rama española de los Austrias[32]. Una cadena de territorios que cortaba Europa de norte a sur, el resto fosilizado de la Lotaringia, que separaba la Galia de Germania[33]. Si el territorio era ya de por sí complejo a finales del siglo XV, la Reforma protestante vino a complicarlo aún más dividiéndolo entre católicos al sur y calvinistas al norte, prefigurando lo que luego serían Bélgica y Holanda. El oeste era de lengua francesa, imposible de entender para los que hablaban holandés o flamenco. Al menos un elemento sí tenían todos en común: la riqueza. Desde el final de la Edad Media los Países Bajos eran una de las regiones más prósperas de Europa, destacando en negocios tan lucrativos como la fabricación de paños, la banca o el comercio marítimo. Una riqueza que no haría más que crecer a pesar de las guerras y las calamidades y que sería el embrión del capitalismo moderno.

En 1572 se produjo el levantamiento de Flandes y en 1581 los Estados Generales reunidos en La Haya desposeían a Felipe II como soberano. Así nacía una nueva república, la confederación de las Siete Provincias Unidas, que incluía a Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrech, Overijssel, Frisia y Groninga. Al sur estas provincias rebeldes sentían la amenaza de los tercios, establecidos en los llamados Países Bajos Españoles o Países Bajos Leales, que ocupaban aproximadamente la mitad del la herencia de Carlos "El Temerario" y que a partir de la muerte de Felipe II gobernaban desde Bruselas los archiduques Carlos e Isabel Clara Eugenia. El territorio era semi independiente, sometido a la corte de Madrid en todo lo referente al ejército y a la política exterior.

[31] Flandes era tan sólo uno de los ducados que formaban los Países Bajos, lo mismo que Holanda era tan sólo una de las siete Provincias Rebeldes.

[32] Y no sólo dejó territorios. La propia bandera con la cruz de San Andrés era la enseña originaria de Borgoña. Junto con el resto de la herencia pasó de Carlos "El Temerario" a su yerno, el emperador Maximiliano de Habsburgo, y de éste a su hijo Felipe "El Hermoso" y a su nieto, Carlos I, quedando así en la Corona española.

[33] Referencia a la desmembración del imperio carolingio entre los nietos de Carlomagno en la Alta Edad Media. Carlos recibió Francia; Luis, Germania, y Lotario una banda central desde el Mar del Norte a Italia.

Las Siete Provincias Protestantes eran el enemigo a batir, y muy difícil se lo ponían al Rey Católico. Desde hacía siglos los holandeses habían bregado con y contra el mar, siendo los mejores marinos de su época. La pujanza de la flota holandesa, encabezada por los temibles Gueux —los "Mendigos del Mar"— hacía imposible el cerco completo y menos aún el asalto desde la costa. Incluso el propio Canal de la Mancha terminó cerrado para los españoles al unirse a la refriega la escuadra inglesa. Por esa razón el camino entre Flandes y España tenía que hacerse obligatoriamente por tierra, complicando la contienda hasta lo indecible. Desde entonces el mantener abierta una ruta terrestre entre Italia y los Países Bajos sería el objetivo prioritario de la política exterior española, lo mismo que el de Francia sería destruirlo como el que rompe la cadena que lo tiene preso.

No les faltaba razón a los que como Hinojosa defendían que España debía centrar sus esfuerzos en la recuperación naval, limitándose para Flandes a campañas defensivas. Al holandés, lo mismo que al inglés, había que vencerlos en la mar.

Pero llevar a la práctica idea tan sensata era algo menos que imposible en la España de la época. Y no porque faltasen recursos con los que construir y mantener semejante flota, que si no los había en la península existían de sobra en América, sino porque eso habría exigido un completo cambio social, donde eran muy pocos los que estaban dispuestos a poner el hombro para desarrollar un comercio y una industria que exigían mucho esfuerzo callado y diario a cambio de muy poco renombre y fama. Mejor era vivir de las rentas.

Es cierto que la Corona contó con muy buenos barcos y aún mejores marinos —los tendrá hasta las guerras napoleónicas— pero nunca tuvo una marinería a la altura de las de Holanda o Inglaterra, donde esta profesión no era algo mal visto como en España, donde se veía como oficio de descamisados y gente baja. Tampoco se contaba con unos armadores y empresarios como los de los Países Bajos, fundadores de las Compañías de Indias, las primeras empresas modernas de la Historia. Así, aquella hegemonía naval que disfrutó España en la primera mitad del XVI se fue paulatinamente perdiendo en manos de naciones más vigorosas. El imperio español, que en el mar nació, en el mar murió.

✠

La mayor parte de las veces la Corona optó por usar a los tercios contra Holanda, dejando el mar y yendo a combatir en la tierra. La tierra cuando se la encontraba, pues aquel país parecía tener las entrañas de agua.

Llanos hasta donde se pierda la vista, los Países Bajos atraían las corrientes de media Europa, que se unían y fluían por el curso de los grandes ríos. El Escalda, el Mosa y el Rin iban a desembocar allí, cortando el terreno con una maraña de brazos y cursos menores que el hombre había complicado con cientos de canales, diques y tierras inundables a voluntad. Hacer un mapa fiable era complicado, pues lo que ayer parecía un mar podía ser hoy un campo cultivado. El mayor de los ríos, el Rin, al alcanzar la fortaleza de Schenkenschans, justo en la frontera de los Estados, se habría en dos brazos que corrían hacia el oeste paralelos al Mosa, creando así una triple barrera de cien kilómetros hasta las islas de Zelanda y el Mar del Norte. Por el este el curso del Ijssel hacía lo mismo, formando con los otros tres un ángulo de 90º que protegía el corazón de las provincias rebeldes. A la naturaleza había que sumar la mano del hombre, pues no había un país en el mundo más y mejor fortificado que Holanda. El resultado final era una barrera defensiva impenetrable que dejaba a los muy temibles tercios lejos de las ricas y tranquilas ciudades de las Provincias Unidas.

En principio, el mayor daño que se les podía causar a los rebeldes era cortar el tráfico fluvial en los grandes ríos, lo que ponía en peligro el lucrativo comercio de los holandeses con Alemania. Por el Mosa, por el Rin, por el Elms, el Weser o el Elba circulaban para beneficio de las Siete Provincias los tejidos de Flandes y la madera de Alemania, el trigo polaco, el cobre y el cáñamo suecos. La Guerra de los Treinta Años era una ocasión excelente para cercenar este comercio, pues no sólo permitía cerrar los ríos holandeses, sino también los germanos con la ayuda de las fuerzas imperiales del conde de Tilly. Además se podía impedir cualquier circulación de mercancías por el camino de bueyes que cruzando todos estos ríos iba desde Dinamarca a Groninga.

Desde el levantamiento general de 1572 la guerra de Flandes le había dado a España importantes victorias y tremendas derrotas, sin que de forma notable se hubiese alterado el *status quo* inicial. Los mayores éxitos se cosecharon bajo el mando de Alejandro Farnesio, el mejor ingeniero militar de su época y que conocía el terreno a la perfección[34]. Su mayor triunfo fue el espectacular asedio de Amberes, que cayó en su poder en 1585. Bien hubiera podido el de Farnesio romper la barrera de los ríos para invadir Holanda, pero la Corona tenía otros planes y los dineros y los recursos fueron destinados a la malhadada invasión

[34] Alejandro Farnesio, duque de Parma, era hijo de la regente Margarita de Austria y se había criado en la corte de Bruselas.

de Inglaterra y después a la intervención militar en las guerras sucesorias francesas, que llevaría a poner por un tiempo una guarnición militar española en París.

Estas campañas dieron un muy necesitado respiro a los holandeses, que reorganizaron por completo su ejército bajo las órdenes del estatúder Mauricio de Nassau, príncipe de Orange. En 1600[35] Mauricio infligió una severa derrota a los hasta entonces invencibles tercios españoles en las Dunas de Nieuport. Su mando en la batalla fue excelente, y su adecuada colocación de la artillería y la perfecta elección del campo de batalla —dejando a los españoles con el sol y viento de cara y cegados por la arena— le hicieron ganar aquel 2 de julio más de cien banderas enemigas. Pero poco más pudo lograr el de Nassau, pues la población civil no se sublevó contra los "invasores" como él esperaba y los Países Bajos Españoles contaban con tantas y tan buenas fortificaciones que aquella brillante jornada apenas dio algún fruto real a los holandeses. Ni siquiera pudo tomar la villa de Nieuport, pues aunque victorioso su ejército había quedado tan quebrantado tras la batalla que no se vio con fuerzas para mantener un asedio. En menos de un año la iniciativa pasaba de nuevo al bando de los de Austria, que cercaban la poderosa plaza de Ostende. Aquella campaña la dirigiría un nuevo general, don Ambrosio Spínola, duque de Sesto y marqués de los Balbases.

Miembro de una de las más ricas familias genovesas, Spínola era el perfecto representante de los llamados "generales mercaderes", a la vez banquero y empresario del negocio de la guerra. Banquero y general a la vez, Spínola ponía al servicio de la Corona española sus propias fuerzas militares, pagadas y armadas de su bolsillo, haciéndose cargo del asedio de Ostende a cambio de una retribución económica. Pero no era el dinero lo que impulsaba a Ambrosio Spínola a dejar Génova y emprender la azarosa vida de las armas. Sus arcones rebosaban de oro y contaba con una de las fortunas personales mayores de Europa. No iba a morir más rico por mucho que empuñase el bastón de mariscal. Puede que no fuese más pecunio lo que buscase, sino una mayor honra o dignidad, o por quedar por encima de las otras familias de *nobili vecchi* de Génova, como los Doria, más poderosas y ricas incluso que los Spínola y ante las que habían sufrido no pocas humillaciones. Más que el dinero interesaban los títulos, las dignidades y —sobre todo— el Poder.

[35] Alejandro Farnesio había muerto el 2 de diciembre de 1592, dejando el mando supremo de las fuerzas españolas al archiduque Alberto, esposo de Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

El hecho fue que el duque de Lerma, privado de Su Majestad Felipe III, aceptó el trato en nombre de la Corona, y primero al mando de sus propias fuerzas tan sólo y luego como general en jefe de las tropas españolas en Flandes, Ambrosio Spínola habría de combatir bajo la bandera de la cruz de San Andrés a lo largo de todo lo que le quedaba de vida[36].

Ingeniero militar como pocos, Spínola rindió la plaza de Ostende en 1604 después de tres años y dos meses de asedio. En 1605 llevaba la guerra a Frisia y en 1606 se hacía con la plaza de Rheinberg.

Después de 37 años de lucha, el 14 de abril de 1609 se firmaba en Amberes la Tregua de los Doce Años. De hecho, suponía el reconocimiento de facto de las Provincias Unidas por parte de Felipe III, a la vez que el de los Países Bajos Leales por parte de los rebeldes. La tregua se respetó por ambas partes en lo referente a Europa, pero dejaba campo libre para seguir con las hostilidades en América, donde la presencia holandesa era cada día mayor.

En efecto, los propios intereses comerciales de la joven república chocaban de lleno con el dominio hispano-portugués, y la reciente fundación de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales suponía de hecho una apología del contrabando y un desafío para la Corona. El establecimiento en la Guayana y la amenaza sobre Brasil no ofrecían muchas esperanzas de paz duradera, y lo mismo se podía decir sobre sus asentamientos en el Hudson y en la Costa de Oro africana. Los barcos holandeses llevaban su bandera a todos los mares y en aquellos doce años de tregua sus comerciantes vendieron el doble de pimienta asiática que los propios portugueses. Por si eso fuera poco, La Haya era el centro de reunión de todos los enemigos de la Casa de Habsburgo, y aunque formalmente en Europa estaban en paz con España los Estados firmaron tratados de alianza con todos los enemigos imaginables del Rey Católico, incluidos los protestantes alemanes, los suecos, el duque de Saboya, la Serenísima República de Venecia, el rebelde Manuel de Portugal, el Gran Turco o incluso con los piratas argelinos. Hasta en el lejano Japón los comerciantes holandeses colaboraron con los shogunes del clan Tokugawa para detectar y perseguir a los padres jesuitas y a los católicos nipones, muy numerosos en la isla de Kyushu. Su ayuda fue inestimable para el shogun

[36] Olivares le retiró el mando mientras asediaba la fortaleza de Casale en la guerra del Monferrato - —uno de los episodios secundarios de la guerra de los Treinta Años— en 1630. Murió al poco. Sus 28 años de servicio a España, que le habían ganado muchos enemigos y no pocos desprecios de la corte, no lo hicieron más rico de lo que era en 1602.

Tokugawa Ieyasu, que así pudo extirpar el credo cristiano de sus dominios y crucificar a unos cuantos miles de papistas japoneses[37].

Pasaron los doce años y en 1621 pocos eran en España los partidarios de renovar la tregua. Una buena parte de la población la veía como una capitulación y la hacían responsable de todos los males que aquejaban al reino. Si el comercio decaía, si fallaba la plata de las Indias, si la competencia extranjera hundía los talleres o las tierras de labor se despoblaban, la culpa era de los herejes rebeldes de Holanda. Cierto era que la competencia holandesa hacía mucho mal a la economía española, pero más mal hacían el abandono y el desinterés de los nacionales. Estaba visto que la legítima competencia económica contra el holandés costaba un mayor esfuerzo que la guerra abierta.

Lo mismo que en el caso de la guerra de Bohemia, el tema de la renovación o no de la Tregua de los Doce Años dividió al Consejo de Estado, y como en el punto anterior Lerma y los demás partidarios de la paz perdieron en la discusión frente al partido belicista encabezado por Don Baltasar de Zúñiga. El poder real de Don Baltasar duró tan sólo unos pocos años —murió en 1622— pero dejó encauzada buena parte de la política española en la primera mitad del siglo XVII.

Zúñiga era partidario de volver a las armas con el holandés en cuanto expirara la tregua. Por aquel entonces la Guerra de los Treinta Años parecía un paseo militar católico y el que ambas contiendas se solaparan no parecía un mal irremediable. Pero aunque se emplearan en la guerra todos los medios al alcance de la Corona, Don Baltasar era lo bastante sensato para comprender las reales limitaciones de la contienda, tal y como explicaba en 1619:

"*El tratar por fuerza de armas de reducir a la obediencia aquellas Provincias como estaban antes, quien quiera que lo mirase atentamente y sin pasión y considerase las fuerzas grandes de aquellas Provincias por mar y por tierra, el sitio de ellas tan fuerte y tan rodeado de la mar y ríos caudales y tan en comarca de sus con federados de Francia, Inglaterra y Alemania, y aquel estado en el punto en que se halla, y el nuestro en el que está, hallará que es tratar de lo imposible.*"

[37] Los que defienden el pacifismo y la tolerancia religiosa de los budistas deberían estudiar a fondo este capítulo de la historia nipona.

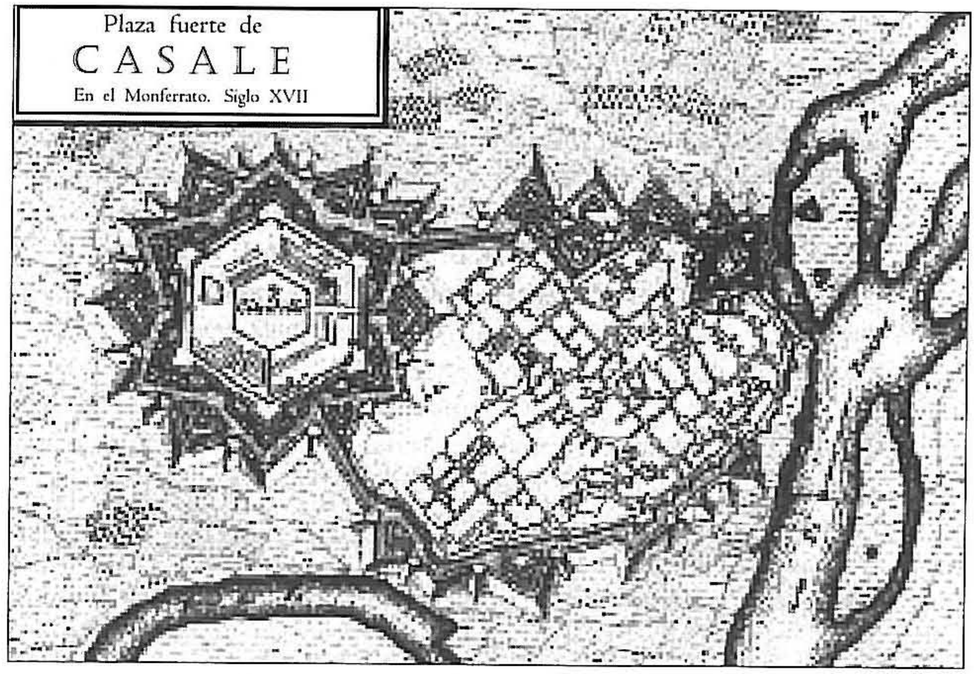
Después de más de cuarenta años de pugna, y viendo lo arraigado del culto protestante no sólo en Holanda sino en todo el norte de Europa, era evidente que no se iba a lograr una victoria completa sobre los rebeldes. Al dar el visto bueno a la Tregua de los Doce Años la monarquía española aceptaba ya la propia existencia de la República rebelde, lo mismo que ésta renunciaba a extender sus dominios y reconocía el gobierno de los archiduques sobre los Países Bajos Leales. Otra cosa era definir los exactos límites de estas demarcaciones, pues aunque muy claro se tenía que Amsterdam era protestante y Bruselas católica, la frontera entre los dos dominios distaba mucho de estar dibujada. Era la llamada Frontera Flotante, cuyo trazado variaba con la suerte de las armas, pues los dos bandos conservaban el empeño en arañar a cañonazos una o dos villas al adversario.

Puesto que la victoria completa de alguno de los dos contendientes era una quimera, la nueva fase de la guerra de Flandes no iba a tener más objetivo que el lograr una posición de ventaja, unos argumentos contundentes que forzaran al otro a aceptar —en un inevitable tratado de paz futuro— unas condiciones favorables para el bando propio que dejaran a salvo la reputación nacional y consiguieran unas cuantiosas ventajas económicas.

Por el lado español estas condiciones se resumían en cuatro puntos. El primero, la aceptación, al menos nominal, de la soberanía del rey de España sobre las Provincias. El segundo, la tolerancia del culto católico en Holanda. El tercero, el desbloqueo del comercio fluvial por el Escalda, y en cuarto y último lugar, la retirada de las compañías holandesas de las Indias y el desmantelamiento de sus bases.

Oficialmente, para la corte de Madrid y para el Rey Católico los importantes eran los dos primeros. Como decía Olivares: *religión y reputación.* Pero en verdad el importante era el último, el que realmente afectaba al interés y a la bolsa de la monarquía, pues de seguir su expansión se temía la aparición de un imperio holandés en América[38]. Pero mucha pólvora iba necesitarse si se pretendía que la Compañía de las Indias Occidentales holandesa dejara su lucrativo negocio comerciando con el azúcar, el café, el tabaco y los negros de la Guinea.

[38] En verdad, el mejor seguro contra la existencia de un imperio enemigo en América no era la guerra de Flandes, sino la rivalidad entre holandeses, ingleses y franceses. Antes de ver las Indias en manos de cualquiera de los otros dos, preferían mantener a los españoles.



La ciudad-fortaleza de Casale tenía fama de inexpugnable y de ser la más poderosa plaza del norte de Italia. En la actualidad casi no quedan restos de estas tremendas obras que desafiaron al propio Ambrosio Spínola.
Al sur de la ciudad el Po trazaba una amplia curva protegiendo todo ese flanco. La vieja muralla había sido metódicamente reforzada con fosos y medias lunas dejando por delante glacis y caminos cubiertos. El castillo medieval de los Paleólogos, al este -la derecha en la ilustración-, controlaba el camino a Milán y el curso del río y también había sido actualizado y remodelado con baluartes. Pero lo más notable de la obra era la impresionante ciudadela, casi tan grande como la propia villa. Ocupaba el flanco más expuesto, al noroeste, y dibujaba, como se puede apreciar, un hexágono perfecto con baluartes en los ángulos, completado con fosos y medias lunas hasta trasformarlo en una amenazadora estrella de doce puntas. Las defensas eran similares hacia dentro de la ciudad como hacia fuera, mirando al campo, de tal forma que la pérdida de la villa no comprometía su defensa. Obsérvese cómo las casas no se acercaban a sus muros, quedando en medio una zona muerta fácil de batir con las bocas de fuego de la ciudadela. Además, mientras que las murallas de Casale contaban con baluartes y medias lunas, tanto unos como otros desaparecen al acercarse a su recinto, dejando unos muros rectos desde los que muy difícilmente se podría hostigar a la ciudadela.

Si en España soplaban vientos de guerra, lo mismo pasaba en las Siete Provincias, donde las fuerzas más belicistas habían arrinconado a los partidarios de la paz. La Casa de Orange, con el estatúder Mauricio al frente, encabezaba el bando de los que preferían el enfrentamiento abierto.

Aunque en teoría servían a una república, los Nassau monopolizaban el control del ejército contando con el apoyo de la antigua aristocracia, de los campesinos

y de todo un enjambre de pastores y predicadores. Junto a los Orange[39] se colocaban todos los guardianes de la ortodoxia calvinista, como el profesor de la universidad de Leyden y teólogo fanático Franz Gomar. Enfrente, los Nassau contaban con la oposición de los partidarios del carácter republicano y democrático de las Provincias Unidas, en su mayoría comerciantes y gente de la marina, que defendían la supremacía de los Estados Generales sobre el estatúder y que tuvieron su mejor líder en la figura del Gran Pensionario[40] Jan Van Oldenbarnevelt. Éste postulaba por la renovación de la Tregua de los Doce Años, que tanto beneficiaba a Holanda, y en cuestiones religiosas prefería seguir las ideas de Arminius, un teólogo moderado —también profesor de la universidad de Leyden como su rival Gomar— que se atrevía a cuestionar el dogma calvinista de la predestinación. Pero no era la Inquisición española la única que perseguía por entonces la libertad religiosa, y reunidos en el sínodo de Dordrecht, los defensores de la doctrina calvinistas condenaron las ideas "arminianistas", imponiendo los valores "gomaristas" de los Nassau. En 1619 el anciano Jan Oldenbarnevelt era arrestado y llevado al cadalso acusado de criptopapista y proespañol. Su colaborador, el filósofo racionalista Hugo Grocio, escapaba por poco. Con el estatúder Mauricio como triunfador absoluto el camino estaba libre para los amigos de la guerra.

✠

LA FASE HOLANDESA

En 1621 el grueso de las fuerzas españolas en los Países Bajos se encontraba en Alemania ocupando el Palatinado bajo el mando de don Ambrosio Spínola. Barridos los protestantes en Montaña Blanca por los ejércitos imperiales del conde de Tilly y después de haberse firmado la paz con el margrave de Hesse y el elector de Maguncia, los tercios podían regresar a Flandes para continuar allí una lucha postergada durante doce años. Por supuesto, la Corona no tenía ninguna intención de dejar su control sobre el Palatinado y Renania, que le eran muy valiosos para reforzar el camino español. Por esa razón se dejaron en suelo germano a los 20.000 hombres del maestre de campo don Gonzalo Fernández de Córdoba, mientras que Spínola volvía al noroeste con tan sólo 10.000. No iba a estar ocioso el de Córdoba, que se batió en Fleurus con el ejército de

[39] Para evitar confusiones no estará de más recordar que los miembros de la Casa de Orange llevan el apellido Nassau. Los Orange y los Nassau son los mismos.
[40] El Gran Pensionario preparaba las reuniones de los Estados Generales.

Ernesto de Mansfeld, otro de los generales mercaderes que tras perder a sus patronos en el Palatinado había pasado a servir a las Siete Provincias[41].

Por su parte, Spínola fue contra la importante plaza de Jülich, puerta de los Países Bajos por el lado de Alemania, que conquistó en 1622. Aseguradas las comunicaciones con Germania, el nuevo objetivo fue la ciudad costera de Bergen op Zoom. Aunque estaba en el Brabante, Bergen era una plaza fuerte de los rebeldes. El cerco era complicado, pues tenía libre el lado del mar y podía recibir socorro desde las cercanas islas de Zelanda. Bien se defendieron los de Bergen, trasformando el asedio en un infierno para los atacantes y poniendo en entredicho eso de *plaza cercada, plaza tomada*. Una pesadilla para Spínola, que vio cómo en tres meses de cerco, desde el 18 de julio al 3 de octubre, los hombres a su mando pasaban de 18.000 a 8.000. La aparición final de las tropas de Ernesto de Mansfeld obligó a levantar el cerco, dejando en entredicho la política de grandes asedios que consumían cantidades ingentes de hombres, pertrechos y dineros sin ofrecer unas posibilidades seguras de éxito. De camino, en la corte se encontró una buena excusa para hostigar a Spínola, que no gozaba del favor real y mucho menos de las simpatías del nuevo privado de Felipe IV a la muerte de Zúñiga: Don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y duque de Sanlúcar la Mayor. El arrogante Olivares siempre fue enemigo del general genovés, uno de los pocos que le podrían hacer sombra en palacio si hubiese estado en la corte y no en Flandes.

Por su parte, Don Gaspar de Guzmán tenía sus propias ideas sobre la guerra contra los rebeldes. Visto cómo había terminado el lance de Bergen op Zoom, despilfarrando la plata y las tropas reales para no ofrecer más que una humillación, el privado era partidario de acabar con la política de asedios que hasta entonces había regido la acción española en la guerra de Flandes.

En vez de las campañas convencionales Olivares defendía la guerra contra los intereses económicos de los rebeldes. Por una parte se postulaba por una guerra naval contra las Siete Provincias, aunque siempre evitando el enfrentamiento abierto contra la poderosa flota de guerra holandesa. Se prefería una lucha a menor escala, atacando y hostigando a la flota comercial de los rebeldes desde puertos seguros. Sobre el papel la idea era muy buena, pero en la práctica paralizar el flujo comercial holandés exigía unos recursos que ni España ni

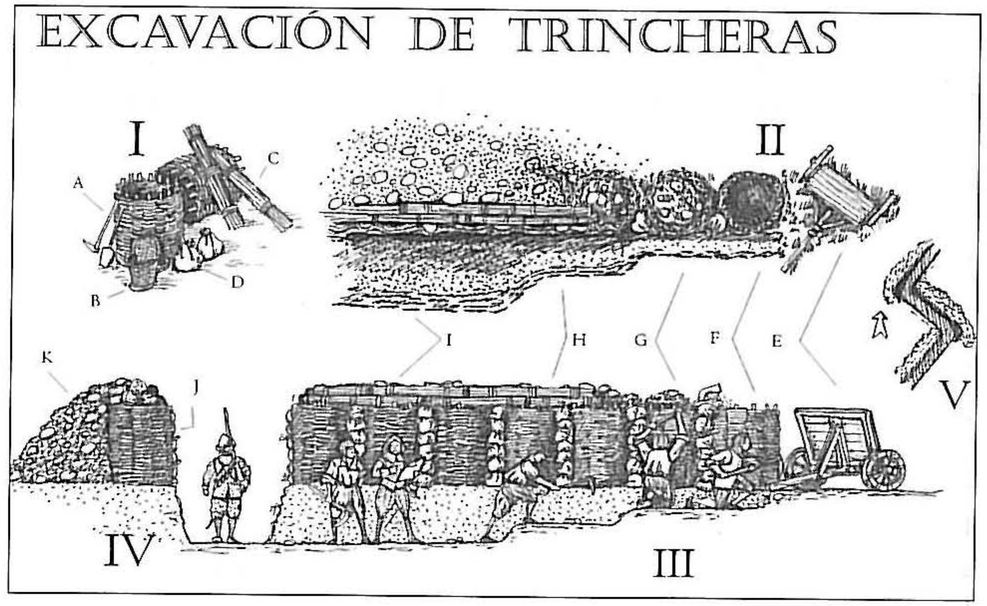
[41] El resultado de la batalla de Fleurus no quedó muy claro en su época, pues los dos bandos se dieron por vencedores.

Portugal estaban en condiciones de aportar. La escuadra de Gibraltar, por ejemplo, derrochaba valor para cortar el paso por el estrecho de las naves de los Estados, pero poco daño podían hacer sus dieciocho barcos, sobre todo cuando los holandeses reaccionaron y pasaron a navegar en convoys de no menos de treinta naves bien pertrechadas, que no sólo iban a entrar y salir del Mediterráneo con impunidad, sino que serían una severa amenaza para todas las ciudades costeras andaluzas.

Por el lado del Mar del Norte Olivares contaba con los excelentes puertos de Mardick y Dunquerque, pero en 1622 en sus muelles sólo echaban amarras cuatro barcos del rey. El esfuerzo por mejorar la potencia de la escuadra de Flandes fue notable, y en 1625 ya eran doce las naves e incluso se hacían planes para la conquista de algún puerto más por el lado de Frisia, o incluso en el Báltico, con la ayuda de las fuerzas imperiales. Mientras tanto, y a falta de barcos del rey, la escuadra se completaba recurriendo a armadores privados a los que se concedían patentes de corso para atacar a cuantos buques enarbolaran la bandera azul, blanca y roja de los Estados.

La acción de los corsarios y de la flota española fue intensa. Poco se podía contra las poderosas escuadras comerciales del enemigo, pero mucho daño se hizo contra los barcos solitarios y contra la flota pesquera. Pero desde La Haya no se iban a quedar con las manos cruzadas mientras les hundían los arenqueros, por lo que mandaron a sus navíos de guerra a la caza del corsario y a bloquear los puertos de los Países Bajos Leales. Visto estaba que Olivares había diseñado unos excelentes planes de guerra económica en la mar, pero que estaban muy por encima de las posibilidades navales del reino. Ni siquiera se pudo evitar el comercio de los holandeses con la propia España, pues no había gente más hábil que los rebeldes a la hora de engañar al fisco. Para meter sus mercancías en los puertos de Castilla usaban barcos de bandera neutral, testaferros o el contrabando. El conde-duque apretaba con su puño pero el comercio holandés se le escurría entre los dedos como un puñado de arena.

Si la acción en la mar no iba a dar los frutos esperados, mucho más efectiva al menos fue la segunda parte del plan del valido, encauzada a cortar el comercio fluvial de las Siete Provincias. La mayor parte de la riqueza de los florecientes puertos de los Países Bajos no venía del lejano comercio con Oriente o con el Caribe, sino del papel de intermediarios comerciales entre Polonia y Escandinavia y las populosas ciudades de Germania. El transporte fluvial era



La excavación de trincheras de aproche bajo el fuego enemigo era una labor tan pesada como peligrosa. Una vez que se entraba en el alcance de la artillería y de los mosquetes cada paso debía darse con toda prudencia, y aún así no serían pocas las bajas. Aparte de algunos zapadores e ingenieros, lo más duro y expuesto del trabajo lo llevaban a cabo labriegos y otros civiles de los contornos, enrolados a la fuerza para esas bregas y vigilados de cerca por la tropa para evitar que huyeran o se pasaran al interior de la villa.

1.- Los materiales empleados por los zapadores eran sencillos y fáciles de fabricar *in situ*. Para cavar se empleaban palas y zapas (A). La tierra se echaba a los lados o se sacaba en canastos que se colgaban a la espalda (B). Se empleaban también sacos terreros (D) y haces de ramas o fajinas (C). El peso de la defensa caía sobre los cestones. En esta imagen se ven dos de ellos, aún vacíos. Los cestones recordaban la labor de canastería y vacíos eran lo bastante livianos como para que un hombres los trasladara sin problemas. Por el contrario, una vez llenos de tierra eran inamovibles como un peñón.

2 y 3.- Estas dos imágenes representan el mismo avance de una trinchera de aproche visto desde arriba y desde el costado.
El zapador que trabajaba en cabeza era el que corría más peligro, pues a su altura la trinchera era poco menos que una zanja. Por eso trabajaba detrás de un pesado mantelete de madera provisto de ruedas (E) que se iba empujando a medida que se avanzaba. Se tenía prisa en colocar los cestones (F) y afianzarlos con sacos terreros. No se estaría medianamente seguro hasta que se cavase lo bastante como para llenarlos de tierra (G), ahondando y ensanchando la trinchera. Una vez colmados los cestones (H) se remataban con fajinas, reforzando el conjunto con una cubierta final de tierra y piedras (I).

4.- La trinchera terminada era lo bastante ancha y profunda como para que este arcabucero pudiese cruzarse con un compañero sin quedar expuesto a la vista o al fuego enemigo. Los cestones (J) y la tierra apilada (K) absorbían con su masa las balas de cañón sin soltar esquirlas ni otros restos peligrosos.

5.- Esta figura muestra el avance de la trinchera hacia las defensas del enemigo, siempre con un trazado en zigzag para que el frente de marcha quede protegido y en desenfilada.

indispensable para llevar a buen puerto ese lucrativo flujo, y ahí era donde sus rutas quedaban al alcance del poder militar de España y sus aliados. Con el Mosa, el Rin, el Elms o el Weser vetados a los holandeses, las rutas económicas de Europa se vieron segadas, dañando muy seriamente los intereses de las Siete Provincias, según tenía planeado el conde-duque de Olivares. El problema radicaba en que no sólo se dañaba a los rebeldes, sino también a los alemanes, a los polacos y a los escandinavos, e incluso a los propios Países Bajos Españoles[42]. En ese aspecto la política del valido recuerda la de Napoleón con su Sistema Continental, que intentó arruinar Inglaterra y terminó interrumpiendo la circulación económica del continente y labrando su propia ruina.

Volviendo a la guerra, los holandeses no tenían la intención de dejar la iniciativa a los *papistas*. La situación era propicia para ello, sobre todo desde que en abril de 1624 el rey Luis XIII de Francia pasase a contar con un nuevo primer ministro: Armand Jean du Plesis, cardenal y duque de Richelieu. En junio París mandaba a La Haya una subvención por valor de un millón de libras con la renovación de su alianza y el compromiso de las Siete Provincias de mantener la guerra por al menos tres años. Guerra que por otra parte muy bien le venía a Francia, que por entonces mantenían un conflicto abierto con España por la cuestión de la Valtellina.

La Valtellina era un valle alpino que comunicaba el lago de Como con el Tirol austríaco. En teoría estaba bajo el control de los protestantes de los Grisones, organizados en torno a las *Graubünden* o Ligas Grises. Pero al ser los habitantes de la Valtellina fieles católicos, se habían rebelado en 1620 contra sus señores solicitando la ayuda de los Habsburgo de los dos lados de los Alpes. No tardó en responder el gobernador español de Milán, que bien sabía de la importancia estratégica de aquel paso de montaña, sobre todo desde que Saboya estaba en la órbita francesa. No tenían intención los galos de dejar a los españoles el paso franco por los Alpes, así que en 1622 invadieron la Valtellina con la ayuda de los saboyanos y de la república de Venecia. No era aquella una pugna de gran intensidad, pues lo abrupto del terreno no lo permitía ni podía alimentar a grandes contingentes, pero el pulso contra España era lo bastante serio como para que Francia agradeciese cualquier ataque de distracción que se llevase los soldados y los dineros del Rey Católico lo más lejos posible de los Alpes.

[42] Por tolerar el comercio de los rebeldes en sus dominios la archiduquesa Isabel Clara Eugenia cobraba unas rentas anuales que rondaban los 250.000 escudos.

Muy alta debían tener la moral los rebeldes de Holanda, que además de contar con el apoyo y los dineros de Francia se apuntaban una nueva victoria en las Indias. Jacob Willekens, al mando de una pequeña escuadra de veintiséis naves y más de tres mil hombres, había conquistado para la República la plaza brasileña de Bahía con la intención de crear una nueva cabeza de puente para la expansión de la Compañía de Indias.

Desde Madrid se planeó la inmediata reconquista y para ello se puso bajo las órdenes de Don Fadrique de Toledo una escuadra de cincuenta y dos naves, la mayor que hasta entonces había cruzado el Atlántico. Pero se sabía que los holandeses no tardarían en mandar refuerzos para apuntalar su nueva conquista de Brasil, por lo que era más que conveniente realizar un ataque de distracción que atrajera la atención y las fuerzas del enemigo a este lado del océano y no a aquél.

Una opción era atacar alguna de las plazas fronterizas de las Siete Provincias, una lo bastante importante como para que los rebeldes se vieran obligados a poner su empeño en socorrerla olvidándose por el momento de Bahía. Por eso no deja de sorprender al observador contemporáneo el estupor con el que fue recibida en la corte la noticia de que Don Ambrosio Spínola desplegaba las banderas de sus tercios y al son de cajas y tambores marchaba contra la plaza de Breda.

En principio la decisión del asalto contra Breda se tomó en la corte de Bruselas por iniciativa del propio Spínola y con el visto bueno de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia. El general genovés no confiaba en que diera frutos la endeble acción naval contra Holanda, y menos desde que Inglaterra se había puesto de su lado y juntaba sus naves con las de las Siete Provincias. Por el contrario, en Madrid no veían con buenos ojos la política de asedios que tan desastrosos resultados había dado en el frustrado cerco de Bergen op Zoom. Pero por muchas reticencias que hubiese en palacio los fondos necesarios para llevar el ataque estaban listos y fueron enviados sin dilación, lo que prueba que la sorpresa de Olivares era más fingida que real. Puede que viendo lo azaroso del lance, que lo mismo podía terminar con un éxito completo que con una segunda debacle como la de Bergen, el prudente valido optara por mantener su buen nombre a salvo y dejar toda la responsabilidad sobre los hombros de Spínola, que en caso de torcerse el asunto serviría como cabeza de turco. Como al final —ya se verá— no fue así, la corte se apropió de la iniciativa inventando a posteriori aquello de la escueta nota de papel que el rey Felipe IV envió al general: *Marqués, tomad Breda*.

BREDA

La villa de Breda era una de las más notables del Brabante septentrional. Al igual que Bergen op Zoom se encontraba al sur de la barrera de los grandes ríos, actuando como avanzada o barbacana de los Estados en unos territorios que en muchas ocasiones cambiaron de manos alterando las líneas de la citada "frontera flotante". La plaza de Breda formaba parte de los dominios patrimoniales de la Casa de Nassau y la cerraban unas excelentes fortificaciones. De hecho, fue la primera villa de los Países Bajos en contar con unas defensas modernas, levantadas según los principios de la traza italiana en una fecha tan temprana como 1533. Los avatares de la guerra la dejaron bajo el dominio del Rey Católico hasta 1590, año en el que la guarnición de italianos que la defendía se la vendió al enemigo, entregándola al estatúder Mauricio sin un solo tiro.

El 21 de julio de 1624 Spínola dejaba Bruselas con sus tropas para comenzar el cerco. En principio contaba con 18.000 hombres tan sólo, claramente insuficientes para una empresa de ese porte. Pero la momentánea calma en centroeuropa le permitió engrosar sus fuerzas con mercenarios hasta alcanzar una cifra de 38.000 combatientes. Catorce tercios y regimientos[43] españoles, italianos, valones, borgoñones y germanos.

El 28 de agosto las vanguardias entraban en Ginneken, al sur de Breda, y en Terheijden, al norte. Las tropas amenazaban la plaza por sus dos costados más favorables para el ataque y pasaban a controlar el cauce del Merkc tanto río arriba como río abajo. En Ginneken Spínola estableció su real o campamento. Desde la torre de su iglesia, el punto más alto de todos los contornos, decidió la distinta ubicación de los cuarteles y el recorrido general de las líneas de asedio.

General con muchos años de experiencia y toda una autoridad en asedios, Ambrosio Spínola sería bien consciente de los muchos obstáculos a los que iba a ser menester enfrentarse para ganar aquella empresa. El primer enemigo sería el suelo, pesado y pantanoso como pocos, el más odiado a la hora de mover cañones o cavar trincheras. Si el suelo iba a poner difícil el asedio, el cielo tampoco iba a ayudar. El verano terminaba y los veteranos de Flandes, que bien

[43] Las tropas alemanas de infantería formaban tradicionalmente en regimientos y no en tercios como los españoles, los valones o los italianos.

conocían aquellos inviernos, ya se esperaban lo peor. A la dificultad del clima y del terreno se le sumaba la amenazadora presencia del ejército de Mauricio de Nassau, quien no tenía intención de dejar desamparada a Breda. Las tropas del estatúder se encontraban muy cerca, en Bergen op Zoom por el oeste y en S. Geertruyderberg por el norte. Por último, como cuarto enemigo a combatir estaban los propios defensores de Breda. Estaba al mando de la guarnición otro miembro de la Casa de Orange, Justino de Nassau, que contaba con cuarenta y siete compañías bajo sus órdenes que sumaban 8.000 soldados, mercenarios extranjeros en su mayoría. Las banderas de los franceses y valones se podían ver por el lado de la puerta de Ginneken, las de los escoceses y los holandeses por la puerta de Amberes y las banderas de los ingleses por la de Bas.

Los almacenes estaban llenos de víveres y pertrechos y además contaban con unas excelentes murallas, levantadas en 1533 y reforzadas y mejoradas desde entonces. Unas defensas trazadas para aguantar al máximo el envite de la artillería, según patrones italianos. Quince baluartes guardaban Breda por todos sus flancos, reforzados por revellines y cuatro tremendos hornabeques. Un conjunto sólido y bien trazado, bien provisto de artillería y con guarnición decidida y suficiente, capaz de repeler el asalto de una fuerza mucho mayor que los 38.000 hombres de Spínola.

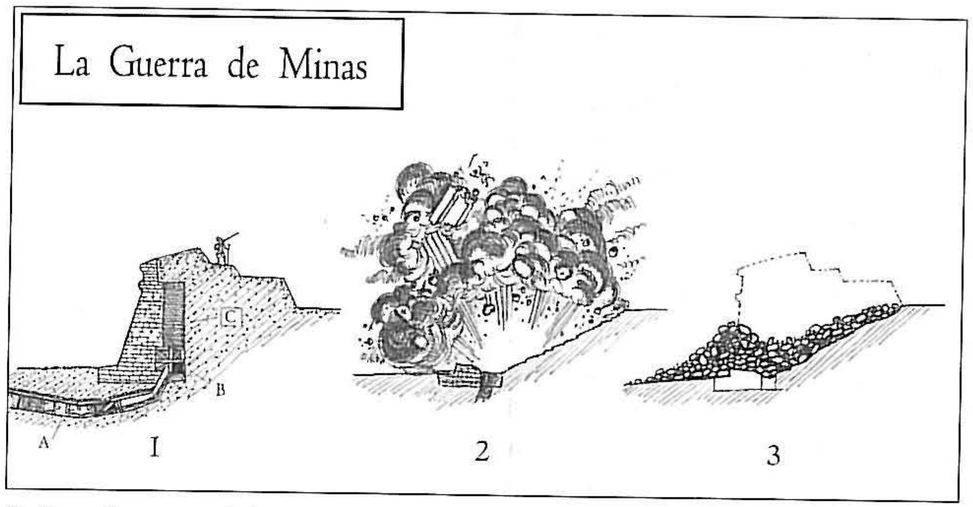
Para el lego en lo referente a la arquitectura militar, las defensas de Breda no parecían gran cosa, al menos vistas desde el exterior y de lejos. En aquel país asfixiantemente llano, donde los puntos más altos eran las torres de las iglesias, sus murallas apenas resaltaban sobre el horizonte. Pero no era eso un defecto, sino una virtud. Cierto que los torreones y los altos paños almenados sobrecogían al asaltante y daban al defensor una optimista sensación de seguridad. Pero en los tiempos del cañón y la pólvora, esa sensación de dominio que daba la altura no era más que un espejismo. Bien lo iban a comprobar los que se escondiesen en las torres nada más comenzar a tronar las bocas de fuego, que muy buen blanco harían en las tan destacadas obras hasta mandarlas por tierra. Por eso, desde que Ramiro López labrara el castillo de Salses para Fernando "El Católico", las fortalezas, por potentes que fueran, buscaban hacerse invisibles y se hundían en el suelo dentro de sus fosos. Tal era así que sólo al asomarse a la contraescarpa se podía apreciar su porte auténtico. De lejos apenas se destacaban, por lo que ofrecían menos blanco y mucho más difícil se lo ponían a los artilleros.

Al cavar los fosos se extraía una ingente cantidad de tierra. Parte de esa tierra formaría las murallas, compactada y ceñida por muros de piedra. El muro en sí ya no tenía aguante para soportar los golpes de bolaños y balas de cañón, y por eso era el masivo volumen de tierra que había detrás el que mantenía en su sitio la obra. En los Países Bajos, donde en la segunda mitad del siglo XVI las exigencias de la guerra imponían que se fortificase mucho y muy rápido, los arquitectos militares optaron por dejar parte de esta tierra al aire, trabando la base tan sólo con muros de obra. Esa medida suponía un tremendo abaratamiento de los costes, sobre todo en un territorio como Holanda, donde tan escasa era la piedra de construcción. Pero además tenía unas innegables ventajas militares. La tierra absorbía los impactos de artillería con pocos daños en la estructura general y además no soltaba fragmentos ni esquirlas al recibir un impacto, muy peligrosos para los defensores que se cobijaban tras los parapetos de piedra. Era cierto que la lluvia erosionaba y deterioraba las obras de tierra, obligando tanto en tiempo de guerra como de paz a penosas reparaciones. Pero ese inconveniente era asumido por los ingenieros, que contaban a su favor con la densa capa de hierba que no tardaría en crecer sobre las nuevas defensas. Desde la segunda mitad del XVI las fortificaciones mixtas de obra y tierra serán la firma de la arquitectura militar de la escuela holandesa, que en tiempos del estatúder Mauricio contaba con ingenieros de la calidad de Simon Stevis, que trazó los planos para las defensas de Willemstad o Coeverden.

La escuela holandesa introdujo en la fortificación clásica algunos de los que serían sus elementos más característicos. Por ejemplo, parte de la tierra de los fosos era evacuada también hacia el exterior, formando el glacis, un talud despejado y sin obstáculos que no ofrecía la más mínima protección a los asaltantes, que en él podían ser tiroteados a gusto por los defensores. Protegido por el glacis, junto al foso se dejaba un espacio para el camino cubierto[44] que rodeaba por completo la fortaleza y permitía la vigilancia de rondas y patrullas sin exponerse a las vistas o al fuego del enemigo. En algunos puntos el camino cubierto se hacía más amplio, formando unos huecos llamados plazas de armas que servían para acumular las tropas por si era necesaria una salida o para hacer un punto de defensa más firme.

Los fosos de Breda recibían sus aguas del río Merkc, que atravesaba la ciudad de sur a norte. Mucho se llevaba escrito por entonces sobre la conveniencia o no de llenar los fosos de agua. En principio parecían superiores los fosos secos.

[44] El nombre de camino cubierto no hace referencia a que tal camino tenga un techo, sino a que se encuentra cubierto por los fuegos a mayor altura desde las cortinas y los baluartes de la fortificación.



1.- Las minas se empleaban desde muy antiguo en los asedios, pero las minas explosivas son propias de la guerra moderna. La galería (A) se cavaba con el mayor de los sigilos, pasando bajo el foso y alcanzando la muralla por debajo de sus cimientos. La representada es una cortina a la italiana, toda forrada de piedra. Para la cámara (B) se buscaba el lugar apropiado, a poder ser horadando uno de los contrafuertes internos del muro (C).

2.- Una vez llena la cámara con pólvora negra y bien cerrado todo el conjunto con maderos y tierra apisonada, se prendía la mecha, a poder ser de noche. En ocasiones se hacía por sorpresa y sin aviso, aunque en otras se prefería reunir ante el punto minado al grueso de la fuerza asaltante para contemplar el espectáculo y subirles la moral y para, además, atraer al mayor número posible de defensores hacia ese sector de las murallas y que volaran por los aires con los escombros de la cortina.

3.- Una vez volada la mina sus propios escombros formaban una rampa practicable por la que una tropa decidida podría asaltar la fortaleza. Aunque lo esperado por todos era que los de dentro capitulasen y sacaran la bandera blanca, evitando el enfrentamiento en la brecha y la posterior matanza de la guarnición y saqueo de la villa.

Era cierto que el foso inundado era más difícil de cruzar y daba una mayor sensación de seguridad, pero también era igual de cierto que no sólo cerraba mejor, sino que también encerraba, confinando a los defensores dentro de sus murallas y complicando las salidas y la comunicación con las obras avanzadas. Además, de no circular el agua el foso inundado podía trasformarse en un criadero de mosquitos y un foco de fiebres palúdicas durante los veranos, mientras que en los duros inviernos del norte se corría el peligro nada desdeñable de que el agua se congelara, por lo que el foso pasaba de ser un obstáculo a una excelente plataforma para el asalto.

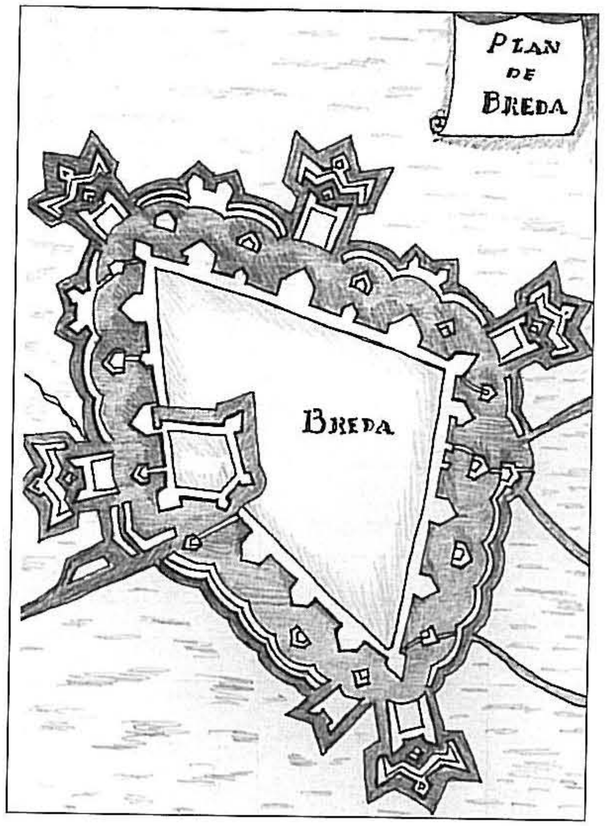
Como ya se ha dicho, los ingenieros preferían los fosos secos. Pero en Holanda ese debate era del todo estéril. Nada más hundir la pala en la tierra salía agua, por lo que empeñarse en tener secos los fosos podría ser obra de locos. La

naturaleza se imponía y lo más sensato era usarla a favor. Puestos a tener fosos inundados, los ingenieros de la escuela holandesa intentaban sacarles todo el provecho, y en muchos casos no cerraban sus villas con uno sino con dos, dejando en medio una muralla baja o falsabraga desde la que hacer fuego de mosquetería. En los planos de las defensas de Breda se pueden apreciar estas falsabragas que guardan la plaza por tres de sus cuatro caras.

Detrás de fosos y falsabragas se levantaban las murallas de la ciudad. Una obra imponente, muy superior en tamaño a la villa que guardaba. Quien cruzara sus muros se sorprendería de no encontrar al otro lado calles o plazas, como cabría esperar en una ciudad, sino prados y huertos. Sólo después de caminar un buen trecho se llegaba a las zonas pobladas, que a principios del XVII aún no se habían apartado mucho del antiguo recinto medieval. La vieja muralla feudal había desaparecido pero se conservaba el foso, que trazaba casi un círculo con la catedral en su centro dejando al norte el castillo. Pero poco a poco la villa crecía dentro de sus modernas y enormes murallas y por donde antes estaban los dos caminos principales —Ginneken al sur y Terheijden al norte— las calles se alargaban bordeadas de casas hasta alcanzar las tres grandes puertas.

Diseñadas según los principio de la traza italiana, las defensas de Breda se apoyaban en quince poderosos bastiones. El bastión o baluarte fue la gran aportación de los italianos a la arquitectura militar moderna, y los más antiguos se levantaron para proteger el puerto papal de Civita Vecchia en 1515. Los bastiones sustituyeron a las viejas torres medievales a la hora de reforzar y flanquear los paños de muralla, superándolas en efectividad y tamaño. Sobre el papel es difícil hacerse una idea de su escala, pero baste contemplar el croquis de Breda que acompaña a estas líneas y comparar el castillo de la ciudad o su misma catedral con cualquiera de estas pesadas obras defensivas. La iglesia mayor podría levantarse con holgura en el interior de uno de estos baluartes y sobraría sitio. Estos quince colosos llevaban el peso de la defensa y articulaban la fortaleza. En los distintos planos de Breda que se levantaron a lo largo de los siglos XVI y XVII las obras exteriores sufren grandes variaciones. Las falsabragas crecen o desaparecen, aparecen los hornabeques, que luego se ampliarían con coronas alterando notablemente el aspecto exterior del recinto. Por el contrario, los quince bastiones aparecen inmutables en todas las cartas. A diferencia de los torreones o las antiguas defensas medievales, el diseño del bastión no dependía de algún patrón geométrico o del gusto del arquitecto. En la traza italiana el contorno de cada baluarte estaba dibujado por las líneas de

TRAZA DE LA VILLA FORTIFICADA DE BREDA SACADA DE UNA OBRA FRANCESA DE LA ÉPOCA
El dibujo de las fortificaciones se ha simplificado mucho, aunque a grandes rasgos las obras principales son perfectamente reconocibles. El núcleo de las defensas de Breda eran unas murallas abaluartadas de quince poderosos bastiones reforzados con medias lunas, hornabeques y -según esta ilustración- una curiosa falsabraga lobulada. En la imagen se ha resaltado el castillo, localizado al norte de la villa -en este caso a la izquierda- y separado de ésta por su propio foso y varios pequeños bastiones. Los cinco hornabeques principales son de los llamados de alas paralelas, aunque reforzados a su vez por una corona de tres bastiones. Estas defensas exteriores varían cuando se consulta un plano u otro, y probablemente por ser obras de tierra se alteraran con facilidad.



fuego de las piezas de artillería que lo rodeaban, de tal manera que no quedaran campos muertos ni áreas sin batir por las bocas de fuego de los defensores. Era el tiro del cañón haciendo fuego desde su batería el que marcaba al ingeniero el lugar por donde debía trazar el muro. Las trayectorias cruzadas de las distintas bocas de artillería daban al bastión una forma pentagonal o de punta de flecha con el vértice en dirección al enemigo.

La superficie interior del baluarte solía estar despejada y contar con rampas de tierra para facilitar el movimiento de hombres y cañones. Los planos de Breda muestran cómo siguiendo la práctica habitual cada bastión tenía en su centro un polvorín. Esto permitía almacenar la pólvora bien apartada de la población y lo más cerca posible de los cañones. Las obras más grandes poseían también almacenes y casernas para alojar a la tropa.

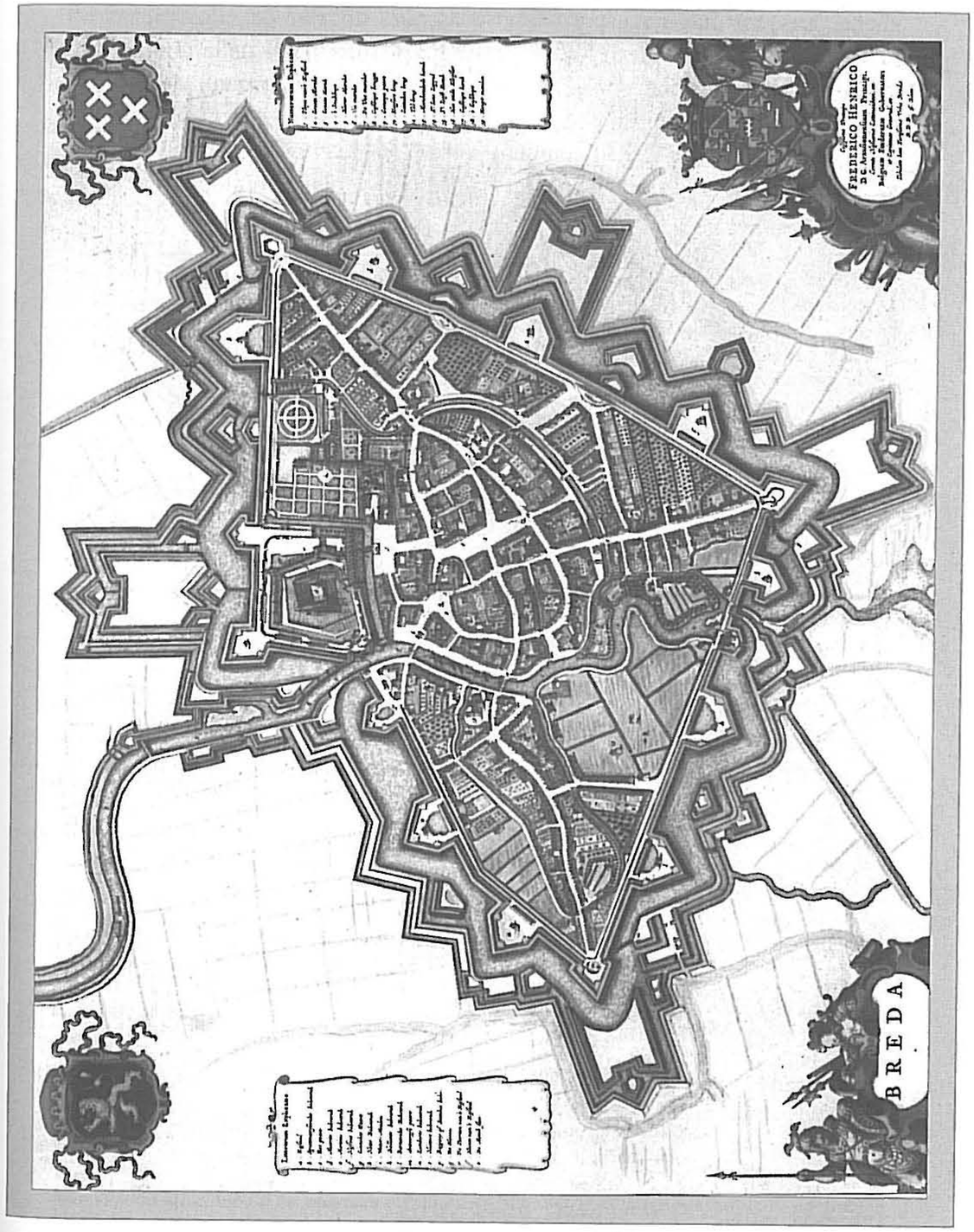
Al ser generalmente pentagonales los bastiones tenían cinco lados. El que daba al interior de la plaza se llamaba gola, y los dos que formaban ángulo con las murallas eran los flancos. Los otros dos lados que restan para cerrar el

Luis XIII retratado por Philippe de Champaigne Museo del Prado (Madrid).

pentágono recibían el nombre de caras y se juntaban para formar la punta del baluarte. Los flancos y las caras tenían funciones diferentes. La defensa cercana era adjudicada a los flancos. En ellos se colocaban piezas de artillería que enfilaban los fosos y los cubrían con su fuego cruzado. En una fortaleza bien trazada era imposible para el atacante llegar a poner una mano en el muro sin pasar por la línea de fuego de al menos dos de estas baterías, cada una en el flanco de un bastión distinto. Por el contrario, a los artilleros de los sitiadores les resultaba muy difícil alcanzar estas piezas en fuego de contrabatería, pues al estar en el flanco del bastión se hallaban en desenfilada cubiertas por el cuerpo del baluarte. Si desde los flancos se protegían los fosos y el perímetro más próximo, las caras se destinaban a la defensa lejana. En ellas se colocaban piezas de más calibre, pensadas para cañonear al enemigo a la máxima distancia posible.

Breda era una de las mejores y más potentes plazas fuertes en manos de las Provincias Unidas, fortificada en el siglo XVI por sus señores, los Nassau. Dominio patrimonial de la familia Orange, Breda contaba con unas excelentes defensas mixtas, a la holandesa, de piedra y tierra. La plaza tiene un trazado parecido al de un rombo, con las puertas en las esquinas y el río Merck cruzándola de lado a lado. El río entre por el costado sur -abajo- y fluye por medio de la ciudad alimentando sus canales hasta salir junto al castillo por el norte -arriba-.

Si se compara el tamaño de las defensas con el área edificada de la ciudad se puede comprender su enorme escala. La parte habitada de la villa está en el centro, en torno al óvalo que marcan los antiguos fosos medievales alrededor de la catedral. Al norte se alza el castillo, con acceso directo al exterior por la puerta de Bois-le-Duc y separado de la ciudad por dos fosos. Además de esta zona habitada las casas se extienden por los antiguos caminos, ahora calles. El resto, casi la mitad de la superficie intramuros, lo forman huertos, prados y jardines. Una obra tremenda, enorme para la ciudad que albergaba, de la que en la actualidad casi no quedan restos.



Entre bastión y bastión quedaba la cortina, que sería la muralla propiamente dicha. Las cortinas no estaban pensadas para apostar en ellas piezas de artillería, y para defenderlas se confiaba en los mosquetes de la infantería. Cada tramo de cortina quedaba cubierto por el fuego cruzado de los dos baluartes que la flanqueaban, y cada baluarte por el de los otros dos que quedaban a sus costados. El conjunto presentaba un frente uniforme con una poderosa concentración de fuego que hacía del asalto un completo suicidio.

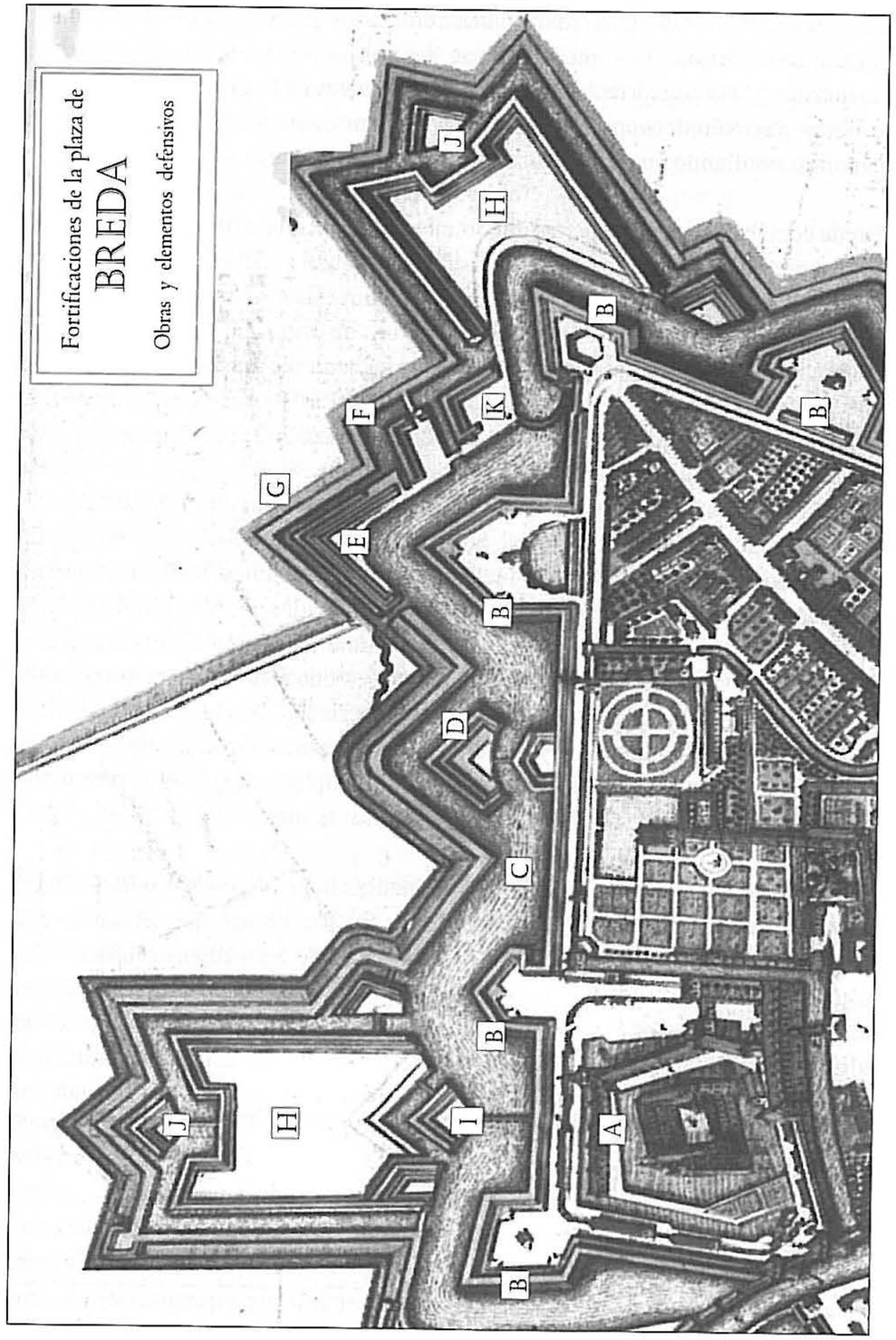
Esta imagen es una ampliación de la esquina noroeste de la lámina 32. En ella se aprecian con más detalle las defensas de Breda. El castillo (A) conservaba una función política pero había perdido casi toda su importancia militar. El recinto principal, con su patio cuadrado, estaba rodeado por un doble foso y a la izquierda se pueden ver las dos grandes torres que controlaban el río, que podían cerrar con una cadena. Aunque con acceso directo al campo y separado del resto de la villa, el castillo de Breda difícilmente podía realizar las funciones de ciudadela independiente, pues si bien por el lado exterior sus defensas eran modernas y potentes, por el lado que daba al interior de la plaza sólo lo protegían obras medievales. Si la ciudad caía en manos del enemigo el castillo iría detrás irremediablemente.

En la imagen se pueden ver cinco de los quince bastiones de la fortaleza (B). Todos tienen una traza más o menos pentagonal, abiertos en la gola y sin orejones o salientes en los flancos. El de abajo, a la derecha, presenta algo parecido a un orejón en su flanco norte, posiblemente para alojar una puerta secundaria o una poterna. En tres de ellos son perfectamente visibles los polvorines y el del centro parece inundado en una buena porción. También se ven casernas junto a las golas, es decir, barracones para alojar a las tropas mercenarias.

El foso (C) rodea el conjunto y, como no podría ser de otra manera en un terreno así, está inundado. Las aguas no están quietas, sino que fluyen despacio de sur a norte. Una media luna (D) refuerza uno de los puntos más vulnerables. Por el lado exterior del foso se levanta la falsabraga (E), que rodea incluso el hornabeque de la izquierda. Por delante la falsabraga posee su propio foso (F), mucho más estrecho. Las falsabragas protegían las murallas del fuego de la artillería de batir y alargaban el cerco, pues los atacantes debían demolerla primero antes de poder cañonear los cimientos de la cortina. El camino cubierto (G) ofrecía una escasa defensa contra un enemigo decidido, pero protegía a las rondas y a los centinelas de las incursiones y los golpes de mano, permitiendo una vigilancia exterior.

En todas las vistas de Breda destacan por su tamaño los cinco potentes hornabeques, de los que en la imagen aparecen dos (H). Obras exteriores muy avanzadas, estos hornabeques de alas paralelas con revellín (I) en la base y flecha (J) en la punta cubrían una gran cantidad de terreno que el enemigo no podía utilizar para atacar la plaza.

Por último quedaban las puertas. En el ángulo noroeste de la villa estaba la puerta de Bas (K), empotrada en el baluarte de la esquina superior derecha. La puerta estaba defendida por varias obras exteriores y el que quisiese entrar en Breda por ese lado debería cruzar sobre tres puentes levadizos, el último al final de un camino curvado sobre las aguas del foso, lo que alargaba el trayecto y lo hacía más vulnerable al fuego de los defensores. Todas estas medidas, inútiles frente a un asaltante formal -a Spínola le sobraban cañones para abrirse sus propias puertas si quería-, eran necesarias para evitar ataques por sorpresa y golpes de mano, en los que tanta fama tenían los arcabuceros españoles.



Los quince baluartes de Breda estaban reforzados por otros de menor talla y diez medias lunas. Las medias lunas recordaban a los baluartes, aunque avanzados y despegados del cuerpo de la fortaleza. El agua de los fosos las rodeaba por completo, por lo que no era fácil ni conveniente llevar hasta allí cañones, confiando su defensa al fuego de los mosquetes.

Breda contaba con cuatro puertas importantes. Al norte, el castillo poseía su propia salida, mientras que las otras tres estaban en los ángulos del recinto, alojadas en los flancos de bastiones. Al oeste, la puerta de Amberes; al sur, la de Ginneken, y al este, la de Bas. Cada una de estas puertas disponía para su seguridad de importantes obras exteriores que obligaban al que entraba a pasar por dos y hasta tres controles y puentes levadizos antes de llegar al interior. Esa era una medida indispensable si se querían evitar golpes de mano y asaltos por sorpresa.

El recinto se completaba con cinco enormes hornabeques que reforzaban más si cabe los puntos más expuestos de la plaza fuerte. El hornabeque era un tipo de obra exterior muy usado por la escuela holandesa. Los había de cola de milano o de contracola, pero los de Breda eran de los llamados de alas paralelas. Los formaban un frente entre dos baluartes con una flecha en el extremo. Los hornabeques flanqueaban cortinas y baluartes y ocupaban un espacio que muy útil habría sido al enemigo para colocar sus baterías de brecha. De poco valían frente a un atacante metódico y decidido, salvo para retrasar su avance y alargar así el cerco. De hecho, frente a un poderoso ejército enemigo la más potente de las fortalezas no puede ofrecer más que una cosa: tiempo.

Todas las defensas exteriores, ya fuesen medias lunas, flechas u hornabeques, quedaban dominadas y bajo el fuego de las fortificaciones que tenían detrás. Pensadas nada más que para retrasar temporalmente a un adversario decidido, estas obras sólo contaban con protecciones y parapetos hacia el campo enemigo, mientras que por el lado de la villa quedaban abiertas y sin cobijo alguno frente al fuego de mosquetes y cañones. Esa característica permitía que el hornabeque o la media luna pudiesen ser tomados por los sitiadores sin por ello poner en peligro el cuerpo de la fortificación.

EL ASEDIO

En 1624 Breda era una muy poderosa plaza fuerte. No le faltaban bazas, estando bien construida y bien defendida, con una firme esperanza de socorro

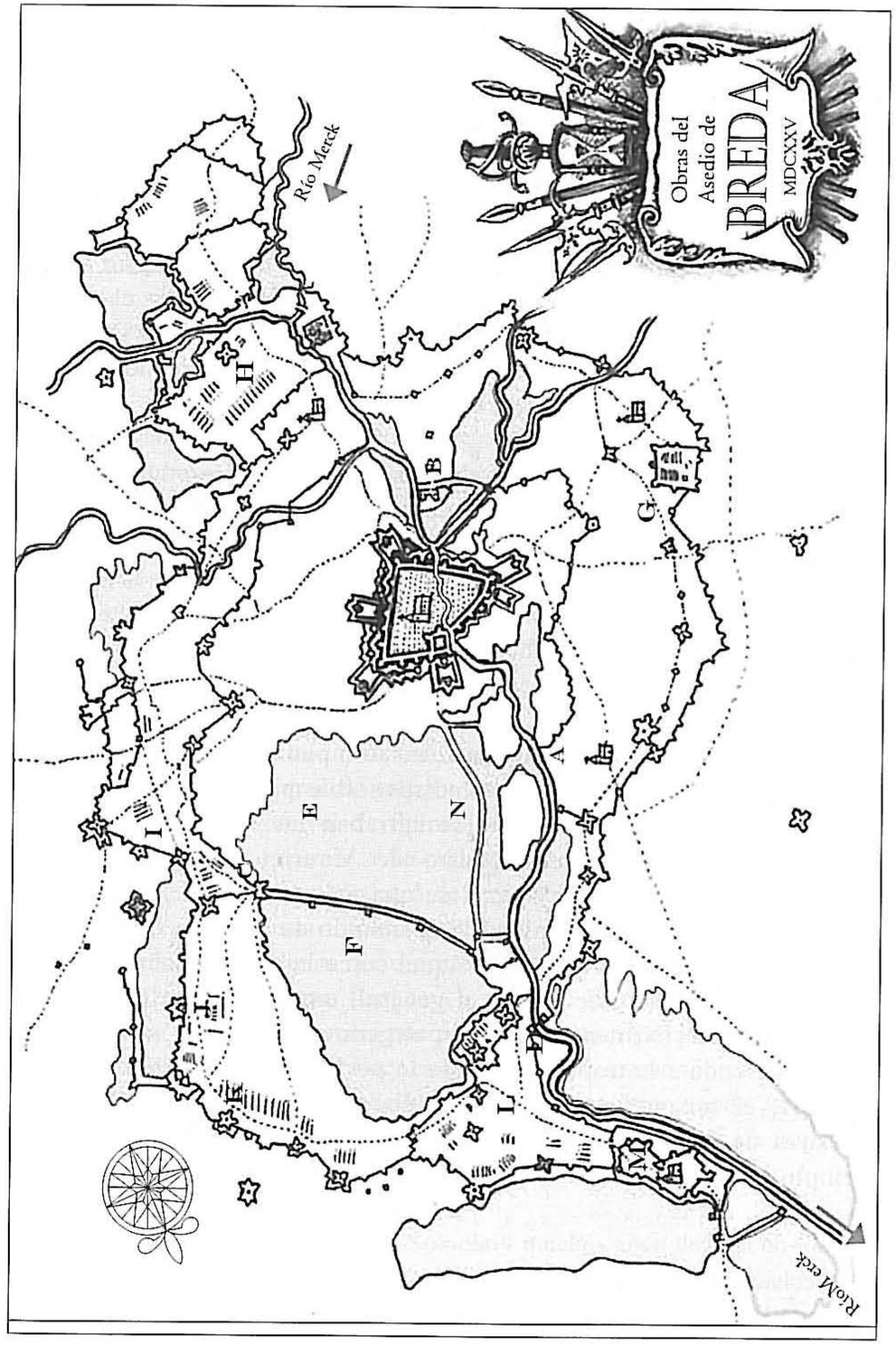
por parte del ejército de las Siete Provincias y con un invierno a las puertas para castigar a los atacantes con trombas de agua y mares de lodo. Justino de Nassau no iba a perder los nervios ni a dejarse intimidar por el impresionante despliegue del enemigo. Tanto él como Spínola sabían que los 38.000 hombres con los que contaba el genovés eran pocos para realizar un envite frontal, lo que iba a alargar el asedio de forma impredecible.

Para alcanzar una plaza fuerte bajo el efecto letal del fuego cruzado a los atacantes no les quedaba más remedio que avanzar zigzagueando dentro de trincheras de aproche, siempre a cubierto de cestones y fajinas. Marcharían hacia las murallas a golpe de pala, enterrándose a cada paso para evitar el tiro de la artillería. Sus propios cañones no estarían en condiciones de batir los muros hasta apostarse a menos de cuarenta metros, lo que exigía un penoso trabajo de pico y azada. A partir de ahí una metódica labor de cañoneo demolería las defensas, dejando el paso franco para la más que notable carnicería del asalto final. En la segunda mitad del siglo un maestro de la talla de Vauban[45] cifraba en 48 los días necesarios para conquistar una plaza por este método. Pero el francés dejaba claro que para lograr el éxito era preciso emplear una fuerza diez veces superior a la de los defensores. Por lo que según ese principio, para arrebatarles Breda a los 8.000 hombres del de Nassau, Spínola debía reunir una tropa de 80.000 aguerridos combatientes. Una fuerza razonable en la siguiente generación, pues los tiempos del Rey Sol conocieron ejércitos aún mayores, pero algo inalcanzable para la España de Felipe IV y del conde-duque de Olivares.

Descartado entonces el tipo de asedio antes descrito o táctico, no quedaba más remedio que recurrir al asedio estratégico. Consistía en cercar la plaza estrechamente impidiendo toda salida o entrada hasta que la falta de víveres y las enfermedades minasen la resistencia de los defensores y los forzasen a la rendición. Mientras que el asedio táctico buscaba la lucha abierta contra los sitiados hasta quebrar su defensa con el bombardeo y el asalto, el asedio estratégico no intentaba romper sus fuerzas sino su moral, doblegando a los de dentro por medio del hambre y la falta de esperanza. En este caso el gasto en hombres y pólvora era mucho menor, y al evitarse el ataque final la ciudad caía intacta, sin destrucciones ni saqueos, lo que era mucho más rentable para el vencedor. Pero el recurso al asedio estratégico alargaba la pugna de forma impredecible. Una apuesta peligrosa que en más de una ocasión se volvía

[45] Sébastien le Prestre de Vauban (1633-1707) fue el mejor arquitecto militar de Luis XIV y de su época..

La imagen muestra las obras de sitio que Don Ambrosio Spínola organizó a finales de 1624, inspirada en los planos del asedio que Jean Blaeu levantó en 1625.
En el centro destaca la formidable fortaleza de Breda, con sus cinco hornabeques extendiéndose como brazos en todas las direcciones. El río Merck pasa la ciudad de lado a lado, entrando por el sur ¾a la derecha¾ y saliendo por el norte -a la izquierda de la ilustración-.
Pero si las murallas de Breda eran grandes, mayores aún eran las obras de asedio que emprendió Ambrosio Spínola. Levantó dos cordones de cerco, el primero de contravalación, apuntando contra la ciudad. Su trazado era irregular, adaptándose a las menores ondulaciones del terreno. Incluso cuando éste era completamente llano, el diseño de las líneas de trincheras lo mordía con un dibujo de dientes de sierra para favorecer la defensa por sectores y el fuego cruzado, aplicando las mismas leyes de la escuela italiana que se aplicaban a los baluartes.
La línea de contravalación es perfectamente visible al oeste de Breda. Empezando junto al curso del Merck, al este de la población de Denhemert (A), rodea la villa hacia el sur, acercándose lo bastante a las cortinas como para instalar baterías de brecha (B), para cruzar luego el río por el otro lado de la ciudad completando el cerco hasta alcanzar el arranque del Canal Negro (C). Desde esta línea se hostigaba la plaza y se castigaba cualquier intento de salida. La labor de cerco se completaba con obras hidráulicas. No hay que olvidar que en el bando católico abundaban los valones, naturales de los Países Bajos y tan habituados al terreno y a trabajar con el agua como los propios holandeses.
Se cortó el flujo de la corriente del Merck con un primer dique (D) aguas abajo, formando un tremendo embalse que aislaba y encerrara a los de Breda por el norte (E). No consideró el general genovés que el agua fuera barrera suficiente para bloquear a los rebeldes, así que levantó un segundo dique cruzando de lado a lado todo el lago artificial, el llamado Dique Negro (F). Esta obra estaba fortificada y su cadena de blocaos cerraba por completo la contravalación de la ciudad, comunicando los dos extremos del cordón y protegiendo de camino la vulnerable espalda de los acuartelamientos de la orilla norte. No era ésta la única zona inundada, sino que en torno a la ciudad se formaron una docena de lagos artificiales que protegían las líneas de cerco.
El anillo de circunvalación era aún más amplio que el de contravalación. Vigilando el campo abierto, sus trincheras y baluartes *protegían a los atacantes* de los golpes de mano y envites del ejército de Mauricio de Nassau.
El cordón de circunvalación no sólo era más largo que el anterior, sino que en un momento dado, al tener que hacer frente a un enemigo más poderoso que la guarnición de la villa, tenía que ser más fuerte. Lo reforzaban más de treinta fuertes abastionados y estrellas, junnto a otras muchas defensas. Entre los dos cordones quedaban los reales y cuarteles de las fuerzas de asedio, protegidos tanto de los ataques de fuera como de los de dentro y asfixiando a los de Breda con su doble cadena. Una calzada corría por medio comunicándolos unos con otros, y a pie se tardaba cinco horas en recorrerla. Empezando por el dique del Merck (D) y yendo hacia el sur se podían encontrar los acuartelamientos del conde de Isemburg (G), y más allá, cruzado el río, los del propio Spínola, junto a la villa de Ginneken (H). El cordón rodeaba Breda por el sur y subía por el este hasta los reales del barón de Balaçon (I), los del conde de Anholt (J) y los del barón de Beauvois (K). El lado norte era el más peligroso, pues era el más cercano a los territorios bajo el dominio rebelde. Allí estaban acuartelados los italianos de Don Paolo Baglioni (L) y las fuerzas de Don Carlos Romá, junto al pueblo de Terheijden (M). Estos dos campamentos estaban especialmente bien defendidos, no sólo por trincheras, bastiones y estrellas, sino por los lagos artificiales que los rodeaban como una península. Aún así, algunos caminos quedaron sobre las aguas. No eran extrañas las inundaciones naturales en la zona y sus metódicos habitantes trazaban y mantenían las rutas importantes lo más a salvo posible de riadas y desbordamientos. Lo mismo le ocurre al curso de los ríos, que rodeados de diques, calzadas y filas de árboles siguen siendo reconocibles aunque a su alrededor las aguas se hayan salido de madre. De esa forma quedó por encima del nivel de la inundación un camino (N) que comunicaba la zona del dique y los cuarteles de los italianos con la puerta de Bois-le-Duc de la propia Breda. Ese sería el punto por el que los sitiados llevarían a cabo su más peligrosa salida.
Las obras de cerco continuaban al exterior de la línea de circunvalación con fuertes avanzados que ocupaban promontorios o servían para vigilar los caminos que llevaban a Breda.



contra el que la empleaba. De fallar los cálculos los sitiadores podían verse con más hambre y desesperación que los de dentro. No hay que olvidar que los defensores combatían desde el interior de una ciudad, con los almacenes llenos, buenos tejados sobre sus cabezas y con leña en las chimeneas para calentarse. Por el contrario, los de fuera se veían durmiendo en chozos y barracas, entre campos enfangados y en unos parajes desolados donde los vecinos, antes de encerrarse tras las murallas, habían tenido el cuidado de no dejar ni un bocado de pan. De no contar con los suministros adecuados el cerco podía llegar a ser el mismo infierno. Los veteranos recordaban el hambre de Ninoven de 1582, donde se comieron hasta al caballo del sargento mayor, y se encomendaban a la Virgen para no verse en lance parecido.

El gran maestro en el asedio estratégico había sido Alejandro Farnesio, que en 1585 rindió la formidable plaza de Amberes sin pegar un solo cañonazo contra sus muros. Ambrosio Spínola pretendía hacer lo mismo con Breda, y de inmediato ordenó a sus hombres que de manera apresurada y sin escatimar esfuerzo, comenzaran a cavar trincheras y a levantar una cerca tan apretada y densa que asfixiara a la villa como el lazo de una horca.

La obra a realizar era impresionante, no sólo por la escala sino también por el plazo de realización. Era indispensable para este cometido ser breves en la acción, pues si no se cerraban las líneas antes de que aparecieran las fuerzas de socorro de Mauricio el asedio podría desbaratarse y los rebeldes apuntarse una nueva victoria. Pero Spínola no pensaba darle tal oportunidad. Segismundo de Polonia, que visitó el asedio en septiembre, dijo que en aquel cerco habían empeñado fama y nombre tanto el estatúder como el general, uno en romperlo y otro en llevarlo al éxito. No tenía intención el genovés de perder su fama, así que conociendo a la tropa y sabiendo lo poco amiga que era de la labor de zapa, él mismo tomó la pala y en compañía de sus oficiales y maestres de campo llenó unos capazos de tierra, demostrando con el ejemplo que no había deshonra en cavar y mancharse las manos si era en servicio del rey.

En diecisiete días se terminaron las obras, tan extensas que a buen paso había que emplear cinco horas para recorrerlas al completo. Dos líneas concéntricas

que se adaptaban a las curvas del terreno, con trincheras, fosos dobles y treinta y dos fuertes bastionados dispuestos regularmente para controlar el perímetro. O los perímetros, pues las líneas eran dos, como dos habían sido las que César levantó para rendir Alesia. Una, al interior, era la llamada línea de contravalación, emplazada frente a las murallas de Breda. Alejada lo suficiente como para quedar fuera del alcance de la artillería pesada de la plaza, esta barrera bloqueaba a los defensores y los mantenía encerrados dentro de sus muros sin posibilidad de ofender a los sitiadores ni de ir a por suministros. Cualquier salida de los de dentro se toparía de cara con sus fosos y sus albarradas, donde el fuego cruzado de los mosquetes daría buena cuenta de ellos.

Por fuera, hacia campo abierto, corría un segundo cordón. Era la llamada línea de circunvalación, que protegía la espalda de la de contravalación. Se encaraba contra las fuerzas enemigas del exterior, evitando que pudieran entrar en contacto con los sitiados o mandarles socorro en forma de refuerzos o vituallas. Además, sus cercas de tierra protegían a las tropas de Spínola de los golpes de mano y encamisadas que pudiera disponer Mauricio de Nassau. Las dos barreras estaban bien guarnecidas y entre los blocaos y los fuertes de refuerzo se movían rondas y patrullas volantes que garantizaban la estanqueidad del cerco.

En medio, a cubierto entre los dos anillos, se colocaban los reales o cuarteles de los principales maestres de campo, que rodeaban la plaza por todos sus costados. El cuartel general de Spínola se puso río arriba, por el lado de Ginneken, aunque al genovés se le podría encontrar mejor en cualquier otra parte, pues durante el cerco no paró de ir y venir, de revisar posiciones y de controlar el estado de sus tropas, durmiendo en barracas o en su coche de caballos. Una labor excelente que dio sus frutos, pues mucho ayudó a mantener la moral de la tropa, sin que flaqueara a pesar de las muchas penalidades de aquel invierno, que fue frío como pocos. Ver a su general en jefe, y verlo activo y al mando disponiendo con brío y en primera línea, era un tónico excelente a la hora de mantener el espíritu de lucha, y muy necesario cuando escaseaban los víveres o se rumoreaba sobre la proximidad de un asalto de las tropas del estatúder.

Muy buen ingeniero era Ambrosio Spínola y muchos años llevaba en Flandes como para no haber aprendido de los lugareños a emplear a su favor ríos y canales. En muchas ocasiones los tercios se habían visto con el agua al cuello,

y no de forma metafórica, al abrir los diques a su paso los rebeldes inundando campos y cortando los caminos. Pero en esta ocasión le tocaba al genovés emplear el agua como arma de guerra y a los holandeses sufrirla. Se cavó un canal río arriba, que mandaba las aguas del Merkc fuera de su cauce contra las murallas, mientras que al otro lado de la plaza, río abajo, se levantaron dos diques. Uno refrenaba el curso cerca de Terheijden, volviendo las aguas contra Breda hasta formar un lago que rodeó todo el costado norte de la villa. Ese lago se atravesó de norte a sur con un segundo dique, el llamado Dique Negro, que lo cerraba y servía de atajo para ir desde los reales del barón de Balaçon y del conde de Anholt a los cuarteles de los italianos de don Paolo Baglioni y los de don Carlos Romá. Estos dos acuartelamientos se encontraban en terrenos más elevados y se vieron guardados por el agua como en una península. Mucho había que proteger ese punto, pues aquel era el lado más peligroso de la cerca, como se vería después, y el más próximo a las tierras bajo control holandés.

Terminadas las obras de asedio, sólo cabía tenerse firme y esperar a que el enemigo se desplomara. Por paradojas de la guerra, en el cerco estratégico el sitiador tomaba el papel del sitiado. Detrás de sus cordones de trincheras los soldados españoles y de las otras naciones se veían soportando no un sitio, sino dos, pues tenían que aguantar los golpes y salidas de los de dentro lo mismo que los más que posibles ataques de las fuerzas de socorro que estaban fuera.

✠

Cerró el invierno y los peores enemigos de los tercios fueron el frío y el hambre. Los espías informaban de la proximidad de las tropas de Mauricio, como bien podían comprobar los forajeadores y los que salían a garbear, que no encontraban más que despoblados y tierras arrasadas y a lo mejor una partida de reiters actuado a la descubierta, prestos a gastar pólvora y tirar de acero contra los soldados desperdigados. Se decía que el estatúder venía en socorro y que pretendía hacerse con la villa de Oosterhout, a diez kilómetros al norte de la plaza asediada. Se adelantó Spínola, que mandó 1.000 infantes y 500 caballos del barón de Beauvois con orden de hacerse fuertes allí y fortificarla si era preciso. La presencia del enemigo se hizo más latente y Spínola llegó a preparar la batalla. Tomó las mejores posiciones posibles sobre un cerro que vigilaba el camino entre Terheijden y Teteringen y mantuvo sus fuerzas en alerta durante dos días hasta que tuvo noticias ciertas de la situación del ejército de Mauricio.

Pero la Historia no iba a conocer la batalla en Breda. El de Orange, astuto, había amagado tan sólo, pues su verdadera intención era ir al sur y caer de improviso sobre la misma Amberes. No era aquella presa fácil, así que se había emboscado, y esperando una mañana de niebla espesa se había presentado ante sus puertas no con las fajas azules, blancas y rojas de los Estados, sino con la bandera de la cruz de San Andrés y la banda roja al hombro. El plan era engañar a la guarnición, que entre lo oscuro del día y el tremolar de aspas tomaría a los holandeses como gente de los suyos, dejando las puertas abiertas y no saliendo de su error hasta perderse.

El plan era arriesgado pero ingenioso, y de haberse logrado el éxito habría sido completo, pues no sólo se habría ganado Amberes, que no era poca presa, sino que amenazado por el sur y con el camino de Bruselas cortado Spínola habría tenido que levantar el cerco de Breda. Pero no fue así, y muy atentos anduvieron aquella mañana los centinelas, que descubrieron el engaño a tiempo y dieron por tierra con los planes del estatúder cerrando la villa a cal y canto y aprestándose a rechazar cualquier asalto. No se atrevió Mauricio a plantar un asedio formal y se retiró, lo que era de lo más sensato con las tropas de Spínola a su espalda.

El ya viejo Mauricio fracasó ante Amberes y también ante Breda, que siguió cercada y viendo cómo se desvanecía un socorro que ya tenían casi como cierto. Una desgracia que minó definitivamente las fuerzas del estatúder.

Mauricio de Nassau, príncipe de Orange, vencedor de las Dunas de Nieuport y el más enconado enemigo de España, murió el 23 de abril de 1625, se dice que de pena por no poder salvar a su querida Breda.

✠

Mal golpe fue aquél para los sitiados, que veían como después de ocho meses y un invierno el cerco se mantenía firme y sin brechas. La peste y el escorbuto habían atravesado sus murallas y ya comenzaban a diezmar a la guarnición. Breda se iba a perder, y tan sólo un golpe decidido iba a poder cambiar aquello.

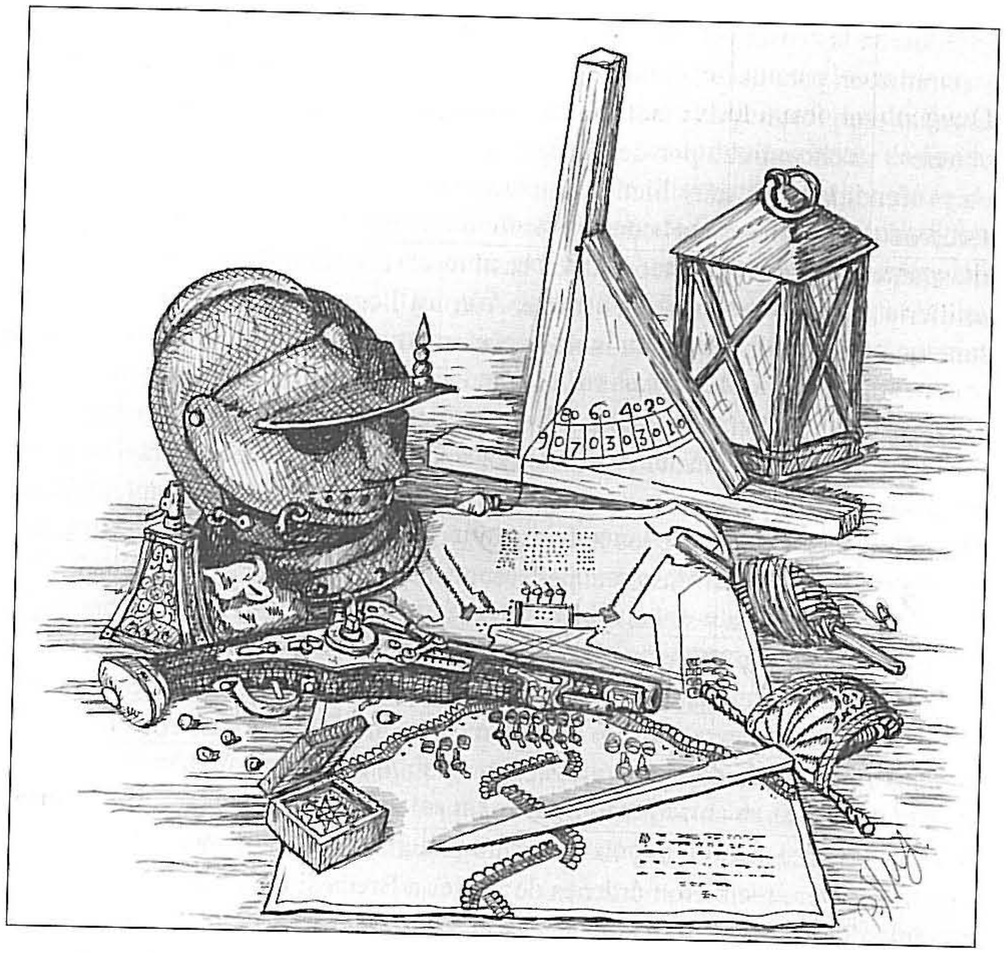
No tardó en actuar el sucesor de Mauricio, su hermano Federico Enrique de Nassau, que llegó con sus fuerzas de socorro hasta acampar en Dungen, a unos

pocos kilómetros al sur de Oosterhout. Los mil infantes que guarnecían esta villa se vieron con el enemigo en dos frentes, pues a un lado tenían a los de Dungen y al otro a los de S. Geertruydenberg, donde se decía que se apostaba el famoso Ernesto de Mansfeld.

Por su parte, desde el interior de las murallas de Breda Justino de Nassau se disponía a romper el cerco. Se planeó un ambicioso asalto y el mando de la operación recayó en el mercenario inglés Francis Vere, viejo conocido de España pues era veterano de las Dunas —por el lado enemigo, se entiende— y del cerco de Ostende. Se escogió para el ataque el punto más vulnerable del doble cordón de los sitiadores, en la parte baja del río Merkc por el lado de Terheijden, donde se acuartelaban las tropas de don Paolo Baglioni y el sargento mayor Carlos Romá. Desde la última de sus trincheras hasta la frontera de los Estados apenas había un tiro de mosquete, por lo que las fuerzas de socorro se encontraban peligrosamente cerca.

Un recio temporal caía sobre el norte de Brabante durante la noche del 15 de mayo. Una ocasión perfecta para realizar una enérgica salida pues el ruido de cañoneo quedaría tapado por los truenos sin llegar a alertar a las demás guarniciones que cercaban la villa. Sin luces y en absoluto silencio dejaron la ciudad más de seis mil combatientes, con una vanguardia de mosqueteros ingleses acompañados por doscientos coseletes. A retaguardia se llevaba la artillería y la caballería vigilaba los flancos. No les iba a ser fácil el avance, pues el dique que los sitiadores habían levantado en el Merkc amasaba sobre aquella zona una gran cantidad de agua. Pero aún quedaba un camino que las obras españolas no habían logrado inundar. Con agua por los dos costados salía desde la puerta del castillo hasta alcanzar el extremo del Dique Negro. Los ingleses de la vanguardia llegaron hasta las primeras rondas de vigilancia y las aplastaron con su superioridad numérica, aunque no lograron evitar que dieran la alarma.

Las posiciones de los italianos que guardaban la línea por aquel lado fueron asaltadas por un enemigo numeroso que empleaba con abundancia una nueva arma: las granadas. Aunque se conocían desde la Edad Media, las granadas tan sólo se habían usado hasta entonces para la defensa de fortalezas. Pero en el siglo XVII, entre las filas de la infantería comenzaron a aparecer los granaderos, que lanzaban sus granadas con efectos letales en el ataque en campo abierto o, mejor aún, contra enemigos parapetados en trincheras.



Varios de los útiles propios de ingenieros y zapadores están colocados sobre un plano donde se muestra el avance de una trinchera de aproche y la colocación de las baterías de brecha.

Sobre el papel se puede ver el rollo de cordel necesario para tomar medidas y la escuadra graduada con la que se mesuraban los ángulos de tiro y se podían calcular las distancias hasta las defensas enemigas. El farol servía para alumbrarse en la oscuridad de las minas y con la brújula se marcaba su rumbo, pues bajo tierra no había puntos de referencia para orientarse. El temor de los mineros a dar de cara con una contramina de los defensores estaba siempre presente, por lo que había que cavar bien armados. En el interior de las minas se peleaba con dagas y pistolas de rueda.

El curioso casco es un saboyano, que los alemanes llamaban totenkopf. Este tipo de cascos era empleado por los ingenieros, que en muchas ocasiones se tenían que asomar sobre las fajinas y los cestones para calcular y tomar medidas del avance de las obras, quedando expuestos a los tiros de los defensores. El nombre de saboyano le vino por el fallido asedio de Génova de 1625, donde muchas de estas piezas fueron abandonadas en su retirada por los asaltantes al servicio del duque de Saboya. En alemán totenkopf significa calavera, en alusión del siniestro aspecto de la celada de este tipo de cascos.

Mal fueron las cosas para los napolitanos de Baglioni, que se vieron superados y se retiraron para hacerse fuerte en una de las estrellas de su campamento. Las estrellas eran fortines de media talla provistos de cinco baluartes. Este fortín en concreto se encontraba por detrás de la primera línea, ofreciendo una defensa en profundidad que muy bien vino para cortar el avance de los sitiados. No tardaron los ingleses en comprobar los efectos del fuego cruzado de la mosquetería desde los flancos de sus bastiones, reforzado por la única pieza de artillería con la que contaba el fuerte. Aún así llegaron a trepar por la media luna que protegía la entrada e incluso clavaron en ella su bandera.

Mal se tornó también la situación por el lado del dique de Zevenvergen, donde el asalto había sido igualmente vigoroso. Los italianos que guardaban aquel costado abandonaron sus posiciones poniendo en peligro la campaña al completo, pues por allí se iba al campo de los holandeses, con la villa fortificada de Klundert a unos pocos kilómetros. Viendo el peligro, el propio sargento mayor Carlos Romá tomó espada y rodela y se fue con los suyos a tapar la brecha, cerrando contra los ingleses en mitad de la tormenta por lo más estrecho del dique. La luz era poca y el lugar angosto para tantos hombres y propio para una mala caída, pero aún así se hizo abundante uso del acero y entre mosquetazos y estocadas se peleó hasta frustrar el asalto y recuperar las posiciones perdidas.

Ya con las luces del alba y la tormenta amainando, los hombres del coronel Francis de Vere recibieron órdenes de volver a Breda sin haber logrado quebrar el cerco. Regresaban muy deshechos, abandonando por el camino varios carros de muertos y heridos. Tampoco le había ido bien la cosa a los italianos de Baglioni, que aunque aguantaron en su estrella hasta recibir refuerzos y desbaratar la salida perdieron más de 400 de los suyos, con tres capitanes y cuatro alféreces.

Mientras los de Breda habían atacado como leones, poco habían hecho las fuerzas de Federico Enrique en aquella jornada, quien no se atrevía a entablar batalla con el grueso del ejército de Spínola. Preocupado por la situación, mandó a uno de sus espías para que burlase el bloqueo y llevase unas cartas al interior de la villa cercada. Pero el espía resultó ser un agente doble que nada más salir del campamento rebelde en Dungen se fue directo al real de Ambrosio Spínola. Las cartas fueron descifradas y así pudo saber el general genovés lo muy angustiado que estaba el estatúder por la seguridad de la plaza, pues no sabía cuánto tiempo más podría aguantar.

Esperaba Federico que le respondieran los de dentro en la siguiente noche encendiendo una luz tantas veces como días para los que aún tuviesen víveres. El estado mayor de Spínola falsificó la respuesta, y sin que los de Breda supieran nada se prendió una lámpara en una de las torres cercanas, de forma que en la oscuridad de la noche fuera imposible distinguir si la luz venía de Breda o de las vanguardias españolas. Los agentes de Spínola, bien instruidos, taparon y destaparon el farol en once ocasiones, engañando a los espías del estatúder, que regresaron a Dungen con las tristes nuevas de que a los defensores sólo les quedaban provisiones para once días. Las peores noticias para Federico Enrique, que contaba con que Breda aguantara aún varios meses. Dando la causa por perdida, las fuerzas del estatúder se retiraron tras meter fuego a sus acuartelamientos de Dungen la noche del 27 de mayo.

No perdió la ocasión Spínola, que aprovechó para mandar recado a Justino de Nassau ofreciéndole una rendición honrosa. Sobre el tema de las capitulaciones había una amplia reglamentación, que normalmente se cumplía a rajatabla por ambas partes. Bien necesario era esto, pues el momento en que el defensor cedía y el sitiador pasaba a ocupar la plaza era de gran peligro, propio para que los nervios y la tensión aflojaran el acero y se terminase en una refriega de lo más sangrienta. Por eso, el sentido común y la experiencia de miles de asedios había llegado a formalizar hasta los más mínimos aspectos de la rendición para evitar roces y riesgos innecesarios tanto a unos como a otros.

En general se aceptaba que un comandante tenía la obligación militar y el deber de caballero de aguantar un cerco y mantener su bandera en alto mientras hubiese una sensata posibilidad de resistencia o se esperase el oportuno socorro. Si esto no era factible y la esperanza estaba perdida no había deshonor en pactar una capitulación digna que ahorrase vidas y sufrimientos y que salvase para el perdedor el máximo de hombres y pertrechos. Empecinarse en lo contrario y mantener una defensa numantina no se consideraba valor, sino desmesura, y las leyes de la guerra lo castigaban severamente. El límite de lo razonable se sobrepasaba una vez que los sitiadores hubiesen hecho brecha en las murallas. Si la plaza no se rendía de inmediato y se forzaba al asalto con el consiguiente derramamiento de sangre, no habría perdón para la guarnición. Todos los combatientes serían pasados a cuchillo, mientras que la ciudad sería saqueada y victima de todo tipo de desmanes. Aquello se tenía por justo, pues así se escarmentaba a los fanáticos y demás obstinados de su honra, que por no saber ceder condenaban a un bando y al otro a mayores muertes y padecimientos.

La tropa era amiga de asaltos y saqueos, pues nada sentaba mejor después de un largo y penoso asedio —y el de Breda llevaba ya nueve meses— que meterse espada en mano por una próspera villa holandesa abriendo los arcones y arrancando su oro a los burgueses y su honra a las burguesas. Los más viejos habían oído hablar de las campañas del duque de Alba, en tiempos del rey Felipe II, cuando los tercios se ganaron su terrible fama en los salvajes asaltos de Naardem, Zutphen o Haarlem. Una política desastrosa aquella, que si a corto plazo aterrorizó a los rebeldes por su violencia y ayudó a que se rindieran sin lucha no pocas plazas enemigas, a la larga sembró entre los holandeses un odio despiadado contra los españoles que hizo imposible toda negociación, reforzando su voluntad del combatir y el convencimiento de que Dios estaba con ellos y con la causa de la religión protestante.

El alto mando era consciente de ello y desde los tiempos de Alejandro Farnesio se intentaban evitar las depredaciones innecesarias y la destrucción de riqueza. Más valía una villa rebelde intacta que diez reducidas a cenizas. Esa era una de las razones por la que los generales preferían el asedio estratégico al táctico. Por esta vez la sufrida infantería se iba a quedar sin su presa. Justino aceptó las condiciones y Breda se rindió el 3 de junio de 1625.

La capitulación fue generosa. Se concedía el perdón general de los burgueses mientras que de daba permiso a la guarnición para que abandonara la plaza. El cómo salía la tropa de la villa era algo que se estipulaba hasta el último detalle, y según se hiciera de una forma u otra se podía tener razón del equilibrio de fuerzas entre los de dentro y los de fuera al final de la lucha. Según los usos de la guerra se podía salir con armas o sin ellas, con las cajas batientes o con cajas destempladas, con o sin bagajes. Incluso para agradecer el ahorro de pólvora se podía dejar que los vencidos se llevaran uno o dos cañones. Los de Breda tuvieron una rendición de lo más honrosa. El 5 de junio Justino de Nassau salía por la puerta de Bois-le-Duc a caballo y al frente de los 3.240 hombres que le quedaban. Iban con todas sus armas, las cuerdas de los mosquetes encendidas y hasta con balas en la boca, las cajas templadas y las banderas tendidas, llevándose con ellos su hacienda y sus familias en carros y barcas. Incluso se les dejó conservar dos cañones, dos morteros y todos los muebles que habían sido propiedad del difunto Mauricio de Nassau. Dejaban dentro cuarenta y cuatro piezas de artillería, con más de 800 barriles de pólvora y 9.000 balas de cañón[46].

[46] Lo que no tiene nada de extraño, pues los sitiadores nunca se pusieron a tiro de la plaza, manteniendo el cerco desde lejos.

Las órdenes eran estrictas y ninguno de los soldados españoles ni de las demás naciones podía burlarse de los que salían, que parecían príncipes comparados con los andrajosos sitiadores. Bien alojados, vestidos y alimentados habían estado siempre los sitiados, mientras que los de fuera habían tenido que pasar lo suyo durmiendo en barracas y soportando heladas y aguaceros. El propio Spínola, con sus mejores galas y luciendo una hermosa armadura, fue con sus maestres de campo a verlos pasar. Al llegar hasta él Justino de Nassau los dos generales descabalgaron y se saludaron afablemente, momento que tiempo después Diego de Velázquez escogería para inmortalizar el asedio y rendición de la plaza de Breda.

✠

Poco después llegaba a la recién conquistada villa la archiduquesa Isabel Clara Eugenia, que fue muy bien recibida por la tropa no sólo por ser gobernadora de los Países Bajos, sino por traer una paga para los soldados, que después de aquel asedio se encontraban muy necesitados de paños y ropas nuevas, de llenar la barriga y de buscar compañía de faldas mientras sonaban los dados sobre la piel del tambor.

El conde-duque de Olivares definió a 1625 como *annus miravilis*. Dios era español, se decía. Y no parecían muy errados los que afirmaban aquello, pues en aquel año formidable de 1625 los holandeses perdían Breda y eran expulsados de Bahía, en Brasil, por las tropas de Don Fadrique de Toledo. Liberadas de las tareas del cerco, las fuerzas de Spínola se adentraban en Alemania y completaban el bloqueo del Rin, el Ems y el Lippe, aislando a los protestantes tudescos de Holanda y cortando el comercio fluvial. Y aún más, pues fue entonces cuando una poderosa tormenta destruyó y dispersó la flota anglo-holandesa que controlaba y bloqueaba los puertos de los Países Bajos Leales, por lo que una vez pasado el temporal los corsarios flamencos y españoles pudieron salir a la caza de naves mercantes y arenqueros con total impunidad para mayor mal de las Provincias Rebeldes.

Por su parte, los ingleses sufrían un terrible descalabro al intentar asaltar de nuevo Cádiz. El plan era hacerse con la plata de la flota de Indias[47] que debía de arribar por entonces. Para ello se reunió una escuadra anglo-holandesa de

[47] Los galeones de la flota de Indias eran una auténtica obsesión para ingleses y holandeses, que se los figuraban cargados de lingotes de oro y plata hasta los imbornales.

112 naves y doce mil hombres bajo el mando de Sir Edwar Cecil. Pero detectados a su paso por Lisboa, los atacantes encontraron una resistencia feroz y una plaza de Cádiz mucho mejor fortificada y defendida que en ocasiones anteriores. El desembarco resultó un completo desastre y los aliados ingleses y holandeses tuvieron que regresar a sus bases tras dejar en las playas la mitad de sus hombres y un tercio de sus barcos.

Tampoco le habían ido mejor las cosas a los franceses. Su pugna por la Valtellina no parecía tener solución, y peor aún les fue cuando uniendo sus tropas con las del duque de Saboya atacaron a la república de Génova, aliado fiel de España. En su socorro fueron los tercios de Don Gonzalo Fernández de Córdoba, que invadieron Saboya mientras que la flota del marqués de Santa Cruz levantaba el cerco sobre Génova.

Un año realmente extraordinario para las armas españolas. Bien lo habrían de recordar una década después los cuadros del Salón de Reinos en el palacio del Buen Retiro. De los doce lienzos que decoraban sus paredes, todos ejemplo de la propaganda militar de la Corona española, cinco hacían referencia a hechos de armas de 1625: *La Defensa de Cádiz,* por Zurbarán; *La Recuperación de San Juan de Puerto Rico*, por Caxés; *El Socorro de Génova*, por Pereda; *La Recuperación de Bahía de Brasil*, por Maino, y, como no, *La Rendición de Breda* de Velázquez.

La fase holandesa de la Guerra de los Treinta Años llegaba a su fin y la victoria del bando católico parecía de nuevo incuestionable. Pero aún quedaban muchos años de batallas y el bando protestante aún no había empleado una de sus más poderosas bazas: los escandinavos.

✠

CAPÍTULO V

LA GUERRA DE MANTUA Y LA PEQUEÑA FASE DANESA

Tras la toma de Breda y las victorias imperiales en Alemania la causa protestante en la Guerra de los Treinta Años parecía condenada al fracaso. Incluso la Francia del cardenal Richelieu, gran valedora en la sombra de cualquier enemigo de la Casa de Habsburgo desde las Siete Provincias al Gran Turco, tuvo que buscar la paz con España. La revuelta de los hugonotes sacudía los cimientos del reino desde dentro y al cardenal no le quedaba más opción que concentrar las fuerzas que le quedaban en su agitada política interior.

El asedio a los rebeldes hugonotes[48] de la Rochelle ofreció una de las más curiosas paradojas de la época. Como ya se ha dicho, la rebelión interna era un gravísimo problema para Francia, que se veía con las manos atadas e incapaz de realizar ninguna campaña militar seria contra sus enemigos exteriores y en concreto contra España. El astuto Richelieu hizo de sus males virtud y envió a sus embajadores a Monzón, donde el rey se reunía con las cortes valencianas, para ofrecer un tratado de amistad que incluía su retirada de la Valtellina.

[48] El término *hugonote* hace referencia a los protestantes franceses.

Incluso proponía una fantástica invasión conjunta de Inglaterra retomando los fallidos planes de la Gran Armada. Recordaba el cardenal cómo Francia se encontraba en ese momento en medio de una lucha titánica por la defensa de la Santa Iglesia Católica combatiendo a los protestantes rebeldes. El caso es que tan bien supo mover los hilos Su Eminencia, que no sólo logró la tan deseada paz con Felipe IV, sino que también consiguió que la flota española se uniera a la francesa para reforzar el bloqueo por mar de la plaza fuerte de la Rochelle. Ocasión que no desaprovecharon los muy bien informados holandeses, que mientras los barcos del rey remontaban el golfo de Gascuña para ayudar al rey de Francia cayeron sobre la desprotegida flota de Indias y tuvieron el gusto de hacerse con toda su plata.

Este punto muestra claramente la muy diferente forma de entender los asuntos de estado de Olivares y Richelieu. Para el francés la línea que separaba política y religión estaba perfectamente trazada, es más, era alta como las murallas de Babilonia. El ser cardenal de la Iglesia no le había impedido apoyar con hombres y dineros a los calvinistas de Holanda o de los Grisones, con tal de que siguieran sus intereses y mermaran el poder militar de España. Lo había hecho y pensaba seguir haciéndolo, pues así se lo exigía la *raison d'etat*, la razón de estado. Por el contrario, el gobierno de Olivares carecía de esta moderna visión de la política y dejaba a un lado el interés particular de España en favor de una caduca visión imperial de los asuntos de gobierno. Presumiendo de un concepto más elevado de la política, ponía por delante la reputación y la defensa de la Iglesia que el beneficio nacional. De ese modo se enviaron los barcos a la Rochelle y se socorrió al enemigo, cuando lo que en verdad le habría convenido al reino era que la rebelión de los hugonotes no hubiera terminado hasta las calendas griegas, o mejor aún, que se hubiera extendido por media Francia hasta achicharrar al dichoso cardenal dentro del Louvre.

En la época se alegó que el honor y la razón exigían unir la espada con los católicos de Francia contra los herejes. Pero la caballerosidad y la altura de miras son virtudes aplicadas a nivel particular, cuando es uno mismo quien ha de sufrir sus consecuencias y apechuga con los males que acarrean tan elevados ideales. Pero para quien tiene en sus manos la responsabilidad de un reino —y eso bien lo sabía Richelieu— tal práctica es desmesura, y muchos son los inocentes que han de padecer por el empeño del gobernante de hacer honor a su palabra. Así les pasó a los de la flota de Indias, cañoneados a su gusto por los holandeses.

Felipe IV cazador, por Diego Velázquez.

En aquel año de 1628 el tesoro de la flota de Indias terminó en Amsterdam y sirvió para equipar al ejército y la flota rebeldes y de camino para levantar sus ánimos. Desde la muerte del estatúder Mauricio los holandeses no habían parado de encajar golpes. La toma de Breda, el fracaso en Brasil y en Cádiz, el bloqueo del comercio fluvial y la labor de corso no habían hecho más que mermar la moral y los recursos de las Siete Provincias. Así que para los holandeses aquel baño de plata americana, con el regusto de haber sido tomado al enemigo, supuso un respiro y el recordatorio de que Dios no estaba del lado

de los papistas, sino del de los defensores del Evangelio y la Religión Reformada. Las negociaciones en posición de fuerza que llevaba la archiduquesa quedaron en nada, y con nuevos bríos los rebeldes optaron por continuar con la lucha. Y sobre todo entonces, pues sabían que la Corona española rara vez tenía recursos como para enfrentarse a dos enemigos a la vez y que no podría emprender ninguna acción militar seria contra los Estados hasta que no terminase la guerra de Mantua.

✠

En 1627 moría sin hijos Vincenzo II, duque de Mantua, y se iniciaba la contienda por su sucesión. El ducado de Mantua era de una gran importancia para la Corona, pues al incluir el Monferrato flanqueaba la Lombardía española por sus dos costados y cortaba el curso del Po tanto río arriba como río abajo.

De todos los posibles candidatos para heredar el título, el que menos convenía al Rey Católico era Carlos Gonzaga, duque de Nevers. Y justamente fue éste quién se plantó en Mantua y se hizo con el gobierno. Para Olivares, que el de Nevers gobernase Mantua era lo mismo que regalarle el ducado a Richelieu, y no estaba dispuesto a ver en manos francesas un territorio tan sensible a sus intereses. Como era habitual en él, optó por la mano dura, y sin esperar a que se resolvieran los muchos pleitos por la herencia hizo salir de sus cuarteles a los tercios del Milanesado, mandados por Don Gonzalo Fernández de Córdoba. Los planes contra Holanda tuvieron que esperar. Por esta vez el belicoso Carlos Manuel de Saboya se puso del lado español, pues ya tenía bastantes franceses al norte de sus estados como para tenerlos también al sur.

El conde-duque se figuraba una campaña fulgurante y una guerra corta. El primer objetivo era la plaza fuerte de Casale, en el Monferrato. Ésta se tenía por la fortaleza más poderosa del norte de Italia, que no sólo controlaba el curso alto del Po sino también las rutas entre Francia e Italia y las que comunicaban Milán con Génova. Conquistar una pieza tan importante, y más con su fama de inexpugnable, sería una excelente baza para la propaganda española. Y no sólo había que conquistar la plaza, sino hacerlo rápido, pues era conveniente tomarla y acabar la guerra antes de que Richelieu saliese del pantano en que estaba metido con el interminable cerco de la Rochelle.[49]

[49] Lo que hace aún más difícil de comprender cómo acto seguido Olivares mandó su flota de guerra a aligerar el asedio de la Rochelle, cuando su interés y el del reino estaba en que el sitio se alargara cuanto más mejor.

Paso de Stelvio

Gonzalo de Córdoba contaba con 8.000 hombres, y según los informes de los espías en la villa no había más de doscientos defensores, por lo que las posibilidades de un asalto con éxito eran muchas. Pero no fue así. Las fortificaciones eran en verdad excelentes y la plaza aguantó el ataque español sin ceder ni capitular. Por el contrario, la que se vino abajo fue la defensa de la Rochelle, que se rindió ante las tropas del rey de Francia en octubre de 1628. La diplomacia española felicitó al cardenal Richelieu por su victoria sobre los herejes hugonotes mientras Su Eminencia, una vez libre del asedio y terminada la disidencia interna, se olvidaba de todo lo escrito en Monzón y mandaba a sus tropas contra Italia encabezadas por el propio rey Luis XIII. Las nieves de febrero no impidieron que los galos se abrieran camino por el paso alpino de Montsenís e invadieran Saboya, plantando sus banderas y todas las galas del ejército real frente a las murallas de Susa.

Cuentan que un oficial francés se adelantó, y llamando a la puerta de la fortaleza tuvo el temple de solicitar alojamiento en la guarnición para el rey de

Francia. Los de dentro rechazaron la petición con ironía, no porque se negaran a atender a tan ilustre huésped, sino por que no podían dar el adecuado cobijo a tantos que lo acompañaban. Visto lo cual se ordenó el asalto y la plaza fue conquistada en breve. No tenía Gonzalo de Córdoba fuerzas bastantes como para enfrentarse a tal ejército y se retiró en buen orden hacia Milán, mientras el duque de Saboya se apresuraba a congraciarse con Luis XIII, ahora su "huésped" en la plaza fuerte de Susa. Cuando el monarca regresó al otro lado de los Alpes tuvo el cuidado de dejar una guarnición francesa en Casale para garantizar los derechos del duque de Nevers sobre Mantua y el Monferrato.

La corte de Madrid no pensaba tolerar una ofensa como aquella. Los planes sobre Holanda se dejaron de lado para reunir una fuerza que aplastase a los franceses de Casale. Y esa fuerza se puso al mando del mayor experto en la conquista de plazas fuertes que por entonces había en Europa: Ambrosio Spínola.

Desde su brillante campaña en Breda en 1625 el general genovés había sido tratado con desdén y no poco recelo por parte del gobierno de Olivares. Es cierto que se le había concedido el título de Grande de España y que el propio rey había puesto sobre sus hombros el collar del Toisón de Oro. Pero también

Las tres figuras representan hombres del ejército sueco de los tiempos de Gustavo Adolfo y posteriores. El del centro es un oficial, cuya indumentaria ha sido tomada de la galería de retratos del castillo de Skokloster. Su aspecto no es muy diferente del de otros oficiales de la guerra de los Treinta Años, con sus altas botas de montar y su coleto de cuero cerrado con lazos azules sobre el que asoma el elegante cuello a la valona de su camisa. La funda de su espada Pappenheimer cuelga de un tahalí que le cruza el pecho. A la izquierda un soldado de caballería finés sostiene una manzana. Las gentes de Finlandia servían en el ejército sueco como auxiliares desde tiempos muy antiguos. Es un jinete sin armadura, que viste un brillante jubón rojo y lleva una ramita verde en el sombrero, signo de su pertenencia al ejército sueco. Los fineses tenían una fuerte influencia de la Europa Oriental, sobre todo de Polonia y Lituania, como se aprecia en su sable curvado. Como casi todos los combatientes de caballería de la época se equipa también con pistolas, cuya llave de montar le cuelga del cinturón. La tercera figura, a la derecha, es un mosquetero de uno de los regimientos. Su indumentaria no es muy diferente de la ropa civil sueca, donde abundaban el azul y el gris. Se arma con un mosquete de sílex, concretamente de llave escandinava. Este tipo de armas eran muy avanzadas frente a los mosquetes de mecha habituales entre los católicos. Pero las ventajas de las llaves de sílex se notaban más en la comodidad del tirador que en la propia efectividad del tiro. Sin viento ni lluvia de por medio un mosquetero equipado con llave escandinava sacaría muy poca ventaja a un veterano que emplease el tradicional mosquete de mecha.
La bandera del fondo pertenece a una unidad de mercenarios germanos de la zona de Frankfurt mandada por von Houwald. Azul y blanca, el cantón amarillo luce, según las compañías, una de las letras que forman la frase *GUSTAVUS ADOLFUS REX SUECORUM.*

le habían exigido entregar su fortuna personal para avalar los gastos de la Corona en las guerras de Flandes,[50] e incluso había tenido que aguantar no pocos desplantes por parte del privado, que incluso llegó a echar sobre él las culpas por la pérdida de la plaza de Groll.

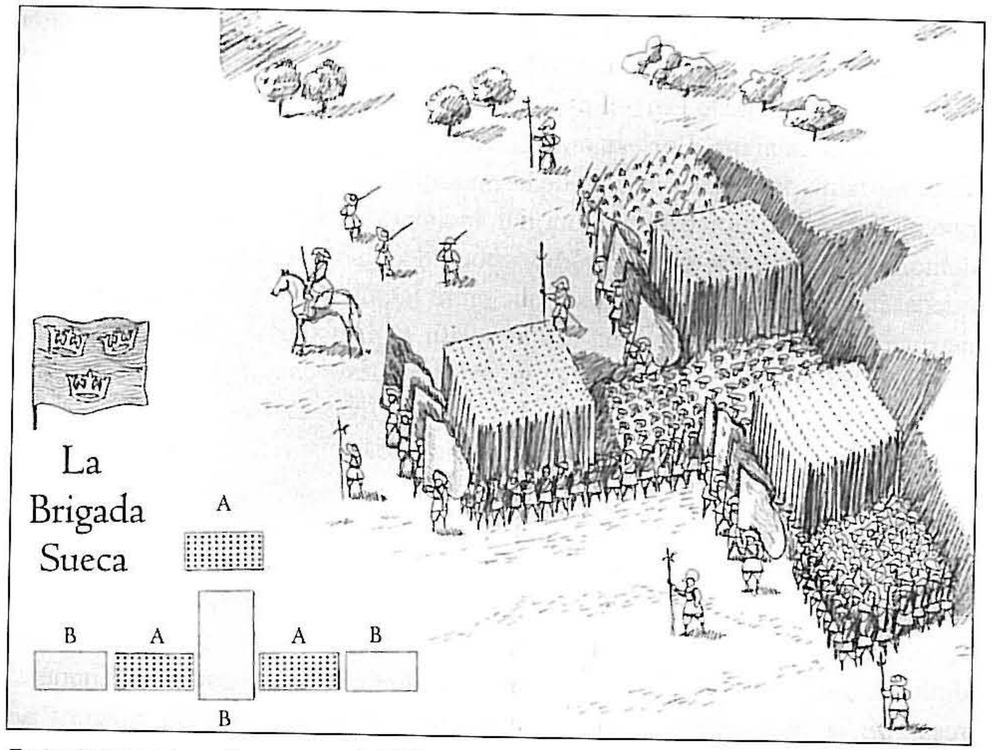
Pero cuando la Corona volvió a solicitar sus servicios el ya viejo general se embarcó para tomar el mando de las fuerzas de Italia, atracando en Génova en septiembre de 1629. Mientras Spínola llegaba desde España, por el paso de la Valtellina bajaban los soldados imperiales que —por esta vez— acudían en ayuda del Rey Católico. No se alegraban los italianos al verlos llegar, pues aquellos mercenarios alemanes, muchos de ellos luteranos, les recordaban a los que tanto mal habían traído a la península en 1527 hasta llevar la destrucción y el fuego a la propia Roma. Y no se iban a tranquilizar los ánimos cuando corrió la noticia de que los imperiales habían caído sobre Mantua para saquearla durante tres días.

El segundo cerco de Casale fue mucho más de temer que el primero. No sólo por que ante sus murallas se reunieron 18.000 infantes y 6.000 jinetes, sino porque al frente de esa tropa estaba un general tan metódico y tenaz como Ambrosio Spínola.

En verdad, el objetivo a batir era difícil. Casale contaba con unas impresionantes defensas levantadas en 1598. La villa ocupaba una curva del Po, que la cerraba por el sur dejando algunos grandes islotes enfrente. Al noreste, apuntando hacia Milán y controlando el curso del río, se encontraba el viejo castillo de los Paleólogos, reforzado con baluartes. Al noroeste destacaba la enorme mole de la ciudadela, una obra enorme, regular y maciza, que dibujaba sobre la llanura un hexágono perfecto, con sus seis caras gemelas entre las seis puntas de flecha de sus baluartes.

Idéntica por todos sus costados y por ello sin puntos débiles, la ciudadela de Casale era un ejemplo de los principios más depurados y efectivos de la arquitectura militar de la escuela italiana. Pero no le faltaban elementos tomados de la escuela holandesa, pues además de con sus medias lunas contaba con dobles fosos, separados por una falsabraga y al exterior la rodeaba un glacis con su camino cubierto que cercaba la plaza al completo.

[50] Fortuna que el general genovés nunca recuperaría.



En la obra *Theatrum Europaeum*, de 1633, aparece una representación de la brigada sueca de la que ha sido tomada esta imagen. En el ejército sueco las brigadas no eran unidades fijas, como le ocurría a los regimientos, sino que se formaban como unidad de combate solamente. El número de regimientos que la formaban dependía de sus contingentes, y si una unidad era especialmente potente podía formar ella sola su propia brigada. En esta imagen se pueden contar doce banderas, por lo que en teoría la formarían doce compañías, aunque por los convencionalismos del grabado antiguo no son un dato muy de fiar. Por supuesto, esta brigada de tres escuadrones está representada de forma simbólica y sobre el terreno real ocuparía una mayor superficie.
En el ejército sueco tan sólo combatían piqueros y mosqueteros. Para formar esta brigada de tres escuadrones los piqueros se unirían en tres cuadros, uno adelantado y otros dos, algo más retrasados, a cada flanco (A). Los mosqueteros (B) formaban en medio, detrás del primer bloque de piqueros, y en las dos alas. El fondo de cada una de estas formaciones era de seis hombres, lo que los suecos llamaban un rot. Su frente era de algo más de treinta, por lo que cada bloque rondaba los doscientos combatientes.

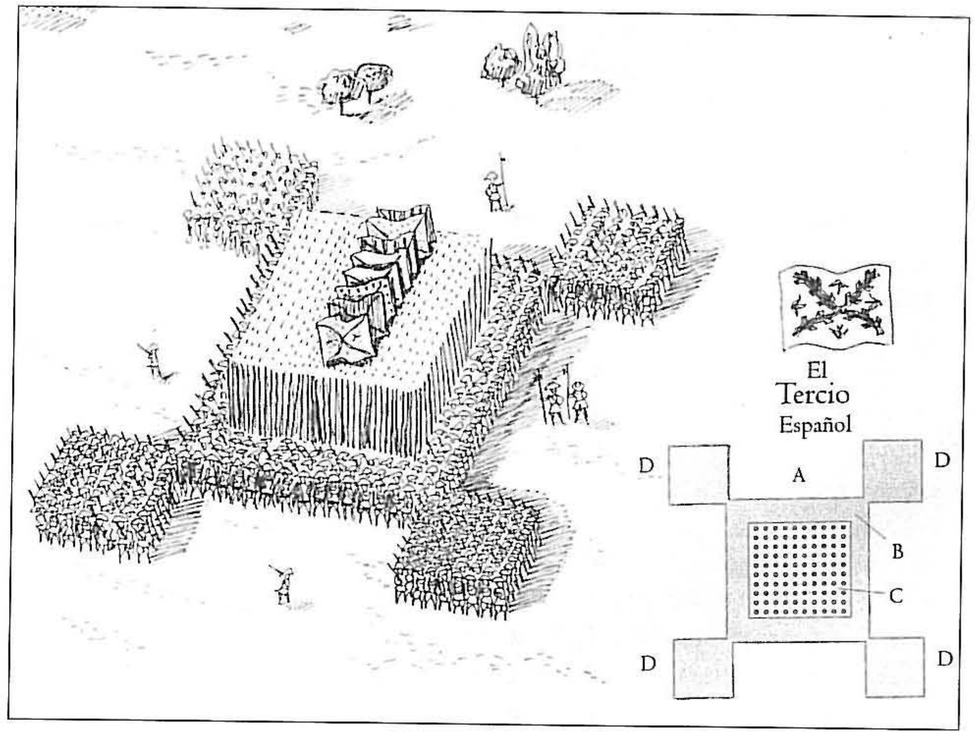
La ciudadela de Casale no era un caso excepcional. En España se conservan aún algunas ciudadelas similares, como la de Jaca o Pamplona. En la Edad Moderna defensas como aquellas cumplían una triple función. Por una parte, como es este caso, la ciudadela protegía y reforzaba el lado más expuesto de la villa, forzando al enemigo a desistir del ataque por ese flanco —que así pasaba a ser el más fuerte de la plaza— y empeñarse en otros más complicados y expuestos. Por otra parte, una ciudadela no sólo guardaba una población, sino

que también la vigilaba. Obras así eran típicas de regiones donde el poder del príncipe no estaba muy asentado o donde se esperaba una rebelión. Tal fue el caso de la ciudadela de Barcelona, levantada por los borbones para vigilar a la hostil capital catalana. Por esa razón las ciudadelas tenían tantas y tan fuertes defensas tanto por el lado interno de las murallas, el que daba a la ciudad, como por el de campo abierto. Era normal incluso que para su construcción se demoliesen barrios enteros, pues los gobernadores no toleraban que las casas quedasen cerca de sus muros, sino que entre la población y la ciudadela debía de quedar un espacio vacío en el que abatir con fusilería y metralla a quien quisiera aproximarse enhoramala, lo mismo fuese enemigo extranjero que vecino sublevado. Por este motivo también las murallas de la población que lindaban con aquella obra eran más endebles, para que desde sus muros no se pudiese pasar al recinto de la ciudadela ni servir para batirla.

Estas medidas represivas propias de las ciudadelas favorecían la tercera función de este tipo de obras, que era alargar al máximo el tiempo de resistencia frente a un asedio. El contar con un segundo reducto independiente de la ciudad permitía a los defensores mantener en alto su bandera aunque el resto de la plaza hubiese caído en manos del enemigo. Esta práctica se empleaba especialmente cuando la villa andaba ya escasa de víveres o cuando se venía abajo la moral de la población civil, harta de pasar penurias por el cerco. Entonces el gobernador se encerraba en su ciudadela con la guarnición, salvando el honor y continuando la lucha mientras los vecinos se rendían. Esto le traía dos ventajas al defensor, pues además de librarse de bocas inútiles a las que alimentar, podía concentrar más a sus tropas y hacer una defensa más nutrida al tener que proteger un perímetro mucho menor.

Bien conocía estos principios el defensor de Casale, monsieur de Toiras. Además sabía que Luis XIII había vuelto a tomar el camino de Italia al frente de sus ejércitos con la intención de levantar el segundo cerco lo mismo que había levantado el primero, por lo que su situación distaba de ser desesperada. Aún así no las tenía todas consigo el francés, pues tan sólo contaba con 1.700 infantes y 400 jinetes, pocos para defender un recinto tan grande como aquel. Por eso había alistado a corsos y monferrines[51], aunque eran gente poco brava y no muy de fiar y que, como escribía Umberto Eco, no tenía mucho interés en *morir por los lises de Francia*[52].

[51] Monferrino es el gentilicio del Monferrato.
[52] En su novela *La Isla del Día de Antes*, Umberto Eco hace una excelente descripción del asedio de Casale.



Si la brigada sueca representaba lo más moderno e innovador en la disposición de las tropas sobre el campo, el viejo escuadrón español se tenía por lo más rancio y añejo. Los imperiales formaron así en Breitenfeld con desastrosos resultados, y muchos observadores de la época ¾y actuales¾ lo consideraban desfasado. Este es un escuadrón "cuadro de terreno", con cuatro mangas de arcabuces y mosquetes, un tipo de formación de mucha tradición que aparece representado en la Sala de las Batallas de El Escorial.
En este caso el escuadrón formaba un cuadro macizo (A), tan largo como ancho. Eso significaba que había muchos más hombres en el frente que en los lados, pues la distancia que se dejaba entre hombro y hombro era mucho menor que la necesaria para no pisar al de adelante al marchar. El núcleo de este cuadro lo formaban los piqueros (C), a los que rodeaba la guarnición de arcabuceros y mosqueteros (B). En cada una de las cuatro esquinas iba una de las mangas, compuesta al completo por armas de fuego.
Las banderas que asoman sobre el cuerpo de las picas son las de las diferentes compañías. Las dos compañías de arcabuces marchaban en los extremos y las del centro eran las de piqueros.
Esta formación se mantenía hasta que las necesidades de la batalla exigían lo contrario. Las mangas podían desprenderse e ir a luchar por su cuenta, y en el caso de verse desbordados sus arcabuceros y mosqueteros podían volver al refugio de las picas, formando un cuadro mucho mayor. El carácter pesado y monolítico de este tipo de formación era más teórico que real.

El sitio de Casale iba a ser muy diferente del de Breda. Aquí el planteamiento del asedio por parte de Spínola debía adaptarse al factor tiempo. En el caso holandés el reloj se movía parejo para los dos bandos, pues si bien los españoles debían sufrir las penurias del invierno, los de dentro veían cómo se

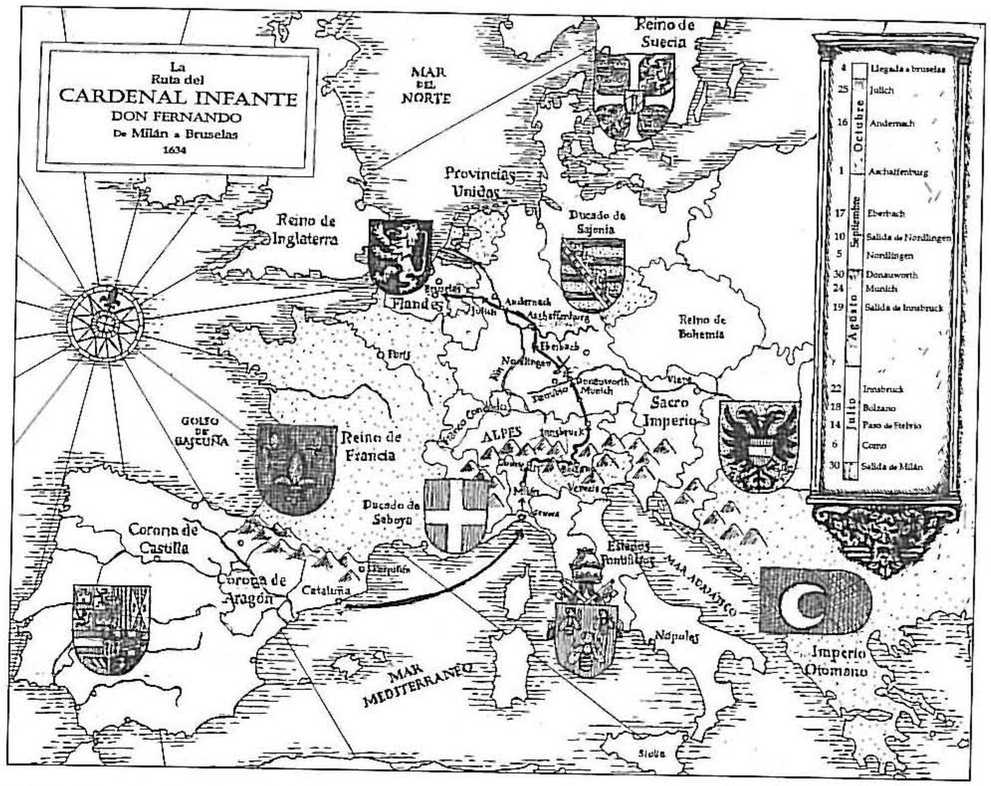
les agotaban los víveres para alimentar a la guarnición y a la población civil[53]. En el Monferrato, por el contrario, el tiempo luchaba en el bando de los sitiados y no contaba Don Ambrosio con un margen tan holgado como en Breda. Antes de que se terminasen las provisiones de boca de monsieur de Toiras y en la plaza empezaran a mirar con buen ojo a gatos y hasta ratones, aparecerían desde el norte las vanguardias del Cristianísimo rey Luis XIII, dispuestas a dar batalla y a poner a Spínola en un apuro entre la espada del ejército francés y la pared de las murallas de Casale.

Así que en vez de un largo asedio estratégico que rindiera al enemigo por hambre, el genovés optó por lo más sensato y acudir al asedio táctico, buscando la ruptura de las defensas con abundante uso de la pólvora.

Como primer paso se completó el cerco y se controlaron todas las villas de los alrededores. No pensaba dejarse encerrar monsieur de Toiras, que una y otra vez empleó a sus hombres en rápidas salidas, buscando el refugio de sus muros sólo cuando los de fuera, mucho más numerosos, se empeñaban en responder al ataque. El tiro de los cañones de la plaza obligaba a los españoles a atrincherarse a más de un kilómetro del glacis, por lo que a los de dentro les quedaba un buen margen para moverse, siempre que no se quitase ojo a la caballería enemiga. Esa forma de combatir por fuera de las defensas, aunque sea más expuesta, es la más correcta a la hora de guardar una plaza. Ya decían los romanos que son los hombres los que defienden a las murallas y no las murallas a los hombres. Quien se asusta del adversario y se esconde detrás de sus murallas termina copado y perdido.

Siguiendo la práctica habitual, los hispano-imperiales reunieron a todos los labriegos de los contornos para que les cavasen las trincheras protegidos —y vigilados— por varias banderas de infantería. Pero esta vez no sólo se iban a cavar líneas de contravalación, sino que de las trincheras que rodeaban la plaza iban a salir otros ramales o trincheras de aproche que dejaban sus terrenos y avanzaban hacia los muros de la fortaleza en zigzag. El trazado en zigzag protegía mucho mejor a los zapadores y a los demás infantes que marchaban por la trinchera, dejándolos en desenfilada de las vistas y el fuego de los sitiados. Una vez que las trincheras habían llegado lo bastante cerca se montaban las baterías de abrir brechas, desde las que se castigaban los muros de la plaza con la artillería pesada,

[53] En Breda no había ciudadela, tan sólo un castillo medieval que no habría soportado un ataque desde el interior de la plaza.



Con el ducado de Saboya aliado de Richelieu, las tropas francesas ocupando el ducado de Lorena y los suecos como amos y señores de Alemania, encontrar una ruta para mandar tropas desde Milán a Bruselas parecía algo menos que imposible. El Canal de la Mancha estaba cerrado a la navegación española por las flotas inglesas y holandesa, por lo que no quedaba más opción que dar un gran rodeo y abrirse buena parte del camino a arcabucazos.
El camino entre España e Italia se realizaba por mar, principalmente entre los puertos de Barcelona y Génova. Desde allí era fácil llegar a Milán, el corazón militar español en Italia.
Las fuerzas del cardenal-infante dejaron Milán el 30 de junio y no llegaron a Bruselas hasta el 4 de noviembre. Una velocidad más que aceptable considerando lo difícil de algunas partes del camino y que la ruta trascurría en buena medida por territorio enemigo.
La salida fue en pleno verano, lo más sensato para enfrentarse al paso de Stelvio, entre Como y Bolzano. Casi un mes se detuvieron en Innsbruck, recuperándose tras la dura travesía de los Alpes y esperando a los rezagados. A partir de aquí la marcha continuó con regularidad. Sorprende el poco tiempo de descanso tras la batalla de Nördlingen, pues a los cinco días ya estaban de nuevo en camino aprovechando la debacle del bando protestante para ganar millas. De hecho, los principales obstáculos del resto de la marcha serán los ríos.

mientras que las bocas más ligeras se empleaban en contrabatería respondiendo a los tiros de los defensores e intentando destruir o descabalgar sus cañones.

Pero no eran los cañones lo que más temían los de dentro, sino las minas. Mientras algunos de los ramales y trincheras de los españoles terminaban entre

En la tarde del 5 de septiembre de 1634 los mosqueteros del Tercio de Fuenclara se hacen fuertes entre los árboles del bosquecillo que crecía al pie de la loma de Albuch. Desde allí intentan frenar el avance de la caballería sueca del general Horn. En aquella época quedaban muy pocas alabardas en el ejército español y los mosqueteros peleaban en avanzada sin contar con el apoyo de las armas blancas. En campo abierto no hubieran sido enemigos para los coraceros suecos, que los habrían barrido en una carga, pero entre los troncos del bosquecillo la balanza se equilibraba, siempre que conservaran la cabeza fría y no se adelantaran demasiado. Poco podrían los jinetes contra los mosqueteros clavados entre los árboles, al menos hasta que llegase la noche y apareciera el refuerzo de su propia infantería.

los cestones de las baterías, otros seguían adelante y al llegar a una cierta distancia se perdían bajo tierra. No se acababa allí su camino, sino que se continuaba cavando a la luz de velones y candiles, entibando techos y paredes con maderos y gabiones. Fuera ya del alcance de la artillería enemiga, los de dentro se orientaban usando la brújula buscando los baluartes del adversario, siguiendo una técnica que había sido empleada por primera vez por el ingeniero Ramiro López en la defensa del castillo de Salses.

Mientras que en la colina del Albuch lo mejor de la infantería sueca y española combaten, en sus alrededores y hacia el lado del río las caballerías de los dos bandos se enfrentan por el dominio del terreno. Los italianos de Piccolomini y Gambacorta hicieron una excelente labor —lo mismo que sus compatriotas de Toralto sobre la colina— manteniendo un largo pulso con la caballería del general Horn, compuesta por jinetes suecos y germanos.
Este jinete italiano con armadura y langostera no presenta una actitud muy caballeresca, alejándose al trote de sus enemigos. Pero no le falta efectividad, pues a esa distancia las pistolas son mucho más letales que las espadas, como puede comprobar para su desgracia el coracero sueco que acaba de llevarse su plomo.

El principio era simple. Se cavaba una galería lo más en secreto posible hasta alcanzar los cimientos de la fortaleza a batir. Si se trataba de un fuerte o ciudadela se iba hacia la base de los bastiones, mientras que en una muralla urbana, donde los baluartes andaban más separados, se atacaban los paños de la muralla. Una vez alcanzados unos u otros se buscaban los muros maestros y bajo ellos se abría a golpe de zapa una pequeña cámara que se llenaba al completo de barriles de pólvora bien apretados. Una vez hecho esto se cerraba

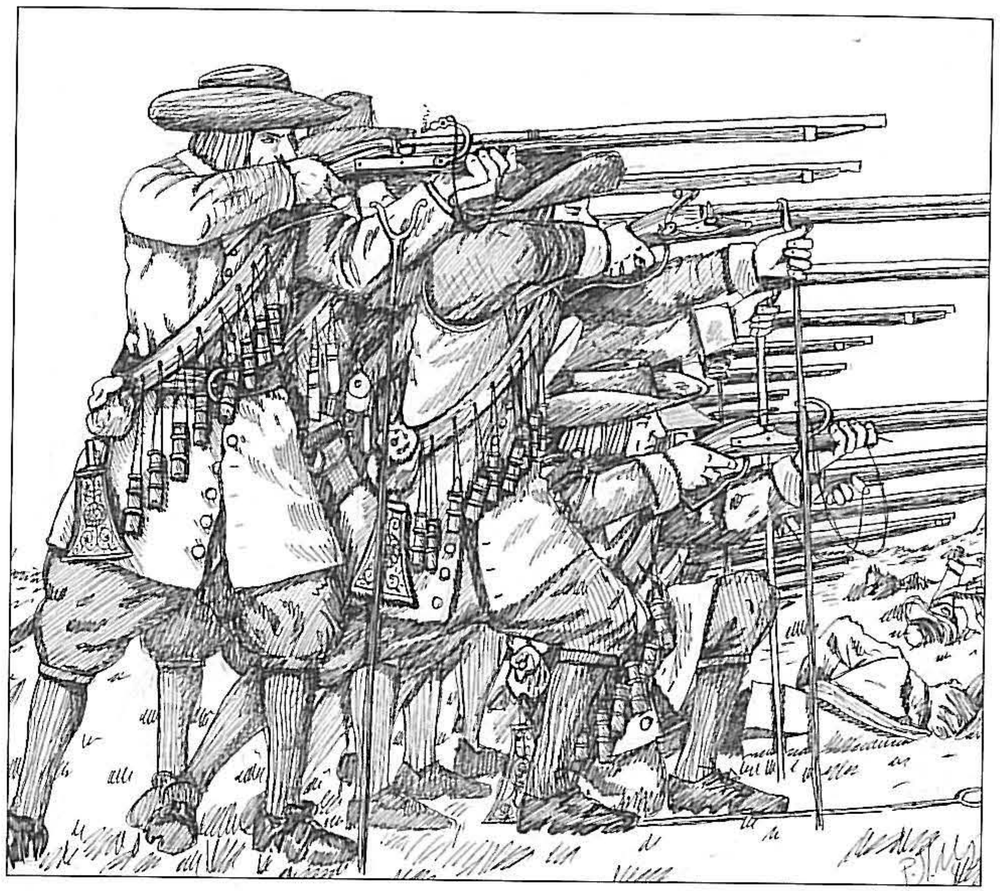
la mina bien recio con maderos y tierra, dejando tan sólo un pequeño hueco para pasar la mecha.

Mientras los de dentro dormían confiados y los centinelas hacía guardia en sus garitas sin sospechar nada, el ejército asaltante se reunía para disfrutar del espectáculo. Sin aviso ninguno un bastión entero saltaba por los aires, y con él sus cañones y defensores, en medio de un estruendo como del Juicio Final que los de fuera alargaban con el redoblar de todos sus tambores.

Si la brecha era lo bastante grande buen momento era aquel para sacar la bandera blanca y rendir la plaza, evitando el saqueo y el degüello de la guarnición. Si la defensa era aún sostenible se podía intentar cerrar el hueco con empavesadas y barricadas para hacer frente al asalto, o ceder el terreno y retirarse a una segunda línea y confiar en los santos para que los zapadores del adversario no hicieran aquí su trabajo con la misma eficacia que la vez anterior.

Este era el funcionamiento básico de la guerra de minas. Por supuesto, los defensores no andaban ociosos. La mejor manera de evitar las minas era salir y atacar a los sitiadores para mantenerlos lo más lejos posible de los muros, lo que no siempre era factible. Cuando la labor de zapa avanzaba y desde las murallas se veía cómo las trincheras desaparecían bajo tierra, era preciso detectarlas para hallar a dónde se dirigían. Para ello se colocaban en los puntos más expuestos tambores boca abajo con los que captar las vibraciones que provocaban los golpes de pico. Los charcos y los recipientes con agua también servían de detectores, y cuando se veía al líquido danzar y ondularse sin razón había que tener mucho cuidado con lo que podría haber bajo los pies.

Una vez detectada la mina quedarse quietos era cosa de locos. Había que armarse de valor y cavar una contramina yendo en busca del enemigo bajo tierra dispuesto a entablar la más brutal e inhumana de las luchas. Al topar la mina y la contramina se entablaba una corta batalla subterránea, terca y cerrada, en un hueco estrecho y oscuro donde faltaba el aire y se corría el peligro de que el techo se hundiese por los golpes sepultando juntos a amigos y enemigos. En las minas no había sitio para alardes ni lucimientos y se mataba casi sin luces atosigados por el polvo y el humo. Sin lugar para desenvainar las espadas, se peleaba con daga y pistola al resplandor de los fogonazos. Otro recurso de los defensores, igualmente cruel, era inundar la mina si se contaba con un caudal de agua suficiente. Si no, se podía recurrir a quemar madera verde en



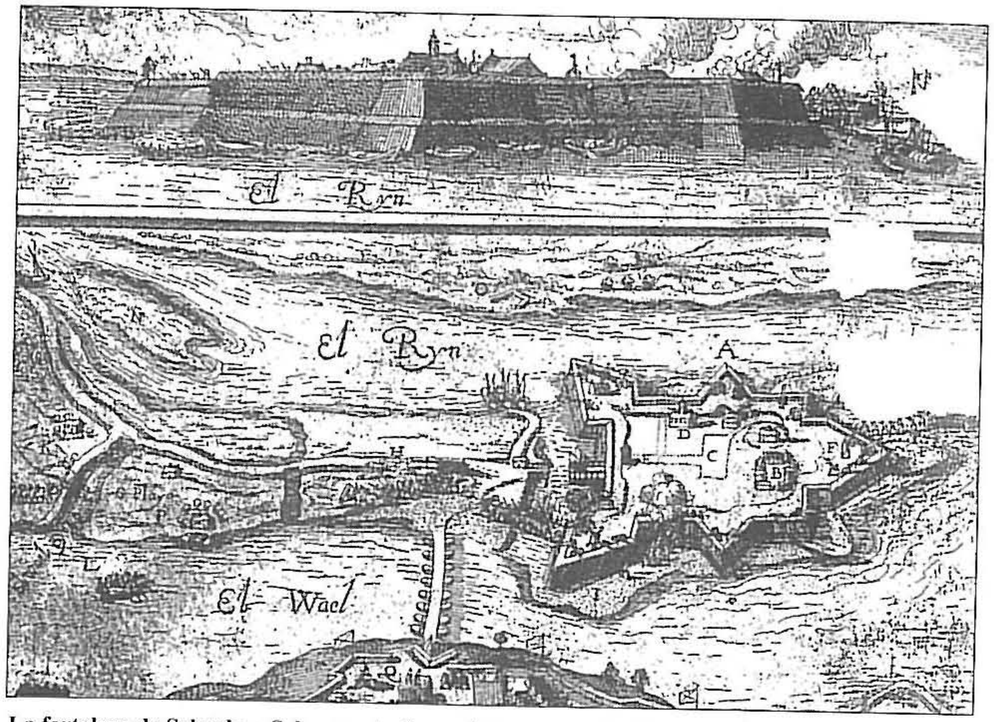
Subiendo por la falda del Albuch los soldados suecos del Regimiento Azul se detienen para realizar su temida triple salva. Tres filas de mosqueteros hacen fuego a la vez, una alzada, la segunda ligeramente encorvada y la última de rodillas. El efecto de todo ese plomo era mucho más mortífero que el de las tres filas disparando por separado. Los españoles, que conocían la táctica, se agachaban para reducir el daño y dejar que las balas les pasaran sobre las cabezas.

las galerías, empleando los fuelles de las fraguas o incluso de los órganos de las iglesias para avivar las llamas y asfixiar a los zapadores con el humo.

La noche del 29 de junio de 1630 la primera de las minas españolas arrancaba una de las medias lunas y dejaba en su lugar un cráter humeante mientras los escombros caían sobre los tejados de Casale.

No se hacía ilusiones monsieur de Toiras. Si el rey Luis no se apresuraba en su socorro Spínola iba a demoler sus defensas una a una forzando la rendición. Pero aún cabía la esperanza, pues los espías informaban de los movimientos del

Frente a la uniformidad en la indumentaria de los combatientes de la guerra de los Treinta Años, los mercenarios del regimiento escocés del ejército sueco presentaban un marcado carácter étnico. Hombres de los clanes de las Tierras Altas y fervientes protestantes, los escoceses conservaban con orgullo su indumentaria local, que sorprendía a los paisanos alemanes por su aspecto bárbaro. El armamento no era muy diferente del normal, picas y mosquetes, aunque también había arqueros, combatientes que habían desaparecido de los campos de batalla de Europa hacía más de un siglo. La típica espada escocesa estaba aún en formación, pero ya es reconocible en la mano del oficial de la derecha con su cerrada empuñadura de farol. En el cinturón del mosquetero de primer plano, entre los frascos de pólvora, se puede ver su cuchillo o dirk.



La fortaleza de Sckenken-Schans se tenía por inexpugnable hasta que fue tomada por las tropas del cardenal-infante. Rodeada por ingentes cursos de agua, su localización era de una vital importancia estratégica, pues estaba justo donde el Rin tuerce hacia el oeste y se divide en varios brazos, en el vértice de la Barrera de los Ríos. Al conquistar un punto tan importante los españoles perforaban la línea defensiva trazada por Mauricio de Nassau, amenazando el corazón de las Provincias Unidas. Pero por suerte para los rebeldes la atención del cardenal-infante no se centraba por entonces en una posible invasión de Holanda, sino en la nueva guerra contra Francia.

ejército real que invadía de nuevo Saboya. Para alivio de sus pobladores no atacaban Turín, pasando por delante de sus murallas sin dar un solo cañonazo. Richelieu tenía otros objetivos y sus vanguardias tomaban la fortaleza de Pinerolo, un portillo en los Alpes que mucho interés tenía Francia en conservar, pues su dominio suponía guardarse la llave de Italia para ocasiones futuras.

El rey se retrasaba, pero los de Casale iban a tener sin pedirlo otra aliada para llevar la muerte al campamento español: la peste bubónica. Los primeros casos aparecieron en los reales de Spínola a principios del verano. Muchos fueron los que acusaron a los mercenarios tudescos del ejército imperial de haberla traído hasta Italia. Pero la peste bubónica no es una enfermedad que trasmitan los hombres, sino las ratas, por lo que la acusación contra los alemanes, que tantas desgracias provocaron por otra parte, era infundada.

El aspecto de cualquier soldado de la época podía variar con su suerte. Por ejemplo, este mosquetero del Tercio de Fuenclara se pasea por las calles de la recién conquistada Nördlingen con las galas de un pavo real, vestido con la lujosa indumentaria capturada a un oficial sueco.

Después de aguantar fríos en las trincheras que asediaban la ciudad francesa de Aire-sur-la-Lys, en el invierno de 1641, este mosquetero parece poco menos que un mendigo. Sin ropas de abrigo y con los zapatos destrozados, sólo su equipo militar, que sigue en perfecto estado, recuerda que este hombre es uno de los mejores soldados de Europa.

Pero viniera de Alemania o del mismo Infierno, la peste señoreó por los campamentos hispano-imperiales diezmando tercios y regimientos y cebándose tanto en los combatientes como en los muchos civiles que los acompañaban. La enfermedad mataba por igual a soldados y a vivanderos, a rameras de quince años y a los generales de sesenta. Poco eran las murallas frente a un enemigo así, y en septiembre cruzaba fosos y medias lunas para extender sus dedos hasta el interior de Casale. Y de Casale marchó a otros territorios, dueña y señora del norte de Italia.

Mientras sus minas socavaban los bastiones de la fortaleza y su ejército se desmoronaba por la epidemia y las deserciones, Don Ambrosio Spínola, duque de Sesto y marqués de los Balbases, veía como se le iba la vida. A sus 69 años no iba a poder superar aquel último lance. Ya era suyo el cuerpo de la ciudad, pero encerrados en la ciudadela aguantaban los franceses, confiados, ya sí, en la cercanía de la fuerza de socorro que de un momento a otro iba a aparecer ante Casale. El viejo general agonizaba amargado, y no sólo porque no le llegase la vida a rendir aquella última plaza ni porque sus rentas y dineros hubiesen sido devorados por la Corona, que hasta le escatimaba las compensaciones que reclamaba para sus hijos. Más le dolían los agravios y ofensas de la corte, que había llegado a retirarle los poderes y humillarlo en presencia del enemigo. Él, que había entrado en el mundo de la guerra no por el dinero ni las riquezas, que ya las tenía de antes, sino por la fama y la gloria, se veía apartado del mando por los rencores del conde-duque, que lo usaba como cabeza de turco para ocultar sus propios errores.

Don Ambrosio Spínola murió con 69 años, el 25 de septiembre de 1630 en Castelnuovo di Scrivia. Dicen que, ya cerrando los ojos, aún murmuraba: *honor… reputación…*

Un mes después, el 26 de octubre, las tropas francesas llegaban frente a Casale. Sobre las torres de la ciudad tremolaban las banderas con las aspas rojas de los españoles, dueños ya de la villa, pero en lo alto de la ciudadela ondeaba la cruz blanca de Francia, señal de que el cerco no había concluido aún. Se temía una gran batalla, pero ésta no tuvo lugar. La labor diplomática del papa Urbano VIII evitó la lucha en el último momento y los españoles se retiraron en buen orden hacia el Milanesado. Tampoco siguieron con sus conquistas los franceses, bien por la labor pacificadora del pontífice o más aún por el temor a la peste, la auténtica vencedora de aquella contienda.

En 1631 la paz de Cherasco ponía fin a la guerra de Mantua con unos resultados que no podían ser peores para España. Toda la sangre y todo el oro perdidos durante la lucha habían sido vanos, pues el tratado ratificaba al duque de Nevers como señor de Mantua y, peor aún, Francia retenía para sí la fortaleza de Pinerolo, lo que le dejaba el paso franco hacia Italia en alguna futura ocasión.

La guerra de Mantua supuso el primer gran fracaso para la orgullosa política de Olivares y la prueba clara de que la guerra de grandes asedios no era una buena opción. Se habían gastado las rentas del Estado y se habían relegado las campañas contra Holanda por ganar en Italia sin que se lograse ni uno ni lo otro.

✠

Mientras la atención española se centraba al sur de los Alpes, la Guerra de los Treinta Años había proseguido en centroeuropa.

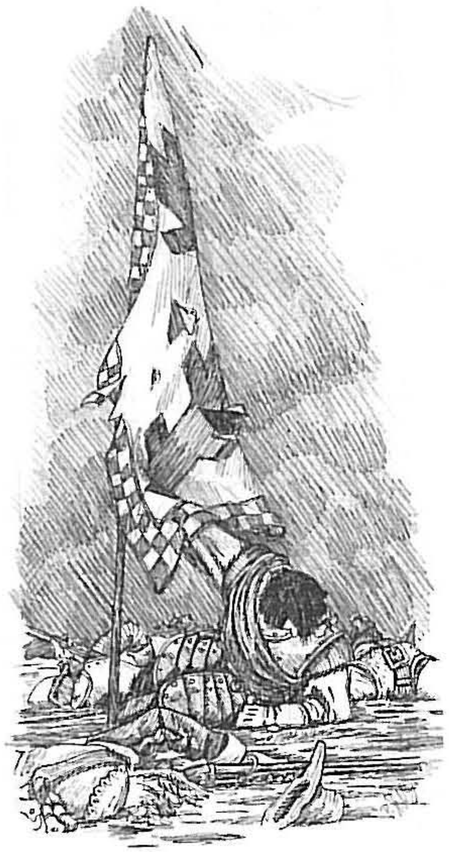
La malparada causa protestante recibió un nuevo apoyo cuando saltó a la liza el rey Cristian IV de Dinamarca, que buscaba inclinar de nuevo la balanza del lado de los partidarios de la Reforma. Sus tropas contaban con el apoyo de los mercenarios de Ernesto de Mansfeld, pero ambos fueron derrotados y perseguidos por las tropas imperiales del conde de Tilly y por las de un nuevo líder católico, el empresario bélico y arquetipo del general mercader Alberto de Wallenstein, que por llevar sus victoriosos ejércitos hasta la costa ganó, además de su ducado de Friedland, el pomposo título de General de los Mares Oceánico y Báltico.

Amante de la astrología, Wallenstein entendía la guerra como un negocio completo, como una tremenda cadena donde cada eslabón servía para llenar de oro su bolsa. No sólo se enriquecía prestando sus servicios militares al emperador, sino que sus talleres fabricaban y vendían los equipos y pertrechos necesarios para alimentar la guerra. La compraventa de las tierras conquistadas le dejaba un grueso beneficio, aunque lo más lucrativo eran las contribuciones que como jefe militar exigía de las regiones conquistadas para evitar saqueos y destrucciones. Los aterrados burgomaestres de los consejos municipales volteaban sus arcas para evitar que sobre ellos cayesen como lobos los ávidos mercenarios de Wallenstein. En verdad, estas prácticas no eran un invento

Varios oficiales franceses observan las posiciones españolas antes de comenzar la batalla de Rocroi. El del centro es un oficial del más alto rango, como demuestra su costosa armadura, mucho mejor acabada que las toscas piezas de la caballería común. La banda azul, el pelo muy largo y la abundancia de encajes lo identifican como francés, aunque este estilo de peinado e indumentaria se expandía ya por Europa y terminaría siendo moda aceptada incluso en España. El hombre de la derecha también es un importante oficial, mientras que el de la izquierda, sin armadura, más parece un ayudante o un enlace. Viste a la moda de los primeros años de Luis XIV, con el jubón abierto para mostrar los lazos y flecos de los bajos de la camisa, que hacen juego con los de los filos de sus calzones y las cintas de las botas. Este aspecto pulido y esmerado llegará al paroxismo durante la juventud del triunfante Rey Sol, cuando la indumentaria de la corte francesa alcance niveles realmente chocantes.
Al fondo, la bandera de una compañía de infantería francesa, con la cruz blanca.

nuevo, pues el propio Spínola —otro empresario de la guerra— había cobrado contribuciones durante su campaña del Palatinado.

El gobierno español entró en negociaciones con este personaje, interesándolo en alargar sus campañas por las costas del Báltico. El plan era conquistar alguno de los grandes puertos protestantes de la zona de Mecklemburgo, donde se instalaría una flota de guerra y una compañía comercial que, siguiendo los planes de Olivares, hiciese la competencia a los holandeses en su lucrativo comercio con Polonia y Escandinavia. Ese proyecto atrajo el interés de Wallenstein, al que muy bien le sonaba eso de la compañía comercial. Pero los ingentes gastos de la guerra de Mantua dieron al traste con el "Diseño Báltico" propiciado por la corte de Madrid. Además, el duque de Friedland y General de los Mares Oceánico y Báltico había llegado a acumular tanto poder que llegó a inquietar al propio emperador Fernando II, que prescindió de sus servicios.



CAPÍTULO VI

LA FASE SUECA

Tras la aplastante derrota danesa, la balanza de la guerra seguía del lado católico. Pero en 1630 los platillos comenzaron a moverse. Aquel año entraría en liza un nuevo contendiente. Un paladín de la causa protestante, un nuevo Gedeón que, de escuchar lo que de él decían los predicadores y los pastores fanáticos, tendría que llevar las victoriosas banderas de la religión reformada hasta esa Babilonia de pecado que era la misma Roma.

Aquel campeón era Gustavo Adolfo, rey de Suecia. Había desembarcado en la desembocadura del Oder con un modesto ejército de 13.000 hombres, lo que en principio no parecía una seria amenaza. El emperador Fernando, incluso, había llegado a despedir a Wallenstein, disolviendo sus tropas. No fue esa una buena ocurrencia, sobre todo porque sus mercenarios en paro corrieron a alistarse bajo las tres coronas de Suecia, engrosando las fuerzas del rey escandinavo, al que aún llamaban sus enemigos, no sin cierta sorna, el "Rey de las Nieves".

Pero Gustavo Adolfo no era un adversario menor, como lo había sido Cristian de Dinamarca. Estudioso de lo militar, el sueco había reformado por completo

su ejército, organizándolo a la holandesa. Siguiendo una práctica común en las fuerzas protestantes de por entonces[54], los regimientos más importantes eran conocidos por el color de sus banderas: amarillo, negro, azul... Cada uno de estos regimientos contaba con ocho batallones de seis compañías cada uno, formados por setenta y dos mosqueteros y cincuenta y cuatro piqueros, sin arcabuces ni otras armas. En la batalla, los regimientos se agrupaban para formar las famosas brigadas suecas, que en los grabados de batallas son reconocibles por su disposición, parecida a una "T". La brigada no era una unidad preestablecida, sino que se formaba según las necesidades de la campaña o la disponibilidad de tropas. A veces, cuando un regimiento era muy potente y contaba con muchas compañías podía formar él sólo como una brigada.

Gustavo Adolfo no se limitó a hacer suyos los avances tácticos y estratégicos de Mauricio de Nassau, sino que fue aún más allá. Por ejemplo, el holandés formaba sus regimientos con diez hombres de fondo, mientras que la superior instrucción de los suecos les permitía formar sólo con seis. La contramarcha de Mauricio —el rotar a los mosqueteros para mantener un fuego continuo— tenía un carácter estático y defensivo, mientras que los hombres de Gustavo Adolfo eran capaces de realizarla avanzando, a la ofensiva.

Los mosquetes eran más ligeros y cortos que los de sus enemigos imperiales, con un gran porcentaje de armas de llave de sílex, no sólo entre los dragones y mosqueteros a caballo, sino también entre la infantería. Además de la llave de rueda, cara y difícil de fabricar y mantener, los suecos empleaban la moderna llave escandinava, simple y eficaz como la *snaphance* de los holandeses, sobre todo de noche o con lluvia, cuando el agua inutilizaba las mechas[55]. Los suecos comenzaban por entonces a emplear cartuchos de papel. Estos llevaban juntos la pólvora, la bala y el taco, por lo que la maniobra de recarga resultaba mucho más sencilla y rápida. Las picas eran también más cortas que en el resto de los ejércitos, en torno a los tres metros y medio, en vez de casi los cinco habituales. Al ser más ligera, la pica sueca daba más movilidad a los coseletes, que podían seguir el ritmo de avance de los mosqueteros. Sin perder capacidad defensiva frente a los caballos, su menor tamaño la hacía más resolutiva y más adecuada a la ofensiva.

[54] Así había organizado sus tropas Ernesto de Mansfeld y también los daneses del rey Cristian.

[55] Por esas fechas, en los cuadros de cacerías de los Austrias ya se ven armas con la llave de miguelete. La llave de miguelete estará en uso hasta bien entrado el siglo XIX y era notablemente superior a las dos citadas. Pero en la primera mitad del XVII sólo la llevaban las armas civiles, como las escopetas de caza, más caras y cuidadas que los mosquetes militares, que aún seguían fieles a la mecha.

Defensor de la caballería[56], Gustavo Adolfo rechazaba las caracolas y otras maniobras manieristas, regresando a la velocidad y al choque con espada. Sus coraceros no cargaban en grandes formaciones ingobernables, sino en escuadrones más pequeños y fáciles de dirigir. También empleaba dragones.

En cuanto a los cañones, él mismo se tenía por un excelente artillero, capaz de corregir el tiro y apuntar sus piezas personalmente. Contaba también con los servicios de Torstensson, jefe de su artillería, que en 1630 sólo tenía treinta años. Lo mismo que con los mosquetes, los cañones suecos fueron acortados y dotados de cureñas más ligeras. Además de las pesadas bocas de sitio, cada regimiento contaba con una batería de piezas de campaña, fabricadas en metal y cuero. Estas piezas tenían una potencia de fuego considerable, pero eran tan ligeras que muchas veces causaban más muertos entre las filas suecas que entre el enemigo.

Las mejoras de Gustavo Adolfo fueron notables, pero cierto es también —y estos son argumentos a favor de Mauricio— que el de Suecia movía unos ejércitos mucho mayores que el de Orange, que nunca superaron los 10.000 hombres. Además, las campañas alemanas de Gustavo Adolfo se hicieron por tierras que no conocían la guerra desde hacía cincuenta años y donde las fortificaciones eran escasas, muy distantes entre sí y en su mayoría de traza medieval, mientras que en los Países Bajos no se podían dar cien pasos sin dar con una villa bastionada rodeada de estrellas y medias lunas.

En 1631 el conde de Tilly, al mando de las tropas imperiales, asediaba la plaza de Magdeburgo. Ésta era la capital religiosa de los protestantes alemanes, y uno de los pocos focos de rebeldía que aún no se habían sometido a los dictados del emperador Fernando. Cuando la ciudad cayó, las tropas imperiales masacraron a la población indefensa, y los que no perecieron por la espada lo hicieron entre las llamas de los incendios.

Las noticias de las matanzas de Magdeburgo soliviantaron a los protestantes. Ni siquiera en una guerra tan despiadada como la de los Treinta Años eran habituales prácticas tan brutales. Eran normales los saqueos, y cuando una plaza no se rendía y forzaba el asalto la costumbre era pasar la guarnición a cuchillo. Pero aniquilar a los viejos, a las mujeres y hasta los niños en una carnicería como aquella no entraba en los usos de la guerra. Desde sus

[56] Gustavo Adolfo murió a lomos de un caballo.

iglesias, los pastores clamaban al Cielo, para que diera a los papistas su justo castigo, lo mismo que antaño habían sido castigados los filisteos y los madianitas.

No fue un rayo de los cielos quien vino en socorro de la causa protestante, sino los ejércitos suecos de Gustavo Adolfo.

✠

El 17 de septiembre de 1631, una fuerza de 10.000 sajones y 37.000 suecos aplastaban al ejército imperial del conde de Tilly en Breitendfeld, al norte de Leipzig. De los 31.000 soldados del imperio, 7.600 murieron sobre el campo de batalla y otros 9.000 fueron hechos prisioneros. El brillante mando de su rey y su superior disciplina y potencia de fuego había dado la victoria a los suecos, mientras que los pesados cuadros católicos, que luchaban con treinta hombres de fondo, no habían podido maniobrar a la velocidad de las brigadas suecas con su fondo de seis hombres. El conde de Tilly logró escapar, abandonando su artillería y ciento veinte estandartes. De nuevo volvió contra Gustavo Adolfo tras reunir un segundo ejército, que perdió junto con su vida en la aplastante derrota del río Lech. La propaganda protestante trasformó aquellas batallas en una prueba de la Voluntad Divina, creándose toda una industria Gustavo Adolfo, donde se retrataba al nuevo paladín de la Reforma en cuadros, estampas y hasta tapones de botella.

Después de Breitendfeld, las fuerzas protestantes barrían Alemania como el agua que sale de una esclusa. Los sajones conquistaban Praga y el propio emperador temía que el "León de Medianoche" fuera contra Viena. Pero Gustavo Adolfo optó por volverse hacia el oeste, aplastando toda resistencia y expulsando a las tropas españolas e imperiales de Renania. Conquistó Maguncia en otoño del 1630, junto a la que levantó el Gustavburg, un tremendo campamento fortificado y la capital de la Germania Sueca. Aterrado, el emperador llamó de nuevo a Wallenstein, mientras los franceses se preparaban para ocupar el ducado de Lorena y recibir de los suecos las plazas recién conquistadas en Alsacia, a la vez que los holandeses aprovechaban el caos en el bando católico y volvían al ataque conquistando Maastrich. La marea había barrido a las fuerzas españolas al este del Rin, y de seguir con ese brío ya se temía que, como unos nuevos godos, los suecos pudieran rebasar los Alpes y caer sobre Roma.

El conde-duque de Olivares se enfrentaba a una auténtica debacle. Las noticias que llegaban de centroeuropa no eran las esperadas. Cierto era que Gustavo Adolfo, con más bravura que cabeza, había encontrado la muerte en la batalla de Lützen, el 16 de noviembre de 1633. Pero, aún sin su rey, los suecos habían destrozado al ejército de Wallenstein, que aparte de sus bagajes y artillería había dejado sobre la hierba 6.000 muertos. El propio duque de Friedland y General de los Mares Oceánico y Báltico no tardó en seguir al "León del Norte", pues el emperador Fernando, temeroso del creciente poder del astuto empresario de la guerra, había ordenado su asesinato. Todos los territorios conquistados en Alemania se habían perdido y del Camino Español no quedaba ni la sombra. La situación en los Países Bajos no podía ser más complicada, con tres ejércitos enemigos amenazándolos: al oeste, el francés; al este, el sueco y al norte, el de las Siete Provincias. Además, en 1633 moría sin hijos la archiduquesa Isabel Clara Eugenia, por lo que —para más complicación— Flandes volvía de nuevo a la posesión directa de la Corona española. Pero si se quería conservar esa posesión era preciso enviar un nuevo gobernador a Bruselas con tropas de refuerzo, lo que sobre el papel parecía imposible.

En principio, sobre el mapa no se veía hueco alguno por donde hacer el camino. Los suecos seguían como dueños de Alemania, después de haber saqueado y arruinado Baviera y otros principados católicos germanos. Tras la muerte de Gustavo Adolfo la regencia de Suecia había ido a manos de Axel Oxenstierna[57]. Éste era un político, no un militar, y había cedido la dirección de las fuerzas de la Liga al príncipe elector Bernardo de Sajonia-Weimar, secundado en el mando por el general Gustav Horn. Después de tres años de ocupación, para los protestantes alemanes los suecos ya no eran los providenciales paladines de la causa de la religión reformada, sino más bien unos incómodos aliados a los que se temía más que respetaba. Un fragmento del *Simplicissimus*[58] de Grimmelshausen puede ilustrar esta idea:

Mientras la suculenta comilona seguía su ritmo y se pensaba en continuar la juerga del día anterior, la guardia entregó un escrito al gobernador anunciándole que un comisario, consejero de la Corona sueca, se encontraba ya a la puerta con ánimo de revisar la guarnición e inspeccionar la ciudadela.

[57] La futura reina Cristina tenía seis años. Para sorpresa de muchos, una vez coronada, la hija del "León de Medianoche" abdicaría y volvería al seno de la religión católica.
[58] *Der Abentheurliche Simplicissimus Teutsch* o *El Aventurero Alemán Simplicissimus*, fue publicado en 1669 y aunque se trate de una obra literaria es un vivo reflejo de la Alemania de los tiempos de la guerra.

La fiesta se aguó y se aquietaron todas las risas y alegrías como gaita a la que le falta el aire: músicos e invitados se esfumaron como humo de tabaco, que deja tras de sí solamente el olor.

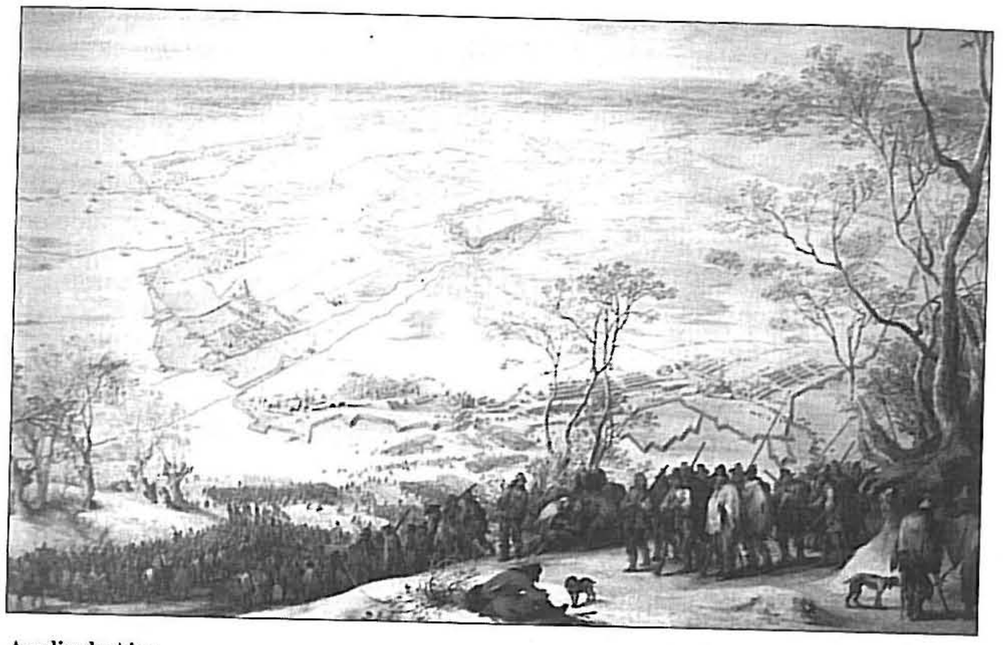
El nacionalismo germano revivía, y no eran pocos los que veían en los suecos a unos invasores que habían acudido a las guerras de Alemania buscando rapiña, más preocupados en crearse un imperio en las dos orillas del Báltico que en la "Verdadera Religión". Pero por mucho que rabiasen a la callada los altivos alemanes, poco se iba a lograr hasta que los hasta ahora invencibles regimientos suecos fueran batidos en el campo de batalla.

✠

Mientras los suecos señoreaban en Alemania, las cancillerías de Madrid y de Viena trabajaron para trazar un plan conjunto, dibujando sobre los mapas una ruta que permitiese a los tercios del cardenal-infante hacer el camino entre Milán y Flandes. El rodeo era grande, pues con los franceses en Saboya no quedaba más remedio que dejar la Lombardía hacia el noroeste, subiendo hacia el Tirol y de allí a Suabia para cruzar de lado a lado Alemania, alcanzando finalmente los Países Bajos. Aquello suponía pasar por el corazón de los dominios protestantes, por donde rondaban los ejércitos sajones y suecos de la Liga de Heilbronn, aliada del reino de Francia. Un camino que no existía y que se tendría que abrir a punta de pica. Con toda probabilidad el mismo paso que se ganase por delante se iría cerrando a la espalda, como el mar se cierra tras el codaste de un navío. En esas circunstancias, una derrota de peso supondría la destrucción completa de la fuerza, pues los que se salvaran se encontrarían sin dónde huir, rodeados de herejes y luteranos entre los que sería imposible esconderse y a muchas leguas de cualquier base segura.

La empresa era arriesgada y se necesitaba de un jefe a su altura. Siguiendo la indicación de Olivares, Felipe IV designó para el mando de la expedición y para el futuro gobierno de Flandes a su hermano menor, el cardenal-infante Don Fernando de Austria. En la elección, más que las virtudes castrenses del candidato —que no se conocían, pues sólo tenía 25 años— pesaron las intrigas políticas del conde-duque.

Tercer hijo de Felipe III, Fernando había sido destinado a la Iglesia desde niño, siendo cardenal con tan sólo diez años y ocupando el importante cargo



Asedio de Aire

de arzobispo de Toledo antes de que le saliera la barba. Pero a pesar de haberse criado dentro de una sotana, Fernando no era lo que propiamente se entiende por un hombre de Iglesia. Aunque católico devoto, se sentía más a gusto entre las armas que entre los copones, pues había heredado esa sangre guerrera que no aparecía en la dinastía desde los tiempos de Carlos I y Don Juan de Austria. Tampoco era muy amigo de los manejos de la corte ni de la política del conde-duque. Por ese motivo Don Gaspar prefería tenerlo lejos y lo más apartado posible de los centros de poder, por lo que su nuevo cargo en Flandes —si llegaba vivo a Flandes— le venía muy a propósito. No debía ser muy diferente la opinión del rey Felipe IV, que no gustaría de medirse con un hermano que en muchos aspectos le ganaba en talla. Como Euristeo con Hércules, optaba por mandarlo lejos y tenerlo ocupado en lances donde desfogara su ardor castrense. A falta de leones de Nemea y de hidras de Lerna, lo enviaba entre suecos y sajones, para terminar encerrado en el avispero de Flandes, bien lejos de la corte y muy cerca de los cañones de los holandeses.

Sea como fuere, se firmó el acuerdo entre España y el Imperio. El joven cardenal-infante partió entonces por mar hacia Italia, donde le esperaban sus tercios.

✠

LA RUTA

El 30 de junio de 1634 el nuevo gobernador de Flandes salía desde Milán hacia la muy lejana Bruselas. Con él iba una fuerza de 10.000 infantes, agrupados en seis tercios y un regimiento. Dos de aquéllos eran españoles, los dirigidos por los maestres de campo Idíaquez y Fuenclara, otros dos napolitanos al mando de Toralto y Cárdenas, y los dos que quedaban de Lombardía, cuyos maestres de campo eran Guasco y el marqués de Lunato. La caballería rondaba los 2.000 jinetes, con veintitrés compañías entre lombardos, borgoñones y napolitanos. Una fuerza escasa si se pretendía combatir contra las tropas protestantes de la Liga de Heilbronn, a los que bien se podían sumar sus posibles aliados franceses y, por supuesto, los holandeses. Pero la España de la época no daba para más. Al menos, el plan incluía ampliar el contingente una vez en Alemania, pues allí se unirían los soldados supervivientes de la campaña del difunto duque de Feria[59], lo que supondría aumentar el número con 6.000 infantes y mil caballos más, alemanes e italianos en su mayoría. Curiosamente, esta fuerza que esperaba ya al otro lado de los Alpes quedó fuera de los cómputos de los espías venecianos, que muy buen recado tomaron de las tropas y unidades que habían salido de Milán. Información que de inmediato fue a París y de allí al cuartel general de la Liga de Heilbronn.

Se pasaron los Alpes por la ruta de la Valtellina, lo que no era fácil ni en pleno verano. Los torrentes bajaban muy bravos por el deshielo y complicaban cada tramo del camino. En las partes más altas no faltaba la nieve, como en el paso de Stelvio, a 2.750 metros de altitud, donde las noches eran terriblemente frías aún en agosto. Finalmente, el 22 de julio se alcanzaba Innsbruck, donde se permaneció hasta el 19 del mes siguiente. Este descanso era del todo necesario para reorganizar y recuperar las fuerzas después de una travesía de tres semanas por los ventisqueros de los Alpes y daba tiempo para que sanasen los enfermos y para que los rezagados —que eran muchos— pudieran alcanzar al grueso de la tropa. Se repusieron armas y equipos, y sobre todo las ropas, destrozadas por el viaje.

A partir de aquí había que avanzar con gran cautela. Era cierto que las tropas aliadas de la Liga Católica del duque de Lorena se encontraban muy cerca, lo

[59] En 1633, el duque de Feria salió de Italia para intentar reabrir el Camino Español en Alsacia. Socorrió Constanza y entró en Brisach y Rheinfelden. El duque no se vio con fuerzas para enfrentarse a los franceses que invadían Lorena, por lo que regresó a invernar a las faldas de los Alpes, donde sus fuerzas fueron diezmadas por la peste.

mismo que las fuerzas imperiales. Desde la muerte de Alberto de Wallenstein, éstas se encontraban bajo el mando nominal de Fernando de Hungría[60], con el asesoramiento de Matthias Gallas. En el verano de 1634 su ejército se concentraba en las orillas del Danubio, cercando Rastibona[61].

Pero si los aliados se hallaban cerca, igual de cerca estaban los dos ejércitos de la Liga de Heilbronn. Según los informes de los espías y de los exploradores de la caballería croata, el ejército del elector de Sajonia, Bernardo de Weimar, marchaban por la orilla izquierda del Danubio, mientras que por la derecha avanzaban los del general sueco Gustav Horn.

La situación exigía gran cautela, pues el cardenal-infante no contaba con un contingente notable, que muy malparado podría salir de tener que luchar contra fuerzas superiores en número. Flanqueados siempre por la caballería italiana de Gerardo Gambacorta, se llegó a Munich el 24 de agosto y siguiendo lo planeado se enlazó con las tropas del ejército de Alsacia que había mandado el difunto duque de Feria. Aunque muy castigados por las epidemias, aún quedaban unos mil jinetes, más dos tercios italianos —el napolitano de Torrecusa y el lombardo de Paniguerola— y dos regimientos alemanes —Salm y Würmser— todos al servicio de la Corona española. Sumados al contingente que había salido de Milán se alcanzaban los 15.000 hombres.

Se cruzó el Danubio por Donauwort y el 2 de septiembre se llegó a los alrededores de Nördlingen. Tras tomar Rastibona, Fernando de Hungría había marchado contra aquella plaza y la mantenía cercada. Poco se alegrarían los de Nördlingen al comprobar cómo crecía el número de los sitiadores, pues frente a sus murallas se juntaron tres ejércitos: el imperial del rey de Hungría, el de la Liga Católica del duque de Lorena y el español del cardenal-infante. Sumados los tres podrían alcanzar los 35.000 hombres en armas, lo que era un número aceptable y en teoría superior al que se estimaba a Horn y Weimar juntos. No parecía que aquello impresionara al elector de Sajonia, que después de tres años de victorias consecutivas despreciaba a los ejércitos católicos. Había juntado sus fuerzas con las de Horn y unidos se disponían a levantar el sitio de Nördlingen, forzando a los aliados a dar batalla con la desventaja de tener a la espalda una ciudad enemiga fortificada.

[60] Fernando de Habsburgo, rey de Hungría, tenía entonces 26 años. Será coronado emperador en 1637.
[61] La actual Regensburg.

LA BATALLA DE NÖRDLINGEN

Como ya se ha dicho, oficialmente el mando de las fuerzas católicas recaía en los dos Fernandos, aunque en la práctica la dirección de las tropas la tenían oficiales más veteranos y de mayor experiencia: Matthias Gallas por el lado imperial y el marqués de Leganés por el español. Sabiendo que la batalla estaba cercana se dispusieron a tomar las posiciones más ventajosas, reforzándolas en la medida de lo posible con obras de campaña.

El campamento imperial estaba instalado sobre la espalda de una loma no muy alta llamada Stoffelberg, reforzado con defensas abaluartadas que amenazaban a la cercada Nördlingen. Al norte, en la dirección contraria y apuntando hacia el avance protestante, se encontraban una serie de lomas no muy altas pero que destacaban sobre lo llano del paisaje. Más allá estaba el curso del Rezenbach, que las separaba de una ancha colina cubierta de bosques, el Ansberg. De las lomas más cercanas a Nördlingen, la más importante era una prominencia alargada de dos cumbres, lo bastante apartadas como para tenerlas por dos colinas diferentes. Al oeste estaba la más alta, la de Albuch, que dominaba el campo cercano a la ciudad. Por el este el terreno formaba una segunda prominencia o loma, más baja que la anterior, conocida como colina de Heselberg. Las dos cimas distarían un kilómetro la una de la otra. La más alta tenía su cumbre despejada, pero a su pie y extendiéndose hacia el Heselberg y hacia el lado del río crecía un pequeño bosque. No era punto de poco valor, pues sus árboles podían ofrecer protección a los mosqueteros, que desde allí podían hacer fuego con una relativa seguridad frente a las cargas de caballería.

Bien claro estaba que ambas cumbres iban a ser el punto clave de la batalla, así que Leganés envió parte de sus tropas para tomar posiciones en ellas antes de que apareciera el enemigo. Eran las cuatro de la tarde del 5 de septiembre de 1634 y los Regimientos alemanes de Salm y Würmers alcanzaban la cima de la más alta de las dos colinas —la de Albuch— y se disponían a hacer lo mismo con la segunda y con el bosque. Pero para su sorpresa, las vanguardias suecas hicieron su aparición de improviso, asomando entre los árboles del Ansberg. La maniobra de aproximación de Weimar había sido arriesgada pero brillante, moviendo sus tropas por terrenos difíciles para no ser descubierto por los exploradores croatas hasta tomar a los católicos a la vez por el frente y por el flanco. No perdieron el tiempo los suecos, que subiendo la cuesta se hicieron con la cumbre del Heselberg, dispuestos a quedarse también con el bosquecillo.

No era cuestión de dejarles el paso franco y para retrasar su avance se lanzó contra ellos a la caballería de Ottavio Piccolomini. Tres mil jinetes entre italianos e imperiales, que al poco se vieron enfrascados en una cerrada y desfavorable pelea con otros tres mil caballos corazas suecos reforzados por mosqueteros. El mezclar caballería y mosquetes era una práctica nueva por entonces, pero muy efectiva. Pelearon bien los jinetes católicos, pero no estaban en condiciones de mantener la situación por mucho tiempo, pues no contaban con refuerzos de infantería. Viendo que urgía hacerse con el bosquecillo, hacia él se adelantaron 200 mosqueteros del Tercio de Fuenclara mandados por su sargento mayor, Francisco Escobar. Con ellos fueron otros cuatrocientos mosquetes más entre napolitanos y borgoñones, que tomaron posiciones cubriéndose entre los árboles. No se quedaban quietos los de Escobar y si veían la zona despejada de caballos no tenían inconveniente en adelantarse para hostigar a la infantería de Weimar, regresando a la protección del ramaje en cuanto los jinetes enemigos reparaban en ellos y se les iban encima.

Poco antes de que cerrara la noche la caballería de Piccolomini se retiró, mientras los de Escobar aguantaban en el bosque. No se perdía el tiempo en la colina de Albuch, que se fortificaba lo mejor que se podía bajo las órdenes del conde de Cervellón. Se instaló una batería de campaña, que mandaba el padre jesuita Pedro de Gamassa. No les faltaban cañones a los suecos, que tomaron como objetivo al bosquecillo de Escobar. No era aquella una posición envidiable, no sólo por las balas de cañón, sino también por lo cerrado de la noche, en la que poco podían ver los mosqueteros fuera del lindero de su bosque, mientras que a ellos sí se les podía detectar por la brasa de sus mechas. La oscuridad cubría a los regimientos de la infantería de Weimar, que se colaron entre las ramas buscando el cuerpo a cuerpo. Los de Escobar se vieron en un mal lance, peleando con las espadas y las culatas de los mosquetes al no contar con el apoyo de picas secas ni de coseletes. A la media noche los suecos eran dueños de la posición y el propio sargento mayor era hecho prisionero y llevado al cuartel general de la Liga de Heilbronn.

Bernardo de Weimar, príncipe elector de Sajonia, estaba muy satisfecho con su maniobra y con cómo su infantería había despejado el bosque de españoles, italianos y borgoñones. Después de tres años a la sombra de Gustavo Adolfo su confianza en la superioridad militar sueca era absoluta, aunque lo cierto era que desde la muerte del "León del Norte" la disciplina no era la misma y que entre

sus filas quedaban cada vez menos suecos, diezmados por tres años seguidos de campaña, abundando los mercenarios alemanes y escoceses.

No había unanimidad en el cuartel general de los de la Liga, pues Gustav Horn era partidario de retrasar la batalla hasta recibir más refuerzos. El interrogatorio del sargento mayor Escobar confirmaba el gran número de papistas que les esperaban ante Nördlingen, ocupando las mejores posiciones y protegidos por trincheras. Pero el mando supremo lo detentaba Bernardo de Weimar, que no estaba dispuesto a creer las mentiras del español y tenía la intención de destruir a las fuerzas imperiales en cuanto amaneciera.

✠

En aquella época del año el sol salía a las cinco de la mañana. Amanecía el 6 de septiembre de 1634 y la luz fue mostrando el despliegue de los ejércitos católicos y protestantes.

Los aliados hispano-imperiales habían dejado un contingente de unos 6.000 hombres vigilando las puertas de Nördlingen y su campamento. El resto de sus tropas había formado en una línea de unos dos kilómetros de largo. A la derecha, en el lado más cercano a la ciudad, se escuadronaba el ejército imperial y de la Liga Católica que, aunque bajo el mando nominal de Fernando de Hungría, era dirigido por el general Matthias Gallas. Una fuerza de 14.500 hombres formando en dos líneas, con el flanco protegido por la caballería croata, que se había colocado donde el hueco era más amplio y tenían más espacio para cabalgar y sacar partido a su maniobra y a su velocidad. Y también para no meterse en la batalla hasta que enemigo estuviera bien castigado y en fuga, pues no eran los croatas amigos de las peleas cerradas con caballos corazas y herreruelos.

Ya en el centro formaba el Regimiento imperial de Schwarzenberg que, reforzado con 1.000 mosqueteros, acompañaba al grueso de las tropas de la Corona española. En la batalla las dirigía el marqués de Leganés, siempre bajo la autoridad del cardenal-infante. Allí formaban los Tercios italianos de Paniguerola y Guasco, con una segunda línea compuesta por los de Torrecusa, Cárdenas y las 24 compañías del regimiento napolitano del príncipe de San Severo. Con ellos se desplegaba el Tercio español de Fuenclara.

Al extremo se encontraba la colina del Albuch, el punto más alto y peligroso de la batalla, que cerraba el frente de los aliados por la izquierda. Mandaba aquel sector el conde de Cervellón, que en primera línea había colocado a las diez banderas del tercio napolitano de Don Gaspar de Toralto, junto a los Regimientos alemanes de Würmser y Salm, protegidos en el costado por la caballería de Gerardo Gambacorta y Octavio Piccolomini y reforzados por la batería del padre jesuita Pedro de Gamassa.

Al alto mando no le pareció que allí hubiese fuerza bastante, sobre todo teniendo en cuenta lo expuesto de la posición, con los suecos bien atrincherados en el bosquecillo. Por eso se trasladó al Albuch al otro tercio español, el de Idíaquez. No era costumbre que los españoles lucharan en segunda fila, así que haciendo uso de sus privilegios sobre las otras naciones se ordenó al regimiento del coronel Würmser que le cediese el puesto. Ser relevado sin soltar un tiro y más estando de cara al enemigo no era cosa que le gustase al viejo coronel alemán, que al recibir la orden replicó que *iba para treinta años que por su persona servía al rey de España y la honra por tales servicios ganada no era cosa que con dejarse sacar de allí la perdiera.* Aceptaría la orden, si no le quedaba más remedio, pero si su regimiento pasaba a retaguardia él se quedaría en primera fila, tomando una pica si era preciso y formando entre los coseletes españoles. La energía del alegato hizo desistir a Cervellón, que dejó a los alemanes en su puesto, con el Tercio de Idíaquez en reserva. En cuanto al coronel Würmser, cumplió de sobra con su fama y buen nombre y no bajó vivo del Albuch.

En total, el ejército católico lo formaban 13.000 jinetes y 20.000 infantes, de los cuales 12.000 hombres servían al rey de España, aunque sólo 3.200 eran españoles. Enfrente había una fuerza algo menor, pues las prisas y la seguridad en la victoria del de Weimar no habían admitido demora en cerrar la batalla, sin esperar a más refuerzos. 9.300 jinetes y 16.000 infantes, divididos como sus enemigos en dos bloques.

Frente a las fuerzas imperiales se desplegaban los hombres del elector Bernardo de Weimar. Dos de sus brigadas de infantería se disponían sobre las alturas de la colina de Heselberg y más allá, hacia Nördlingen, otras cinco brigadas en dos líneas, con el grueso de la caballería.

A la derecha de los sajones se encontraban los 9.000 soldados de Gustav Horn en otras dos líneas. Sus fuerzas ocupaban el bosque y se derramaban hasta

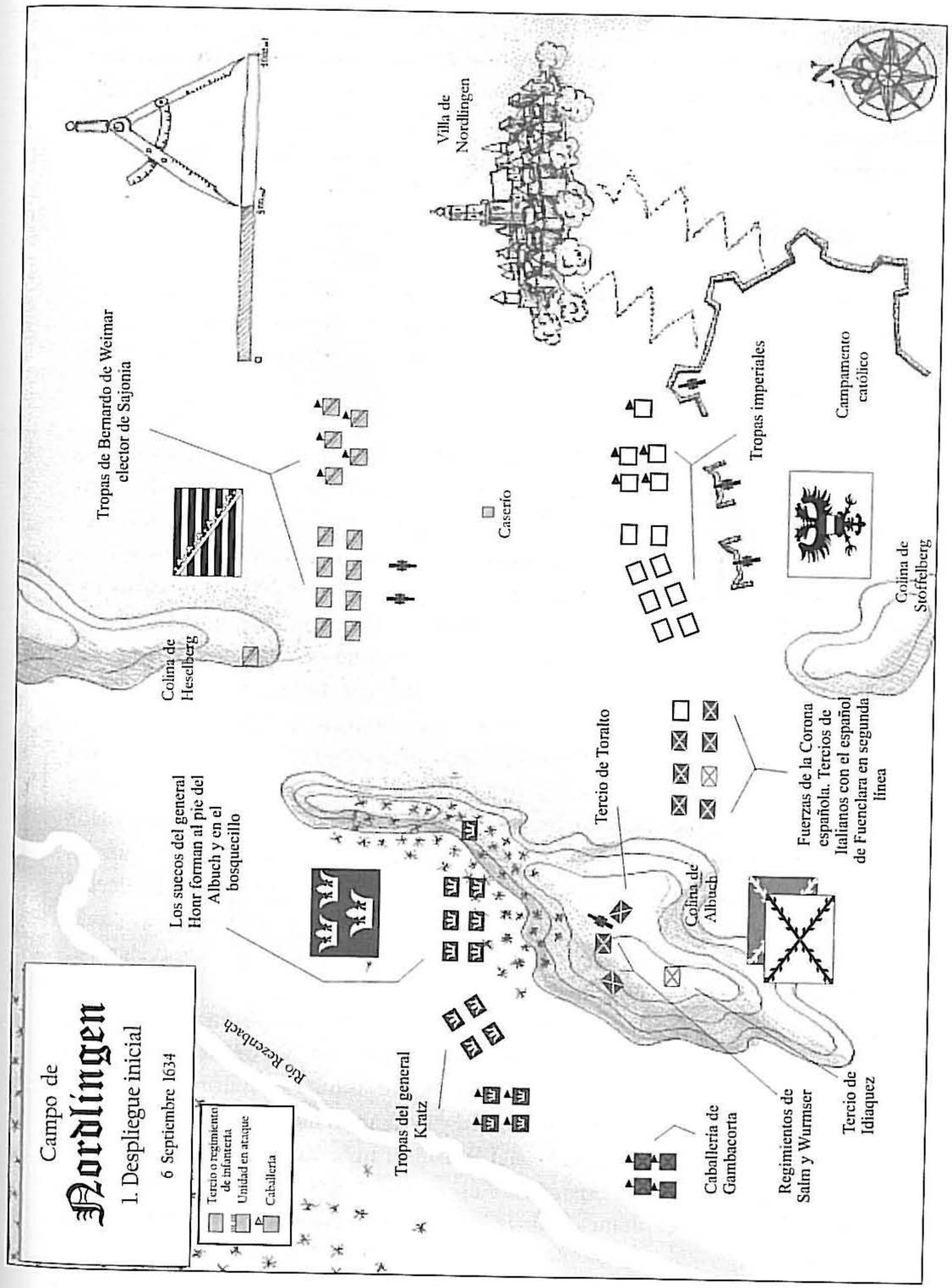
rodear la colina de Albuch por dos de sus costados, dejando el ataque por el flanco a las tropas del general sueco Kratz. Entre los dos juntaban veinticuatro escuadrones de caballería y cinco brigadas de infantería, sobre los que destacaban las banderas de colores de los más famosos regimientos de la infantería sueca. Los Regimientos Azul, Negro y Amarillo habían luchado victoriosos en todas las campañas de Gustavo Adolfo y por su disciplina y potencia de fuego se les tenía por imbatibles.

El despliegue era bastante clásico en uno y otro bando. La baza de los católicos estaba en mantener sus muy favorables posiciones sobre las colinas, mientras que sus enemigos debían atacar para desplazarlos, para lo que contaban con la ventaja inicial del dominio de la loma de Heselberg y del bosquecillo. Ya fuera por casualidad o a propósito, los alemanes de los dos bandos —imperiales por una parte y sajones por otra— habían quedado en el mismo lado de la batalla, el más cercano a Nördlingen, mientras que los "extranjeros" suecos y españoles se enfrentarían por la otra banda. Mucho cuidado tuvieron los germanos, tanto católicos como protestantes, en dejar que el grueso de la carnicería cayese por el lado de los extranjeros, mientras ellos pasaban la mayor parte de la mañana sin moverse de sus posiciones.

✠

Según su tradición, los tercios españoles comenzaban la batalla adelantando sus mangas de arcabuceros y mosqueteros, que en grupos de doce o quince se acercaban hasta unos veinte pasos del enemigo para abrir fuego. Tras cuatro o cinco rociadas eran sustituidos por otro grupo, para evitar que los cañones se les recalentaran, perdiendo efectividad. Esa maniobra exigía una formación abierta y mucha disciplina, pues bien famosa era la disposición de la raza española, que por ser gente animosa y pronta a calentarse la sangre no gustaba en retirarse ante el adversario ni en ceder su plaza a otro. Pero la obediencia al rey refrenaba bravuras y turnándose como era debido se mantenía un fuego nutrido y muy efectivo para encelar al enemigo y descomponer su formación.

Estas escaramuzas podían ser tan eficaces que en muchas batallas no se pasaba de ahí, retirándose el adversario sin que actuase el cuerpo del escuadrón. Si no era así se empeñaba la batalla propiamente dicha. Las mangas dejaban sitio a los coseletes del escuadrón, que en formación cerrada se adelantaban o mejoraban, con las cajas marcando el paso y calando las picas en busca del choque.

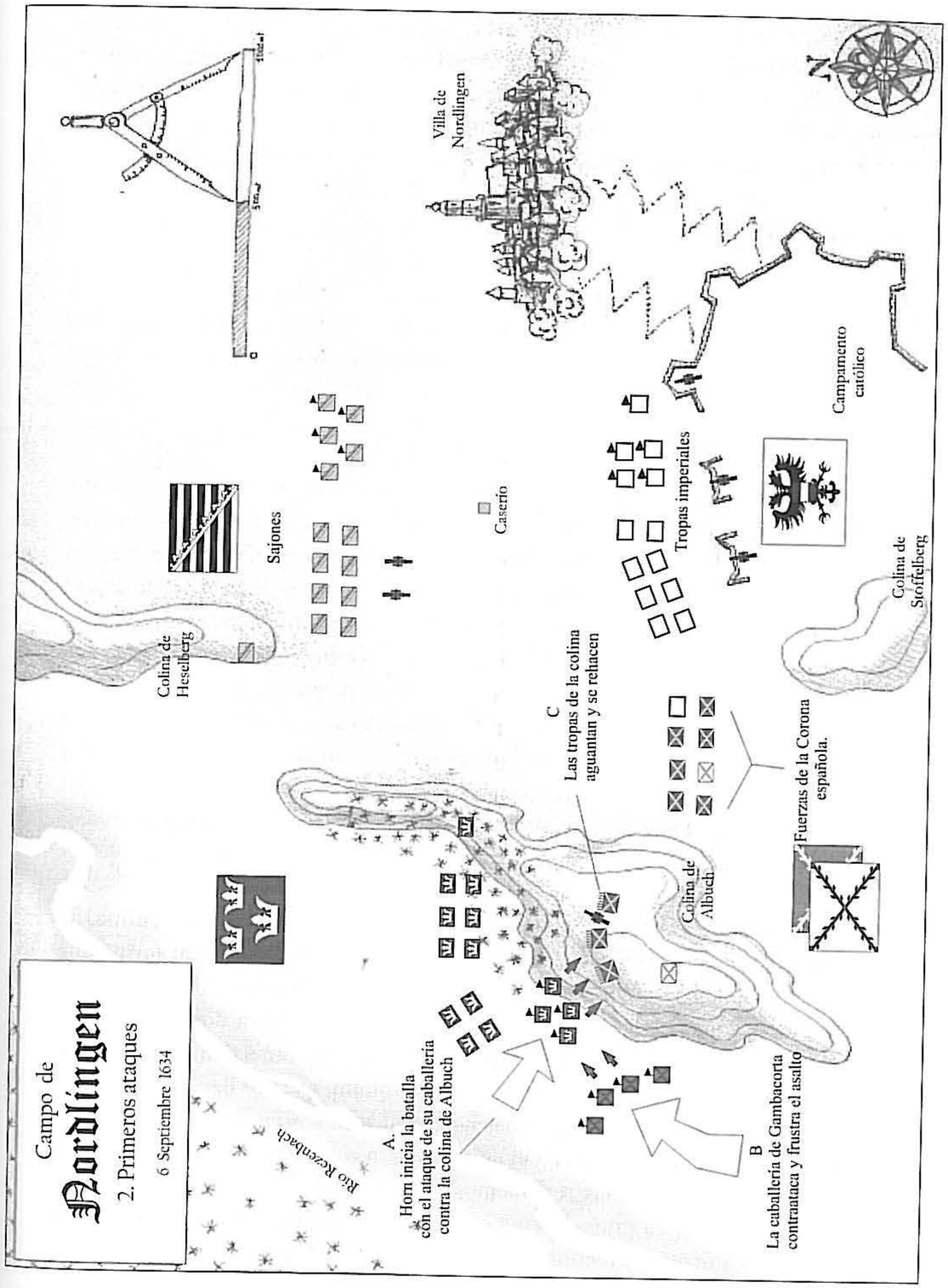


Esto que se ha contado valía para los enemigos con los que generalmente se batía la monarquía española, ya fuesen holandeses, franceses o italianos. Pero los suecos eran de otra madera, y al poco de cantar el gallo ya rompía su caballería, que cargaba colina arriba en bloque cerrado y espada en mano. Contra enemigos de esa talla de poco iban a valer las escaramuzas.

Gustav Horn no había esperado a las indicaciones de Weimar y había mandado atacar a sus jinetes. No hacían caracolas los suecos, que reservaban sus pistolas para las refriegas finales. A caballo luchaban con la espada, bien apretados unos con otros hasta meter la rodilla en el costado del animal que iba delante, basando su ataque en la fuerza de su choque y en su velocidad.

En lo alto de la colina les esperaba el Tercio de Toralto, con los Regimientos alemanes de Salm y Würmser, que viendo venir la carga cerraron filas. Los germanos aguantaron el envite a duras penas, pues los dos regimientos contaban con pocos soldados viejos y con demasiados novatos a los que la pica les temblaba en la mano al notar en el suelo el retumbar de los caballos. Por suerte, los jinetes de Gambacorta aparecieron por el costado y desbarataron la carga del enemigo, que volvió a sus posiciones. La ocurrencia de Horn no había sido correcta, demostrando que, a pesar de sus muchas mejoras, la caballería barroca aún no estaba en condiciones de quebrar un cuadro, al menos con sus solas fuerzas y sin contar con el apoyo de la infantería. No tardaron los suecos en enmendar la plana y al poco ya volvían sus jinetes, aunque esta vez acompañados por los mercenarios escoceses y por el Regimiento Amarillo. Veterano de Breitenfeld y Lützen, el Amarillo era uno de los más antiguos y prestigiosos regimientos suecos, que formaba la guardia personal del monarca. Una de las mejores y más temidas unidades militares que por entonces se podían encontrar en Europa.

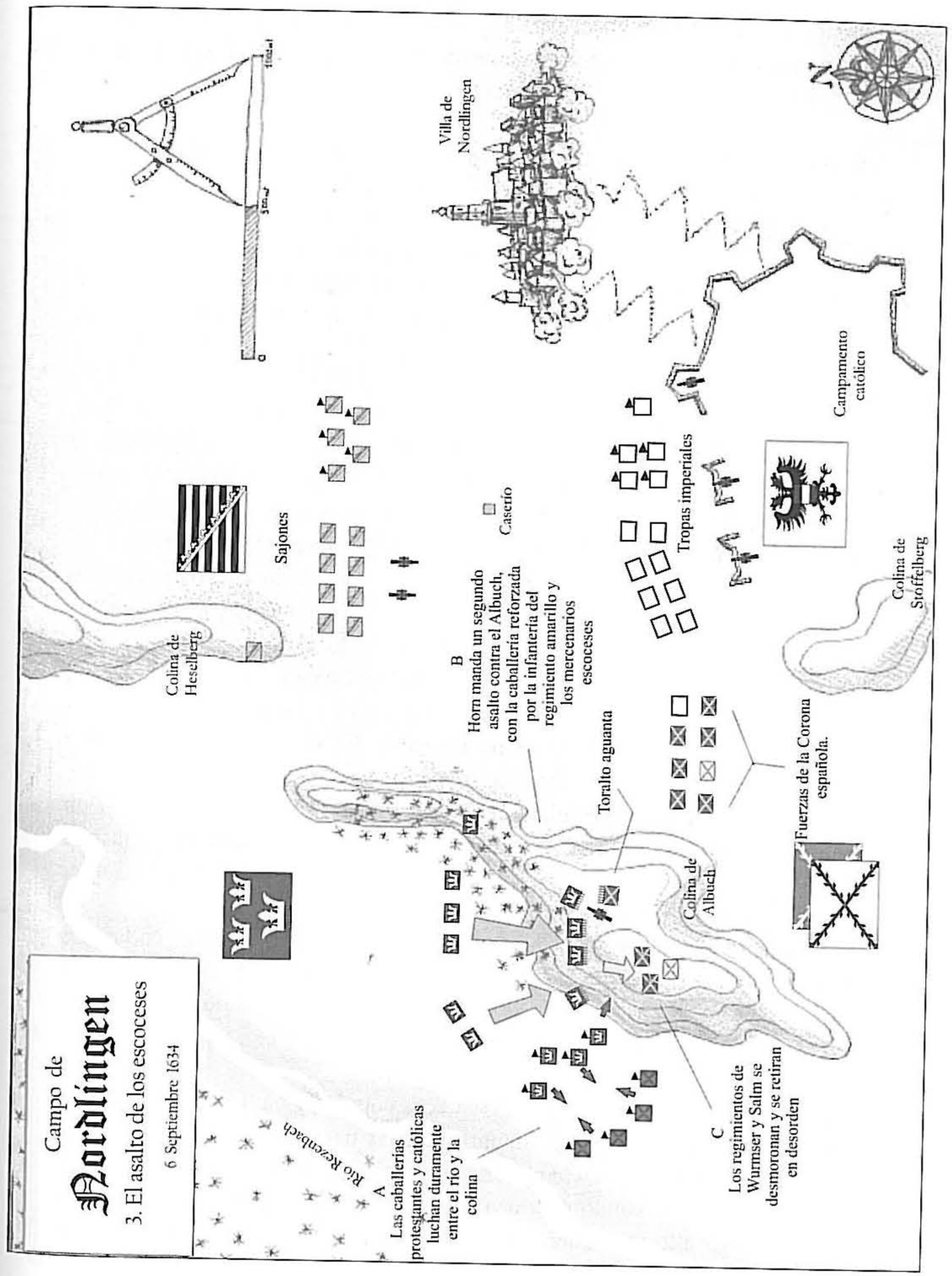
Volvieron a calarse las picas para recibir al enemigo, que ya venía cuesta arriba y a buen paso. Los napolitanos de Toralto resistieron de nuevo, pero no les pasó lo mismo a los alemanes de Salm y Würmser, que se desbandaron ante el envite del enemigo y arrojando las armas se retiraron en completo desorden. El viejo coronel Würmser no estuvo entre ellos, pues se quedó en su puesto y, lo mismo que el coronel Salm, murió al frente de los pocos hombres y capitanes que le quedaban, sirviendo al rey de España hasta el final.



Los suecos y los escoceses habían alcanzado la cima del Albuch y hasta se habían hecho con la batería del padre Gamassa. Una situación alarmante, pues desde la colina se podía tomar de flanco a todo el ejército católico, sentenciando la batalla. Pero el conde de Cervellón contaba con una segunda línea de infantería y ordenó al Tercio de Idíaquez que se adelantara para ocupar el puesto de los dos regimientos deshechos. No era aquella maniobra fácil, pues la marcha tenía la corriente en contra y daba de cara con los cientos de alemanes en desbandada, que no sólo estorbaban el paso sino que hasta amenazaban con romper la formación española. No iba a permitir aquello Idíaquez y ordenó a los suyos calar las picas para apartarlos de su camino. Las mangas de mosqueteros se adelantaron y se llegó a tiempo de sostener al Tercio de Toralto, que bien aguantaba aún, y de recuperar las posiciones perdidas, empujando a los del Regimiento Amarillo otra vez colina abajo.

Los dos tercios, el napolitano y el español, quedaron de nuevo dueños del Albuch. Al menos por el momento, pues no tenía intención el general Horn de dejarles echar raíces en la colina. Los suecos contaban con más cañones que los católicos y pusieron a prueba la famosa flema de los tercios y su estoicismo ante el fuego enemigo. A los cañonazos se unía el denso fuego de mosquete que sin interrupción venía desde el lado del bosquecillo, que era un auténtico hervidero de suecos. Las modernas maniobras de fuego sostenido no parecían hacer efecto en los dos tercios, que aguantaban como castillos y bien respondían bala por bala con sus guarniciones de mosqueteros. El Tercio de Idíaquez en concreto era recio como pocos, pues en sus filas sobraban los soldados aventajados y los oficiales reformados, antiguos capitanes y alféreces, los mejores combatientes en lances sufridos como aquel.

Desde la noche anterior, percatándose de la importancia de la colina, el marqués de Leganés había dispuesto al resto de sus unidades de tal forma que pudieran mandar sin impedimento sus mangas de mosqueteros para reforzar los puntos más expuestos del frente. Así subieron cuesta arriba dos banderas de arcabuces y mosquetes de las del Tercio de Cárdenas y otras dos de Torrecusa, que corrieron a unirse con los napolitanos de Toralto, que por llevar más tiempo en liza se resentían más y estaban más necesitados de sostén. Aquellos refuerzos llegaron justo a tiempo, pues ya volvía otra vez la caballería sueca, y no lo hacía sola, pues con ella iban sus regimientos de infantería. Los regimientos suecos entraban en batalla en grupo, formando brigadas. Los veteranos imperiales de Breitenfeld y Lützen las recordarían bien, con sus tres cuerpos dibujando sobre



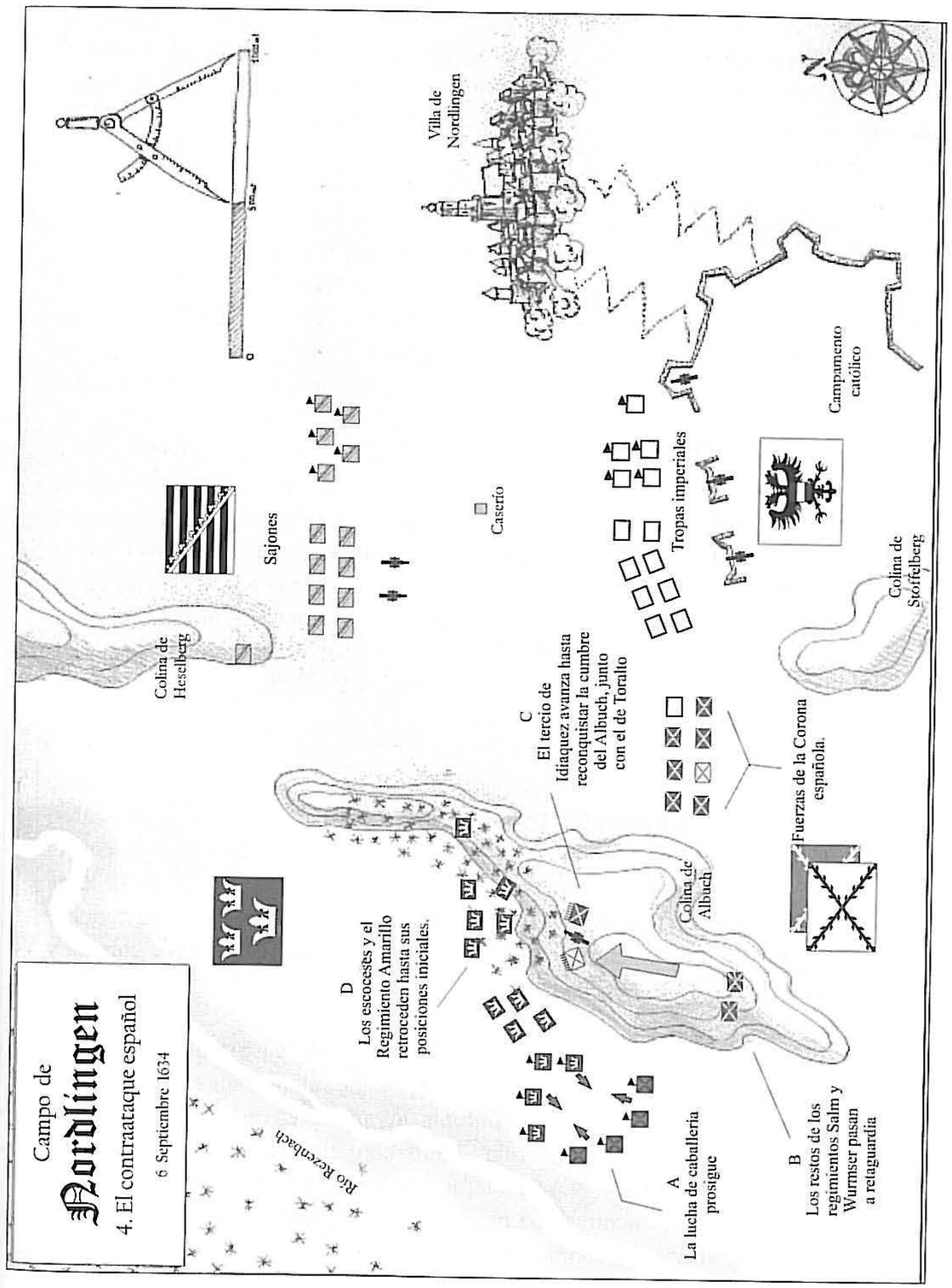
el campo de batalla un enorme martillo. Cerró la lucha y en la cima del Albuch las picas caladas formaron un bosque que se agitaba sin viento entre charcos de sangre y humo de mosquete.

Pero no estaba sola la infantería católica, que por segunda vez contaba con la buena caballería de Genaro Gambacorta. De nuevo los caballos se empeñaron en la lucha, trabándose con la caballería enemiga a muy corta distancia, tan cerca a veces que difícil era manejar la espada y más valía tirar de las pistolas y perforar las corazas a quemarropa. No se empecinaron los suecos en el asalto y después de dejar un buen reguero de muertos se despegaron y cedieron terreno.

En su loma, los de Idíaquez y Toralto se recomponían como podían, apoyándose en las picas para meterse aire en los pulmones recalentados y recuperar el resuello. Las primeras líneas comenzarían a tener huecos y a falta de coseletes las picas secas irían cada vez más hacia el frente para tapar los vacíos, mientras los heridos y los cuerpos de los muertos eran llevados en volandas para retaguardia. Algunos rezarían y otros bromearían con los camaradas para darse ánimo y espantar su miedo, más cuando mirasen hacia abajo y viesen como de nuevo se arremolinaban las banderas de los suecos. Capitanes y sargentos saldrían de la formación para comprobar el estado de las filas, tapando brechas y enderezándolas con voces y empellones, usando la buena y florida prosa de la infantería española. En momentos como ese era cuando los capitanes demostraban su valía, tragando el azufre de los cañones y dejándose ver por los suyos sin perder el ánimo ni alterándose, como si un caballero español no se debiera sorprender ante nada, ni ante la tierra que levantaban las balas de cañón ni ante la misma Muerte.

Eran las siete de la mañana y no le había faltado cosecha a la Parca en las dos horas que ya iban de batalla. Eso por el lado del Albuch, porque en el resto del frente ni sajones ni imperiales había hecho más que gastar pólvora con sus cañones, sin dar un paso unos contra otros.

No ocurría lo mismo en la colina. Los suecos volvían, y ya iban cuatro asaltos. Bien se podían distinguir sobre sus brigadas las banderas de los Regimientos Azul y Negro, que de nuevo se abrían paso cuesta arriba. No les faltaba temple a los del norte, marchando contra aquella muralla de plomo y picas que les esperaba en lo alto, sin querer llevar los ojos a los muchos muertos que

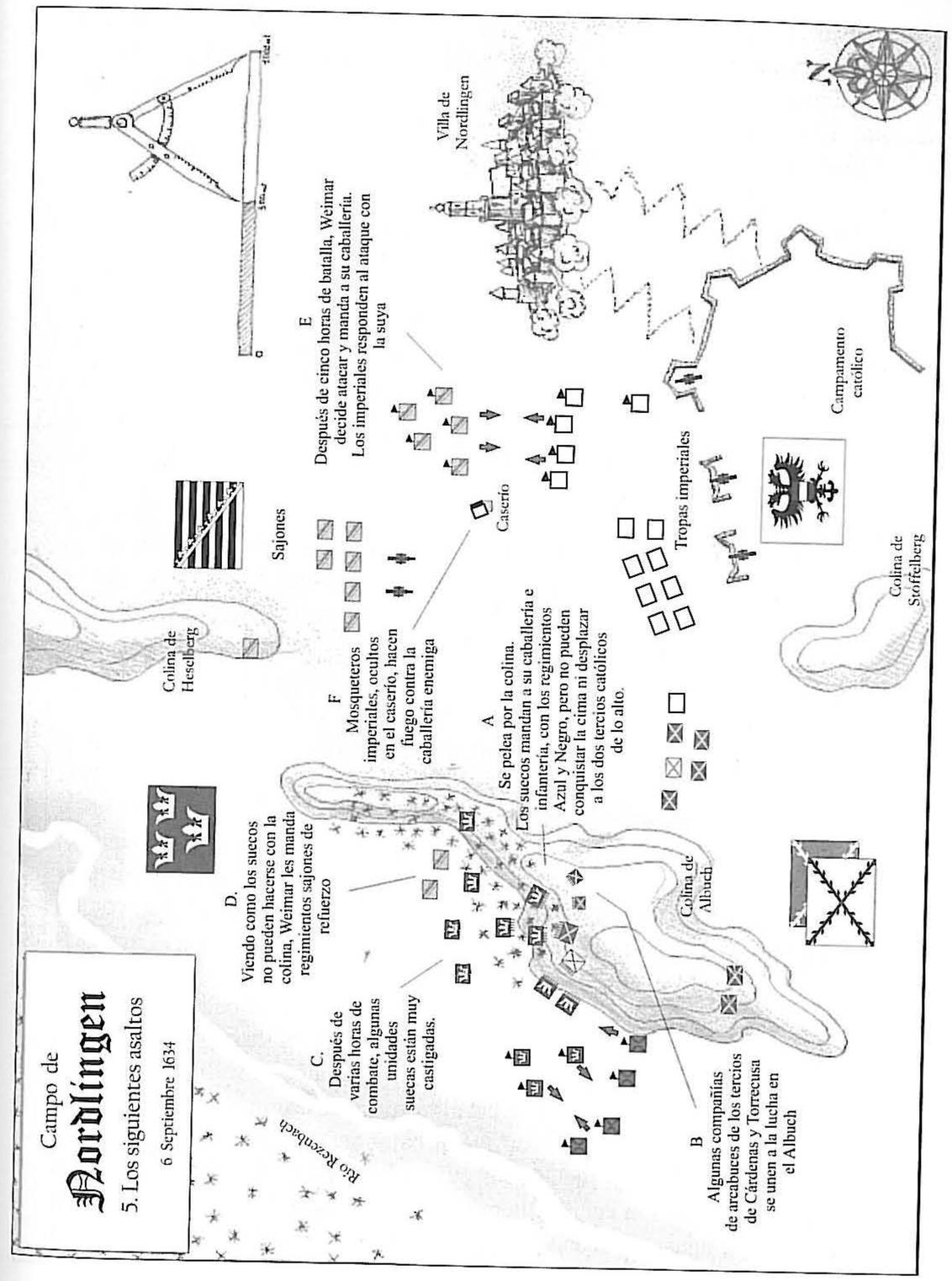


encontraban a su paso. Hombres y caballos cubiertos de sangre, brazos sin dueño, pertrechos abandonados y armas rotas que tapaban la hierba y entorpecían la marcha. Los heridos gritarían al verlos venir, pidiendo auxilio o al menos para que no los aplastaran las mil botas que subían siguiendo al tambor.

La disciplina de tiro sueca era famosa y al llegar a veinte pasos la formación se detuvo. Como un solo hombre la primera fila puso rodilla en tierra para hacer fuego, mientras que los mosquetes de la segunda y la tercera se estiraban sobre sus hombros y sus cabezas para soltar la rociada todos a la vez. Tres filas de mosquetes haciendo fuego y mandando cuesta arriba sus buenas libras de plomo. Un mazazo terrible, pues mucho más letales eran las tres juntas que por turnos. Pero cada vez que los hombres de Horn ponían rodilla en tierra, los españoles seguían las órdenes de su maestre de campo y se agachaban también. Las más de las veces el plomo pasaba sobre ellos, ya fuera por lo correcto de la táctica o por la mucha ayuda de los Santos y Vírgenes que por católicos tenían de su parte. Nada más sentir el zumbido de las balas sobre sus cabezas los de Idíaquez se erguían de nuevo para que no faltara la adecuada respuesta, empeñando los mosquetes de la guarnición. Aún así, como los buenos soldados viejos, los españoles no eran amigos de gastar pólvora de lejos y preferían guardar el plomo para cuando los suecos estuviesen lo más cerca posible, justo antes de medir picas.

El avance de los protestantes era cada vez más complicado, sobre todo desde que por orden de Leganés los Tercios de Guasco y Paniguerola se adelantaron y se metieron en lo cerrado de la batalla bordeando el bosquecillo, con el acierto de coger a los que subían con fuego de costado y dejando la loma sembrada de suecos muertos. No andaba ociosa la caballería de Gambacorta y las laderas del Albuch eran un ir y venir de caballos entre toques de corneta y pistoletazos.

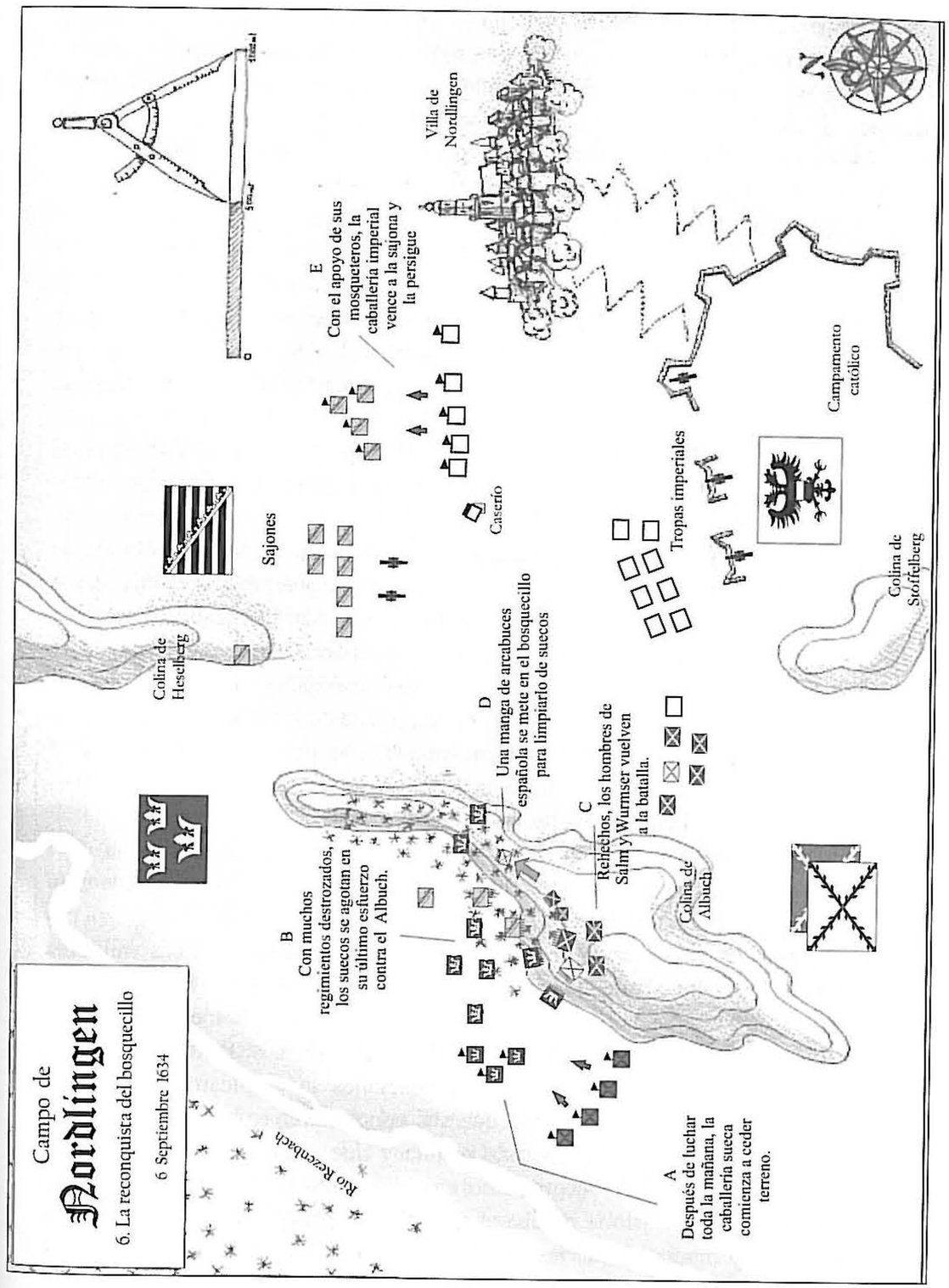
No cesaron en su empeño los de Horn, que a cada paso topaban con más resistencia y veían más claras sus filas. Después de calentar sus cañones a costa de la infantería de la Liga de Heilbronn, los mosqueteros avanzados de los Tercios de Guasco y Paniguerola, junto con el Regimiento imperial de Schwazenberg, formaron y se hicieron un hueco entre sus compañeros de Toralto e Idíaquez, mientras que muchos de los novatos de Salm y Würmser, ya repuestos, volvían al combate sobre la loma.



La batalla empezaba a decidirse, pero aún distaba de estar ganada. El cardenal-infante permanecía atento en su puesto de mando y aguantaba como los demás el cañoneo protestante, que no iba muy errado, pues acabó a su lado con la vida del coronel Ayaso. Enfrente, Bernardo de Weimar se decidía por fin a avanzar, no antes de las diez de la mañana, cuando sus aliados suecos llevaban ya cinco horas soltando y tragando plomo. Su caballería, que hasta entonces había estado muy graciosamente asentada sobre una colina, sacó la espada y bajó a la carga, dando de frente con la del duque de Lorena. Cerraron las dos formaciones, pero los de Heilbronn se llevaron la peor parte, pues Matthias Gallas había tenido el cuidado de llevar varias piñas de mosqueteros hasta un caserío cercano. A cubierto por sus muros hicieron fuego contra los herreruelos sajones, abatiendo a no pocos y dando la victoria a los suyos, que buen cuidado tuvieron de remacharla soltando a los jinetes croatas, que viendo a los enemigos en fuga se lanzaron a la caza.

Por el otro extremo del campo de batalla y harto ya de aguantar ofensas y cañonazos, el sargento mayor Orozco llamó a los suyos y tirando de una de las mangas de sus mosqueteros se adelantó hasta meterse a estocadas por el maldito bosquecillo que tantas penalidades había costado. No pedía tregua el enemigo y allí se entabló pelea cerrada, que por estorbar las picas entre los arbustos y el ramaje fue más de espada y de tiro a cara de perro. Los suecos tenían el bosque sembrado de muertos y heridos, los restos de sus Regimientos Amarillo, Negro y Azul, pero no por eso cedieron, devolviendo lo mismo plomo que cuchilladas. Pero a esa altura de la batalla la posición estaba sentenciada. El soldado que tuviese ocasión de mirar entre los troncos hacia fuera de la arboleda sólo vería a la caballería de Piccolomini y la de Dentichi, que dueña de los alrededores soltaba pistoletazos desde los costados, mientras que los españoles iban ganando árbol por árbol, avanzando para adentro con las espadas rojas de sangre.

A las doce del mediodía los tambores redoblaban sobre la colina de Albuch. Los tercios que esperaban en lo alto comenzaron a bajar a paso lento, desplegando banderas y calando las picas, sin que hubiese ya fuerza capaz de pararles. Después de siete horas de batalla y tras rechazar quince asaltos, los de Toralto y los de Idíaquez sentían que al bajar aquella colina les volvían las fuerzas a los brazos y el fuelle a los pulmones, capaces de aplastar a cuantos enemigos se les fueran encima. Pero a los suecos ya no les quedaba ni brío ni resuello para aguantar el envite y viéndolo ya todo perdido comenzaron a



replegarse en muy mal orden, siguiendo el ejemplo de sus mandos. Los últimos defensores del bosquecillo se rindieron o tiraron las armas para buscar la salvación en la huida. Cuando los hombres del sargento mayor Orozco llegaron por fin al campo abierto del otro lado y subieron hasta el Heselberg no vieron los escuadrones de Bernardo de Sajonia, sino el caos de un ejército desmoronado y en desbandada que se retiraba en todo su frente buscando el camino de Ulm. La batalla de Nördlingen, que empezó en el bosque, en el bosque terminó.

La batalla podía darse por acabada, pero no la carnicería. Los protestantes se retiraban sin mantener orden ni formación, frenados y apelotonados ante las aguas del Rezenbach. Era mediodía y ya llevaban 8.000 muertos, pero la jornada no iba a terminar sin otros 9.000 más. La caballería croata se mostró extremadamente letal, acabando con los fugitivos por miles, y no sólo entre los suecos, muy rotos después de tanta batalla, sino también entre los sajones.

El 6 de septiembre de 1634, en el campo de Nördlingen se quebraba el mito de la invencibilidad del ejército sueco y la balanza de la guerra se movía de nuevo para el lado de los católicos. Cierto es que Suecia aún mantendrá fuerzas en Alemania hasta el final de la guerra, pero ya no será nunca más la potencia hegemónica de centroeuropa. La alianza hispano-imperial había resultado un éxito completo y la victoria total en el campo de batalla abría el camino hasta Bruselas para el ejército del cardenal-infante, que pudo atravesar lo que le quedaba de Germania sin que hubiese enemigo que le cerrara el paso. La fama de Nördlingen le iba por delante.

✠

La batalla del 6 de septiembre demostró que las nuevas tácticas militares diseñadas por Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo de Suecia no habían aún madurado lo suficiente como para imponerse al viejo escuadrón español. Cierto era que su ordenación en regimientos era más eficaz y flexible, como se demostró más tarde, cuando todas las naciones la emplearon, incluso la española. Pero también era cierto que sus contramarchas eran más efectivas sobre el papel que en el campo de batalla y que frente a un enemigo bien equipado con armas de fuego como eran los tercios no había una ventaja apreciable. Lo contrario le pasaba al escuadrón español, que si bien en teoría era arcaico y macizo, en la batalla se mostraba eficaz y flexible. Cuando era

menester se apretaba y era duro como un peñón, pero si la ocasión lo requería soltaba sus mangas de mosquetes, que volaban de una unidad a otra con la misma eficacia que limpiaban un bosque o apoyaban a la caballería. El tercio no quedó superado hasta treinta o cuarenta años después, cuando el volumen de los ejércitos aumentó hasta duplicar y triplicar las cifras de Nördlingen y cuando el fusil con bayoneta se impuso de forma definitiva.

Otra seria lección se puede aprender de esta batalla: el muy importante papel ganado por la caballería. Su peso en la victoria fue casi tan grande como el de los tercios, magníficamente dirigida por Gambacorta y Piccolomini. Gracias a ella el enemigo no halló un palmo de campo despejado para mover sus regimientos. La caballería obligó a los suecos a atacar una y otra vez por el mismo corredor, sin hueco para maniobras ni otros despliegues. Además, si Nördlingen tuvo tanto peso fue también por la implacable persecución y matanza del enemigo por parte de la caballería, hasta trasformar su derrota en un desastre.

A partir del segundo cuarto del XVII las batallas las iban a ganar los ejércitos enteros, y no la infantería tan sólo. Un elemento del que se habría tenido que tomar muy buena nota, como por entonces lo estaban haciendo los franceses. No fue así y España siguió restando valor a la caballería y dejándola en manos de extranjeros. Un error que se pagaría —y muy caro— en Rocroi.

✠

Pero en 1634 aún faltaba mucho para Rocroi. El 4 de octubre el cardenal-infante Don Fernando entraba victorioso en Bruselas seguido de sus temibles tercios, culminando aquel periplo que sobre el papel parecía imposible un año antes. No perdió el tiempo y al poco caía en sus manos la hasta entonces inexpugnable fortaleza de Schenkenschans. La pieza era de enorme valor, pues ocupaba una posición clave en las líneas defensivas de las Siete Provincias, perforando la barrera de los ríos justo donde el Rin se partía en dos brazos.

La fase sueca de la Guerra de los Treinta Años estaba concluida y el bando católico seguía con una notable ventaja. Derrotados, los protestantes buscaban congeniarse con el emperador, que ahora se mostraba más práctico y tolerante y menos propicio a escuchar a los jesuitas y a los fanáticos ultra católicos. En 1635 se firmaba la Paz de Praga, por la que el Imperio, Sajonia y Brandenburgo

se comprometían a unir sus fuerzas para expulsar de Alemania al invasor sueco. No tardaron en reconquistar Suabia, Franconia y Baviera. En enero de 1636 se rendían los 6.000 soldados de la guarnición del Gustavburg de Maguncia y los suecos se veían obligados a replegarse al norte del Main.

La fuerza de Suecia ya no se mantenía. Desde su entrada en la guerra, el reino del norte había perdido más de cien mil hombres y el país se estaba quedando despoblado[62]. El primer ministro, Oxenstierna, estaba cada vez más atento a Polonia, donde la guerra afectaba a los intereses del reino y no era tan sólo una cuestión de reputación como en Alemania. Los pocos príncipes protestantes germanos partidarios de seguir la lucha, solos no eran rivales para el Imperio. El *langrave* Guillermo de Hesse-Kassel, calvinista recalcitrante y único aliado fiel de la Corona sueca, fue atacado y perseguido por todos los frentes y terminó en el exilio. Hanau, el último bastión protestante de Renania cayó en 1637.

Muchos pensaban que a la guerra la quedaba poco. Pero no era esa la opinión del cardenal Richelieu. Aquella guerra no iba terminar hasta que Francia hubiese asegurado su hegemonía sobre el valle del Rin y sobre media Alemania al menos. Si ya no había aliados a los que azuzar, era la hora de tomar el relevo.

En 1635 el reino de Francia declaraba la guerra a España.

[62] Sirva como ejemplo que de los 230 jóvenes que la localidad sueca de Bygdea mandó a las guerras de Alemania entre 1621 y 1639, dieron por muertos a 215, y de los quince que regresaron, cinco lo hicieron mutilados.

CAPÍTULO VII

LA FASE FRANCESA

Que la muy católica Francia, regida por el Rey Cristianísimo y a las órdenes de un cardenal de la Iglesia romana tomara las armas en el bando de los defensores de la Reforma podría parecer chocante[63]. Pero, para esas alturas, la Guerra de los Treinta Años tenía muy poco que ver con el primitivo conflicto entre el imperio y los protestantes de Bohemia. Para 1635 la guerra había superado por completo tanto el ámbito religioso como el germano. Alemania ya no era la causa de la pugna, sino tan sólo un campo de operaciones para los ejércitos extranjeros.

El principal objetivo de Richelieu era, por el momento, evitar otro Nördlingen, es decir, romper la cooperación entre las dos ramas de los Habsburgo, que tantos pesares había traído al reino. Por ese motivo, Francia no tuvo reparos en mostrar toda su hostilidad contra España, ya fuera en Flandes, en Italia o en la Valtellina. Por el contrario, no mostraba interés en guerrear contra el Imperio. Divide y vencerás.

[63] Poco se sorprendería un buen conocedor de la historia francesa. Un siglo antes otro Rey Cristianísimo, Francisco I en concreto, había firmado su alianza, si no con el demonio, sí con el Sultán de Constantinopla. En tiempos de Solimán se llegó a ofrecer el puerto de Marsella como base y refugio para las galeras del pirata Barbarroja.

Al otro lado del tablero, Olivares movía sus piezas. El nuevo conflicto contra Francia exigía toda su atención y bajo su supervisión se diseñó un ambicioso proyecto de invasión que pusiera contra las cuerdas a Luis XIII y a su viejo cardenal.

El plan se basaba en un ataque doble. Por un lado, el cardenal-infante Don Fernando marcharía con sus tropas desde Flandes en dirección a París, mientras desde Cataluña el propio rey Felipe IV dirigiría un segundo ejército que clavaría sus picas en Francia desde el sur, conquistando el Languedoc. Un plan soberbio, que de llevarse a cabo como defendían los estrategas de la corte podría acabar con la guerra y garantizar otros cincuenta o cien años de supremacía para la Casa de Habsburgo.

Fernando cumplió con su parte y en el verano de 1636 sus tercios rompían la frontera y dejaban atrás los Países Bajos para avanzar por suelo francés. En una brillante campaña tomaba Le Bec de la Chapelle, Saint-Leger de Le Châtelet y el 15 de agosto se plantaba en Corbie, conquistando la plaza y de camino los puentes sobre el río Somme que le dejaban el paso franco hasta la misma París. La caballería de avanzada llegó a sembrar el terror en las cercanías y arrabales de la capital, que fue puesta en estado de alerta mientras sus habitantes la evacuaban por miles, temiendo quedar encerrados en un asedio o lo que era peor, la furia de los tercios. Lo mismo hicieron el rey Luis XIII y su ministro Richelieu, que dieron la ciudad por perdida, pues París no tenía por entonces más que unas pobres murallas medievales, incapaces de hacer frente a la artillería de los españoles. Los enemigos del cardenal lo hacían responsable de aquel desastre y a punto estuvo Su Eminencia de perder el favor del rey.

Pero el cardenal-infante nunca llegó hasta París. Y no fueron sus tercios ni su mando los que fallaron, sino el otro diente de la tenaza. El rey Felipe no se movió de España, ni hubo invasión del Languedoc, que incomprensiblemente se retrasó para el año siguiente. Viendo que el plan general se había venido abajo, las fuerzas españolas regresaron a sus bases. Los parisinos volvieron a sus casas, pero tardaron mucho en olvidar *l'année de Corbie*[64]. El cardenal-infante Don Fernando, que fuera vencedor de Nördlingen, murió siendo gobernador de Flandes en 1641 sin poder realizar la invasión conjunta de Francia. Tenía treinta y dos años.

✠

[64] El *Año de Corbie*, 1636.

El cardenal Richelieu no podía estar menos satisfecho por los escasos frutos militares obtenidos desde 1635. Las ingentes sumas gastadas en renovar por competo sus ejércitos y las campañas metódicamente planeadas en todos los frentes posibles no habían ofrecido ni una sola victoria de porte. Mucho cuidado había puesto Su Eminencia en dejar claro que su hostilidad iba contra España y no contra el Imperio, y tanto era así que las fuerzas galas en Germania no luchaban en nombre de su rey, sino *sud le nom* de Suecia. En cuanto a la guerra contra el Rey Católico, el ataque a la plaza de Tillemont, en Flandes, había resultado un fracaso completo, y el descalabrado desembarco francés en Fuenterrabía sólo había servido para que el orgulloso Olivares se diera el gusto de poner una batalla en el fondo del retrato ecuestre que le pintaba Velázquez. Cierto era que se había conquistado Alsacia, pero gracias a los esfuerzos de los aliados germanos y no por mérito francés.

Y eso que las fuerzas empleadas eran considerables. Francia era un país grande, rico y muy poblado, capaz de movilizar unos contingentes notables. Y por si faltaban franceses, estaban los mercenarios suizos y escoceses. En 1635, en los registros de Richelieu figuraban no menos de 115.000 infantes y 9.500 jinetes.

Pero al menos hasta 1640 España seguía siendo superior en lo militar. La habilidad política y diplomática y la abundancia de liquidez no iban a compensar la falta de preparación castrense de sus tropas ni la poca experiencia de sus generales. Hasta entonces, Francia sólo había luchado en campañas cortas y puntuales y nunca contra un enemigo de su talla. En 1636, el comandante Montglant contaba que un francés que fuese veterano de la campaña de los Países Bajos era escuchado por sus compatriotas como un oráculo.

Pero al gobierno de París no le faltaban hombres, ni tampoco fondos para armarlos y equiparlos. Previsor, el cardenal había retrasado la entrada de Francia en la guerra hasta el máximo con la intención de sanear sus finanzas antes de dar un solo cañonazo. A diferencia de España, el rey de Francia iba a tener soldados y recursos para hacer más de una campaña a la vez.

Por el contrario, la Corona española no tenía fuerzas para mantener guerras como aquella, donde el volumen de los ejércitos aumentaba continuamente, superando las posibilidades de enrolamiento de la cada vez más pobre y despoblada Castilla. Los españoles serían los mejores soldados del mundo,

pero reunir cien para formar una compañía era cada vez más difícil. La crisis económica y demográfica era evidente y no iban a ser las victorias en el extranjero las que levantaran el comercio ni llenaran de trigo los silos.

Desde los tiempos de Felipe II los gastos regulares de la Corona se cubrían con los impuestos de sus dominios en Europa. De los cinco millones de ducados que entraban anualmente en las arcas reales a finales del XVI, uno venía de Flandes, otro de Nápoles y otro de Sicilia y Lombardía. Castilla y los otros reinos peninsulares ponían al servicio del rey un millón y medio más. Estos se podían considerar ingresos fijos y como ya se ha dicho se empleaban en los gastos habituales y necesarios para el funcionamiento del estado. El medio millón de ducados que falta hasta completar los cinco venía de las Indias y por ser una cantidad variable se empleaba en los gastos extraordinarios, como las campañas militares. Pero en el siglo XVII las minas de Potosí se resentían y a los peligros naturales de llevar la plata por mar se unía un número cada vez mayor de piratas y corsarios. Las cantidades llegadas de América disminuían notablemente, mientras que los territorios europeos del Rey Católico estaban cada vez más esquilmados y empobrecidos. La peste había arrasado el norte de Italia y de Castilla poco más se podría sacar.

Como solución de sus problemas militares[65], el conde-duque proponía desde 1626 su llamada Unión de Armas, es decir, extender a los otros reinos y territorios españoles de la Corona la carga de sostener y engrosar el ejército, pues hasta entonces ni Navarra, ni Aragón, ni Cataluña, ni Valencia mandaban hombres a la guerra ni se hacían cargo de los gastos militares. Los portugueses colaboraban con hombres y barcos, pero siempre empeñados en emplearlos en la defensa exclusiva de sus dominios de ultramar, contra los holandeses de Brasil y los piratas chinos en oriente.

La propuesta del valido podría parecer razonable —de hecho, eso y más harán en el siglo siguiente los Borbones— pero chocaba de lleno con la organización política de la península ibérica, que en el XVII aún tenía una estructura medieval, con leyes y usos que se remontaban al siglo XIV o antes incluso. En principio, la intención de Olivares era fundir los distintos reinos y principados de la península hasta dar forma a una única nación española, pero para ello defendía la reducción a las leyes de Castilla, es decir, que fuese el cuerpo

[65] Los problemas económicos y sociales, auténtico cáncer del país, nunca fueron abordados de firme.

jurídico castellano el empleado en todos los dominios ibéricos, desechando las legislaciones locales tradicionales. Desde los territorios periféricos esto se veía no como una hispanización —ya de por sí difícil de tragar— sino como una castellanización del todo intolerable.

Para hacer frente a las enormes necesidades militares de la Corona, la Unión de Armas que proponía el valido planeaba —como siempre muy por encima de las posibilidades reales— crear una reserva común de 140.000 hombres, no en servicio permanente, pero sí listos para tomar las armas en cuanto la ocasión lo exigiera. De haber alguna contienda se movilizaría de inmediato un séptimo de esta tropa, es decir, 20.000 soldados de infantería más 4.000 jinetes, que marcharían al frente. De tener que asumir varias campañas a la vez, se llamaría a filas a tantos séptimos como hiciese falta.

No explicaba Olivares de dónde iban a sacar los valencianos, los catalanes y los aragoneses tantos mozos, sin acabar tan despoblados como Castilla. Pero para llevar esta propuesta adelante el rey se reunió con las cortes de Aragón en Barbastro, con las de Valencia en Monzón y con las catalanas en Barcelona. Poco se sacó de estas últimas pero los valencianos y aragoneses cedieron en parte, aunque no en soldados, sino en dinero para que fuesen reclutados en otro sitio. Una solución tan parcial como mala, pues no era de plata de lo que más escasa estaba la Corona —que lo estaba, y por eso se aceptó— sino de hombres. Además, y esta fue otra consecuencia nefasta de la falta de acuerdo, los ejércitos reales siguieron estando formados en su mayoría por castellanos, que de estar acantonados en otras regiones de España eran vistos no como tropas propias, sino como extranjeras. Y esto será, justamente, uno de los elementos que lleven a España a la derrota y la ruina en la Guerra de los Treinta Años.

Como ya se ha dicho, las cortes de Aragón y Valencia acataron parcialmente la voluntad real y aceptaron en parte los principios de la Unión de Armas. Pero no así las catalanas. La tensión entre Barcelona y el gobierno de Olivares fue creciente, pues el valido no se caracterizó nunca por su mucho tacto, y en su megalomanía se irritaba al ver como sus planes quedaban en nada, bloqueados por todo tipo de artimañas y argucias legales. Al menos y por el momento, esos conflictos sólo implicaban a la Corona y a los magistrados y juristas catalanes. El pueblo llano no se sintió afectado hasta el verano de 1639, cuando los franceses conquistaron el importantísimo castillo de Salses, en la frontera del Rosellón.

No se podía dejar una plaza tan vital en poder de los galos, así que se hizo un notable esfuerzo militar para su inmediata reconquista. Viendo el peligro tan cerca, Cataluña colaboró activamente y el castillo volvió a manos españolas el 4 de enero de 1640. Pero no iba a ser posible bajar la guardia, por lo que decidió dejar en el principado varios tercios con los que repeler la amenaza francesa.

No era costumbre ver en España fuerzas acantonadas, pues los tercios solían estar en bases alejadas, en Italia o en Flandes. Y menos aún estaban acostumbrados los aldeanos catalanes, que veían a aquellos soldados, todos castellanos o italianos, como extranjeros. Casi no había soldados catalanes en los ejércitos del Rey Católico pues, como se ha visto antes, mucho cuidado pusieron las cortes de Barcelona en rechazar la Unión de Armas y evitar que sus mozos siguieran las banderas del rey. Para complicar la ya de por sí tensa situación, una pragmática real publicada en mayo de 1640 ordenaba enhoramala que aquel ejército fuera mantenido, pagado y alojado por los catalanes.

Bien supieron de aquella pragmática las tropas, que preferían alojarse en las casas de los civiles que en los barracones del rey. De inmediato empezaron a exigir vituallas y acomodo, como si se encontrasen en un país conquistado. De hecho, los soldados castellanos veían a los payeses del Ampurdán tan extranjeros como los aldeanos de Flandes pues, en honor a la verdad, ese sentido de hispanización por el que tanto abogaba el conde-duque les era tan ajeno a catalanes como a castellanos.

La práctica de alojar las tropas en las casas de los paisanos era algo común en Italia o Flandes, pero algo completamente ajeno a Cataluña. El desconocimiento mutuo provocó todo tipo de recelos por parte de los civiles, algo muy comprensible viendo como fallaba el rigor de los mandos y la disciplina. Ante cualquier negativa las tropas no atendían a razones y se cometieron un sin número de abusos y desmanes. No era aquello algo excepcional. La Guerra de los Treinta Años conoció todo tipo de pillajes, no menos terribles cuando venían de parte del ejército enemigo o del propio. En 1632 un patricio de Nuremberg escribía: *Durante tres meses hemos estado sitiados por nuestros enemigos; y durante cuatro hemos sido devorados por nuestros amigos.*

Los que más los sufrían eran los campesinos de las pequeñas aldeas y las granjas aisladas. En muchas regiones de Alemania, hechos ya a los terribles

avatares de la guerra, los habitantes de las pequeñas poblaciones mantenían rondas de vigilancia, para alertar de la llegada de tropas, ya fuesen católicas o protestantes, y salir huyendo al interior de los bosques con sus familias y ganado. Tampoco facilitaba el trato la temible fama de los tercios, exagerada en muchos casos, que recordaba los temibles saqueos de Amberes y otras villas de Flandes. Muchos eran los que se negaban a alojar a la tropa, como ocurrió en la población de Santa Coloma de Farnés, que al ver llegar el tercio de Don Leonardo de Moles cerró sus puertas como si de una hueste enemiga se tratara. Y no iban muy descaminados, pues los de Moles terminaron asaltando e incendiando la villa, incluida la iglesia. Algo similar ocurrió en Riudarenas y en otras muchas aldeas de la Garriga.

Por la nefasta pragmática del rey, a los soldados no les quedaba otro modo de obtener víveres que solicitándolos a los payeses, y en muchos casos estos preferían perderse a entrar en contacto con una tropa a la que odiaban y temían. Por si fuera poco, los saqueos y destrucciones cometidos por los soldados en las iglesias hizo que el obispo de Gerona los excomulgase, introduciendo en la pugna el elemento religioso, que en España suele justificar todo tipo de violencias[66].

El 7 de junio de 1640, día del Corpus y siguiendo la costumbre, las cuadrillas de segadores acudían a Barcelona para buscar patrón para la siega. Pero en esta ocasión aquella congregación terminó, primero, en una sangrienta algarada y, con el asesinato del virrey, en una rebelión abierta. Aún podrían haberse llevado las aguas a su cauce, como intentó el duque de Cardona, nuevo virrey, que aprovechando la inquietud de los *consellers* y de la demás oligarquía catalana por el carácter violento y popular de la revuelta, intentó poner orden y castigar por igual a los amotinados que a los oficiales de los tercios causantes de los desmanes. Pero aquí fue donde el conde-duque de Olivares cometió uno de los mayores errores políticos de su carrera.

El templado duque de Cardona, que estaba dirigiendo la crisis con bastante acierto, fue cesado como virrey y en lugar de quitar hierro a la situación se optó por la mano dura. Se decidió poner orden en Cataluña por las bravas, mandando al Principado un poderoso contingente militar. Se reunió una fuerza notable, sacando tropas de las guarniciones de Portugal —mala ocurrencia— y acudiendo a los tercios de Italia y las milicias de Castilla, de León, de

[66] Argumento válido tanto para los defensores de la Fe como para los anticlericales.

Extremadura y Andalucía. Hasta se llamó a las unidades acantonadas en Mallorca, que sin tropas quedaba desarmada y expuesta a las depredaciones de los piratas berberiscos.

Las noticias de estos preparativos de invasión llegaron pronto a Cataluña y sólo sirvieron para inquietar a los pacíficos, soliviantar los ánimos de los rebeldes y dar pie a demagogos como el canónigo Pau Clarís. El 17 de enero de 1641 se proclamaba la República Catalana independiente, república que sólo iba a durar siete días, pues ante las dificultades para manejar a las clases populares que formaban su fuerza de choque, los patricios catalanes optaran por vincularse a Francia el 24 de enero, cuando la Generalitat reconocía como soberano y conde de Barcelona a Luis XIII.

No perdió la ocasión Richelieu, que de inmediato ocupó Cataluña con sus tropas, derrotando al ejército real enviado por Olivares en la batalla de Montjuich y asegurándose el control sobre aquella excelente cabeza de puente contra España.

No acababan ahí los males de la Corona. En diciembre de 1640 era el desguarnecido Portugal el que se levantaba contra el rey Felipe para recuperar su independencia, dirigido por el duque de Braganza, al que ya llamaban Juan IV. También hubo revueltas en Italia y en Andalucía, Navarra y Aragón. El estado se desmoronaba desde dentro. El impopular gobierno de Olivares, responsabilizado de todas aquellas calamidades[67] perdía el favor del rey y caía el 17 de enero 1643 con gran júbilo popular, como si la desaparición del valido fuera a suponer el fin de todos los males y calamidades que mortificaban al reino. El conde-duque se retiró a Toro, donde murió, loco, dos años después. Pero no iba a ser Don Gaspar el único protagonista en abandonar el escenario. Un mes antes de la caída del valido, el 4 de diciembre de 1642, terminaba la vida de Armand Jean du Plesis, cardenal de Richelieu. No tardaba en seguirle su rey, Luis XIII. Muerto Richelieu y con un niño en el trono —el muy joven Luis XIV— el gobierno efectivo de Francia fue a manos del también cardenal Mazarino, quién comenzaría el nuevo reinado con una sonada victoria sobre los españoles: Rocroi.

[67] En el Antiguo Régimen, y no sólo en España, las clases populares hacían responsable de todas las penurias a los ministros, nunca al rey, al que consideraban casi como una figura sagrada. Pero cuando esta veneración casi religiosa se rompía, las consecuencias solían ser dramáticas para el monarca, como por entonces le pasó a Carlos I de Inglaterra o más tarde a Luis XVI de Francia.

LAS CAMPAÑAS DE 1642 Y 1643

La situación de la Corona española era dramática en la primavera de 1642. Las rebeliones de Cataluña y Portugal habían superado con creces las posibilidades de control por parte del estado. Tradicionalmente, España había sido un país casi desmilitarizado, pues sus ejércitos se encontraban siempre en teatros extranjeros, desperdigados por media Europa desde Amberes a Nápoles. Sin fuerzas para enfrentarse a las dos a la vez, el esfuerzo se centró en la reconquista de Cataluña, manteniendo por el lado de Portugal una guerra de baja intensidad, hasta el fallido asalto de años después.

No estaban ociosos los franceses y en 1642 tenían como objetivo la villa de Perpignan, el único obstáculo en el camino hacia su cabeza de puente de Cataluña, puerta abierta para el asalto de la hasta entonces inexpugnable España. Caído en desgracia el conde-duque de Olivares, el nuevo privado del rey Felipe IV era Don Luis de Haro que, consciente del peligro en el Rosellón, mandó orden al gobernador de Flandes, Don Francisco de Melo, para lanzar un ataque de distracción contra el vulnerable flanco noroeste de Francia y así obligar a Mazarino a redistribuir sus fuerzas y rebajar la presión contra Perpignan.

Siguiendo esa indicación, de Melo, Maestre de Campo General, tomó Lens y buscando batalla contra el ejército de Champagne del mariscal de Guiche lo batió en Honnecourt. Una victoria completa, en la que los franceses dejaron sobre el campo de batalla 6.000 muertos y perdieron, entre otras banderas, la Corneta Blanca del rey de Francia y el estandarte del Delfín. No hubo más frutos de la victoria, pues el gobernador de Flandes no aprovechó la derrota francesa para capturar ninguna plaza importante. A la primavera siguiente los galos volvían a actuar en Cataluña, por lo que se optó por repetir la operación de distracción, buscando esta vez rentabilizar la campaña con la toma de alguna plaza fronteriza. Se escogió la villa de Rocroi, que según los informes tan sólo tenía una guarnición de 500 hombres. Aquella iba a ser una buena ocasión para poner a prueba al gobierno francés del cardenal Mazarino, y más en el complicado trance del cambio de monarca, pues acababa de fallecer Luis XIII.

Envalentonado tras su victoria en Honnecourt del año anterior, Don Francisco de Melo no esperaba una seria respuesta por parte de los franceses y, conociendo lo reducido de la guarnición se figuraba que la plaza caería al poco.

El 16 de mayo plantaba sus banderas delante de las murallas de Rocroi y seguro de sí no se molestó en ordenar que se cavaran cordones ni obras de circunvalación para protegerse de los ataques del exterior. No era esa buena práctica, pues los que sabían de las fatigas de la guerra —como recordaba el duque de Alburquerque— *nunca dejaban de alabar, por bueno, el fortificarse, temiendo siempre al enemigo hasta el día de pelear, que entonces es cuando no ha de temerle.* Tampoco se preocupó Don Francisco de Melo en cerrar los accesos hasta la villa. No habría sido tarea difícil, pues por el lado de la Champagne el único camino transitable para un ejército pasaba obligatoriamente por un desfiladero, donde una pequeña tropa habría podido cortar el paso a cualquier fuerza de socorro.

Una a una se estaban incumpliendo todas las leyes militares sobre el asedio de una plaza. Un exceso de confianza como aquel podía costar muy caro. Y más teniendo enfrente al que sería uno de los más célebres generales franceses, que pasaría a la historia como el "Gran Condé".

Luis de Borbón, duque d'Enghien, contaba en 1643 tan sólo con 22 años. Aún no era el príncipe de Condé, título que no heredaría hasta la muerte de su padre un tiempo después. Tenía a sus órdenes una fuerza semejante a la de Melo y viendo el paso libre avanzó con su tropa de socorro hasta la llanura que rodeaba Rocroi. La caballería del mariscal Gassion iba en vanguardia y divisó a lo lejos las torres de la villa en la tarde del 18 de mayo. Detrás iba todo el ejército francés, que de inmediato tomó posiciones para el combate. D'Enghien sabía que las fuerzas del barón de Beck se acercaban a marchas forzadas con refuerzos para los sitiadores, incluyendo al Tercio de Ávila. No tenía intención el duque en permitir que el enemigo ampliara su número, así que se dispuso todo para dar la batalla nada más salir el sol, el 19 de mayo de 1643.

Don Francisco de Melo pasó una noche toledana colocando a sus hombres y yendo de un lado para otro hasta revisar cada detalle en la disposición de sus fuerzas. No hizo lo mismo el joven d'Enghien, que cenó y se acostó temprano, eso sí, dejando buen recado para que su artillería no callase ni dejase dormir a nadie en el campo enemigo. Los soldados de uno y otro bando pasaron la noche al sereno, sobre sus posiciones de combate, con las picas clavadas en el suelo y los mosquetes formando pabellones.

✠

LA BATALLA DE ROCROI

El campo elegido por Melo estaba flanqueado por dos barreras naturales. Al oeste los pantanos de Houppe y al este el bosque de Potées. Al norte, por detrás de los españoles, quedaba la villa asediada de Rocroi. Las dos formaciones andaban parejas en fuerzas, lo que no era buena noticia. No hay batallas más sangrientas que aquellas donde los contendientes tienen contingentes similares. Cuando uno de los dos bandos presenta una gran superioridad ya sea en hombres o en potencia de fuego, el enfrentamiento suele ser corto y la matanza más limitada.

Tanto d'Enghien como Melo habían desplegado sus tropas según los cánones tradicionales. La infantería en el centro y la caballería en las alas, con los cañones adelantados. Una disposición clásica.

Por el ala derecha de los españoles, pegando con el pantano, se encontraban los siete regimientos de caballería del ejército de Alsacia, mandados por el conde de Issembourg, acompañados por los auxiliares croatas. En el centro se desplegaba la infantería al mando del conde la Fontaine. La Fontaine era un viejo general que llevaba ya cincuenta años al servicio del rey y no se encontraba en condiciones de mandar en batalla alguna, pues no era capaz ni de montar a caballo y pretendía dirigir a su tropa desde su silla de manos.

La infantería formaba en dos líneas, dejando en la primera a seis poderosos y macizos escuadrones de españoles. Allí esperaban el Tercio de Castelví, el de Garciez[68] —que por ser muy numeroso formaba en dos escuadrones—, el de Alburquerque, el de Villalba y el de Velandia. Lo más selecto de la infantería española, llenos todos de veteranos, de soldados aventajados y de oficiales reformados. Siguiendo el despliegue hacia el oeste se encontraba el regimiento borgoñón de Saint Amour y tres italianos, los de Ponti, Visconti y Strozzi. La segunda línea la formaban nueve unidades más, cuatro alemanas y cinco valonas.

Por entonces, las unidades de infantería del ejército del Rey Católico se ordenaban según la normativa de 1636 dictada por el difunto cardenal-infante para sus campañas de Francia. Los tercios de españoles e italianos debían de

[68] El tercio de Garciez, con el nombre de su maestre de campo de entonces, Fuenclara, había destacado en Nördlingen nueve años antes.

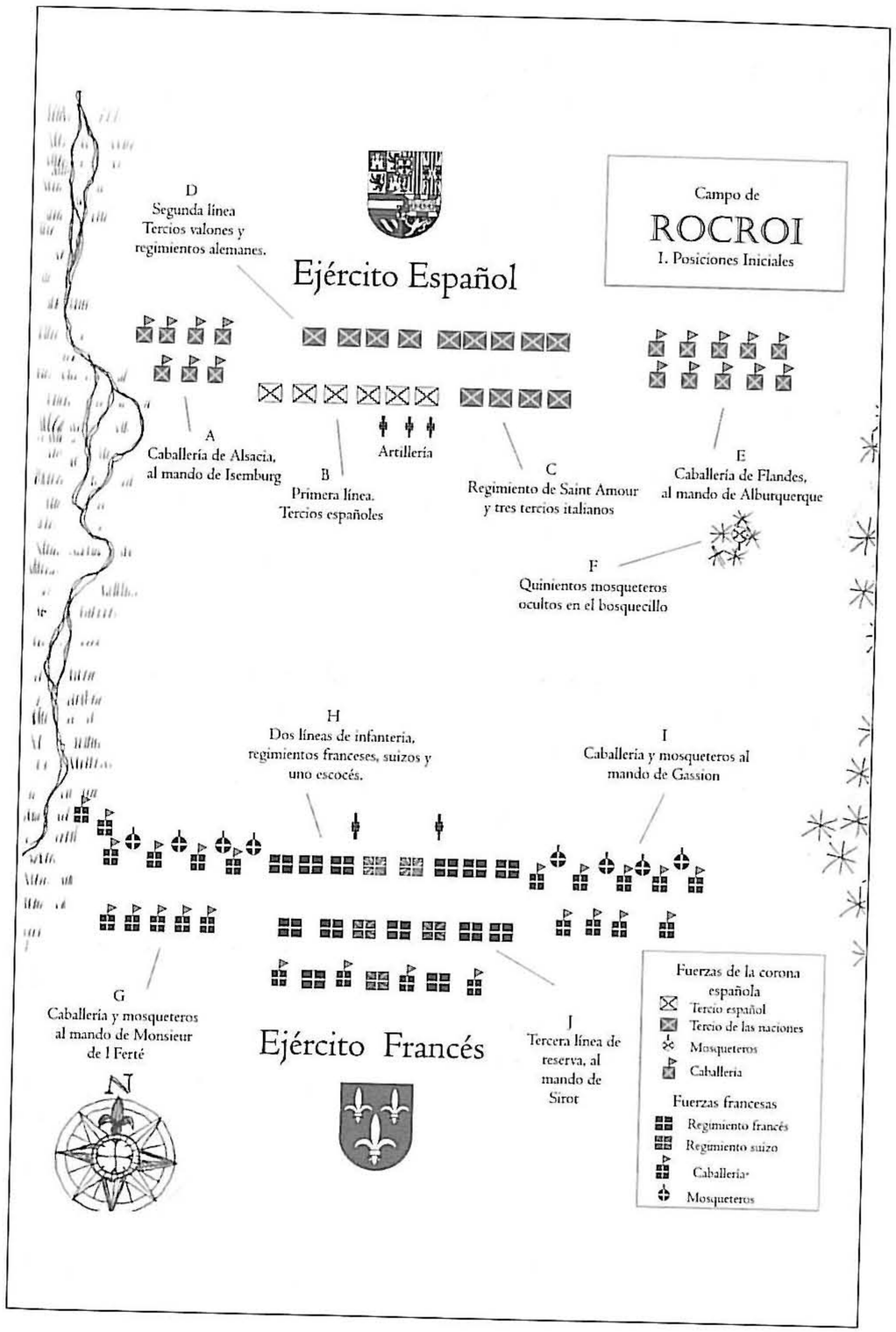
estar compuestos por quince compañías cada uno, de las cuales dos serían de arcabuces, con ciento sesenta arcabuceros y treinta mosqueteros, mientras que las otras trece serían banderas de picas, formadas por sesenta y nueve coseletes y ciento veintisiete mosqueteros. Examinando esta disposición se puede apreciar como en el grueso de las compañías la mayor parte de los hombres se armaban ya con el mosquete, que era el arma decisiva en la guerra. Aún así, se reservaban dos compañías de arcabuces —con sus treinta mosqueteros también— que por ir más sueltas y con menos peso se podían emplear en despliegues más abiertos o como fuerzas de avanzada, a la manera de la infantería ligera. Las banderas de picas, por el contrario, eran más potentes tanto por la superior potencia de fuego de sus mosquetes como por su severidad al repeler un ataque con sus líneas de coseletes, aunque por llevar tanto peso unos y otros no contaban con la flexibilidad de las de arcabuces[69]. A diferencia de las disposiciones anteriores, con la nueva normativa desaparecían los alabarderos, que hasta entonces seguían a los arcabuceros en sus marchas a la descubierta y los protegían de la caballería. Ya en la mitad del XVII, la alabarda había dejado los campos de batalla para conservarse en los palacios, en manos de las guardias de los príncipes.

Si en los tercios de italianos y españoles se mantenía la diferencia entre banderas de picas o arcabuces, los tercios valones, según la misma disposición del cardenal-infante, no tenían más que un único tipo de compañía, de ciento cuarenta y dos mosquetes y cuarenta y seis picas. Lo mismo pasaba con los regimientos tudescos, con treinta y dos coseletes y ciento cuarenta mosqueteros.

Volviendo con el despliegue español, éste se cerraba, ya tocando con el bosque, con la caballería de Flandes, mandada por el duque de Alburquerque en persona, que había dejado el mando de su tercio a su sargento mayor, Juan Pérez de Peralta[70]. En este costado y algo por delante de los españoles había un grupo de árboles separados, un bosquecillo que parecía una avanzadilla del bosque de Potées. Allí colocó el de Melo a quinientos de sus mosqueteros, que se escondieron cuerpo a tierra con la intención de sorprender a la caballería enemiga. No le parecieron bastantes al duque de Alburquerque, que pidió más infantería para reforzar su ala y para que combatiese junto a la caballería, como

[69] Aún así, las banderas de picas no eran lentas ni torpes al maniobrar.

[70] En algunas obras se cita como sargento mayor a Mercader, pero éste no tomaría el mando del tercio hasta octubre.



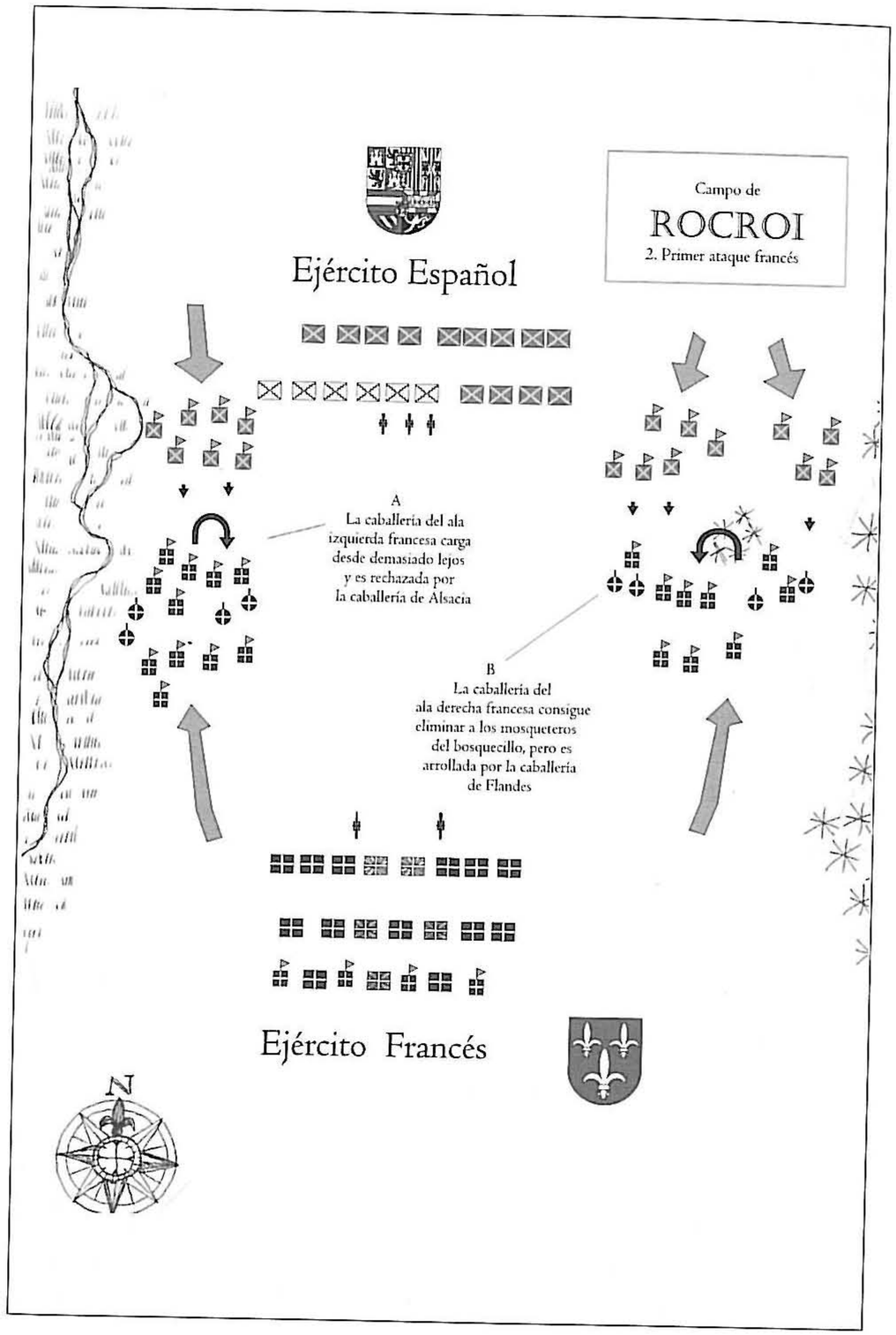
se hacía en el bando enemigo. Pero el viejo conde de la Fontaine, que era su superior, se negó a mandar más gente y ya dio por demasiados los quinientos soldados que había tenido que enviar para el bosque.

El duque de Alburquerque, que estaba al mando del ala izquierda, repasó de nuevo sus fuerzas y las halló todavía demasiado endebles, temiendo que fallara ese cuerno ante el enemigo y que por allí se colase todo el ejército francés. Viendo que el conde de la Fontaine no estaba por hacerle más caso, se dirigió en persona a Don Francisco de Melo, solicitando que, al menos, se cavaran trincheras por ese costado, pues muy flojo lo veía y temía que por él se fuese a perder la batalla. Pero el de Melo le respondió que no se iban a poder cavar esas trincheras que le pedían, pues no contaba con palas ni zapas para ello. Una respuesta muy sorprendente y muy poco apropiada para un general que había salido de Bruselas con la intención de asediar una plaza fuerte. Muy peregrina parecía la intención de dar cerco a una villa fortificada sin palas.

Por el lado francés la disposición de las tropas era parecida, aunque con algunas diferencias notables. Por ejemplo, d'Enghien sí había tenido la preocupación de colocar partidas de mosqueteros para reforzar a la caballería tanto en un ala como en la otra. Esa era una práctica heredada del ejército de Gustavo Adolfo y bien empleada daba unos resultados excelentes. Otra diferencia entre las dos formaciones radicaba en la potente reserva que tenían los franceses, que no se disponían en dos líneas, sino en tres, mandando la última el barón de Sirot. Dispuesto a dirigir personalmente la batalla, el joven duque formó con la caballería de monsieur de Gassion, en el lado derecho.

Cada ejército había dejado por delante su artillería, dieciocho bocas por el lado de los españoles y catorce por el de los franceses. Una vez que empezaba la batalla la artillería quedaba fija al terreno y por esa razón no era extraño que los cañones cayeran en manos del enemigo, lo que en principio no suponía nada. Las batallas del XVII no se decidían con la artillería, que podía mudar de dueño una docena de veces sin influir en el resultado; ni con la caballería tampoco, sino con la infantería. Hasta que los cuadros no fueran vencidos no se podía dar por ganado o perdido ningún combate.

Empezó la batalla con las primeras luces y el primer choque no pudo ir peor para los franceses. Por el ala derecha, la caballería de Gassion logró despejar el bosquecillo de mosqueteros españoles, pero perdió la formación en ello y,

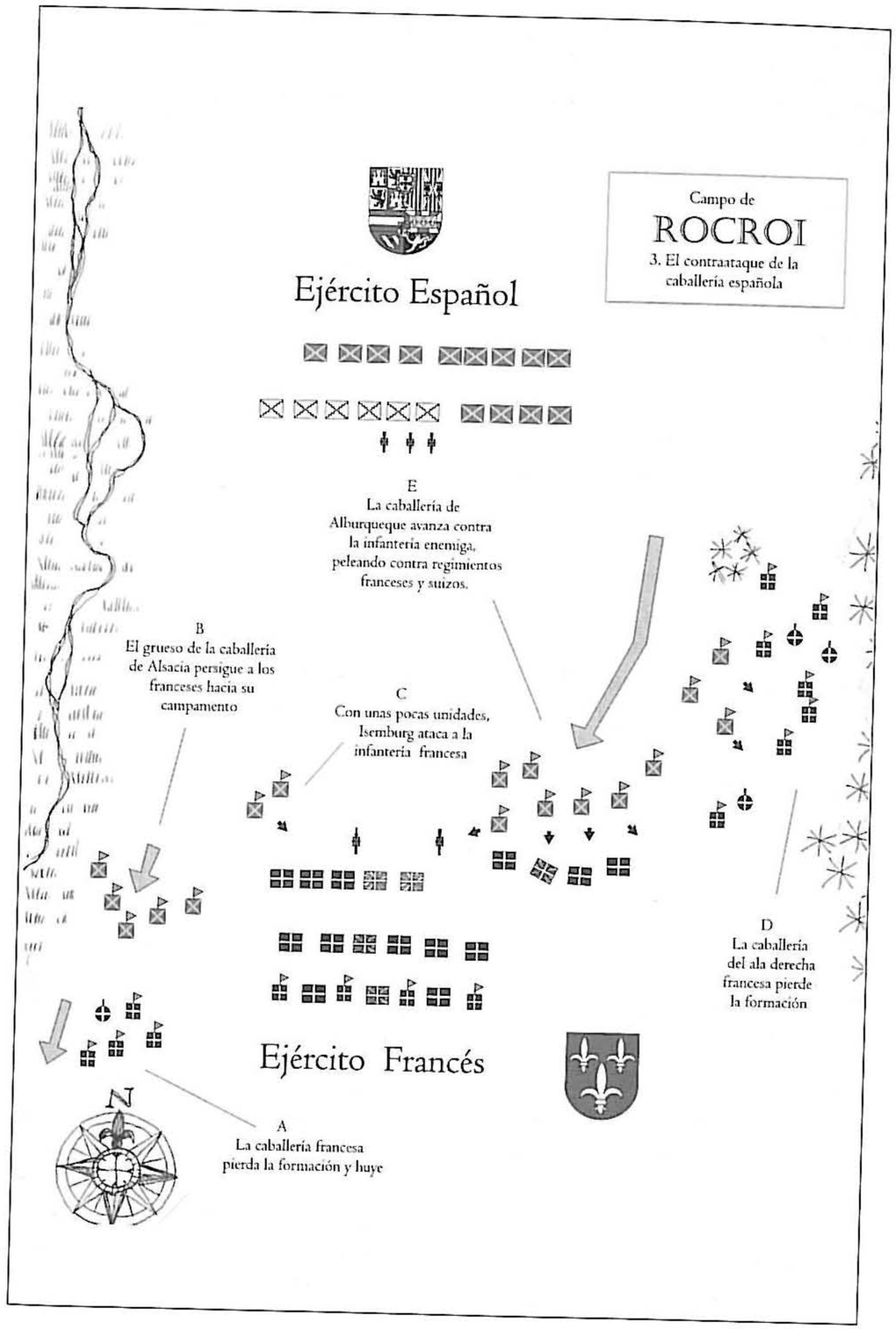


desbaratada, poco pudo ante la carga del duque de Alburquerque, que quitando de su camino a los caballos enemigos fue a dar con la infantería suiza que venía detrás. No lograron los infantes frenar la carga de la caballería de Flandes, que se abrió paso hasta capturar la primera de las baterías francesas. Tampoco por el otro costado le iban mejor las cosas a los galos. En su cuerno izquierdo, monsieur de la Ferté cargó con su caballería desde demasiado lejos y con tan mala fortuna que terminó sin resuello y deshecho por los jinetes de Issembourg. Desde sus posiciones, los soldados españoles asistían al espectáculo y, viendo a los franceses con las dos alas quebradas y a sus cañones capturados, dieron la batalla por ganada, dando vítores y quitándose los sombreros para saludar a los jinetes.

Pero era pronto para eso. En el ala derecha española la caballería de Alsacia, victoriosa, se lanzó en persecución de los vencidos, como era lo propio, pero en lugar de decidir el combate con la conveniente carnicería, los herreruelos y los auxiliares croatas optaron por despegarse e ir a llenar la bolsa saqueando el campamento enemigo, apartándose de la batalla cuando más necesarios eran. Para sumar otro error, ni Melo ni la Fontaine supieron aprovechar el momento de debilidad de los franceses ordenando el ataque de los tercios. Los disciplinados escuadrones de infantería no dieron ni un paso para empeñar la batalla contra la infantería francesa, siguiendo el avance de su caballería. Ni se movieron entonces ni lo hicieron después. De hecho, no iban a dar un paso en toda la batalla.

De haber estado otro general al mando y desbordados por las dos alas, los franceses se habrían retirado. Pero el duque d'Enghien conservó el aplomo. A lomos de su caballo y en mitad de la batalla se hacía cargo de la situación mucho mejor que sus adversarios. Se despreocupó de su campamento desvalijado y se olvidó de su desarticulada ala izquierda para centrar su esfuerzo en la derecha, por el lado del bosque.

Allí, a menos de un tiro de mosquete, tenía al duque de Alburquerque con la caballería de Flandes, que mucho había avanzado en la batalla. Puede que demasiado, pues ahora se veía metido en liza con la infantería suiza y francesa por delante, y por el costado con la amenaza de la caballería. Gassion había aprovechado el tiempo y, mientras los españoles les tomaban cañones y los dejaban sin bagajes, había rehecho a sus escuadrones de jinetes para volver al combate. Mientras que Alburquerque no tenía ni un solo infante para apoyar a

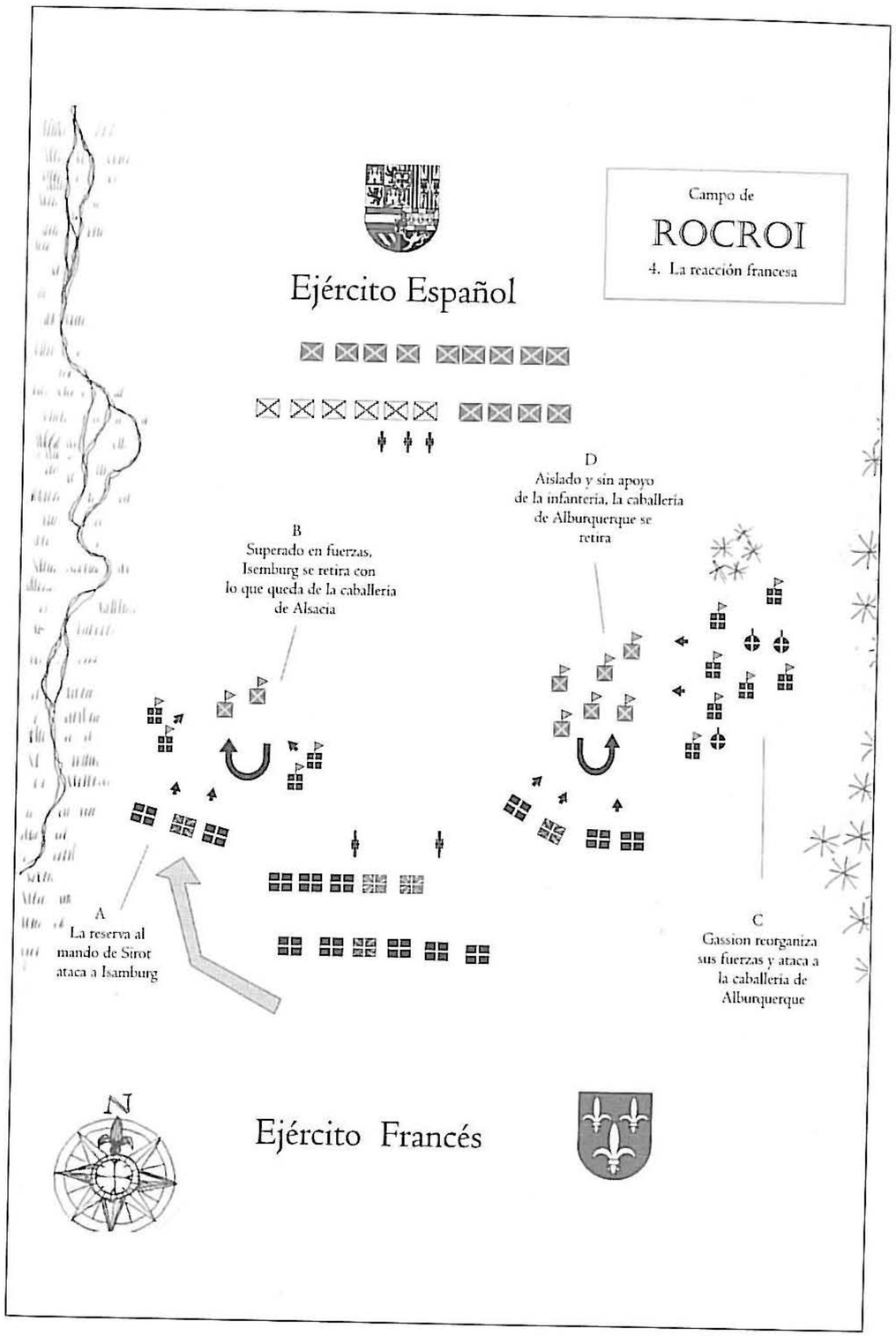


sus agotadas cornetas, la acción conjunta de los mosqueteros y jinetes franceses tenía efectos letales sobre su solitaria caballería de Flandes, que muy lejos se había quedado de los inmóviles tercios. Alburquerque y los suyos se batieron con coraje, pero no pudieron contra tantos enemigos. Después de sufrir muchas bajas fueron definitivamente superados y se retiraron del campo muy quebrados. El ala derecha española había dejado de existir.

Por el ala izquierda no iba mejor la cosa. Desesperado por ver a sus jinetes desperdigados y dedicados al pillaje en plena batalla, Issembourg había logrado al menos reunir algunos de los suyos y cargando contra la infantería francesa se había hecho con siete cañones enemigos. Pero aquel esfuerzo no iba a ser suficiente. Allí asomó la poderosa reserva francesa, que mandaba el barón de Sirot. Los pocos caballos de Issembourg aguantaron lo que pudieron, hasta que con muchas sillas vacías y el brío agotado terminaron volviendo grupas y buscando la salvación en la retirada.

Sola y clavada al terreno, la infantería se vio afrontando el ataque de todo el ejército francés. Dueño por completo de los alrededores y de la iniciativa, d'Enghien se enfrentó a los escuadrones enemigos de una forma metódica. Se podría decir que hizo una demolición por sectores, concentrando la fuerza de sus tres armas, de su infantería, de su caballería y de su artillería, sobre las distintas unidades, una a una. Comenzó por el punto más débil, cargando de costado contra los tercios italianos que se retiraron casi al primer choque, aunque manteniendo el orden y la formación. Luego les tocó el turno a los valones y los alemanes. La resistencia fue brava. Uno de los coroneles alemanes no fue hecho prisionero hasta llevarse cinco cuchilladas, y más de un regimiento tudesco se vio aguantando cargas con sólo los soldados, con todos sus oficiales muertos o malheridos. Cuando al final se desmoronaron los escuadrones, muchos de los infantes buscaron refugio en los cuadros españoles, que eran los únicos de aquel naufragio que aún seguían a flote.

Firmes dentro de sus seis escuadrones, los españoles veían cómo los rodeaba la caballería enemiga, que dueña del campo galopaba a su espalda sin oposición. Por el frente, a lo lejos, redoblaban los tambores, mientras las banderas de cruces blancas de las unidades francesas comenzaban a moverse. Al son de sus cajas avanzaban los Regimientos de Picardie y de La Marine, de Persan, de Moladin, de Biscara, de Rambure, de Piedemon, de La Prée, de Vidame, de Watteville, des Gardes Ecossaises, de Von Roll, de Brezé, de Lagaron y de Guiche.

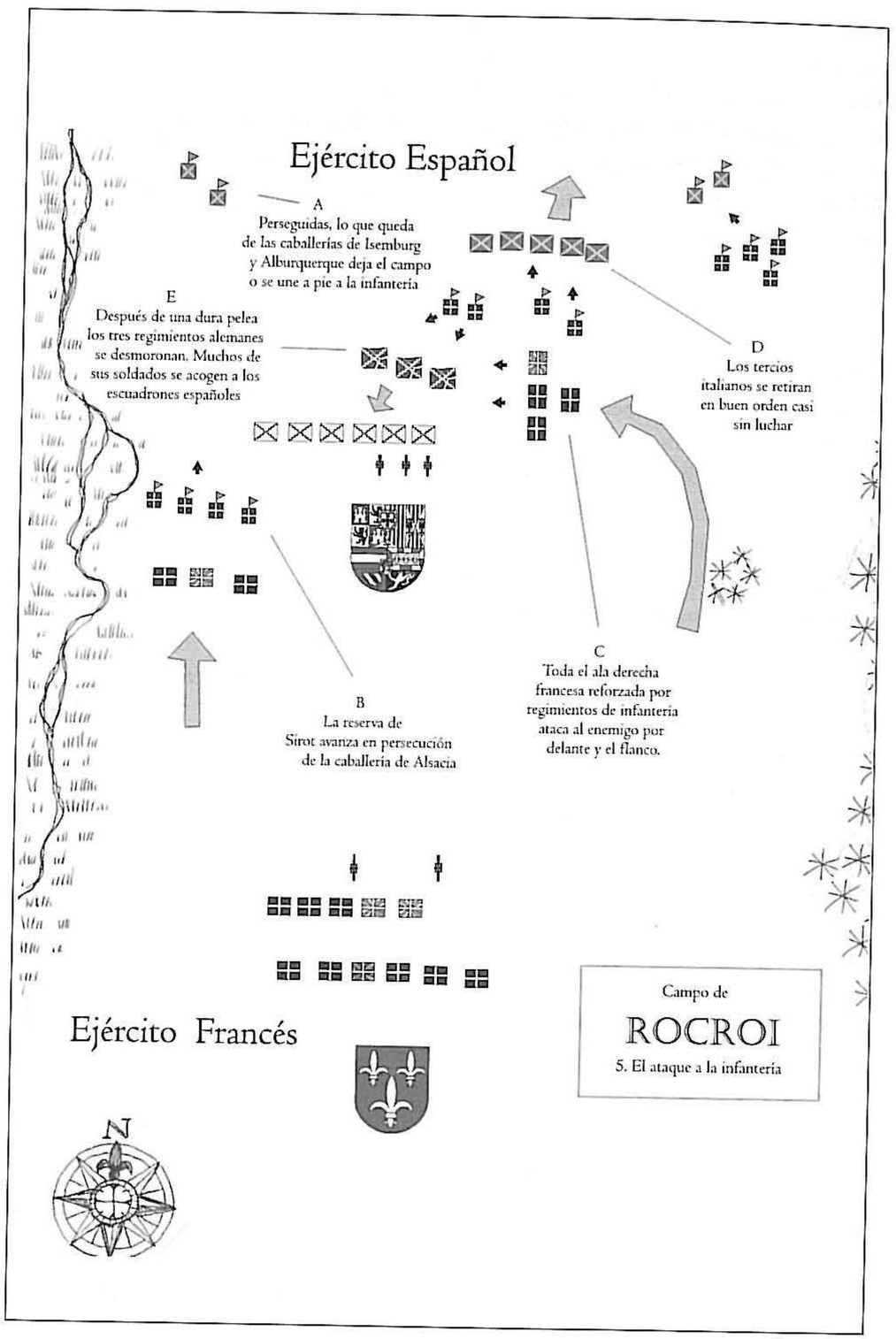


Con el enemigo atacando por dos o tres de sus costados, los tercios se cerraron como castillos, fuertes como muros que taparan sus propias brechas. A veces se abrían y dejaban un hueco, pero tan sólo era una tronera para asomar la boca de alguna de las piezas de artillería que se habían refugiado entre los soldados. Antes de que se disipara el humo ya volvían a cerrarse, apretando las picas y con los cañones de los mosquetes recalentados de tanto disparar. No sólo estaba allí la vieja y sufrida infantería española, pues con ellos peleaban muchos jinetes y oficiales de caballería, que muertos sus caballos y con sus unidades deshechas, habían ido a agarrar una pica entre los infantes.

Desde su caballo, el duque d'Enghien no quitaba la vista de los tercios. No parecía que la mosquetería los estuviese erosionando lo bastante, así que ordenó acercar los cañones. Si los tercios eran fuertes como un castillo, el francés los iba a batir como el que rinde un muro. Se cargaron las bocas con metralla, que a esa distancia era como cargarlas con la misma Muerte. Cada cañonazo barría las filas como el que siega trigo. Los golpes de guadaña se seguían uno tras otro, abatiendo picas y banderas. Cuando la infantería clareaba y perdía fuerza después de tragarse dos o tres andanadas, los cañones callaban y le daban el relevo a los jinetes, que buscaban la brecha espada en mano, metiéndose por el cuadro con los ánimos del mismo Demonio, hasta que los infantes se rehacían y los sacaban de allí a picazos. Cuando los de a caballo lograban dar con un hueco y cerrar en corto contra los de a pie de poco valían ya las picas y había que echar mano a las espadas, buscando las desprotegidas piernas de los coraceros o las barrigas de sus caballos. Al final, rodeados y con la inercia del choque agotada, los jinetes se retiraban, no sin haberse cobrado un buen número de muertos. Así acabó el viejo La Fontaine, que había dejado su silla de manos para tomar la espada y caer bajo los caballos franceses.

Los tercios de los extremos eran los que más sufrían, pues se veían peleando por tres costados. La marea los iba derribando poco a poco, como castillos de arena, pero cuando uno de ellos se venía abajo, los hombres que aún podían sostener un arma no se rendían ni pedían cuartel, sino que se acogían al siguiente escuadrón, para mantenerse y seguir peleando. En Rocroi, la infantería española no iba a perder su fama, como les pasó a los suecos en Nördlingen, pero iba a morir defendiéndola.

Al final sólo quedaban dos cuadros. Los dos que formaron en el centro.



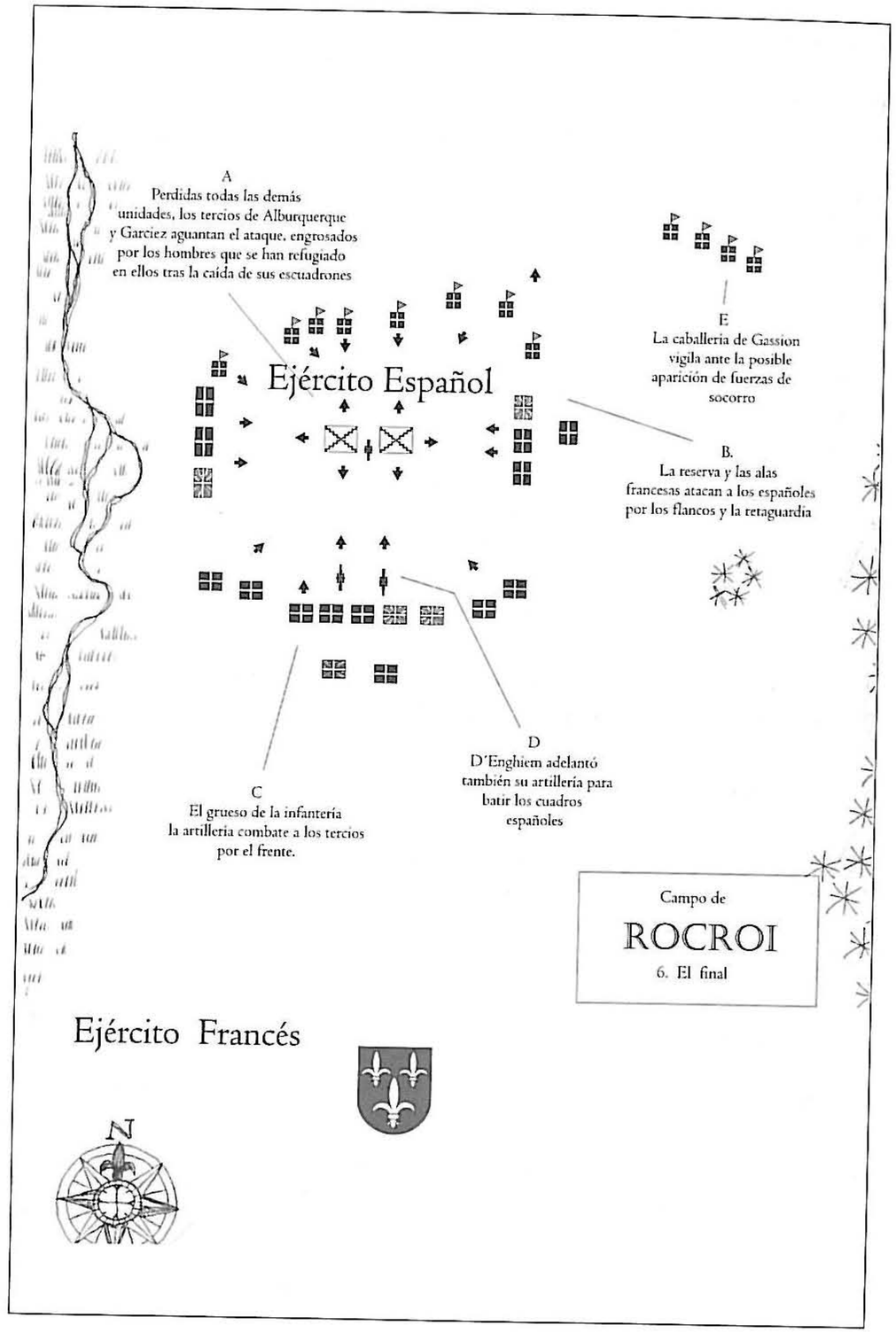
Los Tercios de Alburquerque y de Garciez seguían con las banderas en alto, sembrados de picas y disparando por los tres costados que daban al enemigo. Disparando con pólvora sola, por rabia nada más, pues hacía tiempo que se habían quedado sin balas. Dos moles imponentes bajo sus aspas rojas, pues aunque las dos unidades contaban ya sus muertos por cientos, también se habían reforzado con los que se unieron a ellos al ser aniquilados los otros tercios. Apenas se había adelantado un paso en toda la batalla. Pero si habían avanzado poco, menos aún habían retrocedido, aunque sobre sus filas cayera todo el plomo y todo el fuego de Francia.

Aquello empezaba a preocupar al duque d'Enghien. Tenía la victoria casi al alcance de sus dedos, pero aún no se hacía con ella. Una victoria que le estaba costando muy cara, demasiado quizás, pues por el lado francés las bajas estaban siendo notables, casi tantas como las de los españoles. Además, sus exploradores no hacían más que traerle malas noticias. Cada vez estaba más cerca el barón de Beck con sus 4.000 hombres de refresco, incluyendo al Tercio español de Ávila, que si era de recio como los otros tres que ya habían caído mucho era de temer. El joven duque había apostado muy fuerte y mucho le iba a costar el replantear de nuevo la batalla, con sus unidades muy fatigadas y descolocadas en torno a aquellos dos peñones que se tragaban sus balas de cañón sin que se les viese merma aparente.

Mientras mandaba a Gassion para bloquear el avance de Berck, el duque d'Enghien optó por la negociación. Envió a sus oficiales para ofrecer al enemigo una capitulación honrosa. Ésta era una práctica muy poco habitual, pues era evidente que los españoles no estaban cercados dentro de ninguna fortaleza, sino a campo raso. Pero aún así, el francés se estaba dirigiendo a ellos usando los términos propios del que le habla a los que se han hecho fuertes tras los muros de un castillo. Aunque, el que viese los duros cuadros de la vieja infantería, no vería muy errada la similitud.

La oferta d'Enghien fue generosa. Si cedían en la lucha, los supervivientes podrían retirarse en buen orden hacia Flandes. Viendo que las condiciones eran dignas y que quedaba a salvo el honor, la capitulación fue aceptada a las diez de la mañana. Tras cinco interminables horas de pugna, la batalla de Rocroi había terminado.

✠



Los tercios viejos perdieron más de tres mil hombres, sin contar con las muchas bajas de la caballería, los alemanes y los valones. Fueron capturadas más de cien banderas, que de inmediato se mandaron a París como trofeo. Don Francisco de Melo dirigió a sus castigadas tropas de vuelta a los Países Bajos, uniéndolas a las del barón de Beck.

Sus errores en la batalla habían sido notables. Había despreciado al enemigo, no tomando las mínimas precauciones a la hora de levantar fortificaciones de campaña o de cortar los caminos de acceso a la ciudad cercada. Mientras que el joven d'Enghien había sido un jefe táctico brillante, Melo pasó toda la batalla aislado y sin reaccionar, desaprovechando todas las ventajas que se le ofrecieron tras el choque inicial. Aún así, y en su descargo, hay que decir que llevó lo que quedaba de aquella triste campaña con bastante eficacia y, a pesar de contar con muy pocas fuerzas, evitó que los franceses se hicieran con ninguna plaza fuerte de los Países Bajos españoles. Tampoco lograron sacar provecho las Siete Provincias, ni hubo la tan esperada sublevación de los flamencos y los valones. Poderosamente fortificados, los dominios españoles siguieron intactos.

En verdad, d'Enghien tan sólo logró la fama por su victoria. Pero ¡qué fama! Había vencido en campo abierto a los temibles tercios españoles, acabando para siempre con el "miedo escénico" que los franceses sufrían después de siglo y medio encajando derrotas. El sol asomaba para Francia, como bien se encargó de cantar a los cuatro vientos la propaganda de la corte. El recién coronado Luis XIV empezaba su reinado con una sonada victoria, que sólo habría de ser la primera de muchas. Había empezado la hegemonía francesa.

✠

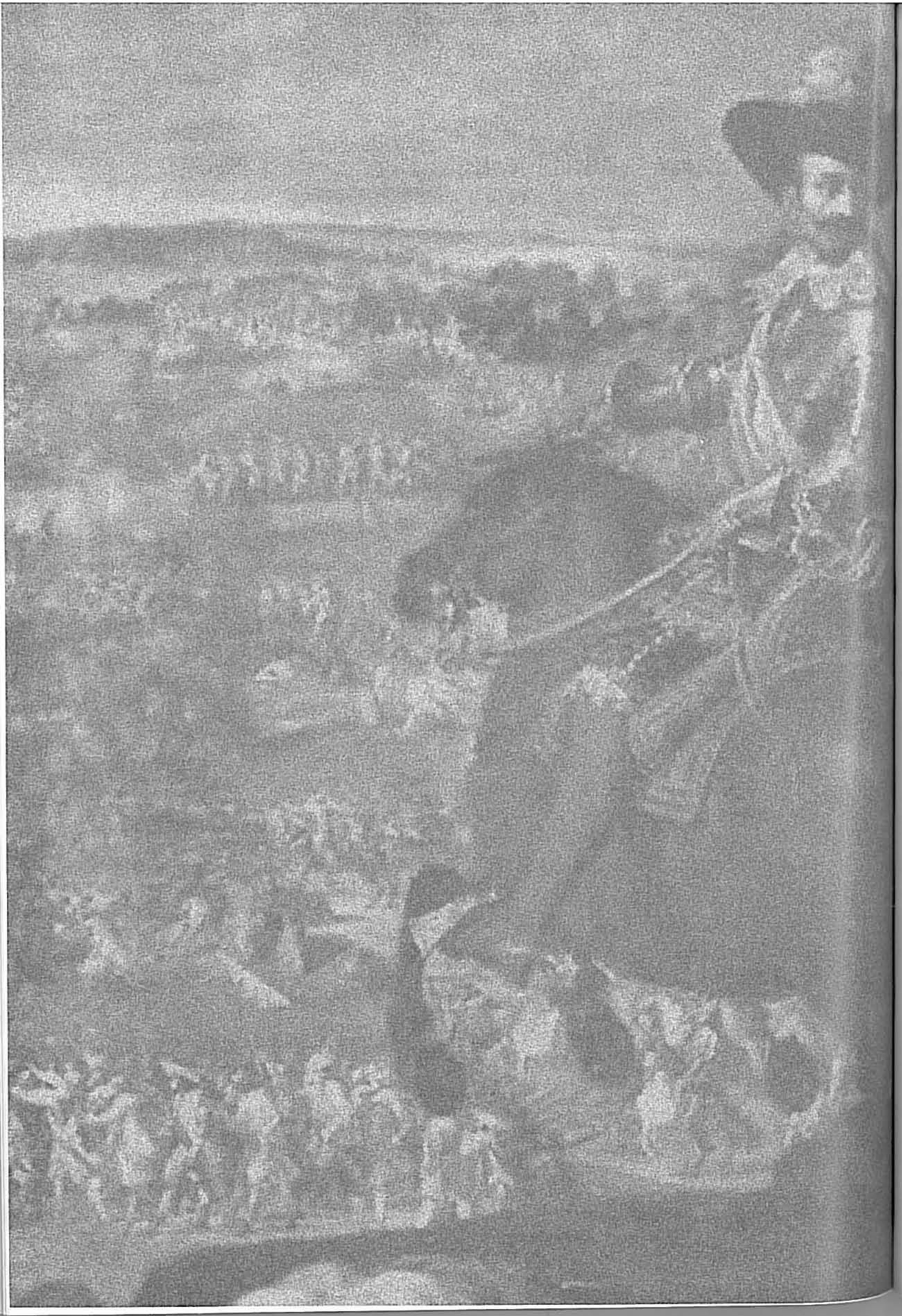
Rocroi puso de manifiesto los puntos fuertes y las carencias del ejército español. España contaba con una excelente infantería, pero ya fuera por orgullo o por el alejamiento de la aristocracia española de los temas castrenses, la caballería distaba mucho de estar a su altura. Y la caballería era fundamental en aquel tipo de guerra. Gracias al buen uso de la caballería, los tercios pudieron ganar en Nördlingen, y por verse abandonados y huérfanos de ella sucumbieron en Rocroi. En la guerra moderna eran precisas las tres armas, y no una sola. Ahí radicó la fuerza del francés, que supo actuar como un solo cuerpo, empleando los mosquetes para apoyar a la caballería o usando la artillería para abrir una

brecha por la que meter a sus jinetes. Bien lo explicaba el duque de Alburquerque en su carta de descargo a Felipe IV. Su superior, el conde de La Fontaine, ni estuvo dispuesto a permitir que se enviasen más mosqueteros a las alas, ni ordenó avanzar a los tercios para ganar la batalla al unísono de la caballería, aprovechando la derrota inicial francesa. Tal se hizo que, primero, la caballería luchó sola y por su parte, siendo vencida; y lo mismo vino después, cuando la infantería, ya sin jinete alguno que la socorriera, quedó clavada al terreno y expuesta a todas las ofensas del enemigo, que pudo batirla a sus anchas y sin oposición.

En otro aspecto, cierto era que los tercios contaban con la mejor infantería de Europa, y bien había quedado demostrado aquello con la mucha sangre con la que regaron los campos de Rocroi. Tanto en la victoria como en la derrota sus escuadrones eran como de hierro, con unos soldados inquebrantables capaces de aguantar hasta lo indecible. Pero —curiosamente— esa misma calidad de su infantería era su defecto, pues en la despoblada y arruinada España ya no quedaban mozos bastantes con ganas de alistarse, dejando tierra y familia para seguir una bandera con la cruz de San Andrés. Como mucho se podrían juntar unos pocos miles, pero nunca se llegaría a los cincuenta o setenta mil o más incluso que exigía la guerra moderna. Para ello era preciso hacer como en las otras naciones, y llenar los regimientos no con voluntarios que eligieran por gusto el oficio de las armas para gallear y llevar espada al cinto, sino por reclutas forzados las más de las veces y en ocasiones casi secuestrados de sus casas, que servirían al rey como meros peones, sujetos a una disciplina atroz que les haría temer más a sus sargentos que al enemigo. El tiempo del soldado gentilhombre había pasado, y llegaba el tiempo del soldado máquina, reglado y uniformado, con cada movimiento en la batalla controlado por los dibujos de un manual y cuyo valor personal e individualidad quedaban reducidos a nada.

Pero, al menos, también vendrían los tiempos de la Razón y de la Ciencia y del desarrollo de la intendencia, cuando los ejércitos no tengan ya que saquear y robar para alimentarse. El civil sufrirá menos en la guerra. Por eso, el dolor y la miseria que provocaron los conflictos del XVIII o las guerras napoleónicas, aún siendo terribles, nunca alcanzaron los niveles de desolación y ruina de aquella pesadilla que fue la Guerra de los Treinta Años.

✠



CAPÍTULO VIII

EL FINAL

El 20 de agosto de 1648 el duque d'Enghien, ya príncipe de Condé, volvía a batir a los tercios en la batalla de Lens. En esta ocasión no hubo capitulaciones honrosas ni negociación y los escuadrones, otra vez solos y con la caballería perdida, fueron aniquilados por completo.

Bien parecía que Francia se iba a imponer definitivamente en su pulso contra España. Pero la Fortuna dio otra vuelta y no fue así. En aquel mismo año de 1648, justamente en el *Te Deum* de agradecimiento por la victoria de Lens, saltó la chispa de la revuelta en el mismo París. Buena parte de la nobleza francesa[71] se levantó contra el gobierno del cardenal Mazarino, iniciándose la Fronda, una auténtica guerra civil que no terminaría hasta 1654. Los problemas internos galos vendrían a alargar aún más la pugna, impidiéndoles

[71] La Francia del XVI y XVII no había conocido a monarcas de la talla de los Reyes Católicos, Carlos V o Felipe II —por no añadir al cardenal Cisneros, otro que no era un pan de rosas, justamente—. Por esa razón, la nobleza francesa conservaba aún una enorme parcela de poder y unos aires levantiscos que la llevará a enfrentarse con la monarquía en numerosas ocasiones, incluso en los tiempos de Richelieu. No será sometida hasta el gobierno de Luis XIV.

sacar partido de su superioridad militar. Incluso, por paradojas del Destino, el propio d'Enghien, ya príncipe de Condé y uno de los líderes de la Fronda, exilado y perseguido por su rey, terminaría cruzando la frontera española y asumiendo un importante mando en los ejércitos de Felipe IV hasta 1659.

Pero en Alemania se respiraban ya aires de paz. Los representantes de uno y otro bando usaban un lenguaje mucho más amable y conciliador y sobre las mesas de negociaciones se ofrecían concesiones mucho más relevantes. Como paso importante, por los acuerdos de Münster de 1646 España y Holanda —por fin— daban por terminada su contienda. A cambio de tener las manos libres en Asia, las Siete Provincias aceptaban no expandirse más por América. Perdido Portugal, las negociaciones eran mucho más fáciles, pues poco importaba ya a Madrid lo que fuese del comercio de especias en Oriente. Que el nuevo gobierno de Lisboa bregase contra la Compañía de las Indias Orientales en el océano Índico.

La guerra de Flandes había terminado en un empate táctico, casi con el mismo equilibrio de fuerzas que cómo empezó. Apenas hubo cambios en la frontera entre Holanda y los Países Bajos católicos, que serían el embrión de la futura Bélgica. La paz fue sincera por ambas partes y antes de terminar el siglo se vería al ejército español luchando en el mismo bando que los holandeses, aliados contra Francia.

Por su parte, tanto los protestantes como los católicos alemanes, los franceses y hasta los suecos querían dar por terminada la contienda europea. Sólo el emperador Fernando III[72] era reticente a aceptar el armisticio. Y no era por sus intereses, sino por lealtad a España, que no podía dar por concluida la guerra hasta que no hubiese recuperado Cataluña, aún en manos de los franceses. Pero las presiones tanto de sus súbditos como de los extranjeros obligaron al emperador a ceder.

El 28 de octubre del año 1648 se firmaba la Paz de Westfalia, que en los libros de historia pone fin a la Guerra de los Treinta Años. Pero aunque aquella fue una paz general, hubo dos naciones que no aceptaron dar por finalizada su lucha privada. Francia no había terminado aún con la potencia

[72] El emperador Fernando III era el otro Fernando de Nördlingen, por entonces rey de Hungría y que sucedió a su padre en el trono imperial en 1637.

militar española, y España no iba a firmar paz alguna con los galos hasta no haberlos echado de Cataluña. Cuando todas las naciones de Europa se retiraban de la guerra, agotadas, España y Francia iban a continuar matándose por otros once años.

✠

Desde su sublevación de 1640 no les habían ido bien las cosas a los catalanes, y menos con los franceses. Ellos, que se habían revelado contra su rey por mantener sus libertades medievales y por no soportar la presencia en su suelo de un ejército, se vieron aguantando la más que severa autoridad de Mazarino y sufriendo las rapiñas y depredaciones de las tropas de ocupación francesas, que claramente eran mucho más extranjeras que los soldados castellanos. Para más males, los intereses de la corte de París apuntaban a otros objetivos. Paulatinamente, los rebeldes catalanes quedaron solos y sin apoyos frente a las fuerzas de la Corona española[73].

En 1646 el marqués de Leganés levantaba el sitio francés sobre Lérida. Lérida tenía un gran valor estratégico, pues era la puerta de Cataluña desde Castilla. El virrey francés d'Harcourt no llegó a tomarla, gracias a la recia defensa que hizo de ella su gobernador Don Antonio de Britó, que viendo combatir a las fuerzas de socorro realizó una muy efectiva salida que forzó al enemigo a retirarse.

En 1652 las esperanzas de la corte y la población estaban puestas en el nuevo comandante en jefe de las fuerzas españolas, Don Juan José de Austria. Hijo bastardo de Felipe IV con la comedianta María Calderón, tenía poco en común con su regio padre. Era moreno, robusto y extrovertido, gran parlanchín, buen jinete y mejor tirador de espada. Viendo en su hijo tales virtudes castrenses, el rey optó por reconocerlo oficialmente, pensando quizá que podría ser otro Don Juan de Austria, que tan oportuno sería para España en los tiempos que corrían.

No pareció defraudarlo su hijo, y después de dar fin a la rebelión de Masaniello, en Nápoles, se plantaba ante Barcelona, dispuesto a darle cerco.

[73] Soportando el despotismo de los virreyes, utilizados y luego abandonados, entre los catalanes fue tomando forma un sentimiento anti-francés que tendría que perdurar hasta la Guerra de Secesión, cuando Cataluña —curiosamente— sea la gran valedora de la Casa de Austria en España, frente a la borbónica Castilla.

El asedio duró más de un año y fue especialmente penoso. Los de dentro echaban las culpas de todos sus males a los franceses y llegaron a pactar una capitulación a espaldas del virrey. La Corona ofrecía una paz generosa a los barceloneses y se hacía con la ciudad condal el 11 de octubre de 1652, poniendo fin a la rebelión catalana. Cuatro años después, como gobernador de Flandes, Don Juan José de Austria —secundado por el propio Condé, príncipe d'Enghien— vencía a los franceses del general Turena en Valenciennes. Buena ocasión habría sido aquella para negociar una paz ventajosa.

Pero no era esa la intención del valido de turno, Don Luis de Haro. Muchas esperanzas había en la figura del infante Don Juan José, en el que los aduladores de la corte ya veían a otro cardenal-infante Don Fernando o a otro Don Juan de Austria. Viéndose fuerte, Don Luis de Haro se empecinó en continuar la guerra. Y tanto éxito tuvo en ello que los franceses buscaron la alianza con la Inglaterra de Oliverio Cronwell, y con el apoyo de su flota y de nuevo a las órdenes de Turena volvían a la batalla contra España.

El lugar no podía traer peores recuerdos, pues se fue a luchar, otra vez, a las fatídicas Dunas de Nieuport, donde España había sufrido su primera gran derrota en el 1600. En la segunda batalla de las Dunas, el 14 de junio de 1658, Turena lograba una victoria completa y aplastante sobre los tercios españoles y sobre Don Juan José de Austria, que al final no resultó ser el brillante jefe militar que se esperaba.

Se podría decir con bastante acierto que Rocroi fue un descalabro más psicológico que real, con pocas consecuencias concretas. Una batalla menor, exagerada por la propaganda francesa hasta el punto que incluso los españoles llegaron a creer en su importancia. Pero la segunda batalla de las Dunas supuso el fin. La derrota completa de una España agotada y hundida que tendría que pedir la paz. La que fue llamada Paz de los Pirineos del año 1659.

Nunca más volverá a estar España por encima de Francia en el orden de las potencias de Europa. Bien se encargaron de eso los embajadores de Luis XIV, que ya fuese en Londres o en Roma se hacían valer en el protocolo hasta quedar por delante de los embajadores de Madrid. Y lo mismo en Londres que en Roma eso se aceptó por natural. Felipe IV dejó un reino arruinado y a un heredero enfermizo con el que iba a morir la dinastía. Sería

el nieto de Luis XIV el que recogiera el cetro de España, no con el nombre de Habsburgo, sino con el de Borbón. Mucho se había perdido para entonces, pero aún era mucho lo que se conservaba, y se conservaría aún por un siglo, hasta que la flota española se fuera a pique —y con ella la posibilidad de mantener el imperio en América— un 22 de octubre de 1805 en Trafalgar.

✠

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Albi de la Cuesta, J., *De Pavía a Rocroi.* Balkan Editores, Madrid, 1999.

Anglo, S., *The Martial arts of Renaissance Europe*. Yale University Press, 2000.

Asquith, S., *New Model Army*. Osprey, London, 2001.

Bull, S., *Arms and Armour*. Studio Editions, London, 1991.

Brzezinski, R., *The army of Gustavus Adolphus. 1. Infantry*. Osprey, London, 1991.

Brzezinski, R., *The army of Gustavus Adolphus. 2. Cavalry*. Osprey, London, 1991.

Calvo, J.L., *Banderas de España*. Sílex, Vitoria, 1983.

Casariego, J., *Tratado Histórico de las Armas.* Labor, Barcelona, 1982.

Clements, J., *Renaissance Swordsmanship*. Paladin Press, Colorado, 1997.

De la Cierva, R., *Historia Militar de España*. Planeta, Madrid, 1984.

De Mesa, E., *Nördlingen 1634*. GUERREROS Y BATALLAS nº 9, Almena, Madrid, 2003.

Diderot et D´Alembert, *L´Encyclopédie*. Inter livres.

Dolinek, W., *Encliclopedia Ilustrada de las armas de fuego antiguas*. Susaeta, Madrid, 1998.

Eco, U., *La Isla del Día de Antes*. Lumen, Barcelona, 1995.

Faucherre, N., *Places Fortes*. Rempart, París, 1991.

Grimmlshausen, H.J.CH., *Simplicius Simplicissimus*. Cátedra, Madrid, 2004.

Karcheski, W., *Arms and Armor in the Art Institute of Chicago*. Bulfinch Press, 1995.

Lozoya, marqués de, *Historia de España.* Salvat, Barcelona, 1967.

Martín Sanz, F., *La política Internacional de Felipe IV*. Segovia, 1998.

Parker, G., *La Guerra de los Treinta Años*. Machado Libros S.A, Madrid, 2003.

Parker, G., *Los soldados europeos entre 1550 y 1650*. Akal, Madrid, 1991.

Roberts, K., *Soldiers of the english civil war. 1. Infantry*. Osprey, London, 1989.

Sach, J., *Encliclopedia ilustrada de las armas blancas*. Susaeta, Madrid, 1999.

Tincey, J., *Soldiers of the english civil war. 2. Cavalry*. Osprey, London, 1990.

VV.AA., *La infantería española en torno al Siglo de Oro.* Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejercito, Madrid, 1994.

Wenzler, C., *Architecture du bastion*. Ed. Ouests- France, Rennes, 2002.

COMENTARIO A LAS LÁMINAS EN COLOR

LÁMINA A
MAESTRE DE CAMPO Y OFICIAL

En una de sus bases en los Países Bajos, el maestre de campo de uno de los tercios de servicio en Flandes recibe las noticias que le trae un oficial de enlace.

El maestre de campo luce todas sus galas, lo que era común durante los alardes, es decir, el desfile de las tropas por delante de los contadores reales para su correcto cómputo. Otra razón para colocarse la armadura era la proximidad del enemigo, pues era costumbre de la tropa española el ir a la batalla con lo mejor de su indumentaria para impresionar al adversario y destacar la propia valía.

El veterano maestre campo, mando supremo del tercio, lleva una excelente armadura damasquinada, muy del gusto de la aristocracia de por entonces, tal y como ha quedado reflejado en numerosos retratos. Los hilos de oro destacaban sobre el negro pulido del acero con un efecto elegante y marcial. La armadura era innegable señal de rango, pues sólo los más altos estamentos de la sociedad podían hacer frente al desorbitado coste de una pieza de esta categoría. Pero, además de objeto suntuario, la armadura ofrecía una muy real protección en la batalla tanto contra las armas blancas como contra los disparos, si éstos venían de lejos.

Siguiendo la moda de la época, que también afectaba a las armaduras, el talle de la cintura es muy alto y las escarcelas ya no se abomban en las caderas como a finales del XVI, sino que se alargan hasta las rodilleras. No se usaban ya ni glebas ni quijotes, quedando la parte inferior de las piernas protegidas por unas buenas botas de cuero. El maestre de campo ha preferido dejar en el arcón sus guanteletes de acero a juego con el resto del arnés, usando estos otros de cuero, mucho más ligeros. El conjunto se completaría con un yelmo,

pero en el XVII los generales preferían cubrirse con un sombrero, lo que además de ser más cómodo permitía lucir sobre el acero de la armadura el primoroso cuello de encaje *a la valona*.

Del hombro derecho le cuelga la banda roja, señal que identificaba a las tropas al servicio de la Corona española. En la misma mano le asoma la bengala, señal de alto mando que había pasado de siglo en siglo desde los tiempos en que los centuriones romanos se hacían respetar empuñando una gruesa vara de olivo. No se perdió esa práctica con la caída del Imperio, pues en el tapiz de Bayeux, del siglo XI, se puede ver al obispo Odo, hermano de Guillermo "El Conquistador", mandando a los suyos mientras blande una recia clava de madera.

Además de la bengala el maestre de campo lleva otra señal de distinción, más discreta pero no menos elocuente. Sobre el pecho luce un sencillo medallón que lo identifica como miembro de la Orden de Santiago, que recogía lo más granado de la nobleza española.

A su lado, el maestre de campo tiene a un oficial de enlace que le trae lo que al parecer no son muy buenas noticias. En el XVII aún no existía una auténtica plana mayor y sus funciones se cubrían lo mismo con capitanes y sargentos que con soldados *entretenidos* o *reformados,* muchos de ellos antiguos oficiales de unidades desaparecidas por razones administrativas.

Sea quien sea, nuestro hombre ha llegado a caballo, pues lleva la típica indumentaria del jinete. Se cubre con un coleto de cuero, también llamado *búfala*, pues los más costosos se realizaban con recia piel de búfalo, aunque la mayoría de los que tenían tal nombre se fabricaban con el mucho menos exótico cuero de buey. Aún así, este tipo de prendas no eran baratas. Ligeras y flexibles, ofrecían una muy buena protección contra los tajos de las espadas, aunque poco o nada podían guardar de una potente estocada o de un tiro. Pero las estocadas no eran frecuentes en la esgrima a lomos de un caballo, por lo que la búfala no era una mala alternativa al peto de acero. Este tipo de prendas no solían tener cuello y permitían que sobre ellas asomara el flamante cuello a la valona de la camisa. Destacan de su indumentaria las pesadas botas de montar de boca muy ancha, tan ancha que allí podían guardarse un par de pistolas. Se pueden comparar estas botas barrocas, con las mucho más sobrias de la figura anterior, más en la tradición del XVI. A

medida que el siglo avance las botas de caballería ganarán en complejidad y volumen. Obsérvese cómo va tomando importancia el tacón, que evita que el pie se escurra en el estribo. El tacón, que nació en la indumentaria ecuestre de Oriente, pasará al calzado militar primero y luego al de calle y será una señal de rango y distinción de la que carecían los estamentos populares. Bien se puede apreciar esto en los retratos del XVII y XVIII, donde todos los altos personajes doblan el pie como en un paso de baile para enseñarnos el tacón de sus zapatos.

No debía de andar muy lejos el enemigo, pues además de su espada el oficial ha tenido la prudencia de llevar consigo una pistola de rueda. La pistola de rueda era el arma propia de los que iban a caballo, y por debajo de la faja, a la derecha, se puede ver cómo cuelga su llave de montar, indispensable para hacer girar la rueda y tensar los muelles internos preparando el arma para el disparo. En los modelos primitivos el pomo en forma de bola que remata la empuñadura permitía emplear el arma como cachiporra una vez descargada. Pero en el siglo XVII está práctica estaba olvidada y si las pistolas conservaban su remate en esfera era para ofrecer un mejor asidero a la mano del tirador a la hora de sacar la pistola de su funda en la silla de montar. De hecho, muchas de estas bolas eran primorosas obras de taracea, huecas en muchos casos, que se habrían hecho pedazos si algún bruto se hubiese empeñado en usarlas para aporrear.

LÁMINA B
CAPITÁN Y SARGENTO DE INFANTERÍA

Estos dos oficiales asisten al frente de su compañía a una ejemplar y masiva ejecución. Puede que tan despiadado castigo se empleara contra un grupo de desertores o de bandoleros capturados.

El joven capitán de infantería luce la indumentaria propia de su rango y época. Sus ropas no son muy diferentes de la vestimenta civil común, con

ropilla, medias y gregüescos. Los gregüescos eran unos pantalones anchos cortados bajo la rodilla que desde finales del XVI competían con las calzas acuchilladas. Hasta la segunda década del XVII fueron prenda propia del pueblo llano y rechazada por la aristocracia, tal y como dejó testimonio el propio Don Quijote, que no veía con buenos ojos que Sancho, a la sazón gobernador de una ínsula, los usase jamás. Esa moda cambió en los tiempos de Felipe IV, abandonándose las calzas acuchilladas y vistiéndose la corte con gregüescos, incluido el propio rey. Así, nuestro capitán puede lucir su abombada prenda sin menoscabo de su honra, pues lo que es bueno para el rey lo es para un capitán. Las ligas bajo las rodillas son típicas de la indumentaria militar.

En la misma época desaparecieron los costosos e incómodos cuellos de lechuguilla, sustituidos en la moda de palacio por las golillas, un cuello plano como un plato y abierto por delante, similar al que lleva este capitán. No duró mucho la golilla, pues no tardó en ser desbancada por los cuellos a la valona y la influencia francesa.

El capitán se cubre con un sombrero de fieltro de ala muy ancha y con plumas. El sombrero de ala ancha era común en la vestimenta de la época y lo mismo lo podía llevar un barbero en traje de rúa que un grande de España.

Si la indumentaria del capitán tiene muchos puntos en común con los usos civiles, nada tan marcial como el coselete de acero con el que se protege el torso. Una coraza con gorguera y escarceas para el abdomen pero sin brazales. Esta defensa no era muy diferente de la que emplearía el grueso de los piqueros, pero mientras que éstos las llevarían *blancas*, es decir, sin adornos, los oficiales se distinguían por tenerlas labradas, repujadas o incluso damasquinadas.

Nuestro capitán no lleva más armas que una espada de ramas o de lazo, sobria para su época. Obsérvese cómo toma la empuñadura, pasando el dedo índice sobre el gavilán de guarda y apoyándolo junto al recazo.

A la derecha, junto a su capitán, un sargento contempla la ejecución. En los tercios los sargentos no tenían la categoría de suboficiales, como ahora, sino que se les consideraba como oficiales. Como a éste, se les reconocía por empuñar una alabarda.

Este sargento viste de una forma mucho más sencilla. Como era la costumbre no lleva coselete, pues el oficio de sargento exigía mucho ir y venir y un ajetreo en el que el peso de un coselete habría sido más un estorbo que una ayuda. Por eso los sargentos preferían usar una cuera, un grueso chaleco de cuero que protegía sin atosigar. Bajo la cuera lleva los habituales gregüescos y un jubón azul de mangas abotonadas, que lo mismo se podían llevar cerradas que abiertas y colgando tras los hombros. No era extraño verlas así, cerradas por los puños pero abiertas por su mitad para que se vea el forro y la camisa. El sargento no usa la cortesana golilla, sino un mucho más cómodo y simple cuello a la valona que cuelga sobre la cuera. Para la época éste no es especialmente amplio, y a mediados del siglo se llevaban hasta ocupar casi todo el pecho.

El sargento cubre su cabeza con un morrión de acero, casco típico de la infantería en la guerra de los Treinta Años, tanto católica como protestante. Este en concreto es de los llamados morriones españoles, de forma abombada y rematados en su cumbre con una especie de gancho o pico. Por el contrario, los morriones italianos se remataban con una cresta. El morrión ofrecía una protección inmejorable al infante. Barato y bien ventilado, no restaba visibilidad y su ala daba muy buena protección al rostro y sombra sobre los ojos.

Del hombro derecho le cuelga un tahalí de cuero del que pende su espada de ramas. El llevar la espada colgada del hombro en un tahalí será una práctica cada vez más común a medida que avance el siglo, pero nunca llegó a desplazar completamente al elegante talabarte, que portaba el acero colgado del cinturón. El sargento apoya las manos sobre el asta de su alabarda. En el XVII los alabarderos eran cada vez menos y la alabarda quedó tan sólo como una señal de rango. Aún así, no era un mero adorno y no dejaba de ser un arma temible en manos expertas. La alabarda nació a finales de la Edad Media, lo mismo que la pica y la partesana, para hacer frente al hombre a caballo. Su gancho posterior estaba pensado para descabalgar a los jinetes, mientras que la pesada veleta de su hoja de hacha podía soltar un tajo demoledor. No era un arma fácil de manejar y el aprender a balancearla y a empuñarla con soltura llevaba mucho tiempo, por lo que no pudo competir con la simple pica. Bajo la cabeza de la alabarda salían dos aletas que se fijaban al asta para reforzar la unión e impedir que un caballero pudiese cortar el arma con su espada. La borla de flecos evitaba que el agua de la lluvia resbalara y aflojara la presa. Como arma de un oficial, esta alabarda tiene el asta forrada de terciopelo y tachonada de clavos.

LÁMINA C
PIQUEROS

Recién terminado un alarde y con dinero por fin en la bolsa tras cobrar la esperada paga, estos dos piqueros de los tercios presentan un excelente humor. El más veterano ya se figura cómo puede empezar a gastar sus bien ganados escudos de la soldada observando a las dos metresas del fondo, que esperan clientes a la puerta de su *establecimiento*, reconocible por la enseña del cisne. La calabaza identificaba a las tabernas. Donde había soldados y pagas no faltaban estos locales improvisados en tiendas o chozos, que ocupaban un rincón apartado en los acuartelamientos, sobre todo cuando éstos se encontraban junto a poblaciones donde los vecinos pudieran escandalizarse.

Volviendo con nuestros dos hombres, el de la izquierda es un coselete. Soldado de infantería pesada, el coselete recibía el nombre por su armadura de tres cuartos, que con el casco le cubría de acero de la cabeza a los muslos. Un equipo completo, compuesto por peto y espaldar, gorguera, escarcelas, brazales y capacete. La protección que ofrecía el coselete era completa frente al ataque de todo tipo de armas blancas tanto en estocada como de tajo. Armadura pensada para la infantería, el diseño del coselete se había beneficiado de todos los avances en la traza y fabricación de piezas más selectas hasta alcanzar una flexibilidad considerable. Los brazales, por ejemplo, poseían una movilidad completa gracias al giro de la anilla articulada sobre el bíceps. Las hombreras eran sólidas y amplias para no dejar al aire el vulnerable hueco de la axila al levantar el brazo. Por ser una armadura pensada para la infantería, las escarcelas eran cortas y no bajaban hasta las rodillas como las de los jinetes. Formadas por una serie de lamas de acero unidas entre sí por remaches y bandas de cuero, las escarcelas protegían el abdomen sin estorbar el paso y se sujetaban al peto con dos o tres correas.

Sobre el peto va una simple gorguera que guarda el cuello, y para cubrir la cabeza este piquero posee un capacete. El capacete era el otro tipo de casco común a la infantería además del morrión. Igual que éste posee una amplia ala, pero recta en vez de doblada y curvada hacia los lados. Martilleado en frío sobre una única plancha de acero, el capacete daba una defensa barata y eficaz.

Lo mismo que este hombre ha dejado los guanteletes de metal a favor de otros de cuero, a medida que avance el siglo la mayor parte de los coseletes optaron por dejar también los pesados brazales y hombreras, lo que les quitaba sus buenos kilos de encima a la hora de marchar y luchar. Por el contrario, el soldado de infantería será fiel a su casco y a su coraza hasta que las picas desaparezcan de los campos de batalla casi en el XVIII.

Junto al coselete y menos pendiente de la compañía femenina se encuentra uno de los llamados picas secas. Por pica seca se entendía al piquero que iba a la batalla sin armadura, tan sólo con el casco y una gorguera. De todos los soldados del tercio eran los más revoltosos y primeros en cualquier "alteración" de la tropa o motín, y también eran los de menor paga y posición. Solían formar al final del escuadrón, mientras que los orgullosos coseletes, mejor equipados, ocupaban las primeras y más expuestas filas. Es curioso, pero en los tercios españoles los que ganaban más dinero y tenían más derechos se reservaban los lugares de mayor peligro, mientras que los que ganaban menos quedaban en la relativa seguridad de la retaguardia de la formación. Por una vez, los ricos no ponían por delante a los pobres a la hora de morir.

El hombre se cubre con un sencillo morrión a la italiana, con cresta. Que el morrión fuera a la italiana o a la española era una cuestión de gusto o de ocasión, no de nacionalidad. De hecho, la mayoría de los soldados españoles se equipaban en los arsenales de Milán o Nápoles con armas fabricadas en Italia, sobre todo en lo referente a las armaduras o armas de fuego. Las espadas eran algo más personal y muchos las traerían de España. No serían pocos los que las hubiesen heredado de sus padres o dejado a sus hijos. O ganado a los dados por una mano de suerte, que de todo había.

Para protegerse el cuerpo el joven soldado usa un coleto de cuero con mangas. Siguiendo una práctica común, las rígidas mangas de cuero

presentan botones a todo lo largo, por lo que podrían abrirse, como en este caso, y dejar asomar las mangas del jubón de debajo. Este gusto por prendas de quita y pon y que dejaban ver los forros y paños de debajo tenía su origen en la Edad Media y desaparecerían con el siglo XVIII.

Los dos hombres se arman con picas y espadas. En el de la derecha se puede apreciar el talabarte que sujeta el acero al cinturón, cuyo ángulo de inclinación respecto al cuerpo se controlaba por medio de la correa secundaria que sale hacia la izquierda. El arma de este joven pica seca es una espada valona, una pieza simple fabricada en grandes cantidades que en vez de con los complicados roleos de las espadas de lazo protegía la mano con conchas de acero. El casco que sostiene con la izquierda es una langostera de caballería, y según cuenta el orificio de bala sobre la sien su dueño no ha tenido muy buen fin.

LÁMINA D
MOSQUETEROS

Estos cuatro mosqueteros se han adelantado de la formación para escaramucear contra el enemigo, es decir, abrir fuego contra sus escuadrones desde una corta distancia y con la intención de azuzar al adversario y alterar su formación. La escaramuza exigía una gran disciplina por parte de las tropas, ya que se hacía en formación abierta y prestos a retirarse a una orden de sus superiores, pues no era conveniente alargar el fuego y menos dejar que se recalentaran los cañones por demasiado uso. Después de varias rociadas los mosqueteros debían volver a sus filas, dejando a otros su lugar o permitiendo que el grueso del escuadrón se empleara en la batalla propiamente dicha.

Los mosqueteros eran la élite de los tercios, los de mayor paga y dignidad. Cuando al empezar la batalla se daba la orden de que se adelantaran los mosqueteros, todos los soldados les dejaban paso respetuosamente, lo que no

era cosa de poco mérito, viendo cómo iban los ánimos de la tropa española y el poco gusto que se tenía a ceder el puesto a otro y menos delante del enemigo.

El arma del mosquetero, como su propio nombre indica, era el mosquete. Mientras que los arcabuces rara vez tenían un cañón de más de cuatro palmos, o cuatro y medio a lo sumo, los mosquetes no bajaban de seis, lo que les permitía cargar mucha más pólvora.

Los cuatro personajes están a punto de hacer fuego contra el enemigo siguiendo todos unas pautas marcadas hasta el detalle y perfeccionadas por horas de instrucción. En el caso concreto de esta ilustración se ha seguido *Los Ejercicios de las Armas* ilustrados por Jacob de Geyn, publicado en la Haya en 1607. Después de cargar y cebar el arma y de soplar para avivar la mecha, los cuatro mosqueteros de la imagen apuntan para mandar la bala contra el enemigo. El momento de apuntar aquí recogido era en verdad muy breve, pues la puntería era algo más propio de cazadores que de soldados. En el campo de batalla las armas de ánima lisa y las grandes formaciones que se tenía enfrente exigían más rapidez en la recarga que precisión en el disparo. Cuando se tiene delante a una brigada de cinco mil suecos se tira al bulto, que ya buscará el Diablo a quien endosarle el plomo. Sólo cuando el enemigo estaba lo bastante cerca se molestaba el tirador en dirigir la bala contra un hombre en concreto.

El peso del mosquete exigía el empleo de la forca u horquilla, que el tirador sujetaba con la mano izquierda junto con el otro extremo encendido de la mecha. Con la derecha sujetaba la culata y apretaba el gatillo. El enorme grosor de las cajas de la época obligaba a estirar mucho los dedos para empuñar el arma y disparar a la vez. Las horquillas se fabricaban con un tamaño estándar, por lo que el tirador debía inclinarse más o menos o separar las piernas según su porte para poder hacer fuego. Obsérvese la pequeña palanca que hay en cada llave, justo detrás de la cazoleta. Se trata de la teja, que se retiraba para dejar al aire la carga de pólvora justo antes de disparar. Si no se pensaba emplear el arma de inmediato mejor era volverla a su posición original y tapar con ella la fina pólvora de cebar si no se quería que una racha de viento se la llevara dejando al mosquetero como la sota de bastos.

Como se ve en la imagen, los mosqueteros no llevaban armadura alguna, pues ya tenían bastante peso y engorro con el mosquete, la horquilla y la espada, amén de todo el recado para recargar el arma que se llevaba colgado de una

dragona: bolsa de balas, frascos de pólvora, mechas de repuesto y los recipientes individuales con una carga cada uno.

El mosquetero se vestía con indumentaria común, muy parecida a la de los civiles de no ser por el gusto por los colores fuertes propios de la milicia, que nunca gustó de ir *mirlados* como la gente de la corte. Es cierto que la pintura española de la época, sobre todo la de la escuela de Sevilla, con Pacheco, Zurbarán o el joven Velázquez, muestra indumentarias principalmente pardas y grises entre las clases populares. Pero los representados en su mayoría son civiles, no militares. Además, los colores pardos responden más a los convencionalismos de esa escuela de pintura, que gustaba de una paleta severa. La misma escena, pintada por venecianos, podría haber estado llena de paños rojos o amarillos.

Gente con buena paga, los mosqueteros solían llevar mejores ropas que los demás soldados, con plumas en el sombrero y jubones con cintas y pasamanería donde abundaría el rojo.

La figura de primer plano lleva unos enormes gregüescos tomados de los grabados de Jacob de Geyn y un jubón sencillo. El de detrás se viste con un capotillo abierto, prenda típica de los que hacían vida al aire libre ya fueran soldados o cazadores. Los retratos de caza de la familia real que se guardan en El Prado muestran una buena colección de estos capotillos sobre los hombros de lo más florido de la Casa de Austria. Parecidos a los tabardos de heraldos y trompetas, los capotillos eran prenda habitual entre arcabuceros y mosqueteros y con ellos se suele representar a los tres mosqueteros más famosos de la historia.

Quitando pequeñas variaciones en la indumentaria y en el diseño de sus armas, los cuatro hombres llevan equipos similares. De hecho, los cuatro mosquetes, aunque salidos de distintas manos, no presentan diferencias notables unos de otros. Los artesanos solían repetir modelos preestablecidos sin diferencias de peso ya fueran de Valencia o de Amberes. Los pocos modelos de mosquetes de mecha que han llegado hasta nosotros se parecen como hermanos, lo mismo si se guardan en un museo de Dresde que en uno de Nápoles.

LÁMINA E
TAMBORES Y BANDERAS

La ilustración muestra a dos alféreces y un tambor que esperan para entrar en batalla.

Con el término tambor se designa al hombre, pues en lenguaje militar su instrumento era la caja. Se decía que las mejores cajas eran las de piel de lobo, que por ser animal fiero hasta su pellejo se imponía sobre los de piel de oveja. Junto con el alférez el tambor era de los primeros en ingresar en cada nueva compañía que se formaba en España, y era el redoble de su caja el que servía para atraer a los mozos para tomar asiento en la unidad. Por esa razón era común que los capitanes tuviesen interés en tener a sus tambores bien vestidos y con buena presencia. Las propias cajas eran adornadas con sus colores, que repetían los de la bandera.

Si la indumentaria del tambor tenía poco de militar y mucho de civil, todo lo contrario le ocurría al alférez, y más estando en el campo de batalla. Por llevar la bandera frente al enemigo el alférez era objetivo de todos los ataques y asaltos, bien porque contra él apuntasen arcabuceros y mosqueteros, que querían ver por tierra los colores del adversario, o porque contra él se fuera espada en mano para arrebatarle la enseña y lucirla como trofeo. Por esa razón el alférez iba a la batalla bien cubierto de acero, con coselete completo como el de estas dos figuras. Los dos llevan morriones con plumas, corazas, escarcelas y brazales. El de la izquierda tiene unas hombreras más simples, propias de las armaduras de infantería de finales del XVI.

Como arma ofensiva el alférez sólo empleaba la espada, que sostenía con la mano derecha mientras en la izquierda alzaba la bandera. Hechas para ser llevadas con una sola mano, las astas de las banderas eran bastante más cortas que las aquí representadas. Pero en otras ocasiones serían muchísimo más largas, pues en formación cerrada las enseñas asomaban sobre el bosque de picas.

El diseño de las banderas en el siglo XVII no era rígido. De hecho, cada enseña representaba más a su unidad militar que a la nación a la que pertenecía, dándose el caso de compañías de mercenarios que, sobornados y después de rendir la plaza que defendían, se cambiaron de bando y se unieron a las filas del enemigo sin cambiar de bandera. Aún así, existían algunos convencionalismos que permitían identificar al amigo del adversario, al menos en las unidades regulares de las naciones importantes. Así, un centinela que divisase una formación sobre la que campeara una cruz roja de San Jorge pensaría que se trataba de ingleses, mientras que si la cruz era blanca entendería que eran súbditos del rey de Francia. A los soldados de la Corona española se les veía venir bajo la cruz de Borgoña, el aspa nudosa teñida de rojo por la sangre de San Andrés. Pero había que tener cuidado, pues no era extraño que las cornetas de caballería llevasen pendones con el aspa amarilla, aún siendo tan españolas como el rey Fabila, mientras que si el aspa era blanca los que la rodeaban eran mercenarios escoceses, que también tenían a San Andrés por patrón y normalmente estaban enrolados en los ejércitos de Suecia o Francia. Por su parte, los holandeses ya lucían en su bandera las bandas roja, blanca y azul, pero a veces eran tres y otras seis, en ocasiones intercaladas con bandas del color de la Casa de Orange, el naranja.

Como se ha dicho, la cruz de San Andrés era la insignia de los ejércitos del rey Católico. Su origen era bastante lejano, pues era la enseña del ducado de Borgoña en los tiempos de Carlos "El Temerario", razón por la cual también se la llama cruz de Borgoña. Las complejas herencias de finales de la Edad Media hicieron que aquel signo pasara de "El Temerario" a su hija María, y por matrimonio al emperador Maximiliano de Austria, que lo puso en sus banderas. Los Austrias siempre se reconocieron como señores de Borgoña, aunque hacía tiempo que el ducado había quedado bajo el dominio del rey de Francia. Felipe "El Hermoso" tomaría la bandera de su padre y la traería a España, donde la hizo suya su hijo ¾y nieto del emperador Maximiliano¾, Carlos I de España y V de Alemania. No olvidaba el César Carlos sus pretensiones legitimistas sobre Borgoña y se dio por satisfecho cuando tras derrotar al francés en Pavía, Francisco I, cautivo en Madrid, juró la devolución a la Casa de Austria del antiguo ducado. Pero nada más verse libre y al otro lado de los Pirineos, el monarca francés se olvidó de tal promesa. Ofendido ante tamaña felonía, el ingenuo de Carlos V llegó a desafiar en combate individual al rey de Francia en dos ocasiones, una de ellas delante del Papa, para que Dios concediese la victoria al que hubiera la razón. Por supuesto, mucho más acorde con la ética moderna, Francisco I no se dignó recoger el guante, optando por dejar a Dios al margen de sus querellas territoriales.

Volviendo a las banderas, desde el siglo XVI los españoles tomaron la cruz de San Andrés como suya, primero bajo la Casa de Austria y luego con la de Borbón hasta la Guerra de la Independencia. Un aspa roja ondeaba sobre los ejércitos españoles en Bailén, y no será hasta el reinado de Fernando VII cuando se imponga tanto para la marina como para la infantería la actual bandera roja y gualda.

Tomada como enseña la cruz de San Andrés, se dejaba al libre albedrío de cada capitán el resto de la bandera. En unas se veía un aspa lisa como una "X", y en otras nudosa, o incluso leñosa, con su corteza y ramaje tronchado. A veces, como reconocimiento a la casa real, se acompañaba con los símbolos de los Austrias, en especial los sacados del repertorio de la orden del Toisón de Oro, con sus eslabones, pedernales, chispas y granos de fogón. En cuanto a los fondos, la libertad de los capitanes era absoluta. Era normal que las rodeasen borduras, algo muy propio de los blasones españoles. Las aquí representadas estuvieron en Rocroi y son de las más discretas. Las había con trazas mucho más complejas e incluso estrafalarias, dependiendo del buen gusto del capitán. Con los Borbones se racionalizó el diseño y se impuso el fondo blanco, el más adecuado para resaltar el rojo del aspa.

LÁMINA F
CABALLERÍA

Después de una escaramuza un dragón de la caballería al servicio del Rey de España ha desmontado para cerciorarse del estado de un enemigo abatido.

El dragón lleva encima un completo equipo militar, pues este tipo de combatientes reunía la panoplia de los soldados de caballería y de infantería. Además de un morrión y un coleto forrado de mangas abiertas, lleva pesadas botas de caballería y se arma con una espada con conchas, pistola y arcabuz, con sus frascos para pólvora y sus "doce apóstoles".

El modelo de arcabuz de nuestro hombre es más caro que el habitualmente empleado por la tropa de a pie, pues se trata de un arma con llave de rueda y no de mecha como era normal en el infante. La llave de rueda era mucho más apropiada para la lucha de caballería, pues no necesitaba de las engorrosas brasas encendidas, que ni se podían guardar ni emplear con comodidad a lomos de un caballo, sobre todo si el jinete tenía la mala fortuna de quemar con el ascua el cuello de su montura y terminaba bajando a tierra de una forma brusca poco elegante. La llave de rueda solucionaba ese problema y por eso era empleada en pistolas y otras armas de fuego de la caballería. Este arcabuz presenta en su cara izquierda una barra de hierro desde la que se sujeta a una gruesa correa, de forma que el dragón puede llevarlo teniendo las manos libres para manejar las riendas, aunque en caso de necesidad pudiera tirar de él y hacer fuego e incluso recargarlo sin soltarlo de su hombro. Aún así, recargar un arcabuz desde lomos de un caballo, y más si éste no está quieto, es una tarea difícil que requiere práctica y no poca habilidad manual. Por eso lo más sensato era llevar el arma lista en la proximidad del enemigo, sobre todo para defenderse del posible ataque de otros jinetes. Para emplear el arma a fondo lo mejor era echar pie a tierra, reservando las pistolas para la lucha montada.

Las otras tres restantes figuras son herreruelos, los llamados caballos corazas. Caballeros sin lanza, los herreruelos luchaban a tiro de pistola, que llevaban por parejas en los arzones de la silla de montar como se ve en las dos figuras del fondo. También podían llevarlas en las botas, como se aprecia en el muerto de primer plano, cuya pistola ha resbalado de la pierna hasta quedar sobre la silla.

Los tres llevan armaduras que siguen los patrones del siglo XVII. Arneses sencillos y sin adornos fabricados en grandes cantidades para unos clientes poco exigentes. Para protegerlas del óxido era habitual darles una capa de pintura negra, como en este caso. El muerto tiene una coraza bastante moderna, como se aprecia en la desaparición de las correas que sujetaban las escarcelas, sustituidas por bisagras, visibles sobre el cinturón. Las hebillas de los hombros también han sido suprimidas y en su lugar hay dos charnelas regulables, que perduraran en los petos de caballería hasta 1914. El jinete de atrás es el típico *schwarzern reitern*, un jinete negro como los que aterrorizaron a los campesinos alemanes durante toda la guerra de los Treinta Años. Su aspecto sería similar tanto si peleaba en el bando católico como protestante y sólo la banda roja indica que en esta ocasión está al servicio del

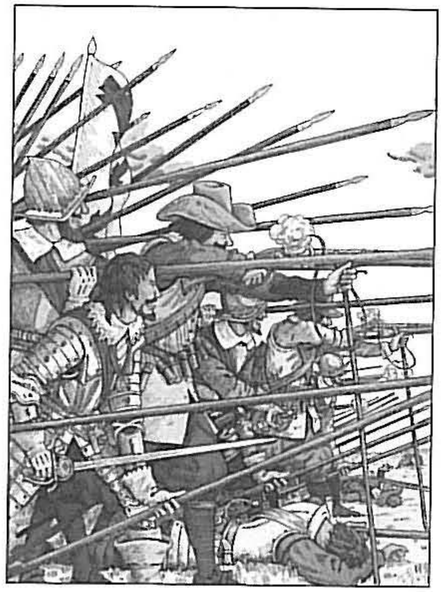
Rey Católico. Sus botas están subidas hasta las rodillas y no bajadas y dobladas como las del dragón de delante. Se cubre la cabeza con una borgoñota cerrada, pieza con pocos refinamientos. Una sólida visera frontal refuerza la protección del rostro, que va detrás de una simple rejilla que sirve lo mismo para ver que para ventilar el casco.

El jinete más rezagado es un alférez de la caballería, y lo que lleva en la mano no es una lanza, sino una bandera, cuya asta se sujeta al cuerpo con una anilla de acero y una dragona. Quizá por ser oficial lleva una armadura algo más elaborada, con modelo de yelmo más tradicional que el de su compañero. Como se puede apreciar, la *vista* ¾por donde se mira¾ y el *ventalle* ¾por donde se respira¾ van en piezas articuladas diferentes que se pueden subir o bajar a voluntad. El casco del muerto estaría a mitad de camino entre ambos, con *ventalle* pero sin *vista* independiente, mirando tan sólo por una ranura entre la visera y la rejilla de ventilación.

LÁMINA G
ROCROI, 1643

Tras varias horas de batalla los últimos escuadrones de la infantería española aguantan el ataque francés.

Las bajas son numerosas y la formación ya no tiene una traza perfecta, pero aún así los combatientes plantan cara a un nuevo asalto del enemigo, y por la posición de las picas parece tratarse de caballería. Dos mosqueteros hacen fuego, como se aprecia por el humo que sale de las cazoletas de sus armas. El más cercano va provisto de una búfala de cuero sin mangas. Otro mosquetero yace muerto al fondo. Tres coseletes empuñan sus picas, o mejor dicho cuatro, pues otro más sigue sosteniendo su arma aun sin vida. Todos llevan petos de acero y morriones. El más cercano,



en segunda línea, sujeta la pica más alta que los otros para tapar los huecos. La figura más cercana al observador, con sus botas pesadas, su espada Pappemheimer, largas escarcelas hasta las rodillas y armadura con brazales no puede ser un soldado de infantería, sino alguno de los jinetes de la caballería de Isemburg o Alburquerque, que muerto su caballo y con franceses por todas partes se ha unido al cuadro de infantería tomando una pica dispuesto a seguir luchando.

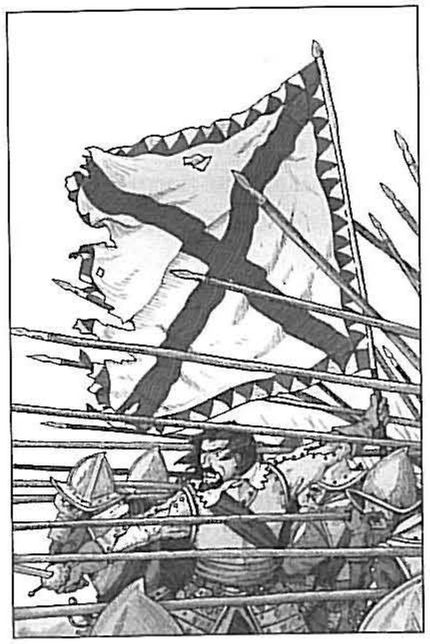


LÁMINA H
ATAQUE CONTRA INFANTERÍA

Con las picas levantadas hasta la cara los coseletes de este escuadrón se disponen a acometer contra una formación de la infantería enemiga. En medio, el alférez sostiene la bandera de la compañía.

El alférez lleva un coleto con mangas bajo su armadura de tres cuartos, compuesta por coraza con escarcelas y gorguera. El casco lo habrá perdido a lo largo de la lucha. Sostiene su bandera con una sola mano, a la manera de la época, dejando la derecha libre para la espada. Los hombres a su mando llevan una indumentaria parecida a la suya, con jubones de mangas abotonadas bajo los petos de los coseletes y cubiertos por morriones.

La enseña es la típica bandera de la infantería española, con una cruz de San Andrés sencilla rodeada por una bordura dentada.